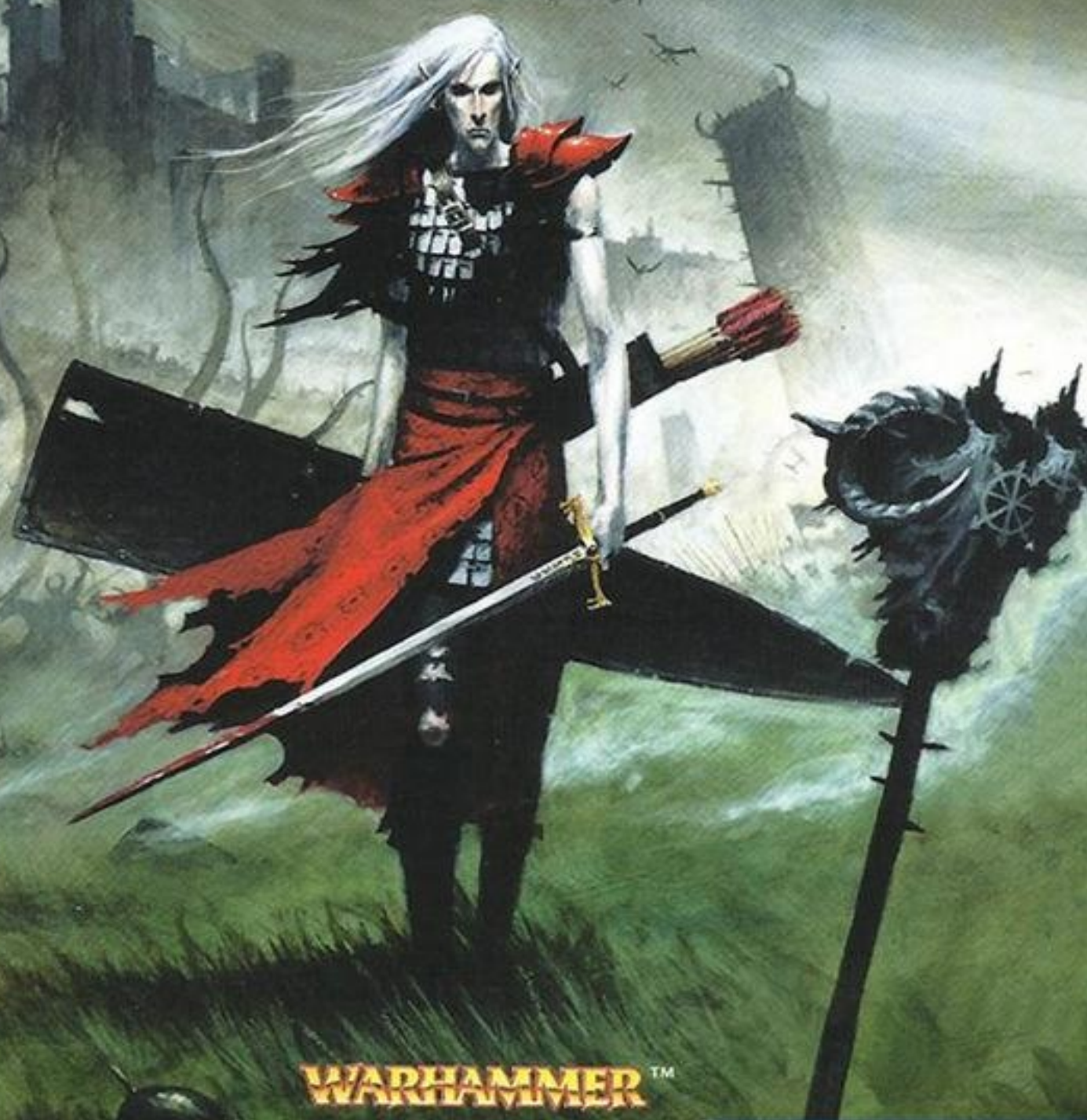


UNA NOVELA DE GILEAD. EL ALTO ELFO

La Venganza de Gilead

DAN ABNETT · NIK VINCENT



WARHAMMER™

Lectulandia

Gilead se puso en pie, vacilante. La deslucida espada cayó de su mano y repicó sobre el suelo.

—¿Te atreves a hablarme de eso? —siseó—. ¡Galeth era mi hermano, mi gemelo! ¡Éramos un alma en dos cuerpos! ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo, señor —respondió Fithvael, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza—. Eso decían de ambos...

—¡Y cuando murió, yo quedé partido en dos! ¡La muerte entró en mi alma! ¡Diez años! ¡Durante diez años perseguí al asesino! ¡Busqué venganza! ¡Y cuando la obtuve, ni siquiera ese placer mitigó el dolor de mi corazón!

La venganza de Gilead narra la saga de Gilead Lothain, el alto elfo. Junto con su fiel sirviente Fithvael, Gilead, guerrero veloz como la sombra y último de la estirpe de Tor Anrok, viaja por el mundo de Warhammer en busca de venganza contra los siervos del Mal.

Lectulandia

Dan Abnett y Nick Vincent

La venganza de Gilead

Warhammer. Gilead 1

ePub r1.0

epublector 27.05.14



Título original: *Gilead's Blood*
Dan Abnett y Nick Vincent, 2001
Traducción: Diana Falcón
Ilustraciones: Paul Dainton

Editor digital: epublector
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

UNO

El rastro de Gilead

Yo lo era todo y cualquier cosa.

Yo era una leyenda.

Soy un pobre don nadie que ha doblado la espalda sobre el arado durante cincuenta años, y no ha hecho nada más heroico que criar cinco hijas y un hijo. Todo mi mundo está formado por esta aldea insignificante situada en un rincón mediocre de la periferia del Imperio. En mí no hay nada que valga un ardite, excepto, tal vez, las historias que cuento.

En momentos como éste, cuando cae la noche y asciende la luna de invierno, todos acudís a mi hogar —los jóvenes, los viejos, los desdeñosos, los curiosos— y volvéis a pedirme que os cuente mis historias.

Las llamáis leyendas, de las que llena esta tierra; pero mis relatos no son leyendas. Son algo completamente raro. ¿Cuántos narradores conocéis que puedan atestiguar la veracidad de lo que cuentan? Tal vez yo sea un pobre don nadie, pero he conocido a grandes hombres.

La historia más antigua que puedo narrar comienza cerca de su final, con un guerrero solitario sentado con la espalda contra el tronco de un árbol e intentando dormir. Su nombre, en la lengua antigua, era Gilead te tuin Lothaln ut Tor Anrok. Llamadlo Gilead, si os place.

* * *

Diez amargos años lo habían llevado hasta aquel lugar.

Intentaba dormir, pero el sueño no acudía a sus ojos. Durante los diez inviernos y veranos transcurridos hasta entonces, su ligero sueño había sido inquieto y alterado, plagado del recuerdo de roncós alaridos y olor a sangre.

Permanecía sentado contra el tronco del árbol en la oscuridad, al borde del fuego de campamento, y miraba hacia el fondo de un largo valle alpino. Allá abajo, ardían

las hogueras de la empalizada de una fortificación. Parecía un lugar demasiado insignificante como para constituir la meta de una búsqueda de diez años.

Gilead suspiró.

Aquel lugar salvaje era solitario y remoto. Hacía varios días que había pasado por el último asentamiento, una aldea humana cuyo nombre ni siquiera se había molestado en averiguar mientras la recorría a caballo. Había visto una taberna donde los humanos se reunían a beber y contarse historias los unos a los otros, y se preguntó qué relatos narrarían esa noche.

Tal vez en ese preciso momento, un borracho desgraciado estaría farfullando un cuento sobre la Casa de Lothain, sobre el guerrero inmortal y la década de sangriento antagonismo con el Oscuro. Por supuesto, algunos de los que estuvieran junto al fuego se burlarían y afirmarían que se trataba de una leyenda, porque las leyendas no son más que eso, leyendas, y la tierra está llena de ellas. Con sonrisa burlona, dirían que ninguna venganza había sido jamás tan pura, que ningún dolor había sido tan agudo, ni siquiera aquella maldición nacida de la particular aflicción de Gilead Lothain.

Y se equivocarían.

La mente de Gilead se colmó de tinieblas, tinieblas ardientes que entraron como un torrente y encendieron frágiles recuerdos dentro de la cabeza. Su memoria se remontó hasta una noche mucho más oscura y profunda, diez años atrás, y le retrajo la luz de las llamas que oscilaban en el exterior de la herrumbrosa puerta de una jaula.

Con antorchas sujetas en alto, dos figuras regresaron con paso perezoso por el corredor hacia la jaula.

¿Ha llegado el momento de morir?, se preguntó Gilead. De ser así, tal vez constituiría un alivio. Llevaba tres días sin siquiera agua, encadenado a un peldaño de hierro y suspendido como una marioneta rota en la fría cueva sin aire situada en lo más profundo de los yernos. Su pálida piel —pues los captores le habían hecho de todo menos desollarlo— estaba azul a causa de los cardenales que las palizas regulares que le propinaban con alegría le habían producido. Sentía un dolor fantasmal en el sitio en que había tenido el cuarto dedo de la mano derecha.

Los captores se encontraban ya ante la puerta de la jaula, y alzaban hacia él brutales rostros humanos, sonrientes y relajados por el vino. Tenían el mismo aspecto que la primera noche, cuando acudieron a cortarles el dedo.

—Un dulce —lo había llamado uno de ellos.

—Para refrescar la memoria y abrir las bolsas de tus parientes —había añadido el otro.

Luego, rieron, le escupieron al rostro y abrieron las herrumbrosas tijeras de podar.

—¡Van a pagar, escoria elfa! —gruñó en ese momento uno de los captores a través de los barrotes de la jaula—. Acabamos de recibir noticias. ¡Van a pagar muy bien por

tu miserable pellejo!

—¡Tu hermano traerá esta noche el dinero del rescate! —dijo el otro con una risa entre dientes.

Por primera vez en tres días, Gilead sonrió, aunque al hacerlo sintió dolor. Sabía que su hermano no iba a hacer nada parecido. Tal vez les hubiesen dicho a aquellas alimañas que les enviaban el rescate, pero lo que iba de camino era una sorpresa muy diferente.

Al secuestrar a Gilead, aquella Banda de Carroñeros había cometido el último error de su vida.

Galeth acudiría. Vendrían Galeth y otros cinco guerreros, lo más selecto de la guarnición que pudiera reunir la plaza fuerte de Tor Anrok. Incluso en ese mismo momento descendían por las chimeneas de ladrillo situadas al oeste de la entrada principal de los Yermos, cañones recubiertos de hollín que en otros tiempos habían dado salida a los humos de una antigua forja que, según algunos, los hombres rata habían construido bajo tierra en épocas remotas. Gilead podía oler el aire que respiraban Galeth y los otros; podía sentir el áspero roce de la cuerda que desenrollaban y dejaban caer verticalmente hacia la oscuridad azulada.

Galeth Lothain era su hermano, su gemelo. Había nacido un minuto después del toque de medianoche que había señalado el primer momento de la vida de Gilead. Había nacido bajo un par de lunas crecientes, al cabo de una semana de la aparición de una estrella fugaz; habían nacido con las primeras nieves, marcadas sólo por las huellas de un zorro y las de una liebre. Todos eran buenos signos: buenos augurios que señalaban vidas largas, orgullosas y valientes. Gilead y Galeth eran la derecha y la izquierda de un espejo, la derecha y la izquierda de Cothor Lothain, Señor de la Torre de Tor Anrok.

Los hermanos gemelos siempre están muy unidos; comparten muchísimas cosas, y tener el mismo rostro no es la de menor importancia. Pero Galeth y Gilead estaban aún más unidos, hecho que fue advertido primero por su nodriza y luego por el anciano sabio que Cothor Lothain había llamado para que los educara en física y sabiduría general. Sus mentes trabajaban como una sola, como si entre ellos existiese una comunicación de pensamiento. Si, en una habitación, Gilead se hacía un corte en un dedo con un cuchillo de desollar, en otra zona de la torre Galeth gritaba. Si, mientras cabalgaba por el exterior, Galeth caía en un arroyo de aguas heladas y se empapaba hasta los huesos, en casa, junto al friego, Gilead se echaba a temblar. «Sus espíritus están unidos», decía el consejero de Cothor, Taladryel. Eran un solo hijo en dos cuerpos.

Y así fue como, veintisiete inviernos después de la medianoche que les dio la bienvenida a la vida, Gilead supo que su hermano se aproximaba.

Podía percibir el hedor a moho en la oscuridad, las cisternas medio llenas por las

que avanzaban en ese momento Galeth y sus guerreros, las espadas oscurecidas con carbón que sujetaban en las manos, listas para el ataque. Podía oír el chapoteo en las espesas aguas estancadas, el arañar de las patas de las alimañas, el suave rumor de la mecha que crepitaba dentro de la linterna sorda.

Y a la vez, sabía que Galeth compartía su experiencia. Galeth podía sentir el mordisco de las cadenas, el dolor de los cardenales, los latidos del muñón del dedo cercenado. Era ese brillante faro de dolor el que lo conducía.

La ciudad amurallada de Munzig se encuentra situada en el rompecabezas de los Reinos Fronterizos del sur del Imperio. Puede ser que sepáis de ella. Rodeada de profundos bosques y a la sombra del dentado perfil de las Montañas Negras, es una ciudad comercial, situada sobre el río Durich, y constituye una etapa para los viajeros que ascienden por los bosques hasta el paso del Fuego Negro. Prosperó durante más de un siglo, pero en la época de mi relato se había convertido en un lugar que intimidaba.

En la población, la gente hablaba con ansiedad de la Banda de Carroñeros. Nadie conocía los rostros de sus integrantes ni el número de ellos, e ignoraban qué villanía los alentaba, como no fuesen, en iguales proporciones, la codicia de oro y el deseo de causar dolor. Los rumores de taberna decían que habían establecido su plaza fuerte en los Yermos, un ruinoso laberinto de túneles y bóvedas subterráneas, situado al pie de las Montañas Negras, a pocas leguas de la ciudad.

Nadie sabía quién había construido aquellos túneles, ni hasta dónde llegaban. Las viejas leyendas decían que eran obra de los hombres rata, los skavens, pero las leyendas no eran más que leyendas, y la tierra está llena de ellas. Había, por ejemplo, una bonita historia, de las que se cuentan junto al fuego, que hablaba de cómo los colonos que fundaron Munzig habían sido protegidos por elfos del bosque, elfos que habían reunido a sus contingentes de guerra para expulsar a los skavens y lograr que el territorio fuese seguro. A los niños les gustaba especialmente esa historia, y proferían agudas exclamaciones de deleite cuando los adultos imitaban las chillonas voces de los hombres rata. Otras historias decían que aún había elfos en los bosques y que vivían en una hermosa torre que sólo aparecía con la luna llena y que jamás podía ser hallada por los humanos. No obstante, se afirmaba que los elfos reaparecerían para proteger la tierra si los hombres rata regresaban alguna vez a ella. A menos que se narraran a la hora de dormir ante niños de ojos como platos, tales relatos eran recibidos con sincera cordialidad y solicitud de más bebidas.

Luego, había llegado la Banda de Carroñeros, que había atacado por primera vez el verano anterior. Tras tenderle una emboscada a una carreta en el camino del bosque, se había apoderado de la hija de un comerciante. Se envió desesperadamente un rescate; la hija fue devuelta, muerta, por la crecida de otoño del río Durich, y el dinero se perdió para siempre. Siguieron otros ocho crímenes como ése, y la férrea

zarpa del miedo se apoderó de Munzig. Se llevaban a los seres queridos, exigían dinero y derramaban su sangre con crueldad. Ninguna de las familias se había atrevido a no pagar, aunque sabían que había muy pocas probabilidades de que volviesen a ver a sus parientes. En la taberna se aventuraban estimaciones de la fortuna perdida hasta entonces.

—Treinta mil piezas de oro —decían unos.

—Y más —añadían otros.

El príncipe Horgan, Elector de Munzig, convocó reuniones de ciudadanos y declaró el estado de emergencia. El comercio, fuente de vida de la ciudad, casi se había extinguido. La atemorizada clase dirigente trazó planes, se dobló la guardia, se ampliaron los circuitos de patrulla y se hicieron rejas para cerrar los canales del río que pasaban por debajo de la muralla de la ciudad. A esas alturas, los Yermos parecían ser el escondrijo más probable de la Banda de Carroñeros, y el mito popular hablaba de pasajes subterráneos que desembocaban en el sistema de alcantarillado de la población. Nadie estaba a salvo.

Bakhezor Hergmund, un comerciante cuya esposa había sido la tercera víctima de los bandidos, había ofrecido una recompensa y había animado al consejo de la ciudad a que emprendiera una limpieza de los Yermos para expulsar y exterminar a los asesinos, pero incluso los mejor dispuestos tuvieron que reconocer la futilidad de un acto semejante: los Yermos eran enormes, no existían mapas y nadie los conocía, y la milicia de la ciudad ascendía a sólo cuatro veintenas de infantería regular y la caballería del propio Horgan, una unidad uniformada, más apropiada para los desfiles que para el combate.

—¿Y qué hay de los elfos, los elfos del bosque? —sugirió, sin duda, alguien—. ¿Qué hay del viejo pacto, la antigua leyenda? ¿No nos ayudarán?

Risas, nerviosas pero condenatorias, y después otra ronda de bebidas.

Así pues, el miedo fue en aumento, ascendió el coste en vidas y oro, y la sanguinaria carrera de la Banda de Carroñeros continuó sin impedimentos.

Lo extraño —e irónico por lo que respectaba a cualquiera de los habitantes de Munzig— era que, en efecto, había una torre en el bosque situado fuera de las murallas de la ciudad. Se trataba de una torre hermosa, que jamás habían atisbado siquiera los ojos humanos, pues se encontraba mágicamente oculta en las profundidades forestales.

Llamada la Torre de Tor Anrok en recuerdo de la ciudad hundida, había sido desde hacía largo tiempo el hogar de la Casa de Lothain, un linaje en proceso de desaparición, cuya sangre se remontaba al lejano reino de Tiranoc.

Entonces sólo había unos pocos habitantes en la torre oculta: el viejo Cothor, demasiado anciano para tenerse en pie; los hijos gemelos de Cothor, Galeth y Gilead; un puñado de guerreros leales; los criados de la casa, y las mujeres. Era cierto que sus

ancestros habían expulsado a los skavens de las catacumbas conocidas en ese momento como los Yermos, pero eso había sido en tiempos antiguos, cuando eran más fuertes.

Un día la noticia de las correrías de la Banda de Carroñeros llegó a la torre, y Galeth quiso enviar un mensaje al príncipe y ofrecerle ayuda en secreto; anhelaba comenzar su etapa de guerrero con una victoria digna. El anciano Cothor, sin embargo, se negó. El patriarca concluyó que, siendo ellos tan pocos, su sangre resultaba demasiado preciosa para derramarla en lo que claramente era una disputa humana. Atacantes humanos, presas humanas. Los elfos evitan la compañía de los humanos, pues saben que los miran con miedo y suspicacia. Con independencia de lo que hubiese sucedido en el pasado, la Casa de Lothain no se levantaría entonces en armas.

Galeth se sintió decepcionado, pero Gilead, al percibir la angustia de su padre, intervino en la discusión y, finalmente, disuadió a Galeth de continuar adelante. Como hermano mayor, Gilead se tomaba con solemnidad sus responsabilidades en relación con la casa y el linaje.

En una fría tarde de invierno, tres días después de esa discusión, Gilead salió a cabalgar por el bosque con un solo compañero, Nekhion, el anciano caballero mayor de la torre que había educado a ambos jóvenes en el arte de la equitación. Gilead dijo que iban a llevar los caballos a hacer ejercicio, pero en realidad quería despejarse la cabeza con una buena carrera al galope por los bosques escarchados.

Gilead no supo nunca si había sido casual o planeado; si la Banda de Carroñeros los había oído por casualidad cuando cabalgaban por las inmediaciones y se había puesto a cubierto, o si habían vigilado deliberadamente la torre y habían observado a los que salían y entraban. Una docena de ellos los atacó de súbito, dejándose caer desde los árboles o saliendo de debajo de la nieve. Eran todos humanos, excepto un par de feas blasfemias híbridas.

Una hoz derribó a Nelthion de la silla, y cayeron sobre él con azotes. La nieve se tiñó de sangre roja. Gilead se volvió al mismo tiempo que asestaba estocadas con su espada de empuñadura de oro; sin embargo, eran demasiados y estaban preparados para defenderse. Una porra lo golpeó de lado, pero él permaneció sobre la montura y la espoleó para que se apartara de un salto. Entonces, otro de los atacantes mató al caballo con una pica y se le aproximaron con cachiporras y sacos.

Así fue como Gilead Lothain cayó prisionero de la Banda de Carroñeros, y fue encadenado en las profundidades de los Yermos. Y así, también, se convirtió en el primer error de sus captores, que no contaron con el hecho de que, a diferencia de los otros a los que habían secuestrado —los humanos—, él podía llevar la cólera de sus parientes hasta el interior mismo del escondite que los cobijaba.



Galeth y sus hombres rodearon el borde de un charco sucio y avanzaron con agilidad, como si fueran gatos, por un saliente deformado por el lento y antiguo paso de raíces. Gilead olía a tierra mojada y sentía el peso de la espada de Galeth en su propia mano.

La Banda de Carroñeros no había apostado centinelas, pues tenían todas las razones del mundo para pensar que aquel húmedo rincón de los Yermos jamás sería localizado por las partidas de búsqueda. Su única concesión a un posible descubrimiento casual era una serie de alambres tendidos cerca del suelo, a lo largo de las estrechas cuevas naturales adyacentes a las bóvedas que ellos usaban como salón de fumar y dormitorio.

El viejo Fithvael, veterano maestro de esgrima de Tor Anrok, se arrodilló y cortó los alambres uno a uno con el estilete. Luego, los soltó con lentitud, para que las campanillas descendieran sin sonar.

Al ver aquello a través de los ojos de su hermano, Gílead sonrió.

Cinco flechas de plumas rojas fueron colocadas en cinco arcos tensos, al mismo tiempo que los hombres miraban a Galeth a la espera de una orden. Galeth les hizo con la cabeza un gesto para que entraran pasando por debajo del musgoso arco ornamentado, donde los rasgos de un titán en bajorrelieve habían quedado casi borrados por el agua que resbalaba por la superficie. Percibieron una mezcla de olores —fogones, sudor, sangre y bebida—, que procedía del lugar en que habían sacrificado un cerdo, y el hedor a orines de una letrina. Oyeron risas y voces alborotadoras, y un violín mal tocado que jadeaba la tosca música de una canción de taberna.

Galeth entró en el círculo de luz de la fogata, y Gilead contuvo la respiración. Ambos vieron los sudorosos rostros desconcertados que se volvieron a mirar. El violín se interrumpió en mitad de una nota, y comenzó la matanza.

Como un breve redoble de tambor, cinco sonidos huecos en rápida sucesión señalaron los cinco impactos de las flechas elfas. Tres bandidos murieron en los bancos, y uno de ellos se desplomó sobre la hoguera. Otro cayó girando sobre la mesa con una saeta clavada en un hombro, y allí quedó, sobre las destrozadas jarras de cerveza robada. Un quinto acabó clavado contra el respaldo de su silla por una flecha que le atravesó el vientre, y se puso a gritar mientras la sangre que le salía a borbotones por la boca le cubría los labios. Los alaridos aumentaron de volumen, hasta que, junto con sus atemorizadores ecos, llenaron la bóveda y las cámaras como una música monstruosa que acompañara la matanza.

Tras pasar al otro lado de la mesa de un salto, con la capa escarlata ondeando tras él, Galeth se enfrentó a los dos primeros bandidos que lograron armarse. En total, quedaban doce con vida en el salón de fumar, todos corrían para coger sus armas y

chillaban como cerdos acorralados. Gilead sabía que había al menos otra media docena durmiendo en las bodegas que estaban situadas detrás de ese salón, así que también lo sabía Galeth.

Los elfos dejaron los arcos y se lanzaron al combate cuerpo a cuerpo tras su joven señor, el cual ya había cortado un cuello con su espada larga y había partido el azote de su segundo enemigo. Algunos elfos llevaban espadas largas y rodela, además de un cuchillo en el puño del brazo que sostenía el escudo. Los demás blandían hachas de mango largo. Todos iban ataviados con capas escarlata y destellantes cotas de malla de Ithilmar de color negro azulado. Su piel y sus cabellos eran blancos como el hielo, y tenían los ojos oscurecidos por la furia. En el aire húmedo flotaban el humo y una niebla de saliva y sangre. El estruendo de la lucha hacía estremecer la bóveda subterránea.

Fithrael blandió el hacha e hirió en el vientre a un espadachín con casco y visera, y fue el primero que se internó por el túnel hacia la celda de Gilead. Mientras la lucha continuaba a sus espaldas, descolgó el anillo de llaves de un clavo que había en la pared y abrió la puerta de la jaula. El noble Taladryel, consejero de Cothor, empapado en sangre de otros, llegó junto a él un momento más tarde, y entre ambos soltaron a Gilead de las cadenas, lo bajaron y lo envolvieron en una capa.

—¡Lo tenemos! ¡Está vivo! —bramó Taladryel; pero Galeth ya lo sabía. Él y los otros tres guerreros de Tor Anrok acabaron con lo que quedaba de la derrotada Banda de Carroñeros. Unos pocos supervivientes, no más de cuatro o cinco, habían huido hacia el interior de los Yermos.

Fithrael y Taladryel condujeron a Gilead hasta la bóveda, donde fueron recibidos con vítores por los ensangrentados elfos. Galeth se arrodilló junto a su hermano gemelo y lo abrazó, al mismo tiempo que las lágrimas manaban abundantemente de los ojos de ambos hermanos. Gilead reparó en la marca roja que rodeaba el cuarto dedo de la mano derecha de Galeth.

Fithrael prendió fuego al lugar, y luego formaron para salir por donde habían entrado, prevenidos contra cualquier posible ataque de los bandidos que habían logrado escapar.

Nadie se dio cuenta de que el desgraciado al que una flecha había lanzado sobre la mesa aún respiraba. Nadie lo vio moverse tras ellos entre el arremolinado humo y las llamas cuando traspasaban el arco del titán.

La ballesta emitió un ligero chasquido al ser disparada.

El grito de Gilead heló el alma a sus compañeros, y Galeth cayó con una flecha de acero clavada en el corazón.

* * *

Cuando Gilead despertó, la luna lo miraba desde el cielo, llena y pálida como un fantasma. En alguna parte del bosque, un lobo aulló, y se oyó la respuesta de otro. El tronco del árbol en el que apoyaba la espalda era duro y frío como el hierro. En el valle de allá abajo, los fuegos de la empalizada se habían apagado.

Gilead se estremeció. Incluso después de diez años, los sueños acudían a él durante la noche y se le echaban encima como ladrones para impedir que durmiera.

Se puso de pie y se inclinó para avivar el mortecino fuego. Las piñas habían sido el combustible principal, y un espeso perfume penetrante le colmó las fosas nasales al remover las brasas.

El olor a pino, astringente y purificador, siempre le recordaba a la enfermería de la torre, donde el veterano Fithvael lo había cuidado hasta que se recuperó. Fithvael preparaba agua de pino y hoja de bruja para limpiar las heridas de Gilead y para calmar el dolor de sus cardenales, valiéndose de las antiguas habilidades de Ukhuan. Su destreza para curar era sólo superada por su talento como soldado y explorador, pero no tenía nada que pudiera sanar las heridas de la mente de Gilead.

Gilead había compartido la muerte de su hermano, un dolor que desafiaba la cordura, y después había sobrevivido al vacío dejado en su mente. Algunos decían que también él estaba muriendo, que la conexión de pensamiento que había tenido con Galeth estaba permitiendo que la lenta y fría mácula de la muerte penetrara en su cuerpo desde el otro mundo.

Si eso era verdad, Gilead Lothain llevaba mucho tiempo muriendo. Había transcurrido una década de lento dolor desde que Galeth había caído, víctima de la traición y el rencor, en el interior de los Yermos. Habían sido diez años de vagabundeos y sangre.

Cuando Gilead abandonó la Torre de Tor Anrok, hubo lamentos. El anciano Cothor lloraba la pérdida de ambos hijos a causa de un solo disparo de ballesta. ¿Iba a quedarse sin herederos? ¿Caería, al fin, la antigua Casa de Lothain, que había existido desde que su raza había llegado al Viejo Mundo procedente de Tiranoc?

Gilead no había respondido, y se había puesto en marcha. «Un día regresaré —se dijo—, cuando haya concluido mi labor». Pero al cabo de cinco años le llegó la noticia de que su padre estaba aquejado por una enfermedad de consunción y no regresó. Tampoco lo hizo al cabo de nueve, cuando un mensajero le comunicó la muerte de Cothor. Su heredad esperaba. Ni siquiera entonces volvió sobre sus pasos.

Fithvael salió de la tienda y encontró a Gilead junto al fuego. Los cinco guerreros que habían formado la partida de Galeth siguieron voluntariamente a Gilead en su misión. En ese momento, sólo quedaba el veterano Fithvael. Gilead pensó en los lugares solitarios e impíos donde habían enterrado a los otros, a cada uno por turno.

Fithvael miró al cielo.

—Amanecerá dentro de dos horas —dijo—. Mañana... será el día, al fin. ¿No es

cierto?

Gilead respiró profundamente antes de responder.

—Si los espíritus así lo quieren.

Fithrael se acuclilló junto a Gilead. Incluso entonces, después de diez años, le dolía ver el rostro de su señor, pálido y frío como el alabastro; los ojos, muertos, hundidos como destellantes trozos de antracita en profundas órbitas huecas; los cabellos, plateados como la escarcha. «Gilead el Muerto», lo llamaban los que se encontraban con él por el camino y luego hablaban en las tabernas. Lo decían con un estremecimiento. Gilead el Aparecido, el muerto ambulante, cuya mente estaba unida al más allá.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —murmuró Fithrael, y Gilead asintió con la cabeza—. Nunca he dicho esto antes, y sólo ahora lo siento. Diez años llevamos, diez años persiguiendo al hediondo enemigo. Diez años, y cada segundo de ellos lo merece tu pobre hermano. Pero ¿será suficiente?

Gilead se volvió con brusquedad para mirarlo.

—Cuando llegue mañana y atraveses con tu espada la piel del hombre rata..., ¿será suficiente?

Gilead sonrió, aunque no fue una sonrisa que a Fithrael le gustara.

—Tendrá que serlo, viejo amigo.

El enemigo. No conocían su rostro, y tenía muchos nombres: Gibbetath, el Oscuro, Escurridizo. Había llamado por primera vez la atención de Gilead, alrededor de uno o dos meses después de que Galeth fuese llevado a su descanso eterno en el soto sagrado, cuando Taladryel y Fithrael capturaron a uno de los fugitivos de la Banda de Carroñeros que se ocultaba en los bosques. El humano fue interrogado y les habló del Oscuro y su imperio secreto.

Gibbetath era un skaven. Al hombre rata, con una mente aguda como una daga, no se le veía nunca; pero su dinero, sus ideas y sus confabulaciones orquestaban docenas de operaciones clandestinas que plagaban la zona meridional del Imperio. Las especias del mercado negro se vendían a través de su red, y los ingresos fraudulentos llenaban sus arcas. Disponía de mercenarios y espías, y vendía la información al mejor postor. Se decía que había iniciado dos guerras y que había impedido otras tres. Sus casas de placer situadas en las poblaciones fronterizas tenían mujeres espléndidas y se llevaban los beneficios más cuantiosos. Toda una cofradía de ladrones lo servía, y sus asesinos, sigilosos como sombras, eran los mejores que podía conseguir el oro. Se trataba de un imperio de inmundicia, una empresa de alimañas, una fraternidad oculta de ladrones, asesinos y pecadores, que se dedicaban al fraude y los actos delictivos en una docena de ciudades del Viejo Mundo para aprovisionar los bolsillos del Oscuro, la mente que estaba detrás de todo aquello.

La Banda de Carroñeros y su implacable ciclo de crímenes habían constituido uno

de los provechosos planes de Gibbetath. Había equipado a los hombres, les había proporcionado suministros, les había dado información acerca de los posibles objetivos y se había llevado el noventa por ciento de los rescates. Fue decisión suya que no se devolviera con vida a ninguno de los secuestrados, porque eso habría hecho vulnerable a la banda.

Se decía que el Oscuro se había sentido de lo más irritado cuando los soldados de Galeth exterminaron a la Banda de Carroñeros.

«Así que sólo piensa en lo irritado que va a sentirse —se había dicho Gilead más de una vez— cuando el afilado acero elfo le abra la cabeza en dos».

El Oscuro era su objetivo, su presa. Le había seguido la pista durante diez años. El hombre rata era el máximo responsable de la muerte de Galeth, y Gilead había jurado que no descansaría hasta que aquel bastardo skaven también estuviese muerto. Ejecutaba con retraso —y su pesar por ello era indescriptible— precisamente la empresa que Galeth había deseado llevar a cabo: expulsar el mal de los Yermos y destruir el origen del mismo. Si entonces lo hubiese escuchado, si hubiese consentido...

En diez años, había seguido cada uno de los rastros referentes al paradero del Oscuro, y había destruido cada una de las operaciones skavens que había descubierto mientras cerraba lentamente el nudo corredizo en torno a su presa.

Durante los últimos tres años, el enemigo se había defendido y había enviado asesinos y partidas de guerra para detener al implacable vengador elfo; pero de nada había servido.

Tras diez largos y sangrientos años, Gilead se encontraba ante sus puertas.



Llegó el alba, y Gilead atacó. En realidad, no había sabido muy bien qué esperar, pero la fortificación de madera que halló en el bosque no era del todo la plaza fuerte que habría imaginado para el Oscuro. Pensó que una fortificación de superficie parecía impropia de una criatura que moraba bajo tierra, pero había sido siempre un personaje tan misterioso, tan contradictorio... Nadie lo había visto ni lo conocía; nadie sabía siquiera qué anhelos infernales impulsaban la implacable construcción de su imperio.

Un tubo de pólvora negra de enanos derribó un tramo de diez metros de la muralla de madera, y Fithvael, a cubierto, eliminó a los centinelas con el arco.

Picadores ataviados con cota de malla cargaron contra Gilead cuando éste traspasó la humeante brecha, pero su larga espada se movió con una velocidad que la hacía invisible. Luchó como había luchado Galeth. Al morir Galeth, las habilidades de

éste con el arco y la espada habían fluido por el puente mental, ya frío, hasta la mente de Gilead, donde se habían mezclado con sus propias destrezas.

«Un hijo en dos cuerpos», había dicho Taladryel. Entonces, sin duda, los dos hijos estaban en un solo cuerpo.

La sangre salpicó la cota de malla de Ithilmar del vengador, que se movía con la velocidad de una sombra, como un fantasma asesino que hendía y cortaba a los defensores sin misericordia ni descanso.

Los guardias humanos —los que aún no estaban hechos pedazos— comenzaron a romper filas y huir, pero dos ogros se abrieron paso entre ellos para acometer a Gilead. De dos metros setenta de alto, la gran corpulencia de los ogros se irguió como una mole para cerrarle el paso, echando espuma por sus dilatadas fosas nasales. Uno tenía un hacha, y el otro, un mangual de aspecto terrible.

El ogro del hacha avanzó al mismo tiempo que blandía su enorme arma de hoja plana hacia Gilead. El hijo de Cothor saltó a un lado y antes de que pudiese lanzarle otro golpe, la pesada bestia retrocedió, tambaleándose y chillando, con una flecha de plumas rojas alojada en el ojo izquierdo. A cubierto y desde la entrada de la brecha de la empalizada, Fithrael disparó otras dos flechas, que acabaron con la vida de la criatura. El otro rugió e hizo girar su mangual en dirección a Gilead, que, en lugar de retroceder, continuó con el ataque y se acercó más al enemigo para luego dejar que el peso e impulso de la carga de éste hiciera el trabajo y lo ensartara en su espada.

Silencio. El humo se deslizaba por el aire a través de la empalizada destruida y los cadáveres retorcidos. En alguna parte gemía un hombre herido. Con el arco preparado, Fithrael se reunió con Gilead, y ambos recorrieron el entorno con los ojos mientras sus capas rojas ondeaban al viento. Las defensas habían caído, y las puertas del blocao los llamaban como un faro. Fithrael comenzó a avanzar, pero Gilead lo detuvo.

—Este es el último acto —le dijo—. Me enfrentaré yo solo con él, Fithrael te tuin. Si yo caigo aquí, alguien tiene que llevar la noticia a casa de mi padre.

Su compañero tragó con dificultad, pero asintió con un gesto de cabeza, y Gilead avanzó en solitario.

El blocao estaba formado por una sala larga, y el humo de leña flotaba en torno a los cabrios. El interior era oscuro, profundo, y estaba poblado por sombras danzantes que proyectaban las antorchas colocadas en las abrazaderas de la pared.

Gilead se detuvo durante un segundo, y luego entró con la espada a punto.

Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, vio sacos y cofres vacíos tirados en desorden por el suelo de la sala. ¿Era aquello, realmente, el corazón del imperio del Oscuro?

—No es gran cosa, ¿verdad? —dijo una voz, como si hubiese leído sus pensamientos.

Gilead avanzó hacia la oscuridad y, por fin, vio al delgado hombre de aspecto miserable que se encontraba sentado, encorvado, en una silla de respaldo alto situada en el otro extremo del salón.

—¿Eres Gilead, el elfo?

Gilead no respondió.

—Mi guardia me dijo que erais sólo dos: tú y un arquero. ¿Derribasteis vosotros solos la empalizada?

—Sí —respondió Gilead tras un largo silencio. Habló en el torpe idioma humano con que le habían dirigido la palabra—. ¿Quién eres?

—¿De verdad que no lo sabes? —El hombre andrajoso y de aspecto enfermizo lo miró directamente a los ojos—. Yo soy... comoquiera que me llames: el Oscuro, Escurridizo, Gibbetath...

—Pero... —comenzó a decir Gilead.

—¿No soy el monstruo hombre rata al que crees haber estado persiguiendo? ¡Por supuesto que no! Rumores..., leyendas... han contribuido a mantenerme a salvo, a mí y a la verdad. O acaso no...

El hombre miró a su alrededor con aire pensativo.

—En algunas poblaciones era un hombre rata, en otras una bestia del Caos, y aun en otras un hechicero. Cualquiera cosa que se ajustara a las supersticiones locales. Yo lo era todo y cualquier cosa. Yo era una leyenda.

—Una leyenda...

—La tierra está llena de ellos. —El hombre sonrió.

Gilead deseaba que la sangre afluyera a su cabeza, que lo invadiera la cólera para lanzarse hacia adelante y...

Pero no había nada. Se sentía vacío. Era el triste final de aquella desgraciada deuda de sangre. ¿Había intentado Fithvael hablarle de eso la noche anterior, junto al fuego del campamento?

El insignificante hombrecillo se puso de pie, y Gilead pudo ver cómo el desgraciado temblaba a causa de la *perlesía* o de alguna fiebre. Era frágil y delgado, y sus cabellos lacios encanecían. Tenía zonas calvas en la cabeza y llagas en la piel, y avanzó con los reumáticos ojos fijos en Gilead.

—Era más rico que los reyes, Gilead Lothain. Mi nombre no era más que un susurro en los callejones, pero durante tres décadas fui más poderoso que los monarcas. Tuve palacios, mansiones, cofres de oro, un ejército a mis órdenes... —Hizo una pausa—. Y luego cometí el error de matar a tu hermano.

La mano de Gilead aferró con más fuerza la empuñadura de la espada.

El hombre se sentó en un taburete, y sus frágiles articulaciones crujieron.

—Nos encontramos por primera vez, pero tú ya me has destruido. Cuando oí que venías tras mis pasos, hace años, no le di ninguna importancia al asunto. ¿Qué tenía

que temer yo de una partida de vengadores elfos? Acabaríais muertos u os cansaríais de la búsqueda mucho antes de acercaros siquiera a mí.

»Pero no renunciaste. Comencé a gastar dinero y esfuerzos para contratar hombres que te liquidaran, ponerte trampas, lanzarte tras pistas falsas. Lo evitaste todo. Continuabas aproximándote. Mi salud comenzó a resentirse: pesadillas..., nervios...

—No esperes que sienta compasión por ti —respondió Gilead con tono gélido.

El hombre alzó las finas manos con desánimo.

—No lo espero. Sólo pensaba que te gustaría saber hasta qué punto me has destruido. Uno a uno, quemaste mis palacios y casas, saqueaste mis reservas, pasaste a espada a mis secuaces. Mi imperio se ha derrumbado. He huido de una plaza fuerte a otra y he derrochado mis riquezas para conservar la lealtad de mis guerreros, que estaban desertando. Y tú has continuado persiguiéndome y dejando destrucción a tu paso.

Hizo un gesto para abarcar el miserable blocao.

—Esto es cuanto queda, Gilead Lothain. Este último puesto avanzado y esos últimos soldados que acabas de matar. He dedicado la mitad de la vida a planificar mi fortuna, y luego he gastado hasta la última moneda de lo que tenía en el intento de protegerme de ti.

Irguió la cabeza y el curvado cuello para dejar al descubierto la garganta arrugada.

—Bastardo elfo, da el golpe, acaba con mi desdicha.

Gilead tembló y, de pronto, la espada de acero azul se hizo muy pesada.

—¡Hazlo! —dijo el enemigo con voz ronca, y se inclinó más hacia él—. ¡Acaba con tu venganza, y que te lleven los demonios! ¡Concédeme la paz!

Gilead se enjugó la frente con el reverso de una mano.

—¿Quieres que acabe con tu desdicha? El hecho de cortarte el cuello no acabará con la mía, aunque hace diez años pensaba que sí.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Detrás de él, el Oscuro gimoteó.

—¡Acaba conmigo! ¡No me queda nada!

—A mí tampoco me queda nada —respondió sencillamente Gilead—, y vivir con eso es lo que más cuesta.

Afuera, el frío sol de la montaña brillaba a través de los entablados de pino. Gilead clavó la espada en la tierra, una vez en el exterior de la fortificación, y se sentó sobre un madero inclinado.

—¿Se acabó? —preguntó Fithvael, y Gilead asintió—. ¿El enemigo está muerto?

Cuando Gilead sacudió la cabeza Fithvael frunció el entrecejo, pero sabía que era mejor no formular más preguntas.

Se oyó el canto de una alondra de los prados. En algún rincón de las profundidades de la mente de Gilead, persistía un dolor que se negaba a desaparecer.

* * *

Sé con total seguridad que la Torre de Tor Anrok continúa en pie, oculta entre los bosques que rodean la ciudad de Munzig, aunque nadie la ha encontrado jamás. Sus terrenos están descuidados y cubiertos de maleza, y las ventanas se hallan vacías como las cuencas de una calavera. No es más que otra pila de piedras muertas en medio de la naturaleza.

Algunos dicen que queda vivo un último Lothain, el hijo perdido de Cothor, que un día regresará para abrir las antiguas puertas del salón. Dicen que vaga por los más remotos confines del Viejo Mundo como un demonio inmortal con una espada insomne, aullándole su dolor a la luna y guerreando con las tribus que siguen los oscuros caminos del Caos. Hay quien dice que la muerte está en Sus ojos.

Tal vez no sea más que una leyenda. La tierra está llena de ellas.

DOS

El destino de Gilead

No me moveré de aquí hasta que muerte venga a buscarme.

¿Así que queréis oír otras de mis historias?

Bueno, esta tierra está llena de historias, pero a buen seguro que la mayoría de ellas no son más que estúpido parloteo. En Munzig se cuenta que, en los bosques, hay un pájaro mágico que recorre los calveros de las tierras boscosas y canta el futuro con lastimeros trinos mientras va de un claro a otro. Si ya es de noche, se dice también que una sombra oscura merodea agachada por el campo santo y devora el tuétano de los huesos de vivos y muertos. Nodrizas y niñeras, viejos capitanes de la guardia y posaderos, son todos iguales. Disponen de gran variedad de cuentos para entretener a los niños, asombrar a los viajeros de paso e inquietar a los pobladores locales durante las horas nocturnas.

* * *

Lilanna fue el ama de cría de la familia Ziegler, ricos comerciantes de Munzig. Era una mujer regordeta, con el cabello gris cogido en un moño y ropa negra almidonada, que les contaba historias a los hijos de Ziegler cuando los bañaba o a la hora de dormir. Regocijados, ellos se removían en la cama e imploraban «sólo una más». Las mejores eran las de elfos, los pálidos vigilantes del bosque que rondaban por calveros y cascadas.

Lilanna conocía dos buenas historias sobre ese pueblo. La primera hablaba de una torre, la Torre de Tor Anrok, que era más antigua que el tiempo y se hallaba en las profundidades del bosque que había más allá de la población, fuera del alcance de los hombres. Ella insistía en que la torre sólo se hacía visible cuando la luz de las lunas caía sobre ella. Aunque para ser sincera no sabía muy bien por qué era así, tal circunstancia le confería encanto a la historia.

El otro relato hablaba de un estanque. No se conocía con precisión el

emplazamiento del mismo, lo cual hacía que le resultase más fácil añadir detalles a la trama del cuento. El estanque se llamaba Eionthay, según juraba ella, y sus aguas eran quietas y transparentes como el cristal. La anciana contaba que, en tiempos de necesidad, los habitantes de Munzig podían acudir al estanque y pedirles un deseo a los elfos de Tor Anrok, los cuales estaban obligados a ayudarlos; al menos, según ella. Los moradores de la torre del claro de luna habían cuidado de la gente de Munzig durante siglos, y responderían a cualquier petición que se les formulase honradamente. Era su costumbre.

Los chiquillos reían. En aquella casa había cuatro niños: Russ, el mayor, más fuerte y decidido; Roder, el bromista; Emilon, la niña de cabellos dorados, y la pequeña Betsen. Lilanna conocía muchas historias, y los pequeños la adoraban.

Según se dice, el destino de aquellos niños fue más terrible de lo que podría haber inventado cualquier posadero o nodriza, aun en sus momentos más salaces. A Russ lo encontraron clavado a la viga de roble del techo, junto con los demás adultos de la familia. Roder fue asado en la chimenea. Lo único que pudieron hallar de Emilon fueron algunos mechones ensangrentados de sus cabellos de oro. Lilanna, la nodriza, apareció cortada en cinco trozos, al igual que los demás sirvientes de la casa, y todos juntos fueron dispensados, de modo indiscriminado, por el estercolero. Sólo sobrevivió Betsen, que por entonces tenía trece años de edad y se encontraba en la corte de Middenheim, preparándose para ser una de las camareras al servicio de la esposa de Graf.

Regreso para los funerales Era un fantasma pálido y silencioso, a quien cuidaba el príncipe Horgan en su palacio, y no hablaba con nadie.

Fue en una noche de verano cuando, por fin, encontró el estanque. Habían pasado dos años y, a despecho de las repetidas protestas de su guardián, había cabalgado casi todas las tardes y anocheceres hacia los calveros verde esmeralda del bosque. Siempre había creído en las historias que les contaba la anciana nodriza, y entonces eran lo único que le quedaba.

El estanque era profundo y transparente. Se hallaba situado en un claro muy alejado de los senderos más recorridos y estaba rodeado por veinte alerces solemnes. Supo que se trataba de Eionthay en cuando llegó a él.

Betsen desmontó y se envolvió apretadamente con su vestido de terciopelo, tras lo cual se encaminó a la orilla del agua y se arrodilló.

—Pueblo de Tor Anrok, ayudadme ahora. Busco venganza para mi familia, cruelmente asesinada por diversión. No me volváis la espalda.

Sabía que sólo era una leyenda, pero eso no le impidió acudir al bosque noche tras noche.

Dejó en el suelo el hacha de leñador y se arrodilló. Sentía el corazón apesadumbrado. Allí estaba otra vez aquella muchacha humana, arrodillada junto al

estanque de claras aguas, sollozando sus deseos. ¿Cuántas veces había acudido allí? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Cuántas veces había percibido antes su presencia?

Se enroscó dentro del árbol para que no lo viera y se mordió el labio para no responderle como exigía el honor.

Finalmente, ella volvió a ponerse de pie y regresó junto al caballo que la aguardaba. Un momento más tarde se perdió cabalgando en el claro de luna.

Fithrael, último guerrero de la Torre de Tor Anrok, suspiró. Aquello no estaba bien. Si al menos él fuera más joven y fuerte... Pero era viejo y estaba cansado. Hacía muchos, muchos años, antes de la búsqueda de una década y de los desdichados años pasados desde entonces, tal vez habría actuado de modo diferente. Pero entonces no era más que un leñador anciano, que recorría los calveros, atendía los árboles y cortaba leños para alimentar su hogar mientras aguardaba una muerte tranquila.

La Torre de Tor Anrok estaba tan silenciosa y oculta como siempre. La luz diurna, teñida de verde por el dosel de hojas, bañaba sus altas murallas sin par. Vista desde lejos, aún conservaba la belleza, pero de cerca se hacía evidente su decadencia.

Desde la muerte de Cothor, se había convertido en una ruina. Las zarzas cubrían las murallas exteriores y los líquenes manchaban la pálida piedra. Las ventanas se habían podrido y se habían desmoronado hacia adentro, y los pájaros anidaban en los agujeros abiertos entre las pizarras del tejado. Algunas secciones de la muralla se habían hundido, y trozos de translúcidas piedras de talla exquisita habían quedado esparcidos sobre la marga.

Fithrael se acercó a ella con aprensión. Los muchos trucos, trampas y custodias mágicas que protegían los claros de la torre continuaban activos aunque el lugar estuviese muerto, pero no representaban amenaza ninguna para Fithrael. Había morado allí durante la mayor parte de su vida, y como maestro de esgrima se había hecho cargo de mantener esas mismísimas defensas. Sus pies sabían dónde pisar, qué piedras y sendas evitar; sus manos sabían qué glifos debía hacer para anular los encantamientos.

Su aprensión se originaba en lo que podría encontrar allí. Recordaba demasiado bien el día en que él y Gilead habían regresado a la Torre de Tor Anrok tras la larga misión de venganza: la habían hallado abandonada. La desdicha de ese día jamás lo había abandonado. Cothor había muerto —vieron su sepultura en el soto sagrado—, y daba la impresión de que todo resto de vida se había desvanecido de la torre de un día para otro. Los sirvientes de la casa, los guardias, los mozos de cuadra y la vida misma, simplemente, habían desaparecido. El y Gilead buscaron durante un rato, presas de la desdicha, pero no hallaron ni el más mínimo rastro de nadie. La Torre de Tor Anrok había sido invadida por la maleza y estaba deshabitada. Fithrael no había regresado en mucho tiempo.

Puso en el arco una flecha de plumas rojas y avanzó con cautela por el lúgubre

patio. El elfo era casi invisible. Mucho rato antes había guardado su capa color escarlata y se había puesto otra de cazador, de color verde apagado. Su cota de malla de Ithilmar estaba cubierta por una casaca de piel de topo. Recorrió con mirada triste el patio abandonado, donde zarzas y raíces espinosas habían partido las losas del piso. Evocó los días pasados hacía mucho tiempo, cuando los guerreros se entrenaban allí; grandes hombres como Taladryel, Nithrom y el propio Cothor. Y los muchachos, los herederos gemelos.

—¿Gilead? —llamó con voz queda—. ¿Mi señor? —añadió con precaución.

Sólo se oyó silencio, pero él no esperaba obtener una respuesta. Halló a Gilead en la sala del trono, encorvado en la grandiosa silla dorada que había pertenecido a Cothor Lothain. El guerrero elfo, delgado y poderoso, se encontraba dormido con la larga espada colgando de sus manos laxas. El acero de color blanco azulado tenía manchas, y el dorado dragón de la empuñadura había perdido brillo. Cerca se veían bandejas de frutas y carnes pasadas, así como botellas de vino vacías.

—¿Gilead?

Gilead Lothain despertó y se sacudió para librarse de algún sueño terrible.

—¿Fithvael? ¿Viejo amigo?

—Señor.

—Ha pasado mucho tiempo —murmuró Gilead, que tendió una mano hacia una botella que tenía cerca y, al darse cuenta de que estaba vacía, volvió a desplomarse en el asiento.

—Doce lunas desde la última visita que te hice —admitió Fithvael.

—¿Y qué tal va tu vida —inquirió Gilead con aire ausente— en tu pequeña cabaña del bosque? Ya sabes que siempre hay sitio para ti aquí, en la torre.

—No desearía vivir nunca más aquí —respondió Fithvael con amargura.

Miró aquel lugar ruinoso y vio que la gris luz diurna se filtraba a través de espacios abiertos entre las tejas y las paredes. Debajo de cada ventana había cristales rotos. La estancia olía a podredumbre y moho.

—Y sin embargo ¿has venido? ¿Por qué?

—Fiel a nuestro antiguo pacto, el pacto que se estableció con los humanos de la población cercana. Alguien ha acudido al estanque a solicitar nuestra ayuda. Se trata de una muchacha humana. Su situación es grave.

—Esos días han pasado... —dijo Gilead al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

—Así parece —replicó Fithvael con acritud.

Gilead, que captó el tono de la voz del otro, alzó la cabeza con expresión feroz.

—¿Qué quieres decir?

—Deberíamos ayudarla, señor. Era nuestra costumbre, la costumbre del viejo pacto que se estableció mucho antes de los tiempos de tu difunto padre...

Gilead profirió una imprecación en voz baja y le hizo a Fithvael un gesto para que

se marchara.

—Yo ya he hecho mi trabajo. Diez años he pasado vengando a mi hermano. No me moveré de aquí hasta que la muerte venga a buscarme.

—Tu hermano la habría ayudado. Galeth la habría socorrido.

Incluso antes de que esas palabras hubiesen salido de su boca, Fithvael supo que había abierto la vieja herida. Se quedó petrificado, preparado para la acometida.

Gilead se puso de pie, vacilante. La espada deslucida cayó de su mano y repicó sobre el suelo.

—¿Te atreves a hablarme de eso? —siseó, y el siseo se transformó en tos. Gilead tardó un momento en recobrar la voz—. ¡Galeth era uno conmigo, mi hermano, mi gemelo! ¡Éramos un alma en dos cuerpos! ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo, señor —respondió Fithvael a la vez que inclinaba la cabeza—. Eso decían de vosotros...

—¡Y cuando él murió, quedé cortado en dos! ¡La muerte entró en mi alma! ¡Diez años! ¡Durante diez años perseguí al asesino! ¡Busqué venganza! ¡Y cuando lo encontré, ni siquiera ese placer mitigó el dolor de mi corazón!

Fithvael dio media vuelta con la intención de marcharse porque no podía enfrentarse con eso.

Luego, sin embargo, se detuvo. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Lo sorprendió, pero había enojo en su sangre. Se volvió con brusquedad, temeroso de lo que vería. Gilead permanecía de pie e inmóvil. Era mucho más alto que él, y los oscuros ojos hundidos lo miraban con expresión funesta desde el rostro delgado y macilento.

—¡Yo también estaba allí! —le gruñó Fithvael a su señor—. ¡Durante diez años permanecí contigo, hasta el final! ¡Fui el único de tus seguidores que sobrevivió a la empresa! ¿Acaso no sufrí también yo? ¿Acaso no te lo di todo? ¿Los demás murieron por nada?

—Quería decir que... —tartamudeó Gilead.

—¡Y mira en qué se convirtió esta orgullosa casa durante tu ausencia! ¡Todos muertos! ¡Todo convertido en polvo! ¡El orgullo de Tor Anrok se marchitó porque el hijo y heredero estaba perdido en ninguna parte, buscando su propio dolor! ¡La estirpe de Lothain echada a rodar pata tu consuelo!

Fithvael estaba seguro de que Gilead lo golpearía, pero no le importaba. El joven se estremeció; los ojos le ardían de cólera. Fithvael avanzó hacia él, gruñendo.

—¡Me das lástima, señor! ¡Siempre me has dado lástima y he llorado tu pérdida! ¡Pero ahora..., ahora te revuelcas en esa lástima y esperas una muerte que podría no llegar! ¿Un guerrero de tu temple, indolente y perdiéndose cuando otros podrían beneficiarse de tu destreza? Puede ser que ansíes la muerte, pero ¿por qué no usar lo que te quede de vida para ayudar a otros? ¡Ésa ha sido siempre nuestra forma de

proceder! ¡Siempre!

—¡Fuera! —chilló Gilead, que temblaba de furia. Pared con saña los platos y botellas que había desparramados por el suelo, alrededor del trono—. ¡Fuera! —Y se inclinó para recoger una botella y arrojársela a su más viejo amigo.

La botella erró por un metro y se hizo añicos, pero Fithvael no se agachó ni dio un solo respingo mientras salía del salón a grandes zancadas.

* * *

Pasaron cuatro días. Gilead Lothain tuvo poca conciencia de ellos. Dormía o bebía, y lanzaba las botellas vacías a través de las ventanas rotas de la sala del trono para observar cómo se hacían pedazos y destellaban en el patio de afuera. El dolor le latía dentro del cráneo, un dolor que no podía aliviar ni detener. De vez en cuando, le aullaba al cielo por la noche.

Llegó el alba y lo despertó. Yacía al pie del trono dorado de su padre, sucio y con frío. El dolor de su mente era tan tremendo que necesitó unos momentos para darse cuenta de que no era la pálida luz que lo había despertado, sino el frenético graznido de los cuervos.

Con paso tambaleante, salió al parto de la torre. Los oscuros cuervos se encontraban alineados sobre las murallas, donde aleteaban y graznaban. Muchos otros describían círculos en lo alto. Ocasionalmente, uno se precipitaba para picar a la forma acurrucada que yacía sobre las losas de la entrada.

—¡Por los Reyes Fénix! —tartamudeó Gilead al darse cuenta de qué era aquella forma.

Fithvael estaba casi muerto. Había recibido heridas terribles al haber sido atravesada la antigua armadura, y la sangre seca le cubría el cuerpo y los brazos. Gilead alejó las aves carroñeras y lo tomó entre los brazos. Entonces, los ojos del veterano maestro de esgrima se abrieron con un estremecimiento.

—¿Quién te ha hecho esto? —murmuró Cucad—. ¿Qué has hecho, viejo amigo? Fithvael parecía incapaz de hablar.

—¿Me has..., me has avergonzado, Fithvael? ¿Has ido a ayudar a la muchacha humana?

Fithvael asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Eres un estúpido viejo testarudo! —imprecó Gilead.

—¿Y... yo, señor? ¿Te... testarudo? —logró decir Fithvael. Gilead lo tomó en brazos y lo llevó al interior de la torre.



La población amurallada de Muuzig como tal vez he dicho ya, está situada en el rompecabezas de los Reinos Fronterizos del sur del Imperio, en los bosques que hay al pie de las Montañas Negras. Es de casas de madera con tejado a dos aguas y está rodeada por murallas altas. Altivo y orgulloso, el palacio del príncipe de Munzig se alza en un promontorio de roca que domina la ciudad comercial, con buena vista sobre el río Durich y los senderos que ascienden allende éste, hacia el paso del Fuego Negro.

Betsen Ziegler había vivido en ese palacio durante los dos años pasados desde su regreso para los funerales. Tenía sus habitaciones en el ala oeste, donde no había hecho otra cosa durante meses que dormir con sueño inquieto y llorar. Los criados del palacio estaban preocupados por ella. Sólo tenía quince años, pero su mente y la postura de su cuerpo eran de alguien mucho mayor. El dolor hace eso con las personas. El dolor y la aflicción.

Tras pasar el primer año en el palacio, comenzó a pedir que le llevaran libros y a salir por la ciudad para renovar amistades con aquellos que habían conocido a sus familiares perdidos. Al anochecer, le gustaba sentarse en la hierba del jardín del palacio para leer.

Aquel atardecer en concreto, los aromas del jardín que la rodeaba eran fuertes y embriagadores, y el libro permanecía sin abrir sobre el banco, junto a ella. El antiguo, el extraño leñador elfo de ojos bondadosos y voz dulce que se le había aparecido junto al estanque, le había prometido muchas cosas, pero, no obstante, no había tenido noticia ninguna. Comenzaba a creer que el encuentro no había sido más que un sueño. Una noche más, y luego se escabulliría del palacio al anochecer y regresaría al estanque.

La brisa movió los dulces aromas del espliego y la mejorana que la envolvían. Comenzaba a refrescar. Estaba a punto de levantarse para entrar en el palacio cuando se dio cuenta de que había alguien detrás de ella. Una silueta alta y delgada, como una sombra, la estaba observando. La muchacha profirió una exclamación ahogada y se sobresaltó.

—¿Quién...?

La silueta avanzó hasta la luz, y al principio ella pensó que el elfo anciano había regresado. Pero no era él. Mientras que su misterioso guardián parecía bondadoso y nada tenía de amenazador, éste era delgado y poderoso, y su noble semblante pálido tenía un aspecto casi cruel. Su mirada extraña la atravesó como un hierro candente. Llevaba una capa de color escarlata y, debajo, se adivinaba una complicada armadura. En verdad, parecía una criatura del mundo de los sueños.

Le habló en un idioma musical que la muchacha no comprendió, y luego volvió a hablar, tras chasquear la lengua suavemente para sí.

—Por supuesto. Debo emplear el pesado idioma humano. ¿Eres Betsen Ziegler?

A pesar de sí misma, la muchacha asintió con la cabeza.

—¿Quién eres tú?

—Soy Gilead Lothain, el último de mi estirpe. Me han dicho que acudiste a Eilonthay para pedir que mi pueblo te ayudara.

Ella volvió a asentir.

—Otro guerrero respondió a mi ruego y dijo que me prestaría auxilio —comenzó ella—. No comprendo por qué...

Él la hizo callar.

—Fithrael es un alma valiente, pero sus años de lucha han pasado ya. Me ha pedido que me haga cargo de tu ruego y lo lleve a término.

—Yo... te doy las gracias por ello —replicó Betsen, aún nerviosa.

—Recoge tus cosas y una montura, y escabúllete del palacio cuando haya caído la noche. Te esperaré al otro lado de la puerta de la ciudad.

—¿Por qué? No puedes simplemente...

—Tu misión tiene que ver con la venganza, según me han dicho. Yo lo sé todo sobre la venganza. Debes acompañarme.

Ella parpadeó y se esforzó por formularle otra pregunta, pero él había desaparecido.

* * *

Entre los árboles oscuros que había a cien metros de la puerta de la ciudad, Gilead esperaba a la muchacha montado en un esbelto corcel de guerra. Betsen cabalgó hasta él se reunieron bajo las ramas de un viejo olmo, que, movido por la brisa nocturna, susurraba.

—¿Estoy soñando todo esto? —preguntó la joven.

—Los humanos, a menudo, soñáis con mi pueblo porque no creéis en nuestra existencia. Pero yo existo. Estoy vivo. De eso, al menos, estoy seguro. Comencemos.

La muchacha era inteligente y de ingenio rápido, y eso sorprendió a Gilead, que nunca se había sentido muy impresionado por la destreza mental de los humanos, aunque no había tenido muchos tratos con ellos a lo largo de los años. Cuando Betsen le habló del crimen cometido contra su familia, del terrible asesinato perpetrado, él experimentó una dolorosa punzada de compasión, que también lo sorprendió. Una vez que acabó de darle cuenta de los asesinatos, Betsen guardó silencio durante largo rato. Gilead se sorprendió observándola. Tenía quince años; era joven, incluso según

la escala temporal desdichadamente corta de los humanos. También era bonita, al estilo común de los humanos.

Luego, Betsen comenzó a explicarle lo que había descubierto a lo largo de los dos años pasados desde el asesinato, y él se sintió impresionado por tercera vez. Se habría necesitado una gran cantidad de agudeza e ingenio, por no hablar de valentía, para burlar aquella inteligencia. Allí estaban los hechos como ella los conocía y como se los había contado a Fithvael, los hechos que habían lanzado al veterano elfo hacia su desdichada derrota. En ese momento, se los repitió a Gilead.

Había un señor comerciante, llamado Lugos, que moraba en una antigua mansión fortificada, a unos quince kilómetros de Munzig. Era viejo y muy rico, algunos decían que tan rico como el propio príncipe, y otros, que lo era más aún. De hecha, nadie podía explicarse de qué modo un comerciante, aunque fuese un hombre tan próspero y con tanto éxito como Lugos, había logrado amasar una fortuna tan enorme. Y también tenía ambiciones de corte. Los Reinos Fronterizos siempre tenían sitio para otro conde, otro duque.

Los rumores más extendidos decían que Lugos se había pasado al bando de la Oscuridad, que se había puesto a manejar fuerzas que no comprendía y que no debería haber dejado en libertad. Aunque probablemente se trataba de un hechicero casado con el mal, no había pruebas de ello. Nadie, excepto tal vez la propia Betsen, se había atrevido jamás a buscarlas. Lugos era un hombre respetado y poderoso. Tenía una milicia privada que rivalizaba con las guarniciones de algunas poblaciones pequeñas. Su mansión era una fortaleza, y contaba con el favor de poderosos hombres de la corte.

Betsen sabía que su padre, que había sido un comerciante joven y prometedor, había entrado en tratos con Lugos en un intento de expandir su negocio. Lugos le había dado formación, como todos los buenos señores comerciantes hacen cuando encuentran un socio ansioso por aprender y prosperar. Betsen creía que, en el curso de aquellos tratos comerciales, su padre se había enterado de demasiadas cosas acerca de Lugos, y este último había decidido silenciarlo. Y lo había hecho de la manera brutal que habían decidido sus atroces señores.

La mansión era, en efecto, una fortaleza; un gran edificio de piedra negra con buenas murallas y torres de vigilancia en torno al perímetro.

Gilead la observó mientras permanecía oculto por la línea de árboles. No necesitaba pruebas materiales del mal que la habitaba, al menos no como parecían necesitarlas los humanos. Podía percibir cómo la vil inmundicia del lugar rezumaba hacia él. De haber encontrado aquella construcción en circunstancias diferentes, no habría precisado las instancias de la muchacha para experimentar la necesidad de destruirla. Era una afrenta contra la naturaleza del mundo.

—Quédate aquí —le indicó a la joven humana al mismo tiempo que le entregaba

una ballesta ligera—. Te mandaré llamar cuando llegue el momento. Esta arma está cargada. En caso de necesidad, apunta con cuidado y aprieta aquí. Aunque no creo que vayan a molestarte. Los mantendré ocupados.

—¿A solas? —inquirió ella.

—A solas —asintió el elfo, cuyos ojos se veían oscuros en las sombras—. Les ajustaré las cuentas en solitario.

—Me refería a mí —le contestó ella, furiosa.

—Estarás a salvo —repitió Gilead, sorprendido por el tono de la voz de ella. Hablaba de manera cortante, mucho más de lo que habría esperado de un mero ser humano.

Se dispuso a avanzar con el caballo, pero ella lo detuvo.

—Tu..., el otro... ¿Fithvael? Él me habló de ti. De tu dolor y pérdida y... de todo lo que has pasado.

—No debería haberlo hecho —replicó Gilead, cuyos rasgados ojos eran oscuros e insondables—. No es cosa de humanos.

—Me lo contó para que yo comprendiera por qué era él quien se hacía cargo de esta misión y no su señor, el gran guerrero.

Gilead permaneció en silencio.

—Lo entiendo —se apresuró a decir ella—. Entiendo que tu dolor fuese tan enorme que no desearas involucrarte en el dolor de otro. ¿Que..., qué te hizo cambiar de idea?

—Se me recordó el antiguo deber que los míos decidieron asumir. Eso me hizo cambiar de idea.

—Él dijo que sólo querías morir.

—Y es verdad.

—Pero también dijo que pensaba que deberías dedicar tu vida a ayudar a otros hasta que llegara la muerte.

—Dijo muchísimas cosas.

—Supongo que sí —replicó ella, sonriendo—. ¿Te sientes incómodo?

—No —mintió él, que aprovechó el tosco idioma humano para ocultar sus sentimientos.

—En cualquier caso, creo que tenía razón. Ni siquiera una vida de dolor puede desperdiciarse. ¿No te parece?

—Tal vez... Estoy aquí, ¿no? —respondió Gilead tras una pausa.

—¿Y qué vas a hacer con tu vida cuando esto haya acabado?

Gilead espoleó el caballo.

—En primer lugar —respondió—, veré si habrá una vida cuando esto haya acabado.



Había ensuciado con ceniza la hoja del cuchillo para que no se reflejara en ella el claro de luna. Cortó cuatro gargantas y se deslizó entre las placas traseras de tres armaduras mientras su mano izquierda acallaba los gritos. Hacia medianoche se encontraba ya al otro lado de la muralla; su sombra corría a lo largo del foso en dirección a la mansión.

Había una ventana alta situada directamente encima del foso interior. Tras detenerse para ocultarse de otro guardia que pasaba, Gilead cogió una cuerda de seda que llevaba colgada y, con un lanzamiento diestro, enlazó un canalón de agua. La piedra de la pared era negra, completamente vertical, y estaba húmeda a causa del fango y el musgo. Sin embargo, sus pies encontraban apoyos para las puntas mientras los brazos lo izaban.

En el antepecho de la ventana, volvió a enroscar la cuerda y sacó la larga espada. Desde el salón que había debajo de él, le llegaban canciones y algarabía festiva, llanto de violines y flautas, y tintineo de copas.

—Ahora —jadeó para sí.

Se dejó caer hacia el interior y aterrizó en medio de la mesa principal, donde el leve golpe sordo bastó para detener la fiesta de manera súbita. Había treinta personas presentes en el salón: nobles, mujeres, sirvientes, guerreros y músicos, y todos contemplaban con aire consternado al guerrero armado que había aparecido entre ellos.

A la cabecera de la mesa se encontraba sentado Lugos, un viejo humano apergaminado y vestido con ropas de color amarillo, que sonrió.

—¿Otro elfo? —preguntó con una risa entre dientes—. Dos en una semana. Me siento honrado.

Les hizo un gesto con la cabeza a sus hombres, que ya estaban avanzando y desenvainando las espadas. Los sirvientes y las mujeres retrocedieron con temor.

—A ver si podemos matar del todo a éste. Detestaría que lograra escapar y se desangrara en los bosques, como el otro.

Gilead se sintió atónito por la cruel alegría que había en el semblante de Lugos.

Lo acometieron, pero no se puede embestir a alguien que, de repente, se mueve con la velocidad de una sombra. Gilead estaba, bruscamente, en una docena de lugares a la vez, y su espada silbaba al asestar velocísimos tajos. Dos cayeron, y luego otros cuatro. Se oían alaridos y gritos, el estrépito de las armas que caían, el goteo de la sangre.

Lugos frunció el entrecejo al observar la matanza que se desarrollaba ante él. Se volvió hacia un ayudante, que se encontraba de pie, tembloroso, a su lado.

—Despierta a Siddroc.

—Pero, señor...

—¡Despiértalo, he dicho! ¡Éste es un demonio, mucho más que el estúpido anterior! ¡Despierta a Siddroc, o estamos todos acabados!

Gilead asestaba un golpe a izquierda y una estocada a derecha. Cercenó un brazo que blandía una espada y decapitó a otro guerrero que estaba detrás de él. Las espadas volaban alrededor del elfo como gansos espantados que alzaran el vuelo, y algunas se hacían trizas contra su larga espada como si hieran espejos. Otras rebotaban; él las paraba, y entonces la antigua espada lanzaba una estocada por debajo de la guardia del enemigo.

Gilead se regocijaba. Había pasado tanto tiempo, tanto desde la última vez que había sentido el ardor de la determinación... El brazo con el que blandía el arma y su alma de guerrero habían estado durmiendo. Giró otra vez, lanzó golpes y estocadas, y acabó con todos.

El elfo se volvió con los ojos brillantes y la espada teñida de rojo, y se encaró con Lugos desde el otro extremo de la larga mesa. Los únicos sonidos que se oían eran el crepitar de los leños en el fuego, los gemidos de los que aún no habían muerto y el goteo de una botella de vino derribada, cuyo contenido aún estaba vaciándose.

—¿Eres Lugos? —preguntó Gilead.

—Eso espero —replicó el humano con calma—, ya que de lo contrario habrías hecho una matanza terrible en el salón de otra persona..., elfo. —Pronunció la última palabra como si fuese una imprecación.

Gilead avanzó.

—Habla antes de morir. Confiesa la naturaleza de tus crímenes.

—¿Crímenes? ¿Qué pruebas tienes? Créeme, elfo, los mejores del Imperio te perseguirán por esta afrenta contra mi hacienda. Los Caballeros del Lobo Blanco, los Caballeros Pantera..., te perseguirán y te harán pedazos como a un asesino.

—Esas cosas no me asustan. Puedo oler el mal en este lugar. Sé que eres un adicto a los caminos oscuros. Conozco tus crímenes. ¿Los confesarás antes de que te haga pagar por ello?

Lugos alzó su copa y bebió. A Gilead le parecía que estaba casi sobrenaturalmente sereno para tratarse de alguien de una frenética raza de corta vida.

—¡Hummm!, veamos... Cuando era mercader viajé hasta lugares muy lejanos y traté con numerosos comerciantes para comprarles muchos objetos valiosos. Un día llegó a mis manos un collar. Estaba finamente labrado y era muy viejo, obra de algún lugar antiguo. ¡Dado que me gustó su aspecto, me lo puse en torno al cuello! —El rostro de Lugos se ensombreció—. Estaba maldito, maldito por los Poderes Oscuros del Caos. De inmediato, me convertí en su esclavo.

Se abrió la blusa y le enseñó a Gilead los eslabones metálicos enterrados en tejido cicatricial alrededor, del cuello. Gilead guardó silencio.

—Como ves, no tengo elección. Merezco un poco de compasión, ¿no te parece?

Gilead continuó sin hablar.

—Hay más. Desde que quedé maldito, he ordenado incontables sacrificios humanos, ha asesinado a docenas de inocentes, he dispuesto una muerte espantosa para cualquiera que se interpusiese en mi camino...

—¡Eres un monstruo! —dijo Gilead, sin más.

—En efecto, ¡lo soy! —asintió Lugos con una vigorosa carcajada—. Y lo que es más, soy un monstruo que te ha mantenido distraído con la charla...

Las puertas del otro extremo del salón, que estaban situadas detrás del comerciante, se abrieron con brusquedad, y entró un gigante que resollaba y arrastraba los pies. Era una cosa enorme e inhumana, recubierta totalmente por una armadura provista de puas, del color verde de los charcos estancados.

Gilead se quedó petrificado. El mal en estado puro emanaba de la criatura. Tenía la visera echada hacia atrás y parecía estar comiendo, masticando trozos de carne sanguinolenta con sus grandes mandíbulas. Un hedor repugnante, colmó la estancia.

—¡Éste es Siddroc! —dijo Lugos—. Es mi amigo. Mi guardián. Los Señores Oscuros me lo proporcionaron para mantenerme a salvo. —Se volvió para mirar a la descomunal criatura y chasqueó la lengua con aire melodramático—. ¡Ay, Siddroc! ¿Te has comido a otro de mis ayudantes? ¡Ya te he hablado de eso! —La criatura volvió su enorme cabeza y gruñó—. Muy bien... Este intruso me ha causado muchísimos problemas. Deshazte de él y te daré toda la carne que puedas comer.

Con un gruñido reverberante, la criatura avanzó arrastrando los pies al mismo tiempo que arrojaba a un lado los últimos despojos del desafortunado ayudante. Con la mano derecha hacía girar una cadena en cuyo extremo había una bola provista de pinchos, del tamaño de la cabeza de Gilead. En la izquierda tenía una cuchilla curva que rodeaba sus carnosos nudillos con púas.

Gilead se apartó de un salto cuando el primer golpe descendió y destrozó la mesa. Al aterrizar, rodó a un lado con gran rapidez en el momento en que otro golpe hacía pedazos las losas de piedra donde él había caído. A despecho de su tamaño descomunal, aquella cosa abominable era veloz. El elfo se desplazó a un lado para esquivar otro golpe y atacó con su propia arma, pero la larga espada rebotó sobre el hombro acorazado de la criatura y produjo un agudo tintineo.

El ser llamado Siddroc hizo perder el equilibrio a Gilead con un golpe lateral, y luego la parte plana de la cuchilla lo lanzó por el aire mientras la sangre manaba de un tajo abierto en la línea de la mandíbula. Aterrizó sobre el hogar, destrozando dos violines que los músicos habían dejado allí en su prisa por huir. Apenas tuvo tiempo de levantarse y apartarse antes de que la bola de púas destrozara un banco y el guardafuego de hierro.

Gilead volvió a lanzarse hacia adelante una vez más en un intento de encontrar

una abertura en la guardia del enemigo. Esa vez, su amada espada de acero azul chocó contra la cuchilla y se partió; Gilead se quedó con unos treinta centímetros de hoja dentada. La criatura comenzó a aullar —tal vez reía; era imposible saberlo— y cargó contra el elfo.

Gilead pensó con celeridad. Se enfrentaba con una muerte segura a menos que intentara huir, pero la muerte... ¡La muerte era lo que él deseaba! En ese momento, podía hacer cualquier cosa, ya que, aun en el caso de que fracasara, se vería recompensado con aquello que más ansiaba. La calma se apoderó de él.

Gilead hizo lo que Siddroc menos esperaba. Se enfrentó a la carga, lanzándose de cabeza. El extremo desigual de la hoja partida penetró a través de la rendija de la visera de Siddroc. Se oyó una detonación neumática y el ruido del hueso al partirse, y un icor maloliente manó por las junturas del cuello. Con un alarido monstruoso, la enorme criatura se desplomó.

Gilead se levantó para apartarse del gran corpachón que se estremecía.

«Una vez más —advirtió con fastidio—, la muerte ha decidido ponerse de mi parte».

Cuando miró a su alrededor, Lugos había desaparecido.

Gilead le dio alcance en el patio principal de la mansión. Las puertas estaban abiertas, y los sirvientes, presas del pánico, huían llevándose lo que podían. Gilead hizo caso omiso de los humanos, como lo habría hecho de un rebaño de ovejas.

Lugos estaba boca abajo sobre la tierra, ensartado por una flecha de ballesta, y Betsen se erguía junto a él.

—Es él, ¿verdad? —le preguntó al elfo, temblando de pies a cabeza.

—Sí —fue la simple respuesta de Gilead—. Y aquí tienes tu venganza cumplida.

Ella alzó la mirada hacia él, con los ojos inundados de lágrimas.

—Gracias..., pero en absoluto me parece suficiente.

—Nunca lo parece —replicó Gilead Lothain.

* * *

Y para Gilead, en realidad, nunca lo parecería, aunque, durante un corto tiempo, la determinación de la muchacha humana, Betsen, lo había sacado de su oscura desesperación. Posó los ojos por última vez en el trono dorado de su padre. Minutos antes había depositado una guirnalda de rosas silvestres, de un tono tan escarlata como la antigua librea de la Casa de Lothain, sobre la sepultura de Cothor.

Se llevó pocas cosas de la torre: unos cuantos abalorios y recuerdos, tres o cuatro de los libros más antiguos de la ruinoso biblioteca de Taladryel y las últimas botellas del raro vino añejo de los elfos que había en la bodega. Sus propios objetos personales

eran pocos.

La larga espada de su padre era un objeto regio; la guarda de platino tenía incrustaciones de rubíes. Pero no era para él y la dejó cerrada con llave en su cofre, en la habitación de Cothor, donde aún permanece, según creo. Gilead escogió un arma más adecuada para reemplazar a la preciosa espada larga que quedó, rota, en el salón de Lugos: la espada de Galeth. Era gemela de la suya propia: un arma larga y delgada, hecha de acero azul y con picos de dragón que radiaban de la empuñadura, donde se engarzaba un rubí solitario.

Gilead hizo un último gesto silencioso con la cabeza para despedirse de Tor Anrok, salió al patio de la casa y avanzó hasta su caballo.

Fithrael, ya montado en su corcel, lo observaba desde un extremo del patio. Se le veía inclinado sobre un costado para mitigar el dolor de las heridas en proceso de curación.

—Nunca pensé... —comenzó.

Gilead subió con agilidad a la silla del caballo y tomó una mano del anciano elfo.

—El pasado está muerto, Fithrael. Ya no existe. Eso me lo enseñaste tú. No sé qué me espera en el futuro, pero continuaré adelante..., hasta que, por fin, halle la muerte.

—En ese caso, déjame cabalgar contigo hasta que llegue ese día —pidió Fithrael con voz queda.

Espearon los caballos y se alejaron internándose en la bruma matinal. Detrás de ellos, la Torre de Tor Anrok quedó abandonada. Guardada por sus antiguos encantamientos y protecciones, envuelta en el misterioso bosque que sólo podría penetrar la destreza de un elfo, nunca más volvería a ser contemplada por ojos humanos.

TRES

La decisión de Gilead

¡Hay demasiada magia en este lugar!

¿Que adonde fueron después de eso?

Veo que he despertado vuestra curiosidad. Pasadme la bota de vino y dejadme pensar. Las historias han permanecido en mi mente durante cincuenta años, y antes de eso ya eran antiguas. Aletean en torno a la seca buhardilla de mi cráneo, a la espera de que las deje salir otra vez. Sólo recuerdo algunos fragmentos. Perdonadme.

Tras marcharse de Tor Anrok por última vez, Gilead y Fithvael iniciaron un viaje casi sin destino, adentrándose en el mundo. Hubo algún incidente con una grandiosa bestia cornuda que se hallaba en los territorios salvajes que hay al este de Marienbeg, pero he olvidado los detalles. Y también hubo un encuentro con bandoleros, según recuerdo; se dedicaban al bandidaje en los altos pasos que hay a este lado de Parravon. No vivieron lo bastante como para lamentar el error de haber detenido a dos jinetes solitarios.

¿Qué más? ¡Maldita sea mi memoria, que se ha vuelto rancia! Esperad..., esperad... ¿Dos estaciones enteras bajo tierra? ¡Sí, en catacumbas oscuras para guerrear contra los hombres rata! ¿Qué hechos sucedieron allí! ¿Qué historia! Pero he jurado no contarla jamás en su totalidad. Algunos relatos contienen una maldición, y éste es uno de ellos.

Por lo que cuentan las historias, ésa fue una época mejor para Gilead Lothain, a despecho de los peligros. Pensad que la suya era una vida herida la muerte de su gemelo, la desolación de los diez años pasados en busca de venganza, la desdicha y el abatimiento que siguieron. Pero su compañero, Fithvael, le había proporcionado la salvación de un rey: primero, al incitarlo a dar caza al comerciante maldito Lugos, y después al persuadirlo para que abandonara su ruinoso casa natal, donde nada había, excepto fantasmas. El vagar de ambos le dio un propósito a Gilead, ya fuera luchando contra bandidos, bestias o los inmundos skavens. En su misión había suficiente valor, combate y justicia para conjurar a la fría mano de la muerte que se tendía hacia él desde el otro lado del abismo, aquella estrecha y antigua conexión que tenía con

Galeth y que entonces persistía y tocaba su alma de muerte.

Los dos compañeros compartían un cierto grado de felicidad, camaradería, empeño. Fue una época digna. No obstante, el corazón de Gilead aún estaba manchado y oscurecido, y la desdicha que acosaba su vida no permanecería alejada por siempre. ¡Ay, sí, fue una época digna! No duraría, y una vez que concluyera, jamás se repetiría. ¡Dioses misericordiosos, sabía que estaba en mi cabeza! Ahora recuerdo lo que aconteció después. Llenad vuestro vaso, poneos cómodos y os contaré la historia de lo que sucedió. Pero os advierto: no tiene un final feliz.

Primero debo hablaros de la voz.

* * *

La voz había comenzado a llamarlo poco después de que Gilead volviese la espalda a Tor Anrok. Al principio, era tenue como una gasa, y él la oía fugazmente, sólo una vez, y no volvía a llamarlo durante varios meses; era un muy infrecuente susurro reprobatorio en lo más profundo de la noche. A lo largo de los meses y los años, no obstante, creció y se hizo más fuerte y frecuente. Al principio, parecía ser la voz de su padre; luego, la de su hermano. Después, se transformó en una única entonación ligera como el cristal dentro de su mente: la voz de una mujer elfa. Llegado un momento, se convirtió en una voz que Gilead tenía la sensación de haber conocido desde siempre, una voz del pasado y del futuro.

Para entonces, Gilead había decidido buscar a los que quedaran de su raza. El veterano Fithvael, a su lado día y noche, creía en secreto que aquélla sería una búsqueda estúpida. La raza antigua había abandonado aquellas orillas; sus espacios habían sido usurpados por la tosca humanidad de corta vida y por las repugnantes razas subhumanas. Pero le siguió la corriente a su compañero porque la idea de la búsqueda calmaba a Gilead y lo tornaba anhelante, curioso y decidido. Le devolvía la vida, y Fithvael se sentía profundamente agradecido por ese pequeño consuelo. Como creo haber dicho ya, fue una buena época para ambos.

Cuando comenzó a oír la voz con mayor frecuencia, Gilead descubrió que encaminaba sus pasos en dirección a ella. Acompañado por Fithvael, llegaron a una enmarañada región de las profundidades de Drakwald, en la que nadie vivía por temor a los hombres bestia. Sólo entonces dudó Fithvael, pero Gilead estaba decidido. En alguna parte de las proximidades había alguien de su raza, alguien con el poder de entrar en su mente y guiarlo. Seguiría esa voz hasta la muerte si era necesario.

En ese momento, la voz femenina colmaba los sueños de Gilead durante las largas y oscuras noches. Cuando llegaba a su mente, él le daba la bienvenida con alegría. Desde que la promesa de su joven vida le había sido arrebatada, no había visto nada

en su futuro. Tenía la impresión de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había soñado como lo hacen los jóvenes: sueños de deseo, de una amante, de una esposa, incluso de un heredero. La voz que entraba en su mente le hacía sentir de nuevo que eso era posible.

Avanzando por el enmarañado bosque, cada día se concentraba sólo en seguir la voz con el fin de dar con su dueña. Ni una vez pensó en lo que podría suceder después de que encontrara a la mujer elfa que lo llamaba.

—¿Hoy aún continuaremos hacia el este? —se atrevió a preguntar Fithvael una mañana mientras levantaban el campamento y se preparaban para marchar.

—Iremos hacia el este hasta que me indiquen lo contrario —replicó Gilead.

—¿Y qué buscamos al este?

—Una vida —replicó Gilead al mismo tiempo que montaba sobre el corcel y hacía girar la cabeza del animal hacia la ruta escogida.

Fithvael no siguió con aquella conversación, al igual que no lo había hecho con las entabladas durante las semanas anteriores. Había comenzado a desconfiar del ansioso propósito que animaba a su amigo. Durante mucho tiempo se habían limitado a vagar ociosamente, a veces avanzando un poco, otras describiendo enormes círculos en un área remota. Entonces, Gilead parecía saber con precisión hacia dónde iba, pero no le había proporcionado a Fithvael ninguna información. El viejo guerrero conocía bien las extravagancias de la mente de su compañero cuando ésta estaba alterada. Sin embargo, en ese momento Gilead mostraba una especie de serenidad aparejada con una energía bien canalizada, muy diferente del frenesí asesino que Fithvael, a menudo, había temido que apareciera en el elfo más joven.

Así pues, el veterano guerrero siguió a Gilead y dejó para mejor momento las preguntas.

Dos días más tarde, en la hora en que los colores del bosque se transforman en un único tono de gris apagado y uniforme al disminuir la luz, Gilead se volvió hacia su compañero. No podían ver el rostro del otro en medio de la oscuridad, pero Fithvael percibió la emoción que recorría el cuerpo del joven.

—Ya estarnos muy cerca —comentó Gilead, como si eso lo explicase todo.

—¿Cerca de qué? —inquirió Fithvael.

—No de qué —replicó su amigo—, ¡sino de quién! ¡La voz que nos llama!

Dicho eso, espoleó el caballo y se lanzó a través de las profundas sombras grises de las boscosas tierras vírgenes. Fithvael percibió el aroma de la marga levantada por los cascos del caballo, el musgo, la podredumbre de la corteza de los árboles. Oyó el crujido de la madera vieja, el resuello de los jabalíes a unos cien pasos de distancia, el rumor de los lustrosos escarabajos entre las hojas del suelo. Pero no oyó ninguna voz, excepto la de su propio corazón, que le decía: «Da media vuelta ahora mismo y deja que el joven estúpido siga con su búsqueda».

Fithvael acarició la crin de su caballo, dejó suelta la espada dentro de la vaina y, sabiendo que probablemente lo lamentaría, se lanzó al trote tras Gilead.

* * *

Su nombre era Níobe. Se encogió todo lo posible dentro de la sucia y hedionda habitación donde la habían arrojado.

No se atrevía a abrir los ojos por temor a lo que pudiese ver a su alrededor. Se concentró todo lo posible en el intento de no oír los gritos de sus compañeros de cautiverio, los alaridos y aullidos inhumanos que le colmaban los oídos y resonaban dentro de su cabeza. Intentó aislarse de los profundos gruñidos de sus bestiales guardias. Cerró su mente a todo lo que había visto y hecho.

No le sirvió de nada. Los hipnóticos y carismáticos encantos de Iré corrían por su alma como veneno en la sangre. Sabía qué estaba haciendo el y por qué la había llevado allí..., a ella y a los otros.

No podía hacer nada más que encogerse todo lo posible, cerrar los ojos, aislarse de los sonidos... y llamar.

Cuando Iré y su raza de abominables hombres bestia la habían arrastrado por primera vez hasta aquel lugar, con aquella arquitectura que confundía los sentidos y aquel hedor espantoso, había separado una parte de su mente. La había encerrado herméticamente y había dedicado todas las energías que había sido capaz de reunir al aislamiento de la misma.

Sabía que Iré estaba usando la magia de ella, cosechándola y dedicándola a algún oscuro propósito. Y sabía que si él lograba absorberle todos sus poderes arcanos, no le quedaría nada con lo que luchar ni con lo que lanzar una llamada al mundo.

Su magia mental siempre había sido potente, incluso cuando aún era un bebé. Eso había hecho que fuese un ser bendecido y especial en la torre de su padre. Por ello, había sido capaz de apartar una porción diminuta de esa magia y la había usado para enviar un ruego de auxilio. Si había alguien de su raza en un radio de mil leguas del punto en que se hallaba, cualquiera de la raza antigua dispuesto a escuchar, el ruego le llegaría y, tal vez, lo conduciría a su rescate. Ya había pasado demasiado tiempo — meses, años incluso— a solas en la oscuridad, mientras su magia continuaba mermando al ser drenada por el enemigo. Sin embargo, volvió a llamar, pues sabía que no pasaría mucho antes de que se viese incapacitada para continuar haciéndolo.

* * *

La voz resonó en la mente de Gilead una vez más.

Conforme avanzaban, los árboles de Drakwald crecían más juntos. Entonces se encontraban en la zona más antigua de la vasta maraña de árboles añosos, una tierra oscura y formidable, que había sido así desde la aurora de los tiempos. Era un bosque eterno, cuyos calveros prehistóricos habían permanecido intactos durante cien mil generaciones. Oscuro y deforme, olía a rancio, y retorcidos troncos y ramas caían al ser tocados, esponjosos y putrefactos. Con su denso sotobosque, las profundidades sin sendas de aquellas tierras podrían hacer que el más diestro explorador se perdiera y quedase perplejo, y en el aire había un constante olor a miedo subhumano.

Y a pesar de todo, Gilead se sentía lleno de energía, vigoroso y preparado para cualquier cosa, pues la hermosa voz de la mujer elfa lo animaba a continuar.

Hacía mucho que el cielo había quedado oculto por el dosel de hojas que formaban un manto opresivo y espeso muy en lo alto. Las ramas se arqueaban como una bóveda por encima de sus cabezas, y la atmósfera era oscura y húmeda. El olor a vegetación mojada y los crujidos del bosque colmaban el aire. Los dos jinetes se detuvieron y prestaron atención para ver si oían los familiares sonidos de los pájaros y las criaturas que normalmente poblaban el sotobosque. Pero esa parte de Drakwald estaba muerta; allí no podía sobrevivir nada que no fuese la vida más primitiva.

Fithrael se sobresaltó cuando los corceles se pusieron nerviosos de pronto, atiesaron las orejas y se les dilataron las fosas nasales. El olor dulzón del sudor de los caballos ascendió desde los estremecidos flancos, y comenzaron a patear el suelo, ansiosos por continuar adelante.

Los jinetes habían llegado a una alta muralla de denso follaje, una espesa barrera de retorcidas ramas negras con hojas lustrosas de color verde oscuro, que olía a cadáveres en descomposición. Desmontaron y se aproximaron al obstáculo; la brisa lo estremecía como a un ser vivo y parecía extenderse hacia ellos casi como si intentara rodearlos. El susurro de las hojas y las ramas se transformó en un estruendo de crujidos al esforzarse la vegetación de la barrera por crecer para hacerse más espesa y alta alrededor de ambos.

—Aquí hay demasiada magia —dijo Fithrael al mismo tiempo que intentaba librarse de la inquietud que sentía.

—Y en mi mente hay magia elfa. No tenemos nada que temer —replicó Gilead mientras se armaba con el par de armas que siempre llevaba a los lados.

Gilead descargó golpes sobre la barrera vegetal, y ambas armas zumbaron en el aire y penetraron en las hojas y las ramas que tenía delante. Al morir, las hojas se elevaron y quedaron flotando, donde agonizaron, se tornaron marrones y se marchitaron antes de convertirse en polvo y desaparecer. Las ramas cortadas gritaron y se retorcieron en estertores de muerte a la vez que escupían una savia pegajosa y marrón, que quemaba la garganta de ambos compañeros.

Fithvael tosió y jadeó mientras arrancaba una tira de tela de su camisa para cubrirse la boca con ella. Pero Gilead continuó luchando sin hacer caso de la trabajosa respiración que le raspaba la garganta ni de los puntos de su atuendo que ardían sin llama donde la savia ácida había comenzado a corroer la tela.

Fithvael pudo respirar con mayor facilidad a través de la improvisada máscara y, tras armarse, se agachó bajo el brazo de la espada de Gilçad, que cortaba como una guadaña, para unirse a la refriega. Mientras los dos continuaban cortando la oscura muralla, ésta se retorció y crecía alrededor de ellos, hasta que llegó un momento en que pudieran sentir que las nuevas ramas les rozaban la parte posterior de las piernas.

—¡Más deprisa! —gritó Gilead sin dejar de cortar pese al estrecho espacio que les quedaba.

Al trabajar ambos guerreros de forma coordinada, comenzaron a destruir la barrera a una velocidad superior a la que ésta podía crecer. Fithvael asestaba golpes rápidos y potentes junto a su amigo, intentando cortar los brotes nuevos que aparecían en las ramas cercenadas.

Acometían al follaje con sus armas elfas como si se tratara de un ejército de pieles verdes, sin piedad. Los pequeños brotes de vegetación nueva parecían negros contra las hojas más antiguas de color verde oscuro, pero ya había muchos puntos en los que las ramas cortadas y partidas permanecían desnudas.

—¡Está funcionando! —bramó Gilead con tono triunfante.

Redoblando sus esfuerzos, penetró más profundamente con la espada en la barrera espinosa. Avanzó hacia el interior de la brecha abierta en la vegetación, sin dejar de asestar golpes para continuar abriéndose camino. Con su espalda contra la de Gilead, Fithvael hacía todo lo posible por mantener a raya a la vegetación nueva. Se encontraban envueltos en la densa muralla vegetal, que no paraba de crecer, y apenas tenían espacio para moverse, aunque continuaban avanzando.

Fithvael luchó contra el pensamiento de que serían ahogados por la maligna planta, emparedados por la acción de la magia oscura que de alguna forma había creado aquella barrera. Pero poco después, diminutos hilos de luz comenzaron a aparecer entre la densa vegetación que había delante de ellos, y luego rayos de luz solar más potentes motearon la capa escarlata de Gilead, estropeada por la savia ácida.

—Ya estamos —jadeó Gilead.

Repitió las mismas palabras una y otra vez al ritmo de los golpes de espada y daga con los que cortaba el resto de la barrera. Finalmente, ésta se desmoronó y se quebró detrás de ellos, derrotada, seca y muerta. Momentos después de atravesarla, mientras aún respiraban trabajosamente a causa del esfuerzo, Fithvael y Gilead se volvieron a mirarla. No vieron nada más que sus propias débiles huellas, que retrocedían a través de los penumbrosos claros del bosque, y a sus caballos en las proximidades.

—¡No era real! —exclamó Fithvael—. Esa monstruosa barrera... no era más que

una ilusión.

—¡Nuestro sudor y miedo eran muy reales! —respondió Gilead.

Le volvió la espalda al lugar donde hacía tan poco tiempo había estado la vegetación que les impedía el paso. No había nada más que el olor cadavérico, agri dulce, que los había seguido desde el momento en que entraron en Drakwald. Entonces resultaba más penetrante que nunca.

Gilead dio un paso..., y luego cayó de rodillas. Fithvael se apresuró a acudir junto a él.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Estamos muy cerca, Fithvael te tuin. Nuestra guía nos aguarda... Acaba de decirme su nombre.

—¿Su nombre?

—Se llama Níobe —explicó Gilead al mismo tiempo que se arrojaba con la capa y se levantaba sobre piernas inseguras—. Es tan hermosa...

—Por supuesto que lo es, pero...

Gilead lo hizo callar de manera brusca con un dedo alzado.

—Estamos muy cerca. Ella está mostrándome visiones. Un sendero.

* * *

En el compartimentado espacio de su mente, Níobe había almacenado muchísimas imágenes de su prisión. Algunas se habían reunido allí de modo espontáneo, y otras las había recogido deliberadamente con la esperanza de que pudiesen servirle para lograr su propia libertad y la de sus camaradas.

Entonces, podía sentir cerca a aquél hasta cuya mente había logrado llegar con su voz. Él había seguido su llamada, la había ido a buscar, y ya comenzaba a percibir la mente del elfo y a juzgar sus fortalezas. Sondeó su psique, donde encontró muchas sendas bloqueadas y puertas cerradas. Era como si estuviese herido por dentro, lesionado, cerrado al exterior. ¿Qué dolor había colmado su vida para hacer que fuese así?

Lo vio dentro de su propia mente. Era bello, alto y grácil, y blandía la espada con mano fuerte y veloz. En las melancólicas profundidades de su alma, Níobe encontró tanto la derrota como el triunfo, y se sintió satisfecha. A despecho del dolor, a pesar de las profundas heridas que plagaban su alma, sería el adecuado.

La mente de ella se encendió repentinamente con la brillante imagen del monstruoso matorral viviente, del que brotaban nuevas ramas espinosas. Níobe supo de inmediato que Ire también había detectado la presencia del intruso, el entrometido indeseado, en las tierras que había anexionado con su oscura brujería del Caos. Tenía

que advertir a su rescatador.

* * *

—Manténte en guardia, Fithvael. La tienen encerrada unas bestias, y una magia poderosa que no le pertenece la rodea. Está advirtiéndome que éste sitio es maligno.

—¿Ah, sí? —inquirió Fithvael con tono sarcástico. Hacía días que sabía eso. Se tragó el cinismo, y se detuvo con brusquedad—. ¿Oyes eso? —preguntó.

—Oigo gruñidos y bufidos de bestias —replicó Gilead.

Fithvael desenvainó el arma y se echó el borde de su capa verde musgo por encima del hombro para dejar libre de los pliegues el brazo con que blandía la espada.

—Sí, gruñidos y bufidos de bestias, cuando antes oíamos sólo el crepitar y los gemidos de viles ramas retorcidas —asintió el veterano.

Pero Gilead no acusó recibo. Había desenvainado la espada en el preciso instante en que vio que Fithvael tendía la mano hacia la suya. Se situaron el uno de espaldas al otro, y Gilead interrumpió el torrente de imágenes que entonces afluían al interior de su cabeza: imágenes de un hombre enorme, rielante y sin rostro, ataviado con ropas negras y grises propias de la nobleza, y adornos de peltre y plata; imágenes de una vasta fortaleza etérea; imágenes de máquinas de guerra mágicas, que vomitaban rayos globulares al exterior, sobre el bosque; imágenes que, sin duda, enviaba Níobe a su mente para advertirlo del peligro que corría.

—Cuando diga ya —jadeó Gilead, dirigiéndose a Fithvael en el momento en que las capas de ambos se rozaron al aproximarse.

Precavidos, fijaron la vista en la penumbra forestal en busca de movimiento.

Cuando se produjo, fue sin cautela ni ceremonia. Se escuchó un profundo bramido aullante, y una marea de hombres bestia que espumajeaban por la boca y sonreían malignamente se les echó encima.

Eran bestias deformes, contrahechas, con cráneos aplanados y dislocadas mandíbulas distendidas. Muchas tenían cuernos y colmillos apiñados entre dientes torcidos y fosas nasales dilatadas. Sus flancos estaban desnudos y eran lampiños, y el pellejo correoso era del color de la piedra pómez, lo que les confería la palidez de la muerte. Fithvael vio lomos cubiertos con pieles y coronas de pelo grueso. Observó los ojos blanco grisáceo, aparentemente ciegos, de la bestia que tenía más cerca, y cargó al mismo tiempo que profería un grito de guerra.

Gilead le lanzó una estocada a la criatura gris de espalda jorobada que se encumbraba sobre él. Superaba en estatura al elfo por medio cuerpo, y era tres veces más ancha, con enormes articulaciones abultadas en sus robustos miembros, y gigantescas manos de amplios nudillos con las que blandía un hacha de doble filo y

mango corto. El metal azul de la espada de Gilead chocó contra la hoja toscamente curva del hacha de la bestia. El elfo describió un repentino arco descendente con la espada para deslizarla a lo largo de la curva del arma del monstruo y aprovechar la debilidad. Descansó la hoja durante un momento en la curva, y luego asestó una estocada ascendente. La bestia estaba girando sobre sí, y recibió una profunda herida en lo alto de una extremidad superior, que se parecía más a una porra viviente que a un brazo.

La bestia gritó a través de la boca agarrotada, cuya mandíbula era demasiado deforme para abrirla del todo. Durante lo que parecieron minutos, Gilead vio gotas de saliva que volaban por el aire. El tiempo se había detenido para él cuando, con la velocidad de una sombra, se lanzó hacia adelante y dividió en dos la cara de la bestia a la altura de la mandíbula, cercenándole la quijada. Los dientes desnudos destellaron a través del nauseabundo icor que salía a borbotones por la herida. Gilead lanzó una segunda estocada, que atravesó el cuello de la bestia cuando ésta estaba en mitad de un aullido, y cayó muerta sobre la tierra.

Fithrael acometía con ahínco a su atacante, evitando la mirada fija de ojos inexpresivos y asestándole golpes con la espada. La abominación paraba los ataques con una cachiporra rematada en hierro que blandía con una sola mano, pero Fithrael se agachaba y giraba para evitar los potentes mamporros. No obstante, el hombre bestia se mantenía en pie; el arma zumbó en el aire al pasar junto a la cabeza de Fithrael cuando éste dobló las rodillas y le asestó una estocada ascendente. La espada encontró el cuello de buey del monstruo, de donde rebanó un buen trozo y cercenó las arterias, pero la criatura continuaba resistiendo. Fithrael la miró una vez a los ojos y descubrió su objetivo. Tras levantar la espada muy en alto, la clavó en uno de los ojos del aullador adversario.

—¡A la izquierda! —gritó Gilead cuando una maza provista de púas descendía para impactar en la parte trasera del cráneo de Fithrael.

El veterano guerrero hizo lo que el otro le indicaba, y ladeó el cuerpo para evitar el arma. Gilead atravesó un costillar con la espada, y cayó otra bestia.

Gilead y Fithrael luchaban juntos con la coordinación perfecta de la práctica, y tenían poca necesidad de palabras o señales. Esquivaban y asestaban golpes, se agachaban y hacían fintas; herían a una bestia en las rodillas, a otra en el pecho y a una tercera en el vientre.

Mientras el día iba oscureciendo y el dosel de hojas se ennegrecía sobre ellos, los guerreros continuaron luchando y mataron a tres docenas de hombres bestia de piel gris y ojos blancos.

Gilead habría continuado aquella misma noche, pero ambos estaban cansados, y Fithrael persuadió a su amigo para que descansaran y reemprendieran la búsqueda al día siguiente. Gilead se sentía inquieto, casi frenético. Sabía que se encontraba cerca

de Níobe. Percibía cómo la mente de ella sondeaba la suya, y veía las imágenes que ella le enviaba. No obstante, respetó el consejo de Fithvael: descansaría si debía hacerlo.



Ire, Paladín del Caos, se encontraba en lo alto de una amplia escalera empinada, hecha de destellante obsidiana negra, que había sido pulida hasta tener el acabado de un espejo. Gilead alzó los ojos hacia el hombre, que parecía mucho más alto que el elfo; una figura escultural, de proporciones sobrenaturalmente perfectas. Iba vestido de pies a cabeza con un millón de matices de negro y gris. Su armadura y cuchilla parecían hechas de pizarra pulida, y el broche de su capa, las hebillas y los adornos eran de peltre y plata. Se encontraba de perfil y presentaba el lado derecho del rostro. Gilead se concentró en ese perfil, maravillado ante la perfecta coleta de cabello negro azulado que le caía en cascada sobre un hombro.

Gilead continuó mirando, sin parpadear, con la vista clavada en aquel gigante humano que tenía ante sí, allá arriba, en espera de que el hombre se volviera para encararlo. Aguardaba para mirarlo a los ojos y ver qué horrores acechaban dentro de ellos.

Cuando Gilead hizo el gesto de desenvainar la espada, el hombre, finalmente, volvió su cuerpo hacia el elfo. El giro fue lento. La cabeza de Ire dio la impresión de continuar de perfil durante unos instantes. Gilead observó cómo el hombre rotaba; sabía, por las imágenes que le había transmitido Níobe y por su voz, que aquél era el cruel Señor de las Bestias que la tenía cautiva. Ire volvió, por fin, la cabeza para encararse con su futuro atacante, y descendió el primer escalón de la larga escalera.

Gilead concentró hasta el último gramo de su voluntad en posar la mano sobre la empuñadura de la espada y desenvainarla, pero no pudo hacerlo. Tenía los ojos fijos en aquella figura y aquel rostro que se le acercaba cada vez más, e intentaba ahogar el horror que invadía su mente.

De perfil, el rostro del Señor de las Bestias Ire era pálido y elegante. La larga nariz recta y un labio superior fino sobre una mandíbula fuerte que le confería un aspecto más de elfo que de humano, aunque era humano sin duda. Iba totalmente afeitado, y el arco perfecto de la mitad de la frente que quedaba a la vista era una obra de arte por derecho propio.

Sin embargo, de frente, no guardaba ninguna simetría. El lado izquierdo del rostro de Ire constituía un tipo de arte muy distinto. El cabello que le crecía desde muy abajo sobre la frente estaba sujeto hacia atrás por una abrazadera de plata que le dividía la cabeza de arriba abajo y de izquierda a derecha. El cuadrante superior

estaba bien cubierto de cabello negro, lustroso y aceitado. Donde debería haber brillado un ojo entre agitados párpados orlados de pestañas, había una serie de rendijas en la máscara de plata batida, y esos espacios mostraban un único orbe sin párpados, duro y blanco como mármol, que miraba sin parpadear y ciego. La parte inferior del rostro estaba también cubierta por el mismo pelo negro, lacio y lustroso, dividido de través por una boca púrpura que brillaba con saliva sanguinolenta.

Mientras el elfo clavaba la vista en el humano, el ojo vidente del Señor de las Bestias Ire se posó sobre él, y la mitad perfecta de su boca se contorsionó en una sonrisa torcida.

Gilead apartó la vista del monstruoso semblante y se inclinó para examinar la empuñadura de su espada. Se concentró durante un momento, la aferró y, finalmente, logró sacarla de la vaina. Al hacerlo, volvió a alzar la mirada hacia el Señor del Caos, que descendía la escalera. Vio que bajaba un pie, y luego nada más. Ire desapareció ante sus ojos.

Gilead oyó después las zancadas regulares de un hombre enorme por encima de su cabeza, pero al mirar hacia arriba no vio techo alguno, sino niebla.

Sobresaltado, Gilead bajó los ojos. Su hermosa espada de acero azul, la espada de Galeth con la ornamentada empuñadura y runas elfas talladas, había desaparecido. En su mano había lo que parecía ser un tosco objeto de madera, hecho de dos listones cruzados. Se trataba del tipo de juguete que había aprendido a blandir antes de dar sus primeros pasos, cuando era niño; el tipo de objeto con que él y Galeth habían jugado a luchar en el patio principal de Tor Anrok, bajo la tutela de Taladryel y Nithrom, hacía tantos años. Pero no podía ser.

Gilead corrió hacia la escalera al mismo tiempo que arrojaba lejos la espada de juguete. Al llegar al primer escalón, vio que la escalera descendía en lugar de subir..., y sin embargo, Ire había estado situado más arriba que él y había bajado por esos mismos escalones.

Al volverse bruscamente, semiagachado en una postura de defensa, Gilead se encontró junto a una segunda escalera. Ésta era recta y los ascendentes escalones de pizarra no tenían ningún soporte visible. Simplemente, flotaban en el aire. Gilead subió el primer escalón con cuidado, pero, al encontrarse con que era firme y resistente, ascendió los tres siguientes a paso normal para luego comenzar a correr y subirlos de dos en dos y de tres en tres hasta llegar al final.

De repente, ante él había una pared que no había visto mientras subía. Y entonces, los escalones se inclinaron hasta adoptar una posición diferente y se unieron para formar una pendiente empinada e implacable. Él se deslizó con desesperación por ella hasta llegar al final de la pendiente, y cayó por un borde.

Aterrizó de pie ante la abertura de un largo túnel arqueado.

Aquel lugar no era real. No podía serlo.

Avanzó y se encontró dentro de un arsenal gigantesco. Tras penetrar por la enorme puerta situada en el extremo norte, el hijo guerrero de Cothor Lothain no pudo ver las paredes sur, este u oeste, aunque sabía que tenían que existir. En lo alto, a unos ochocientos metros, vio que el techo era abovedado, formado por una serie de cúpulas monumentales conectadas entre sí.

Gilead profirió un horrorizado jadeo cuando sus ojos se posaron sobre lo que se extendía ante él. Amontonadas en la construcción ultraterrena, había más máquinas de guerra de las que jamás había pensado que vería en toda su vida. Complejos onagros de varios brazos se encontraban alineados junto a enormes cañones de guerra iridiscentes, cuyo cañón se encumbraba muy arriba. Gigantescas balistas con ornamentados manubrios, armadas con proyectiles hechos con troncos de árbol enteros, formaban al lado de catapultas descomunales que parecían extrañamente frágiles y etéreas, como meras sombras.

Mientras Gilead las contemplaba con horrorizado asombro, las máquinas comenzaron a palpar y a sacudirse como si las hubiesen despertado de un profundo sueño. Gilead cerró los ojos y se llenó el pecho de aire. Una segunda inspiración despejó su mente elfa, y una tercera lentificó la descarga de adrenalina que había entrado en su sangre ante la vista de un armamento tan fabuloso.

Abrió los ojos y, por un breve instante, se vio otra vez rodeado por las imágenes y olores de Drakwald. Suspiró con alivio.

Luego, el arsenal volvió a aparecer en torno a él, tan vasto y aparentemente real como cuando había atravesado la entrada por primera vez. Gilead huyó; dio media vuelta y emprendió una desesperada carrera de kilómetros para llegar a la puerta que apenas unos momentos antes había estado justo detrás de él.

La piedra, la madera, el metal y el mortero carecían de significado en aquel lugar. Allí el espacio era algo maleable. Las reglas de la arquitectura, las reglas de la realidad no tenían sentido. Los principios elementales habían sido deformados hasta quedar tan rotos y distorsionados que ya no existían.

* * *

Fithvael despertó al romper el alba sobre el bosque, y encontró a Gilead, ya de pie, junto a los restos del fuego de campamento. Su amigo se encontraba completamente armado y vestido, pero estaba pálido y demacrado.

—Debemos marcharnos —dijo Gilead—. Tenemos que sacar de allí a la dama Níobe, y debemos hacerlo ahora.

—Hay tiempo, viejo amigo —respondió Fithvael con el tono tranquilizador que empleaba cuando Gilead se mostraba malhumorado y obsesivo.

—¡No! —insistió Gilead en un tono que no aceptaba concesiones—. Tengo la mente tan llena de ella, tan llena de las imágenes que ella me transmite, que ya no sé qué es real y qué es ilusión. Sólo sé que debo luchar por ella.

—Ya he luchado antes junto a ti, Gilead te tuin —le recordó Fithvael—, y no dudaré en luchar a tu lado otra vez. Pero si voy a seguirte, debes contarme lo que sabes.

—Sólo que Níobe necesita nuestra ayuda. Se encuentra en mortal peligro.

—¿La voz y las imágenes de tu mente proceden de ella? Pero ¿quién es ella?

—Mi futuro y mi pasado —respondió Gilead al mismo tiempo que se pasaba una mano por la fruncida frente.

—¿Conoces a esa mujer?

—Siempre la he conocido —fue la respuesta de Gilead.

—¿De Tor Anrok? —inquirió Fithvael, emocionado. Gilead, sin embargo, dejó caer la cabeza.

—¡No lo sé! ¡Sólo sé que debo luchar por ella!

Fithvael se echó la capa sobre los hombros con aire de resignación.

—Supongo que con eso me basta —concluyó.

Gilead se detuvo e inspiró profundamente al apartar el sotobosque que tenía delante. Lo que se alzaba en el espacio árido allende éste era enorme. Sólo podía ver la fachada del edificio, y lo que observaba a izquierda y derecha no le permitió hacerse una idea de la anchura porque era incapaz de distinguir las esquinas. Echó la cabeza hacia atrás y vio que el edificio se curvaba en dirección a la parte posterior, y se encumbraba tan arriba que no lograba distinguir el borde del tejado, sólo enormes murallas de granito y pedernal que quedaban interrumpidas en lo alto por unas nubes negras.

Fithvael se detuvo en seco detrás de Gilead, y al mirar por encima del hombro de su amigo vio por qué se habían parado de modo tan repentino. Retrocedió dos pasos con profundo asombro, y estuvo a punto de caer al tropezar con unas raíces de árbol que sobresalían de la tierra, detrás de él.

—¿Cómo..., cómo no hemos visto esto desde cien leguas de distancia? —preguntó el veterano guerrero.

Gilead no respondió, sino que pasó más allá del sotobosque. La gigantesca y horrenda estructura se encontraba a apenas un centenar de metros de ellos, pero la vegetación forestal se interrumpía de modo brusco ante los pies de los elfos, y nada crecía a la sombra del edificio. Avanzaron por una tierra de nadie que parecía antinaturalmente dura, negra y plana. De pronto, Gilead levantó un pie de la superficie líquida, y Fithvael profirió una exclamación cuando sus propios pies se hundieron en un pantano caliente y negro.

De repente, un oscuro géiser, de unos trescientos metros de alto, hizo erupción a

unos cien metros a la derecha y roció a los elfos con inmundicia oscura y caliente. En ese momento, toda la tierra desolada se transformó en un tremedal burbujeante.

Gilead desenvainó la espada y comenzó a avanzar por el cenagal; quedó hundido en él hasta la cadera. Llevaba la capa envuelta en bandolera sobre el hombro, a salvo del maloliente calor y la suciedad del fango. Fithvael se calzó bien las botas, se ajustó el cinturón, metió la capa en el hatillo que llevaba a la espalda y siguió al elfo más joven.

—¡Desenvaina tu arma! —advirtió Gilead al mismo tiempo que se volvía a mirar a su amigo—. ¡Date prisa! —gritó mientras regresaba a toda velocidad hacia Fithvael.

Detrás del veterano guerrero, alzándose desde el fango como si acabaran de despertarlo de un sueño profundo, apareció un ser monstruoso. Enormes cuernos retorcidos descendían desde ambos lados de una cabeza plana y picada de viruelas, y sus ojos rojos parpadearon mientras el fango del pantano bajaba en regueros por su rostro verde marcado por cicatrices y cubierto por llagas supurantes. El monstruo flexionó la mandíbula y lanzó hacia adelante su cuerpo sumergido a medias, a la vez que gritaba y sus extremidades superiores en forma de remo salían del fango.

Fithvael se volvió en el momento en que Gilead lanzaba su daga cogiéndola por la punta. El arma silbó por el aire al girar sobre sus extremos y dibujar un grácil arco, y se clavó en la garganta desnuda de la enorme bestia del pantano.

La criatura alzó una larga mano palmeada para coger la empuñadura de la daga, pero Fithvael fue más rápido, aunque aún estaba desarmado. Lanzó todo su peso contra la daga, la cual se clavó más profundamente y más abajo, hacia el interior del pecho de la bestia. Luego, el elfo tiró de la empuñadura cubierta de sangre para arrancarla y clavarla por segunda vez en la garganta del monstruo, entonces más abajo.

Las enormes manos fangosas de la bestia rodearon los hombros de Fithvael, lo abrazaron y lo arrastraron, haciéndole perder pie sobre el lecho del pantano. Al desequilibrarse, el veterano guerrero sintió que la empuñadura de la daga de Gilead se le clavaba en el pecho. El monstruo alzó a Fithvael con facilidad, pero el elfo levantó los pies con tanta rapidez como le permitía la acción absorbente del fango y, tras recoger las rodillas contra su cuerpo, apoyó con firmeza las enlodadas botas contra el vientre de la bestia y empujó con todas sus fuerzas.

El veterano guerrero cayó pesadamente de espaldas y provocó una lenta ola de barro. El enorme monstruo se encumbraba sobre él.

Gilead no había podido hacer otra cosa que quedarse quieto y observar la acción, porque Fithvael se interponía entre él y el enemigo, pero en cuanto tuvo ante sí el enorme cuerpo de la criatura, atacó.

El joven elfo asestó estocadas en la abultada superficie callosa del lomo de la bestia con la espada; cortó la gruesa piel verde hasta dejar a la vista el costillar de huesos

marrones muy contorsionados. La criatura comenzó a sufrir convulsiones, y una de las extremidades palmeadas traseras ascendió a la superficie y quedó flotando. Entonces, Gilead hundió la mano izquierda en el pantano, encontró un asidero en el justillo de Fithrael y sacó a su amigo del limo. El veterano guerrero tosió, escupió e inspiró larga y ansiosamente, mientras observaba cómo el ser al que habían matado volvía a deslizarse bajo las aguas que serían su sepultura.

Cuando Fithrael se hubo recuperado, Gilead buscó a Níobe en su mente, conectando con la persistente urgencia de la llamada. Ella los había llevado hasta allí y confiaba en que los conduciría a salvo hasta donde estaba.

Tras ponerse otra vez en marcha, caminando a medias ya medias nadando mientras sus manos remaban en la superficie del pantano que ondulaba en torno a ellos, los dos guerreros avanzaron a buen paso y pronto tuvieron las altísimas y lisas paredes del castillo a la distancia del brazo.

—¿Lo ves? —preguntó Fithrael en tanto examinaba la superficie cercana de la muralla.

—No hay juntas —respondió Gilead—. Las murallas son monolíticas.

Gilead retrocedió un poco y miró más arriba en busca de pautas que pudiesen aportarle algún indicio referente a la estructura de las impenetrables murallas. En la superficie del fango que lo rodeaba podía ver reflejos que formaban oblicuos rectángulos de luz. Alzó otra vez los ojos hacia la enorme muralla y vio que los reflejos procedían de algunas ventanas. Se encontraban muy en lo alto, pero eran enormes. Los cristales de las ventanas tenían un denso lustre, como espejos negros, y estaban colocados a ras de la piedra; no se veían ni marcos ni antepechos. Gilead recordó el imposible edificio de su sueño, y cerró los ojos para concentrarse otra vez en la voz de Níobe.

Fithrael y su compañero avanzaron por el fango a lo largo de la base de la pared, que parecía curvarse suavemente. Gilead buscaba algo, pero fue Fithrael quien lo vio primero.

—¡Allí! —exclamó el veterano guerrero—. ¿Podría ser eso?

Gilead no veía nada delante de él, aunque examinó la muralla con gran atención.

—A medio metro a tu derecha, a medio palmo por encima de tu hombro —lo dirigió Fithrael.

—No veo nada —respondió Gilead, y retrocedió hacia Fithrael.

Al ocupar el sitio del veterano guerrero, también él pudo ver la abertura que había en la muralla: una especie de desagüe de lluvia cubierto por una reja, arqueado y amenazante. El fango del pantano parecía saltar hasta la obra de pizarra de la reja, pero no penetraba a través de ella.

«Es todo una ilusión. ¡Recuérdalo!», se dijo Gilead, y luego regresó al lugar donde debería haber estado el desagüe, pero éste había vuelto a desaparecer. Fithrael se

encontraba entonces junto a su amigo, pero la abertura era invisible también para él.

El veterano guerrero volvió sobre sus pasos hasta el sitio por el que había estado caminando cuando vio el desagüe por primera vez. Necesitó varios minutos para encontrar el lugar correcto, pero, al fin, lo logró. Siguiendo las explícitas instrucciones de Fithrael, Gilead se izó, aferrándose a los barrotes de una reja que era invisible para él.

Intentó mirar hacia dentro, pero no se veía nada. Una corriente de aire frío pilló desprevenido al último hijo de Tor Anrok. Se protegió el rostro por un momento, y cuando volvió a abrir los ojos se encontraba otra vez sobre terreno sólido. El fango y la suciedad del pantano habían desaparecido de sus ropas.

—¡Fithrael, ya estamos en el interior! —dijo Gilead, y se volvió para mirar a través de la rejilla, pero detrás de él sólo había muralla sólida.

Como un cuadro vivo que pintara en su mente despierta, Níobe tendió una mano y le cubrió los ojos.

Gilead cerró los ojos y palpó la muralla que se alzaba ante él. Al mirarla, había parecido dura y lustrosa, pero tenía un tacto arenoso y se desmenuzaba al tocarla. No había ninguna abertura.

Gilead se quitó la capa que llevaba envuelta alrededor del cuerpo y rasgó una estrecha tira de densa tela del ruedo de la prenda. Con ella se envolvió el rostro para protegerse los ojos con varias capas de tela bien apretada. A pesar de que estaba cegado por completo, Gilead cerró los ojos una vez más y tendió las manos.

Pudo palpar la reja ante sí, y pasó las manos a través de los barrotes.

Fithrael estaba seguro de no haber parpadeado siquiera, y sin embargo su amigo había desaparecido a través de la reja sin que él viese cómo sucedía. Sabía que entonces debía intentarlo él mismo.

A ojo, midió con cuidado la distancia a lo largo de la muralla y avanzó lentamente hacia la abertura. En cuanto se desplazó, la reja volvió a quedar invisible, pero confiaba en el cálculo mental hecho y midió la pared con el ancho de las manos, poniéndolas sucesivamente una junto a otra, al mismo tiempo que contaba. Tras alcanzar su aparente destino, Fithrael pasó las manos sobre la sólida superficie de la muralla para palparla, pero no notó ni reja ni abertura alguna, y comenzó a desesperarse.

Desde unos pocos metros de distancia, el desagüe de lluvia parecía muy grande, y sin embargo no podía encontrarlo ni siquiera cuando lo buscaba al tacto.

Fithrael se desplazó un paso a la izquierda y alzó las manos más que la vez anterior, para luego palpar un área más grande de la muralla, con las palmas planas.

Nada. Bajó los brazos un momento para concentrarse, y luego clavó la mirada en la muralla, como si intentara ver el interior o a través de ella.

El veterano guerrero elfo sintió las manos sobre los hombros antes de verlas, y se

tenso por un momento, dispuesto a luchar contra otro enemigo. Luego, vio las largas manos delgadas de Gilead, que reconoció por el dedo que le faltaba en la izquierda. Los brazos del joven sobresalían de la sólida muralla de roca.

Al instante siguiente, Fithrael se encontraba de pie junto a su amigo, limpio de fango pero más que un poco confuso. Buscó la mirada de Gilead.

—Debes habituarte a estas cosas —le dijo el joven elfo—. Ya he visto demasiadas por el estilo en este lugar, y es todo igual. Ya no estamos en nuestro mundo, Fithrael te tuin.

—Puedo percibirlo —replicó el veterano—. Puedo olerlo y sentir su sabor. Me pone la carne de gallina y me penetra el cuerpo ¡Corrupción!

—Entonces, lucha contra ella —replicó Gilead—, como siempre hemos luchado contra el mal..., pero pelea sólo para defenderte. El mal y la magia de este lugar son demasiado enormes para que luchemos en solitario contra ellos. Nuestro propósito es liberar a Níobe, y luego salir de este vil mundo extraño.

Gilead fijó la mirada en su amigo para que éste pudiera recordar la advertencia que acababa de hacerle, y después se alejó con paso majestuoso por un largo corredor curvo que se adentraba en el extraño territorio de aquella descomunal fortaleza de piedra.

Níobe los guió bien, aunque ellos continuaban estando confusos a causa de los engaños arquitectónicos y las ilusiones ópticas del entorno.

Los espacios que parecían gigantescos desde lejos eran estrechos una vez que se hallaban dentro de ellos. Los suelos y los techos se inclinaban hacia abajo y hacia arriba, respectivamente, alargando la perspectiva, o se hinchaban y aplanaban, y cambiaban de forma y dimensión ante sus propios ojos. Se golpeaban contra paredes que no podían ver, parecían caminar por techos y ascendían escaleras que aparentaban ser superficies planas.

Fithrael miró a través de una de las ventanas de vidrio negro, que era transparente como el cristal desde dentro. Sólo lo hizo una vez, porque atisbó un panorama infinito de agitado desierto, cuyas dunas de arena negra volcánica eran movidas por un abominable siroco en el horizonte. Nada crecía allí, pero el territorio cambiaba de manera constante. El veterano vio que una descomunal tormenta de arena se encumbraba a lo lejos, se convertía en un tornado de ocho kilómetros de alto, y luego desaparecía en un instante. No tenía explicación alguna para lo que veía, salvo que aquél fuese de verdad un territorio que estaba bajo el dominio de los Poderes Oscuros.

* * *

Níobe podía percibir a Gilead y ver a través de sus ojos. Contempló al anciano guerrero, más pequeño, que seguía a su señor, y observó la confusión que había en el rostro de Fithrael al enfrentarse con las pruebas que le planteaba el entorno. Fithrael. Su nombre era Fithrael. Lo compadeció.

Estaban ya tan cerca que casi podía extender un brazo y tocarlos. Hacía muchísimo tiempo que no tocaba a otro ser.

No sabía si habían pasado días o años. El tiempo, al igual que el tejido material de aquel sitio, estaba retorcido y distorsionado para adecuarlo al gusto del Señor de las Bestias Ire, que moraba en el Caos.

Níobe se arrodilló sobre la plataforma porque era demasiado alta para ponerse de pie, y tenía las manos atadas a una fina, casi invisible, cadena de plata perfecta, ligera y de aspecto frágil, pero que presentaba la resistencia de los eslabones forjados por los enanos. El plinto era una estrecha columna de no más de un metro de diámetro y perfectamente circular. Flotaba a menos de un tercio de la altura de la descomunal sala como una catedral que alojaba a todos los esclavos hechiceros que el Señor de las Bestias Ire había reunido con gran satisfacción.

Cada día, a veces a cada hora que pasaba, la distribución de las columnas cambiaba. Ella temía esos movimientos. La forma en que la columna flotaba por el enorme espacio de la catedral sin fin la mareaba y descomponía... ¿O era el conocimiento de que cuanto más ascendía más se aproximaba a su destino final?

Si llegaba a lo más alto, ¿qué sentiría allí? ¿Cómo moriría? Había dejado de mirar las formas esqueléticas que continuaban adheridas a las columnas más altas, que cuando habían ascendido llevaban sobre sí criaturas vivas: humanos, enanos, elfos. Todas las razas y especies se hallaban representadas, y todas estaban vivas durante el ascenso. No todas las columnas descendían con su carga intacta. Muchas se limitaban a desplomarse, pasando entre las otras que flotaban, y dejaban caer los cuerpos disecados que quedaban sobre ellas. Los cuerpos se convertían en polvo, y luego desaparecían en la nada, antes de llegar siquiera al fondo.

Las columnas que descendían con lentitud y que llevaban encima esqueletos y, a veces, cuerpos en estado de putrefacción lo hacían así sólo debido a que aún quedaba una pizca de magia en los cadáveres después de que hubiesen exhalado el último aliento. Esas columnas flotaban y languidecían, y daba la impresión de que no se movían con tanta frecuencia ni tan lejos como las demás.

Níobe no podía soportar la idea de que pronto podría ser una de ellos. Si debía morir allí, quería tener un final limpio y rápido. Para ella, no podía haber magia sin conciencia, ni conciencia sin vida.

Había dejado de mirar a los otros seres mágicos que la rodeaban, a los vivos y a los muertos. Había intentado contarlos al principio, cuando la encadenaron a la plataforma, pero eran incontables; ascendían a decenas de miles hasta donde pudo

ver, y no sabía cuántos más había en lo más alto de la catedral. Había dejado de mirar a los recién llegados, a los que encadenaban a los plintos que los muertos desocupaban, o a nuevas columnas de mármol blanco, acabadas de tallar, que con el tiempo se oscurecerían y envejecerían como las otras.

Pero, más que nada, Níobe había dejado de mirar hacia el altar, pues tenía un efecto hipnótico sobre todos los que posaban los ojos en él.

El altar era un gran bloque de roca sólida cubierto por cambiantes runas negras y grises que periódicamente siseaban al iluminarse y, en ocasiones, rezumaban un líquido viscoso de color negro azulado. Ocupaba una posición central en el espacio elíptico donde debería haber estado el piso, en caso de que hubiese habido un piso visible. Níobe no podía ver nada debajo del altar, que parecía flotar en el aire de modo semejante a las columnas.

Entre las runas del Caos que se contorsionaban y recorrían la superficie del altar, cada centímetro del espacio disponible estaba ocupado por conectores finos como alfilerazos, donde se fijaban hilos de plata de sujeción, decenas de miles de ellos. Muchos eran de plata; algunos brillaban con los colores cambiantes de un arco iris inverosímil; otros eran de color cobre, o negros y erosionados por la corrosión.

Sobre el altar vivía el Cipher, un ser que no se alimentaba de nada que no fuese lo que absorbía del propio altar. No tenía rasgos distintivos, ni extremidades, ni ojos, ni orejas, ni voz. Era enorme e inmóvil, palpitaba lentamente de vez en cuando y latía con espasmódico ritmo propio. No cambiaba, carecía de edad y de forma, aunque Níobe sabía que se trataba del elemento más poderoso de todos ellos. Era el altar el que drenaba a los esclavos de su magia al mismo tiempo que mantenía su forma física. Las ataduras como hilos que conectaban a los esclavos con el altar eran como cordones umbilicales que los sometían a todos a la voluntad de aquel lugar y de aquella cosa oscura.

* * *

Fithvael y Gilead avanzaban a través de la estructura que no tenía estructura, conscientes sólo de que seguían el camino trazado por Níobe. Miraban constantemente a su alrededor por si aparecía algún enemigo: hombre bestia, monstruo del Caos, incluso el abominablemente hermoso Señor de las Bestias que Gilead había visto en su sueño.

Ansiaban sentir un arma en las manos; algo sólido, real, inalterable en aquel lugar de pesadilla. Deseaban concentrar la mente en la única forma de verdad satisfactoria que conocían; anhelaban luchar, derramar sangre e icor, cortar, desgarrar y hender carne, cualquier carne.

—¿Dónde están? —preguntó Fithvael—. ¿Dónde están las hordas enemigas?

—También a mí se me va la mano a la espada —respondió Gilead con brusquedad mientras sus dedos se flexionaban a menos de dos centímetros de la empuñadura del arma.

Cada centímetro de aquel lugar que hedía a maligna corrupción, y cada inspiración, ponía a los elfos tan tensos que estaban a punto de gritar.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Fithvael.

—Limítate a seguirme —le contestó Gilead, que volvió a flexionar la mano cerca de la espada y miró a su compañero con ferocidad.

A cada paso que daba Gilead, el corazón de Níobe respondía con un latido. Y a medida que se acercaba, los pies de él resonaban con más rapidez y fuerza sobre los suelos, las escaleras y los techos que recorría. Ella ya casi llenaba su mente por completo. El elfo había olvidado al enemigo ausente que Fithvael aún esperaba encontrar a cada paso, y sentía sólo a Níobe. Avanzaba con tal rapidez que el veterano guerrero apenas podía seguirle el paso sin lanzarse a una dolorosa carrera.

El corazón agitado de Níobe latía cada vez más rápidamente y jadeaba para respirar; arrodillada, intentó llevarse las palmas al pecho, pero tuvo que inclinarse más limitarse a apoyar la cabeza sobre las manos atadas. En su desesperación por mantener el contacto mental con el elfo, había unido su propio ser muy estrechamente al de él, y entonces debía pagar el precio de sus actos. Desesperado por encontrarla, Gilead avanzaba casi a la velocidad de una sombra. Ella estaba débil, al límite de su resistencia. Su cuerpo, su mente y su alma corrían, sin que pudiera evitarlo, al ritmo que él marcaba, incapaces de lentificar la marcha, incapaces siquiera de interrumpir la conexión. La magia mental que había obrado para lograr la huida estaba matándola. Su corazón se agitó una vez más y se paró. Ella cayó sobre la plataforma.

La voz guardó silencio, y Gilead se estremeció ante el vacío repentino. Dio unos últimos pasos y entró en una estancia más vasta que cualquier catedral.

Se detuvo con los pies sobre el borde de roca que dominaba la abismal bóveda de la inmensa cámara. Por encima, debajo y en torno a él, las numerosas columnas flotaban en el aire frío. Vio a los desdichados seres encadenados a cada una de ellas, los vivos y los muertos. Oyó los gemidos y lejanos lamentos de los cautivos. A lo lejos, a través de la multitud de plintos flotantes, vio el pálido destello del altar.

—¡Níobe! —gritó.

No había eco. El espacio era aire muerto.

El hedor había desaparecido. El repulsivo olor a corrupción estaba por completo ausente de aquel vasto espacio. No olía a nada. A los esclavos mágicos se les extraía hasta la última gota de poder; nada escapaba a las ataduras —ni olores, ni energía—, nada en absoluto.

Gilead se quedó allí, impotente, al borde del abismo. Fithvael se le acercó por la espalda.

—Por todos los dioses de Ukhuán... —tartamudeó el veterano guerrero, cuya voz también estaba amortecida.

—Ella está aquí, en alguna parte —balbuceó Gilead.

—¿Dónde?

—No lo sé. Ya no puedo oírla.

Gilead temía lo peor. Se esforzó por captar algún indicio de ella. Nada. La voz y el corazón de Níobe habían callado para siempre cinco minutos antes.

—Tenemos que encontrarla... —comenzó a decir.

Fithvael miró hacia el espacio que se abría ante él. No tenía color ni matices. Parecía no haber ninguna fuente de luz, ni tampoco sombras. No podía ver pared alguna, sólo sentía que tenían que estar allende los millares de plataformas flotantes que lo rodeaban por todas partes. Miró hacia abajo. No había piso.

—¡En ese caso, encontrémosla! —gruñó.

Saltó desde el borde del umbral sobre el plinto más cercano, que se bamboleó ligeramente cuando cayó sobre él. El ser humano demacrado y consumido que estaba encadenado al mismo gimió.

Fithvael saltó a la siguiente plataforma, y recorrió con la mirada las columnas flotantes que lo rodeaban y los seres atados sobre las mismas. Allí había especies y razas que jamás había visto, de las que nunca había oído hablar, ni siquiera en las leyendas. Se encontraban de pie, arrodillados, agachados, o yacían muertos sobre un perfecto disco de roca flotante. Náufragos, aprisionados sobre diminutas islas en la oscuridad. Nunca había visto una variedad tan enorme de seres pensantes en un mismo sitio, ni un lugar tan vasto como aquél, aunque tan claustrofóbico... y tan cruel.

Inundado por una repentina cólera arrasadora, Fithvael comenzó a moverse otra vez, saltando de una plataforma a la siguiente, sin hacer caso del abismo que se abría debajo. Comenzó a tironear de los seres para intentar que despertaran. Ninguno se movía; ni siquiera parecían darse cuenta de su presencia. Cuando no pudo despertarlos, el anciano elfo intentó liberarlos. Sacó la espada cogiéndola con tal fuerza que se le pusieron blancos los nudillos rugosos y delgados, y enseñó los dientes al apoderarse de él un frenesí por cortar y destruir las delicadas ataduras. No pudo romper ni una sola.

La visión de su amigo pasando de una columna a otra hizo que Gilead Lothain entrara en acción. También él saltó sobre el plinto más cercano, donde un enano yacía atado en posición fetal. Intentó apartar el pensamiento que entonces se repetía en su mente: ella ya estaba perdida.

Continuó avanzando con otro salto, y luego otro y otro más. Fithvael estaba

mucho más abajo que él, casi fuera de la vista.

—¡Níobe!

Algo hizo que mirara el cuerpo que había sobre la columna que tenía debajo, a la derecha. Estaba desplomado y enroscado como un ovillo. El largo cabello caía por un lado del plinto y colgaba una mano. El rostro estaba gris, pero lo reconoció por las imágenes de su mente.

Gilead saltó al vacío. Estuvo a punto de errar, pero se aferró al borde y se izó sobre la plataforma, junto a ella.

Níobe realizó dos inspiraciones cortas, jadeantes y separadas entre sí por varios segundos, y apenas se movió. Gilead podía oír la voz interior de ella, lejana y frágil, en el fondo de su mente.

El guerrero se inclinó para recoger a la doncella elfa. Era ligera, casi insustancial. Sólo pudo alzarla a un metro por encima del plinto antes de que las ataduras se tensaran y se negaran a ceder. Gilead miró los finísimos hilos de plata que retenían juntas las delgadas muñecas de Níobe; desaparecían en el interior de la columna sobre la cual la habían colocado. Los cogió con ambas manos con el fin de romperlos, pero no pudo sentirlos al tacto, y se miró las palmas abiertas para asegurarse de que estaban allí. Dio un brusco tirón con las manos en direcciones opuestas; sin embargo, no logró romperlos.

—No podrás hacerlo —dijo la voz de Fithvael. Se encontraba sobre una plataforma que flotaba por encima y a la izquierda de la de Níobe. La compartía con un joven varón humano atado, que permanecía sentado en silencio y no reaccionaba—. Nada puede liberar a estas pobres criaturas —dijo al mismo tiempo que abarcaba el vasto espacio con un gesto—. Nada cortará esas malditas ataduras.

—¡No! ¡Eso no puede ser verdad! —declaró Gilead—. ¡Ella está viva! ¡Muy débil, pero viva!

Sacó la espada y rodeó con el delgado hilo dos veces el ancho de la hoja. Luego dio un tirón hacia arriba, pero el arma se detuvo antes de describir el elegante arco que él esperaba. Los hilos no se cortaron.

—Te he dicho... —comenzó Fithvael, cuya voz sonaba átona en el espacio amortecedor.

—¡Silencio!

Gilead intentaba pensar. Tenía que haber una forma de romper el hilo físico que retenía la mente de ella y la drenaba de su magia.

La voz de Níobe, quebrada y frágil, habló dentro de su mente.

—No... cortes los hilos —dijo—. Destruye la plataforma.

Gilead apoyó con firmeza los pies, un poco más afuera de la línea de los hombros y, tras coger la espada a dos manos, la hundió en la roca.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Fithvael.

El acero azul de la hoja penetró en la piedra entre una nube de chispas blancas, frías. Gilead volvió a clavarla. La espada comenzó a adoptar la misma oscuridad incolora de todo lo que había en aquel espacio, y el elfo se miró por un instante. Su capa no conservaba ni rastro de su color rojo, y la empuñadura de la espada ya no era dorada y brillante. La bóveda los estaba drenando también a ellos.

Gilead realizó una profunda inspiración vigorizadora, y el pecho de Níobe se elevó y descendió por simpatía. El volvió a golpear, y se abrió una grieta en la superficie de la plataforma al mismo tiempo que esquirlas de piedra caían al vacío.

—¡En el nombre de Ulthuan, Gilead! ¡Caerás y te matarás!

—Si eso es lo único que puedes decir, guárdatelo para ti mismo.

Tras proferir una imprecación desesperada, Fithvael se puso de pie y desenvolvió el largo rollo de cuerda elfa que llevaba en torno a la cintura. Sus manos expertas la envolvieron dos veces alrededor de la plataforma a la vez que él se desplazaba rodeando al joven inmóvil. Luego, llamó a Gilead y le lanzó el otro extremo de la cuerda.

El joven guerrero elfo la atrapó, asintió apenas para darle las gracias, y la ató en torno al cuerpo de Níobe, por debajo de los brazos de la joven. A continuación, prosiguió con los golpes demoledores.

En sus manos, la espada de Galeth comenzó a recobrar tímidamente sus colores originales. Gilead estaba debilitando a aquel poder. Solo allí, solo en aquel diminuto lugar, estaba hendiendo el frío que todo lo absorbía y reanimando la vida y el color.

Los golpes se hicieron más veloces. Al adquirir la rapidez de la sombra, el acero azul de su espada comenzó a relumbrar, y el oro de la empuñadura se tomó brillante e iridiscente.

Fithvael lo observaba con creciente alarma. Las manos, tensas, sujetaban la cuerda; estaba preparado para resistir el tirón. Incluso desde allí arriba podía ver que el pecho de Níobe se estremecía y se agitaba como las alas de una mariposa. Tenía convulsiones, agónicos espasmos producidos por su corazón, que latía a un ritmo muy superior a cualquier cosa que hubiese presenciado Fithvael; mucho más. El esfuerzo la mataría.

De la rajada plataforma de Níobe comenzaron a desprenderse trozos de roca, que se convertían en bolas de niebla y se alejaban flotando en la atmósfera muerta de la cámara.

La plataforma se partió. El cuerpo laxo de Níobe salió despedido de la roca y cayó de modo brusco, pues los hilos quedaron libres del punto de anclaje. Con un grito gutural a causa del esfuerzo, Fithvael clavó los talones y tiró de la cuerda, con lo que detuvo la caída, y ella quedó balanceándose como un péndulo debajo de la columna sobre la que se encontraba él. Fithvael tenía los dientes apretados; el veterano guerrero había estado a punto de caer de la plataforma.

Gilead se precipitó al vacío. Abrió los brazos y cayó por el frío aire, dando vueltas sobre sí mismo como un salmón que salta del agua. Casi logró aterrizar en una plataforma situada doce metros más abajo, pero el impacto la hizo girar sobre los extremos como un témpano de hielo en aguas rápidas, y el joven elfo volvió a caer.

Parecía que la oscuridad ascendía hacia él. Por fin, aterrizó de pleno y con un fuerte golpe sobre una plataforma ennegrecida, donde destrozó los huesos que se desintegraban, atados, sobre ella.

Fithvael subió a Níobe a su columna, y luego miró hacia abajo.

—¡Gilead! ¡Gilead!

Tras un momento de silencio, la voz de Gilead ascendió hacia él.

—Estoy vivo. Coge a la doncella y avanza hacia la salida.

En la helada oscuridad de la bóveda, destellaron chispas de luz. Al liberar a Níobe, habían roto un eslabón de la cadena mágica, interrumpiendo los trabajos del vasto mecanismo arcano construido por el Señor de las Bestias Ire.

Se oyó un grave atronar. Los gritos comenzaron a estremecer el vasto espacio cuando algunos de los esclavos despertaron y se dieron cuenta de que las pesadillas eran reales.

Con Níobe echada sobre un hombro, Fithvael desanduvo el camino saltando de un balanceante plinto a otro, hacia la puerta. Entonces casi podía oler la magia, desgarrada, rota. Respiraba trabajosamente, y cada salto constituía un esfuerzo.

Llegó a la solidez del umbral y depositó a Níobe, profundamente dormida, sobre el suelo; ella gimió. Fithvael volvió la mirada hacia la bóveda; no había ni rastro de Gilead. Las luces continuaban chisporroteando en la oscuridad y, del lejano altar, ascendían vapores incandescentes.

—¡Gilead?

—¡Dame la mano!

Fithvael miró hacia abajo y vio que su compañero escalaba la pared de roca desapareja situada por debajo del umbral, aferrándose a todos los resquicios que hallaba. El veterano guerrero bajó una mano e izó al elfo más joven.

Con las espadas desenvainadas, los camaradas volvieron sobre sus pasos a través de los imposibles pasillos y las salas de la fortaleza. Gilead llevaba a Níobe. Con los corazones en la boca, esperaban ser descubiertos en cualquier momento, pero el lugar parecía despoblado. Nadie trató de detenerlos.

* * *

En el exterior, rugía una tormenta que azotaba el bosque antiguo. Los elfos no pudieron deducir si era de día o de noche, pero el cielo tenía un color negro espejado

y se agitaba con bucles y torbellinos de nubes. Lanzas de rayo se precipitaban hacia las altas murallas del bastión del Señor de las Bestias Ire, y la lluvia era tan abundante que parecía un velo. Avanzaron dando traspiés bajo el aguacero, con las botas cubiertas por el repulsivo fango, hasta que encontraron a los aterrorizados caballos atados en el calvero que se hallaba más allá de la fortaleza.

Gilead sujetó amorosamente el delgado cuerpo de Níobe contra su pecho, mientras Fithrael le preparaba un lecho bajo el dosel de los árboles. Cuando estuvo listo, buscó hierbas frescas con las que tratarla, pero no pudo hallar ninguna; las plantas de salud y curación no podían crecer en aquel sitio, así que tuvo que arreglárselas con la provisión de plantas secas empaquetadas algunos meses antes.

Pasadas algunas horas, la lluvia comenzó a disminuir y un gris pálido inundó el cielo. Fithrael encendió un fuego y revivió las hierbas secas en un poco de vino elfo que guardaban en el único odre que les quedaba de los que se habían llevado al marchar de Tor Anrok.

—Podrías haberla matado —dijo Fithrael.

—Yo, no —contestó Gilead—. Ese lugar terrible, sí.

Escupió con asco al volver a sentir, de pronto, el sabor y el olor de la residencia de Ire.

—En efecto, Gilead te tuín —lo aplacó Fithrael—. Sin duda, habría perecido de haber permanecido en ese lugar, pero me temo que debo advertirte que nosotros podríamos... haber apresurado su fin, de todas formas.

—¿Cómo? —preguntó Gilead mientras observaba cómo Fithrael preparaba sus pociones en el mortero que siempre llevaba consigo.

—La dama Níobe te buscó y te atrajo hacia ella. Su voz, decías tú. Como un anzuelo en la boca de un pez. Te atrajo, primero, a través de este lóbrego bosque y, luego, a través de la demente arquitectura de esa fortaleza.

Fithrael mojó unos trapos limpios con un poco más de vino y envolvió en ellos la mixtura de hierbas para hacer con ellas una cataplasma que colocó sobre el pecho de Níobe antes de poner agua a hervir para hacer una infusión reanimadora. Luego, alzó la mirada hacia su compañero.

—Tú y ella os habéis convertido en uno solo de una manera muy profunda. Debido al lazo que ella forjó contigo, vuestras almas se superponen. Lo que ella siente lo sientes tú, y viceversa. Tus acciones afectan a la fuerza vital de ella.

—¿Eso la mataría? —preguntó Gilead.

—Está débil, y sin embargo su cuerpo no tuvo otra alternativa que imitar al tuyo cuando adquiriste la velocidad de la sombra —respondió Fithrael—. Puede ser que haya sido demasiado para ella. No sé si su cuerpo podrá sobrevivir a un asalto tan feroz.

Gilead se dejó caer sobre la tierra, indiferente al sitio en el que se sentaba, y

hundió la cabeza entre las manos.

—¿Estoy tan maldito —dijo— que pierdo a un gemelo y después mato a otra persona que se ha unido a mí?

Luego, alzó la cabeza con brusquedad, y Fithvael quedó sorprendido al ver una sonrisa en su rostro manchado por la lluvia.

—No —se respondió Gilead a sí mismo—. Si mi unión con ella es tan grande que mi fuerza la perjudica... ¿entonces también puede disponer de esa fuerza para curarse!

Fithvael asintió ante la lógica del razonamiento.

—Tal vez...

—¡Maldito sea tu tal vez, Fithvael! ¡Sabes que tengo razón! Si permanezco sereno, descansado, si me fortalezco, entonces ella, debido a nuestra unión, no tendrá más alternativa que recuperarse también.

—¿No tendrá más alternativa? —Fithvael sonrió—. ¿Vas a ordenarle que recupere la salud?

Gilead le dijo a Fithvael lo que pensaba de eso con palabras nada ambiguas. Se levantó y se puso a caminar con paso lento y seguro a través del bosque, describiendo círculos en torno al campamento que Fithvael había construido. Respiraba con regularidad, no hacía ningún movimiento brusco y se concentraba en su propia salud. Se sentía fuerte. Era fuerte. Retuvo esa sensación y observó cómo el día se encaminaba hacia la noche mientras él dirigía sus pensamientos hacia Níobe e intentaba llevarla de vuelta a la salubridad.

Durante tres días, Fithvael atendió a la doncella elfa, que continuaba débil, y no dejó de vigilar su estado. Gilead lo asombró con su determinación de desempeñar el papel que le tocaba en el proceso de curación. Observó que su amigo se mostraba más ansioso de alimentarse con regularidad y hacer ejercicio suave, aunque no logró convencer al guerrero elfo de que durmiera.

Al final del tercer día, Gilead casi había logrado ponerse en trance a fuerza de caminar. Intentaba no pensar en el sitio en que habían estado ni en lo, que se había hecho allí, por temor a que eso afectara a Níobe.

Intentaba pensar sólo en Tor Anrok, en la época en que él vivía allí con su familia, cuando Galeth estaba a su lado y su padre gobernaba la hacienda; cuando Fithvael era un joven y leal guardia; cuando el chambelán Taladryel aconsejaba y entrenaba a los herederos gemelos de Lothain; cuando Nithrom, aquel gran guerrero elfo, jugaba a esgrima con él en el patio. Volvió a narrar mentalmente las viejas historias de familia para dejar que Níobe conociera las mejores partes de su pasado. Podía sentirla en las profundidades de algún rincón de su mente, escuchándolo.

Mientras comían junto al fuego al final del tercer día, de repente Gilead volvió a oír una suave voz dentro de su cabeza. Apartó a un lado el plato y se encaminó hacia

donde yacía Níobe, sobre una cama de helechos, cubierta con la capa roja de él.

Cuando despertó, Gilead estaba haciendo guardia junto a ella. La doncella lo miró y sonrió.

—Te conozco, Gilead te tuín Lothain, último Señor de la Torre de Tor Anrok —dijo, y volvió a cerrar los ojos.

Aquella noche, Gilead durmió como no había dormido en años. Durmió como lo hacía en otros tiempos, tras un largo día de jugar y luchar con su hermano. Durmió como un niño cansado y feliz.

Pasaron cinco días enteros desde el rescate antes de que Níobe permaneciera despierta durante algún tiempo. Comía poco, hablaba menos y dormía mucho. Aceptaba los cuidados de Fithvael con decoro y gratitud mientras observaba cada movimiento de Gilead con ojos cansados y deleitados.

Diez días y diez inhóspitas noches pasaron sin incidentes. Fithvael comenzaba a preocuparse porque su buena suerte no podía durar mucho más. Se encontraban en el oscuro corazón de Drakwald, la más peligrosa e impredecible región de las tierras que los humanos llamaban el Imperio. ¿Por qué no había aparecido ningún hombre bestia? ¿Por qué no se había producido ningún vengativo ataque del Señor del Caos? El veterano elfo estaba ansioso por ponerse en marcha, y comenzó a levantar el campamento en la mañana del undécimo día.

—Está lo bastante bien como para viajar con nosotros —le explicó Fithvael a Gilead—. Y en este lugar, viajar es más seguro que quedarse demasiado tiempo en un mismo sitio.

—¿De qué estás hablando?

Ambos se volvieron con sorpresa al oír los alegres tonos femeninos, y vieron que Níobe estaba sentada y los miraba.

—De marcharnos de este sitio e ir a otro —replicó Fithvael—. Aquí ya no estamos seguros. Nos hemos quedado tanto como podíamos.

—Entonces, ya está hecho —dijo ella al mismo tiempo que sonreía y volvía a tenderse de espaldas—. El Señor de las Bestias Ire ha sido destruido.

Fithvael miró a Gilead, y éste sacudió la cabeza y se alejó. El anciano elfo se ocupó de la comodidad de Níobe, y luego siguió a su amigo hasta un poco más lejos, bosque adentro. Gilead no quería decir lo que tenía que decir delante de la doncella.

—Níobe me llamó, y yo respondí a su llamada. Ella ha sido rescatada de aquel repugnante lugar, y no regresaremos a él.

—Entonces, la engañarás —respondió Fithvael—. Pero ella te conoce, Gilead te tuín. Está aquí dentro —añadió a la vez que daba unos golpecitos en la frente de Gilead—. Si te conoce, descubrirá el engaño.

Gilead sacudió la cabeza.

—Si su propósito era destruir a ese Ire, se llevará una decepción.

—¿Dónde está tu sensatez, amigo mío? —se mofó Fithvael—. Creí oírte decir que conocías a esa doncella, que la conocías por ese lazo íntimo que ella forjó. No te llamó por razones egoístas, ni habría puesto en peligro nuestras vidas simplemente por salvar la suya propia.

—¿Y eso quiere decir...?

—Que cree que eres un gran héroe, tonto. ¡Te llamó para que acabaras con el Señor de las Bestias Ire por el bien de todos esos esclavos! ¡Está tan claro como una runa sobre una piedra blanca! Rescatarla a ella, sólo a ella, no era la finalidad de todo esto.



Cabalgaron a través del aire matinal y se detuvieron en la orilla de un lago forestal, donde, entre juncos blancos como el hueso, volaban libélulas de color verde botella. Níobe se sentó sobre la hierba y se puso a trenzar ramitas secas para hacer una corona mientras les contaba, por fin, su historia.

Gilead apenas si necesitaba oírla, pues las imágenes mentales que la doncella había compartido con él se la habían dado a conocer del modo más vívido. Experimentaba la revulsión que Níobe sentía por Ire como si fuese suya; sentía el dolor de la joven cuando ella explicaba el designio del atroz Señor Oscuro.

—Ire, que llegó al poder en algún innombrable reino que cayó en manos del Caos, y donde gobierna como un semidiós a los engendros subhumanos que allí acechan, hace tiempo que mira con envidia este mundo cálido y luminoso. Creo que tal vez fue humano en otros tiempos, hace muchas eras, antes de que se enredara con la brujería y el conocimiento nigromante prohibido, y fuera desterrado a los implacables Desiertos del Caos, situados muy al norte de aquí. Le resta algún vestigio de su condición humana, lo que hace que anhele este mundo que dejó atrás. Sólo tiene un propósito.

Mientras la doncella hablaba, las imágenes del hombre alto con su melena de lustrosos cabellos y sus atuendos grises aparecieron con gran nitidez en la mente de Gilead, que se estremeció.

—Ire tiene la intención de invadir este cálido mundo. Ha reunido grandiosas fuerzas de destrucción en su condenado reino y ha construido máquinas de guerra. Ha hecho pactos, según creo, con los auténticos Señores de la Destrucción, los abominables demonios que colman el vacío exterior con sus dementes aullidos. Es el instrumento de ellos. El plan de Ire los complace y le han conferido poder para abrir una entrada, una puerta entre este mundo mortal y su propio reino enfermo. Pero se necesita energía para mantenerla abierta, enormes recursos mágicos.

—De ahí, los esclavos —murmuró Fithvael.

—Exactamente, Fithvael te tuin. —Níobe sonrió con dulzura, aunque su semblante aún estaba pálido y demacrado—. Criaturas que tengan magia dentro de sí, tanto si lo saben como si no; seres de todas las razas, castas y especies; criaturas como yo. Nos arrancó de nuestras vidas, a menudo mediante sangrientas incursiones realizadas por sus guerreros bestiales, y nos conectó a esa puerta. A través de las ligaduras, nuestra magia era drenada para alimentar al Cipher.

—¿Qué es eso? —preguntó Gilead, de pronto, pero ya lo sabía: el ser monstruoso situado sobre el altar era una imagen vívida dentro de su cabeza.

—¿Su mimado, su sirviente? Lo ignoro. Sólo sé que, hinchado de magia robada, mantiene la puerta abierta. Y a través de esa puerta llegará el ejército invasor.

—Pero nada de eso es auténticamente real, ¿verdad? —inquirió Fithvael con incertidumbre—. Su bastión, todo lo demás, era como un lugar onírico, una ilusión.

—Es muy real... en su reino de sombras. Lo que vosotros visteis, el sitio a través del que os abristeis camino, era... como un fantasma de ese reino, un eco de su fortaleza proyectado al interior de este mundo a través de la puerta. Se vuelve más real con cada día que pasa. Pronto estará más aquí que allí, sólido, con consistencia física, inexpugnable. Entonces, las puertas de la fortaleza se abrirán.

Gilead se aclaró la garganta. Lo que estaba a punto de proponer era como una bofetada para todo su ser.

—Podríamos..., podríamos advertir a los humanos. Darles la noticia a los gobernantes de ese..., ese Imperio de hombres que reclama estas tierras.

—¿Y van a creer las palabras de un elfo? ¿Un ser salido de las sombras de sus leyendas folclóricas?

Fithvael estuvo a punto de reír entre dientes al oír las palabras de Níobe.

—¡Ya han rechazado antes a otros invasores! —le espetó Gilead—. Sus ejércitos no carecen de poder...

—Muchas invasiones, en efecto —replicó Níobe al mismo tiempo que asentía con un movimiento de cabeza—. Pero en todas y cada una de ellas los territorios humanos fueron asaltados desde el exterior, desde los límites o las fronteras. Esta procede del interior. Imagina durante cuánto tiempo habría resistido la orgullosa Tor Anrok si el Caos hubiese manado dentro de la mismísima sala del trono.

—Así pues —intervino Fithvael, con un suspiro—, ¿estás diciendo que debemos regresar... y cerrar la puerta?

—Sí, maestro Fithvael. Eso es. Regresar y cerrar la puerta.

Gilead se puso de pie a la vez que sacudía la cabeza. Recordaba lo duramente que había luchado para destruir sólo un plinto de los cientos de miles que había en aquel lugar. Sabía que no podría liberar a tantos seres aunque tuviese el tiempo de diez vidas para realizar la tarea.

—No podemos liberarlos a todos —fue su breve respuesta.

—No, en efecto —dijo Níobe—, pero podemos cerrar la puerta.

La fuerza que puso en la palabra podemos hizo que ambos guerreros experimentaran un escalofrío.

La joven alisó con las manos las arrugas de su vestido sucio.

—En Talthos Elios, mi padre me educó para que hiciese honor a la antigua promesa; la promesa que nuestra raza hizo en sus últimos años, cuando el número de los nuestros comenzó a mermar y nos retiramos del mundo que había sido nuestro. Es probable que los consideremos una raza infantil, tosca e ignorante, pero los humanos han heredado este mundo de nosotros. Mi padre me enseñó a honrar a la humanidad, con mi vida en caso de ser necesario. Nuestro tiempo ha pasado ya, amigos míos. El mundo es más nuevo y está más vacío que en las épocas de nuestros ancestros.

»Hay una expresión que emplean los señores de Bretonia: *Noblese oblige*. Por vuestro gesto, veo que sabéis lo que significa. Tenemos una deuda con nuestros herederos. Mi magia fue robada y utilizada para poner en práctica las abominables estrategias de los Poderes Malignos. Daría gustosamente la vida para destruir esa puerta.

—Suicidio —murmuró Gilead.

—No, mi señor: honor. Debemos honrar nuestro legado. Y para honrarlo, no liberamos a un esclavo solamente, sino que permitimos que un millar muera si eso significa que la disforme puerta de Ire desaparezca con ellos.

Fithvael alzó la mirada hacia Gilead, pero el joven guerrero elfo nada dijo.

—¿Quieres que los matemos a todos? ¿Todos los esclavos? —preguntó Fithvael.

—No lo sé —respondió Níobe al mismo tiempo que los miraba a ambos—. Pero sé que el Señor de las Bestias Ire tiene una sola debilidad.

—Entonces, dínos cuál es —pidió Gilead con tono seco.

—Vi algo en la mente de Ire, pero no me atreví a permanecer en ella mucho tiempo por temor a que la inmundicia del Caos me infectara. No tengo otra respuesta que la seguridad de que él sabía que había una debilidad, y que esa debilidad es su hijo.

—¿Su hijo?

—Tiene un hijo. Es su único punto vulnerable.

Sobre los tres cayó un largo silencio desolador.

—¿Me ayudaréis? ¿Lo haréis? —preguntó Níobe pasado un rato.

Gilead inclinó la cabeza porque no quería mirarla a los ojos.

—Creo que no —replicó.

Gilead se levantó del lado de su amigo y de la mujer a la que creía amar, y se alejó de ellos. Fithvael se puso trabajosamente de pie y lo siguió, llamándolo mientras se

alejaba.

—¡Gilead! ¡Señor! ¿Incumplirás tu deber? —dijo, pero el joven elfo no se volvió.

Fithvael apresuró el paso hasta encontrarse justo detrás de Gilead, momento en que extendió un brazo, lo cogió por un hombro e hizo que se diera la vuelta con brusquedad.

—¡Dímelo a la cara! Dime que vas a darle la espalda a esto. ¿No recuerdas ya a Galeth, ni los diez años de búsqueda que te llevaron hasta su asesino? ¿No recuerdas los años que permaneciste bebiendo en las ruinas de Tor Anrok, desdichado hasta lo más hondo de ti? Fue tu sentido del deber lo que te salvó de la perdición, tu deber hacia un ser humano. ¡La hija de Ziegler! ¿La recuerdas? ¡Tuve que metértelo a golpes en la cabeza para hacer que te dieras cuenta...! ¡Dioses, tuve que llegar hasta el extremo de estar a punto de perder mi propia vida! Pero pronto lo comprendiste. Nuestra época llegó y pasó, Gilead Lothain. Es doloroso, pero es así. Éste es tu destino, amigo mío; nuestro destino. No le vuelvas ahora la espalda.

—¿Y si perdiéramos a Níobe? —preguntó Gilead.

—Amigo mío, si no haces esto, la perderás sin remedio, ¡de todas formas! Y si no puedes soportar la idea de destruir al Señor de las Bestias Ire por el bien de la humanidad, hazlo entonces por el de Níobe y el tuyo propio.

—¿Y tú? —inquirió Gilead.

—Yo iré de todas maneras, aunque estaré mejor si te tengo a mi lado. Tú, Gilead, fuiste criado para luchar. Así te crió Cothor, y por eso te entrenó Nithrom, un guerrero de Tor Anrok, de la antigua raza que está desapareciendo. Es tu esencia vital. Aunque negaras todo lo demás, eso no podrías negarlo.

Gilead clavó los ojos en su compañero. Durante un largo momento, Fithvael pensó que iba a golpearlo porque un furioso orgullo contrajo el rostro de Gilead. El último Señor de la Torre de Tor Anrok desvió la mirada hacia Níobe, que los observaba desde la orilla del agua, y luego volvió a posar la vista sobre Fithvael.

—Vayamos a hacer eso —dijo, al fin—. Pero mi señora se queda aquí.

—Pero la necesitamos, Gilead. Sólo ella puede guiarlos allí dentro, sólo ella puede llevarnos hasta el hijo de Ire. Si vamos..., cuando nos marchemos, ella vendrá con nosotros, sin duda.

Cayó la noche, fría y húmeda bajo los árboles de ramas vencidas. Fithvael comprobó sus armas y el zurrón de campo que siempre llevaba consigo, reemplazó lo que pudo y se aseguró de que todo estuviese limpio y seco. También empaquetó hierbas fortalecedoras para Níobe, pues sabía que aún estaba débil.

* * *

Gilead comprobó sus armas, y se aseguró de que la aljaba estuviese llena y la cuerda del arco bien tensada. Más importante aún: le dedicó un tiempo mayor a la espada y a la daga, las cuales limpió y amoló hasta que tuvieron duros filos brillantes. Posó los dedos un momento sobre las runas elfas que decoraban el acero, y pensó en Tor Anrok y en los ideales que siempre habían gobernado la vida de su familia. Limpió el fango de su largo y estrecho escudo de guerra; luego, se sujetó la armadura de cuero con las hebillas y se colgó aljaba y escudo cruzados sobre la espalda.

Había llegado el momento. Níobe estaba preparada. Se había atado hacia atrás los largos cabellos y había cortado la falda del vestido por encima de la rodilla para correr y moverse sin impedimentos. Era tan hermosa que a Gilead se le contrajo la garganta.

—¿Por qué estás tan triste? —preguntó ella al devolverle a Gilead el cuchillo de larga hoja que le había prestado para cortarse el vestido.

—No estoy triste, sólo..., preparado. Quédatelo.

—Me educaron con muchas habilidades, Gilead, pero la guerra no fue una de ellas. Coge tu daga.

—No, Níobe. Métela en tu cinturón. Puede ser que esta noche tengas necesidad de ella. Asesta estocadas, no golpes. Y no dudes en hacerlo.

Ella deslizó el arma bajo su cinturón de cuero.

—Como quieras, Gilead. Estás enseñándome, ¿no?

—Si eso te salva la vida, al menos yo daré las gracias por hacerlo.

Guardó silencio. Había salido una luna de color enfermizo, y los árboles proyectaban sobre ellos largas sobras tristes.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Qué pasa con nosotros... después? —susurró él.

—¿Después? —Una vivaz sonrisa iluminó el rostro de la doncella, que lo empujó con gesto juguetón—. Recemos para que haya un después.

—Lo habrá.

—¿Qué optimista, Gilead!

—Es una de mis mejores cualidades —mintió él. Fithvael, que estaba cerca, profirió un bufido, y Níobe se echó a reír.

—Cothor Lothain engendró un hijo hermoso..., incluso cuando miente.

—No has respondido a mi pregunta —insistió él.

Ella extendió un brazo y le tocó con suavidad la sien.

—Ya he permanecido aquí dentro durante bastante tiempo. Estamos unidos, Gilead. Con independencia de lo que suceda esta noche, la unión persistirá. Te lo juro.

Tembloroso, él la tomó entre los brazos y, mientras duró aquel precioso beso, el peligro pareció hallarse muy lejos.

Fithvael apartó la mirada y se dispuso a preparar los caballos en las proximidades.

Estaban cargados y listos para la larga cabalgata de salida del bosque. Los dejaría atados con largas cuerdas, en previsión de una huida precipitada.

Los tres se cogieron de las manos en el calvero iluminado por la luna. Un pacto silencioso a la vieja usanza. Luego, lado a lado, los elfos se alejaron hacia el interior del bosque susurrante, en dirección al grandioso bastión fantasmal de su enemigo.

Pasó una hora y no encontraron nada. Durante la mayor parte de ese tiempo, los tres habían avanzado codo con codo. En una o dos ocasiones, tuvieron que caminar en fila india, y cuando esto sucedía, Gilead desenvainaba la espada y marchaba en cabeza, con Fithrael a la retaguardia del grupo. No obstante, incluso en aquellos estrechos senderos todo estaba en calma.

—Debemos detenernos —dijo Fithrael, de repente—. Algo no va bien.

—No oigo ninguna amenaza —respondió Gilead, tras volverse para mirarlo—. Todo está tranquilo; todo va bien. Fithrael, te inquietas por nada.

—No —insistió Fithrael al mismo tiempo que se descolgaba el arco de la espalda y lo tensaba—. ¿No te preocupa que no haya nada por lo que inquietarse? Esto es Drakwald, un lugar de terror, de bestias, y sin embargo caminamos por él como si fuese el parque de juegos de nuestra infancia.

Gilead miró a su alrededor y hacia el cielo nocturno a través del dosel que los cubría, y se tensó al darse cuenta de que Fithrael estaba en lo cierto.

—¿Percibes algo? —le preguntó a Níobe.

—El bosque está cargado de amenazas, pero un poco de magia mental puede alejar a una legión de criaturas ignorantes —replicó Níobe con una sonrisa sabia.

Gilead y Fithrael fijaron la mirada en ella. Entonces resultaba obvio: el avance sin peligros había sido garantizado por la doncella, que usaba todo el poder de su magia para buscar a las bestias y monstruos del bosque e implantar en sus débiles mentes imágenes que los distraían del rastro de ellos tres.

—¿Estamos a salvo debido a ti? —preguntó Fithrael.

—Por el momento —replicó Níobe con dulzura—. Cuando llegemos al portal, mis poderes quedarán agotados y confundidos por la corrupción que hay allí.

—Bloquea tu magia —le pidió Gilead a Níobe, con ternura—. No permitas que Ire la perciba. Podemos enfrentarnos con lo que encontremos aquí. —A continuación, desenvainó su espada de acero azul.

—Como quieras —asintió ella.

Los rodeaba una noche sin estrellas, fría y tenebrosa. Se sobresaltaban ante cualquier crujido, chasquido y susurro del espeso sotobosque que los envolvía. Habían recorrido casi un kilómetro cuando ella se quedó inmóvil de modo repentino.

—¡A la izquierda! Es..., es...

Mientras ella tartamudeaba, Gilead desenvainó la espada con un solo movimiento elegante, pues el hedor a podrido del Caos inundó, de pronto, el aire.

Una bestia enorme cargó hacia el estrecho claro. En el momento de salir al descubierto, había dejado un rastro de madera procedente de los árboles y arbustos partidos. La criatura era del tamaño y la altura de un venado, y estaba recubierta por un grueso pelaje de manchas grises y negras. Sus pezuñas, de unos treinta centímetros de diámetro, remataban gruesos y fuertes tobillos y se dividían en romos dedos óseos. Las patas traseras del animal eran más cortas que las delanteras, y la cola resultaba apenas un vestigio, como la de una cabra. El monstruo rascó el suelo, donde abrió un profundo surco en la tierra putrefacta, al mismo tiempo que alzaba un par de poderosos brazos humanoides situados a ambos lados de un pecho grueso como un barril.

Gilead vio al instante que los brazos de la bestia estaban rematados por manos musculosas, cada una provista de dos dedos de una sola articulación, parecidos a los que tenía en las pezuñas hendidas. Un pulgar negro y calloso completaba las manos, que sujetaban una ballesta tosca pero enorme, ya cargada con una flecha que era casi tan grande como un antebrazo de Gilead.

El cuello del venado era tan grueso como el pecho de un hombre, y sobre el mismo se alzaba una cabeza medio humana, colocada allí como una incongruencia, más estrecha que el cuello y rematada por un solo cuerno curvo y ancho.

La bestia gruñó en el momento en que iba a disparar la flecha hacia Gilead, que se movía haciendo fintas, primero a la derecha y luego a la izquierda. La enorme flecha silbó con sonido agudo al hender el aire, pero erró por pocos centímetros, pues Gilead rodó y se protegió el cuerpo con el escudo.

La cabeza barbuda de la bestia del Caos pareció reír entre dientes con un rebuzno gutural mientras deslizaba otra flecha en la ranura de la ballesta.

La vista que Gilead tenía de la bestia era frontal y desde corta distancia. No veía nada por encima del cuello erguido y la cabeza, así que se concentraba sólo en la amenaza inmediata.

Fithvael, a unos pocos metros a la derecha de Gilead, tenía otra perspectiva, y durante una fracción de segundo quedó hipnotizado por lo que vio.

Sobre el lomo de aquella especie de venado, había una segunda monstruosidad. El hombre bestia iba montado en la criatura sobre una voluminosa silla hecha con cuero verde lleno de agujeros. Unos estribos grandes y planos del mismo material colgaban a los lados de la silla y sujetaban los pies enormes, parecidos a patas, del jinete. Las piernas eran cortas y deformes, y los huesos del muslo se torcían para formar rodillas hinchadas.

El cuerpo del jinete también parecía demasiado corto y ancho, y consistía sólo en un torso sin cintura ni abdomen. Por el contrario, sus brazos eran largos y fuertes, y sus hombros altos y poderosos. La cabeza del monstruo tenía forma humana, pero era fea y bulbosa, cubierta de verrugas y casi desdentada, y descansaba sobre los enormes

hombros sin un cuello entre ambos. El jinete llevaba una cuchilla en una mano descomunal, y un azote en la otra. Su rostro mostraba una sonrisa sin dientes mientras balanceaba las dos armas en pequeños círculos entrelazados ante su cuerpo. Estaba preparándose para golpearlos y desgarrarlos a los tres, miembro a miembro.

Gilead esquivó la segunda flecha, que se clavó de pleno en el tronco de un árbol situado detrás de él, y dos tercios de la misma quedaron sobresaliendo por el otro lado. El elfo saltó hacia adelante, muy agazapado, y asestó una estocada ascendente por debajo del pecho del venado; usó el impulso de la corta carga para clavar la hoja en el corazón de la criatura. La espada penetró unos quince centímetros y luego chocó contra hueso; la fuerza del impacto hizo que se detuviera en seco. El guerrero elfo intentó liberar el arma de la herida que no sangraba, pero estaba atascada.

La bestia parecida a un venado dejó caer la ballesta y tendió las enormes manos deformes hacia el cuello del elfo.

Mientras continuaba sujetando la empuñadura de la espada con una mano, Gilead buscó a tientas su daga, pero la vaina estaba vacía. Se la había dado a Níobe. Se lanzó al suelo y rodó para evitar que el enemigo lo pisoteara con las pezuñas.

—¡Gilead! —gritó Níobe, que, adivinando lo que necesitaba el elfo, le lanzó la daga a través del claro.

Él la atrapó y lanzó una cuchillada al brazo que se extendía hacia él. Cortó músculos y tendones, y dejó a la vista los huesos. No manó sangre, ni icor, ni ningún otro fluido corporal.

Fithrael sacó dos armas y también se lanzó a atacar a la criatura impía que montaba al venado monstruoso. Primero, golpeó con la punta de la espada, que recorrió un muslo del hombre bestia y abrió en él una herida dentada; el corte se llenó rápidamente con un líquido negro amarillento. El hecho de que fuese un tajo descendente le permitió inclinar cabeza y hombros para esquivar el látigo provisto de tachones de la criatura, que salía disparado hacia su rostro.

A Fithrael lo animó el hecho de que la bestia fuese indisciplinada en el manejo del látigo, y mantuvo su posición para luego erguirse con el fin de hender con la espada el pecho del monstruo. El látigo volvió una vez más, y su tosca cadena negra se envolvió en torno a la hoja del arma de Fithrael. Con un movimiento seco y brusco, el veterano elfo liberó la espada y lanzó al látigo de vuelta hacia su dueño, contra cuyo pecho impactó con un potente golpe sordo; pero la criatura no pareció advertirlo y volvió a alzarlo por encima del hombro para asestar otro golpe.

Fithrael cortó otro buen pedazo de la pierna del monstruo, al que le hendió la rodilla y casi le cercenó por completo el pie. La bestia respondió girando el cuerpo sobre la silla y descargando un fuerte golpe con una pesada cuchilla en un arco preciso que tomó a Fithrael por sorpresa. El elfo cayó de rodillas para esquivar la afilada hoja, y se puso de pie con rapidez, antes de que la bestia pudiese volver a

atacarlo con el arma.

Gilead liberó su espada y rodó hasta quedar de espaldas en el suelo, debajo de las pataleantes pezuñas del ser con forma de venado. Desde esa posición, lanzó otra estocada con la espada y hendió la articulación donde la pata se unía al cuerpo. La herida seca quedó como una boca abierta ante el elfo, pero el ritmo del pisoteo del monstruo no cambió.

Esa vez, Gilead impulsó la larga espada hacia el pecho en línea oblicua al mismo tiempo que dirigía la daga hacia la garganta. Encontró espacio entre el gran costillar de barril, donde hundió la espada hasta la empuñadura, y luego la movió de izquierda a derecha, hasta que le fue posible retirarla. Asimismo, clavó la daga en la garganta de la bestia, con lo cual cortó en seco su bramante aullido y le abrió un agujero dentado en las vías respiratorias.

Concluido esto, Gilead retrocedió y observó cómo el monstruo intentaba respirar a través del agujero que tenía en la garganta. El tejido que rodeaba el tajo se pegaba y volvía a separarse. La monstruosidad intentó levantar la ballesta una vez más, pero la mano perteneciente al brazo herido tembló y no pudo encontrar el sitio para colocar la flecha.

Fithvael se irguió en toda su estatura y lanzó una estocada hacia el torso de la criatura montada. La hoja de la cuchilla paró la estocada del veterano elfo, y el brazo de éste recibió una fuerte sacudida antes de que lograra cambiar la espada de posición. Fithvael imprecó, giró sobre sí mismo y ensartó al jinete con la espada en un solo movimiento ininterrumpido.

El venado carente de sangre cayó de rodillas con lentitud, y luego se desplomó de cabeza, con la ballesta aún sujeta en la mano sana. Al inclinarse hacia adelante, el jinete fue lanzado sobre el cuello de su cabalgadura, y Fithvael logró retirar la espada y volver a clavarla. El monstruo cayó de su montura y soltó las armas, tras lo cual se irguió sobre los puños, de los que se valió, como si fueran pies, para escapar.

Gilead cargó el arco cuando el objetivo estaba ya a unos quince o veinte metros de distancia, y mató al hombre bestia con una sola flecha certera, que le atravesó la cabeza.

Fithvael se sacudió el polvo y envainó la espada con un suspiro de alivio. Los dos elfos regresaron adonde estaba Níobe y dejaron los cadáveres a su espalda, tirados en el bosque.

El trío había avanzado sólo unos pocos centenares de metros cuando Níobe los hizo detenerse.

—Ya hemos llegado —declaró al mismo tiempo que se volvía para mirar a Gilead y Fithvael—. ¿Cómo queréis que procedamos?

Fithvael miró por encima del hombro de la joven elfa, que se encontraba ante ellos.

—Yo no veo nada —dijo el veterano elfo—. ¿Dónde está el castillo del Señor de las Bestias Ire?

Níobe se volvió con lentitud hasta encarar la misma dirección que sus compañeros, y Fithrael y Gilead vieron que tomaba forma el vasto contorno del castillo del Paladín del Caos, imagen que rieló y apareció a la vista envuelta por la niebla nocturna del bosque.

—Sólo lo veis a través de mis ojos —explicó Níobe—, pero no dudéis de que está allí.

A treinta pasos de la monumental fachada del castillo, comenzaba a ascender una larga rampa desde el terreno pantanoso, la cual llevaba a un pórtico situado en el centro de la muralla.

—Una buena recepción —comentó Gilead con frialdad—. Es más de lo que nos concedieron la vez anterior.

—No es más que una entrada oculta a los ojos de todos los que no tengan la magia necesaria para verla —respondió Níobe, cuyos modales alegres y confiados intentaban ocultar el miedo que sentía.



El rancio hedor del Caos impregnaba el aire que respiraban y la tierra que pisaban, y ella lo percibía más nítidamente que sus compañeros. Pero contaba con la fuerza de Gilead para alimentar la suya, y a cambio, él podía experimentar, al menos, algo de los poderes mágicos de la joven elfa.

Al acercarse al pórtico, Níobe se adelantó hasta la vanguardia del grupo y se detuvo a apenas unos metros de la entrada cubierta por una pesada reja. Los espacios cuadrados que había en la estructura, por lo demás sólida, comenzaron a deformarse y a latir, hasta que se abrió una brecha lo bastante ancha como para que la atravesaran los tres elfos.

—¿Cómo haces para cambiar la realidad de ese modo? —preguntó Fithrael, maravillado.

—Porque no es realidad —fue la sencilla respuesta de Níobe—; no, todavía, en todo caso. Está haciéndose cada vez más sólida, pero aún constituye una ilusión, un reflejo proyectado aquí del auténtico bastión en que se encuentran los dominios de Ire. Yo puedo dejarlo a la vista, mostrároslo. Mientras sea insustancial y no esté realmente ni aquí ni allá, puedo obrar sobre las ilusiones y conformarlas de acuerdo con nuestros propósitos.

—Pero este lugar es maligno —dijo Fithrael mientras se esforzaba por comprender las habilidades de ella y la forma en que podían utilizarlas.

—Maligno, sí —asintió Níobe—. Este lugar está completamente corrompido debido a que la magia es manipulada por el mal más tenebroso, pero créeme si te digo que el poder mágico por sí mismo no es maligno.

Entraron en un espacio ancho y largo, que podría definirse como un gran corredor. A lo largo de las paredes, había puertas cerradas con pestillo, de diferentes alturas, que Gilead supuso que conducirían a habitaciones. Los corredores que se alejaban en otras direcciones y las escaleras que ascendían y descendían en vectores imposibles parecían añadir otra dimensión insana a las tres que existían de manera natural en aquel sitio.

Níobe realizó el más breve examen de la topografía antes de conducir a Gilead y a Fithvael a través del espacioso corredor y ascender por una escalera que un momento antes daba la impresión de precipitarse hacia las entrañas del castillo.

Unos instantes más tarde llegaron a una enorme zona en forma de cubo que parecía haber sido forjada en algún metal, peltre tal vez. Donde las paredes se unían al techo y el piso, las juntas eran invisibles. Los muros tenían un acabado mate, había huellas de golpes y carecían de puertas, ventanas o cualquier otra entrada o salida visible. La luz que bañaba aquel espacio era uniforme y no proyectaba sombras. Lo más preocupante era que no se veía ninguna fuente de luz.

Gilead y Fithvael alzaron las espadas cuando un hedor nauseabundo comenzó a filtrarse en la estancia procedente de ninguna parte.

—Ire... —jadeó Níobe.

Una figura salió de las sombras y pareció aumentar de estatura a medida que avanzaba hacia ellos. Llenaba el espacio, y el espacio se expandía para dar cabida a la creciente estatura del hombre. La cámara cúbica de metal había tenido tal vez unos diez pasos en todas las direcciones, pero entonces medía unos trescientos metros de lado.

—Más espacio para obrar —dijo Gilead en voz alta mientras clavaba la mirada en el insondable rostro dividido del Señor de las Bestias Ire.

Los dos guerreros elfos se agazaparon ligeramente y adoptaron una postura agresiva.

Como si se burlase de la imagen misma que presentaban, Ire echó hacia atrás la cabeza y profirió un sonido que podría haber sido risa, pero que pareció resonar dentro de todo el cuerpo antes de escapar por la boca dividida.

—¡Ahora! —gritó Gilead, cuya voz sonó como música después del extraordinario bramido del Señor de las Bestias Ire.

Gilead y Fithvael describieron un rodeo en torno a Ire y arremetieron contra él desde distintas direcciones, pero en ese momento la habitación comenzó a moverse sobre un eje invisible, y el suelo se inclinó al mismo tiempo que las paredes giraban. Los elfos quedaron desorientados, y sus pies trastabillaron. Buscaban alguna

superficie plana y sólida cercana, pero no la había.

Gilead ya no podía ver a Níobe, aunque oía su dulce voz dentro de la mente.

—¡Deshazte de la ilusión! Está dentro de tu cabeza. ¡El posee este lugar y lo usará en su propio beneficio, pero no le servirá de nada si tú lo niegas! —le dijo.

Observó que Fithvael caía sobre una rodilla mientras la habitación se balanceaba y giraba.

—¡Es una mera ilusión, Fithvael! —le chilló—. ¡Bloquéala!

Los guerreros volvieron a lanzarse hacia el Señor de las Bestias Ire. La habitación volvió a girar e inclinarse, pero esa vez Gilead y Fithvael se mantuvieron en pie.

Ire desenvainó la espada, que era larga y ancha, aunque el Señor del Caos la sujetaba con una sola mano y la movía despreocupadamente, trazando formas de ocho en torno a su cuerpo.

Fithvael avanzó para parar la primera estocada de la terrible arma, pero el golpe lo derribó como si estuviese hecho de papel. Ire volvió a lanzarle un golpe a Fithvael, y el elfo se dejó caer al suelo y rodó. La enorme espada hizo impacto sobre la superficie de peltre, de la que arrancó chispas de color blanco azulado.

Gilead atacó al Señor de las Bestias Ire y le asestó una estocada tras otra, pero la armadura de pizarra del monstruo lo protegía con facilidad de todos los golpes.

Mientras los tres luchaban con mayor velocidad y ahínco, la habitación giraba más violentamente, pivotaba y rotaba sobre un conjunto de ejes invisibles. Gilead y Fithvael se mantenían en pie a pesar de todo, y entonces ambos luchaban arremetiendo con todas sus fuerzas contra Ire. El Señor del Caos se zafó de los atacantes y descargó su espada contra Fithvael, a quien le hizo un tajo en el hombro derecho antes de que Gilead pudiese parar el golpe.

Tras desplomarse de rodillas, Fithvael perdió la concentración y comenzó a rodar, indefenso, por el cubo que giraba. Gilead observó cómo su fiel amigo caía y vio que era lanzado sin remedio de un lado a otro por los movimientos del cubo metálico.

—¡Ilusión! ¡Es una ilusión! —chilló Gilead, pero Fithvael continuaba dándose implacables golpes contra las paredes de peltre.

—¡Fithvael!

El elfo había desaparecido.

—¿Dónde está? ¿Qué le has hecho, escoria corrupta? —gritó Gilead al mismo tiempo que se lanzaba contra la pesadilla que reía entre dientes.

El Señor de las Bestias Ire lo arrojó a un lado.

Pero Gilead no iba a dejarse desanimar. De pronto, veloz como la sombra, se transformó en un borrón en movimiento, que lanzaba estocadas, cortaba y golpeaba con su arma. La habitación giraba y corcoveaba, pero Gilead, inconscientemente, hacía lo que Níobe le había aconsejado: no prestaba atención a la ilusión y se concentraba sólo en Ire.

* * *

Níobe aguardaba en un pequeño espacio oscuro con Fithvael. Se trataba de una antecámara, aunque aparte de ese pequeño hecho, la joven no tenía ni idea de dónde estaba. Por pura fuerza de voluntad, se había llevado a Fithvael fuera del cubo metálico que se balanceaba.

—Quédate quieto —le siseó.

—¡Duele! —protestó Fithvael mientras ella le vendaba la herida.

—¡Claro que duele! ¡Estáte quieto!

—¿Dónde está Gilead?

* * *

El Señor de las Bestias Ire concentró un resonante bramido en sus entrañas y lo dejó escapar como un largo y retumbante sonido, que llenó el espacio en torno a Gilead. El último hijo de Tor Anrok acababa de clavar su espada a través de la guarda de metal que cubría el ojo muerto del lado subhumano de la deforme cabeza de Ire.

Gilead aprovechó la oportunidad y volvió a la carga. Entonces se movía a tal velocidad que la habitación parecía haberse detenido y vibrar sólo ligeramente. Ya fuese por la velocidad que Gilead había desarrollado o por la terrible herida que acababa de recibir Ire, el caso es que el guerrero elfo comenzó a ver algo muy diferente ante él. El Campeón Oscuro comenzó a perder su forma y a desdibujarse en los bordes. Durante una fracción de segundo, su silueta se transformó en una palpitante masa amorfa, antes de estabilizarse en su anterior figura humanoide.

* * *

Níobe se sobresaltó. Acababa de ver al Señor de las Bestias Ire como lo había visto Gilead, y la verdad revelada le hizo proferir un grito.

—¿Qué sucede? —preguntó Fithvael, cuya voz estaba amortecida por el dolor.

—El hijo... He visto al hijo...

Níobe condujo a Fithvael por un laberinto de pasillos de pesadilla, hasta que al fin llegaron, una vez más, a la vasta cámara en la que estaban atados los esclavos.

—¿Por qué me has traído aquí? —inquirió Fithvael mientras Níobe recorría el entorno con la mirada.

—No llores la muerte de estos esclavos, Fíthrael te tuin —comenzó ella con voz serena—. Agradecerán la muerte si les libera de esta existencia. Tanto si viven como si mueren, tú los habrás salvado. Y vivas o mueras, habrás salvado a la humanidad de un destino mucho peor que éste.

La joven creía lo que decía, y también lo creía el guerrero elfo, pero, a pesar de todo, una lágrima resbaló por el perfecto contorno de la mejilla de Níobe.

—Dime, ¿cuál de estas pobres almas es el hijo de Ire? —preguntó Fithrael mientras se preparaba para la misión más desagradable de su carrera.

Había matado a muchos en batalla, pero destruir a una pobre alma inerte que había sido atada a un yugo con el único fin de extraerle la energía mágica, eso era asesinato y sólo le causaba revulsión.

—Ninguna de ellas —replicó Níobe.

—Entonces, lo preguntaré otra vez —dijo Fithrael con severidad—. ¿Por qué me has traído aquí?

Níobe se volvió y posó los ojos sobre el altar que estaba situado más abajo que ellos, sobre las innumerables hebras conectadas al gran cubo de roca y sobre los cambiantes dibujos de las runas del Caos que se retorcían encima de la superficie del altar. Lo señaló, pues la muchacha apenas podía hablar.

—El altar. La cosa que hay sobre el altar —jadeó, luego.

—¿Qué cosa? —preguntó Fithrael al mismo tiempo que volvía la cabeza con brusquedad para echarle otra mirada a la abominación que flotaba allá abajo.

Y entonces, lo vio. Por primera vez se dio cuenta de que había algo sobre el altar. La vista de las hipnóticas runas y los millares de destellantes hebras habían apartado su atención de la opaca e informe superficie del altar, pero en ese momento la veía con claridad: una masa inanimada, amorfa e incolora, que carecía por completo de forma. La vio porque Níobe la había visto.

—¿Eso es... el hijo de Ire? —preguntó Fithrael con incredulidad.

—El Cipher —respondió Níobe con voz débil—. Reúne y controla la magia.

Tenía la voz quebrada y la boca seca. Intentó hablar otra vez, y Fithrael se inclinó para oírla.

—Se parece a Ire... —susurró la joven.

—¿Ese aspecto tiene Ire cuando la ilusión desaparece? —concluyó Fithrael, que ya alzaba la espada.

* * *

La grandiosa arma de Ire hendió el aire, y Gilead retrocedió a la velocidad del rayo. La caja de metal dentro de la que se encontraban continuaba girando y balanceándose.

Gilead volvió a lanzar una estocada, pero la punta de la espada del monstruo llegó hasta su mejilla, donde le hizo un profundo corte sangrante. Gilead cayó y comenzó a temblar mientras la habitación se zarandeaba. Entonces era real, todo era demasiado real.

* * *

Saltando de un plinto a otro, Fithvael avanzaba hacia el altar. Sabía que tenía poco tiempo.

Saltó sobre el saliente de roca que rodeaba a la monstruosidad, y apareció el primero de los guardias de esclavos. Eran cuatro en total, que blandían armas diversas. Su piel era de piedra, con grietas en las articulaciones, sobre la que se veían arañazos y trozos que faltaban por obra de un millar de espadas y proyectiles. Cuando las criaturas flexionaban el cuerpo, la piel de piedra acompañaba el movimiento como la capa que se endurece sobre lava candente que fluye.

Los mutados engendros infernales formaron codo con codo ante el altar, armados sólo con varas y látigos. Eran los guardias de los esclavos y nunca habían necesitado más que esas armas ligeras para controlar a sus prisioneros.

Fithvael no vaciló, y se lanzó hacia ellos al mismo tiempo que blandía la espada de un lado a otro.

Pero su hoja sólo arrancó chispas al rebotar sobre la impenetrable piel de las bestias del Caos.

* * *

Dentro de la girante caja de peltre, Gilead se deslizó hacia abajo por una pared que ascendía y apenas se apartó antes de que la enorme espada de Ire hiciera una grieta sobre la superficie metálica, justo donde él había estado.

Intentó recobrar la concentración. Plañidera y lejana, la musical voz de Níobe aún le hablaba.

—Es una ilusión, Gilead..., una ilusión...

Alzó la espada, que chocó contra la de Ire en una chisporroteante lluvia de luz purpúrea. Otra vez un desvío, una parada. La destreza del Señor de las Bestias Ire con la espada era magistral.

Pero Gilead había sido entrenado por Nithrom, y el arma que blandía había sido de su hermano. No perdería esa lucha.

* * *

Fithrael abrió de un golpe la piel pétrea del guardia que tenía más cerca y retrocedió con revulsión. Debajo de la armadura de pizarra, la pierna del monstruo era una enorme herida pútrida. No había ni piel ni hueso, sólo carne negra putrefacta y un ejército de gusanos y parásitos que se alimentaban del cuerpo corrupto.

Fithrael se lanzó hacia adelante y volvió a atacar la zona debilitada; los golpes rociaron su arma y a él con icor y trozos de carne hediondos. El guardia cayó y se partió por las juntas, por donde salió disparada una hueste de cosas que se retorcían junto con la materia putrefacta que habían sido sus entrañas.

Fithrael pasó de un salto por encima de los repugnantes restos, moviéndose como un bailarín entre las armas de los otros guardias. Arriba, sobre el altar, el Cipher se removió un poco, como si estuviese incómodo.

* * *

Gilead volvió a lanzarse al ataque y su espada abrió una grieta en la hombrera de Ire.

—¿No te duele todavía? —lo aguijoneó Gilead, pero él no respondió—. No importa... Creo que te he mantenido entretenido el tiempo suficiente.

De pronto, el Señor de las Bestias Ire se quedó inmóvil y volvió la mirada hacia algo que Gilead no podía ver.

—Sí, creo que lo he logrado... —Gilead sonrió.

* * *

Fithrael alzó la espada y clavó una estocada en el repugnante saco amorfo que era el Cipher. Un maloliente fluido viscoso lo salpicó de pies a cabeza y cayó en chorretones por los lados del altar. El hedor a cadáver era abrumador.

—¡Señor de las Bestias Ire! —gritó Fithrael, desafiante, mientras sus manos aún aferraban el arma victoriosa—. ¡Tu hijo ha muerto!

* * *

La habitación de peltre había desaparecido. Perdido en una fortaleza construida sólo de magia oscura, Gilead murmuraba el nombre de Níobe e intentaba no perder los últimos rastros de su voz.

La realidad se rasgó. Huían en medio de la ilusión que se deshacía, mientras las torres se derrumbaban y una tormenta de pesadilla estallaba en el cielo desolado que dominaba el bastión. Chorros de energía mágica salían disparados hacia el cielo y hacían saltar trozos de la muralla que sólo era real a medias.

Cuando se encaminaba hacia la torre de la entrada, Fithvael casi colisionó con Gilead.

—¿Y Níobe? ¿Dónde está? —bramó Gilead.

Las vejadas y frustradas fuerzas del Caos estaban haciendo pedazos la construcción que los rodeaba.

—¿Es que no regresó junto a ti? —jadeó Fithvael.

En ese momento, en medio del torbellino, vieron su delicada silueta que corría hacia ellos al mismo tiempo que esquivaba objetos a través de la tormenta de estallidos de energía mágica.

Pero la tormenta se había concentrado y había adquirido una monstruosa forma de veinte metros de largo, con una cola como la de un cometa, que partía de ella hacia el infinito. Era el Señor de las Bestias Ire: en parte, humano angélico, como una obra maestra; en parte, masa gelatinosa hirviente; en parte, viento; en parte, ruido grotesco. El Paladín del Caos, con ánimos de venganza, se retorció e intentaba destrozar con sus garras.

Gilead extendió un brazo para aferrar a la joven y arrastraría hacia ellos. La cogió de la mano y tiró de ella con todas las fuerzas que le restaban.

Níobe se estremeció y convulsionó bajo la fuerza del huracán brujo..., y luego se encontró con que era limpiamente arrebatada de los brazos de Gilead. Ascendió y giró en la corriente de aire que la aferraba con firmeza en un mortal abrazo.

Fithvael miraba la escena, apenas unos metros más lejos, pero aun así fuera del alcance. Observó cómo la descomunal fuerza furibunda arrancaba a Níobe de la desesperada presa de Gilead y, con ella abrazada, se transformaba en un tornado de energía que retrocedía hacia un infinito espacio negro, y desaparecía.

Luego, la noche misma cayó y consumió las ruinas del bastión del Señor de las Bestias Ire en una vasta explosión de ondas expansivas y humo.

* * *

Fithvael recobró el sentido y abrió los ojos. Era medianoche y se encontraba de pie en el último campamento que habían plantado, entre los árboles, en lo más profundo de

Drakwald. Cerca había dos caballos, que, con el cuello inclinado, se alimentaban con la poca vegetación fresca que podían encontrar.

Fithrael depositó delicadamente a Gilead sobre el suelo y, con todas sus energías exhaustas y toda la voluntad agotada, el leal elfo se tendió junto a su amigo.

* * *

Así acaba, ya lo veis. Es mi relato más amargo. Os lo advertí. No tiene final feliz. A pesar de todo, tengo historias más heroicas en la manga, más triunfantes.

Pero la importante es ésta. Él la perdió. Gilead perdió a Níobe. Ella se había unido a la mente de él, y él dejó que se la arrebataran.

Pocos superan la muerte de un gemelo, pero esto...

No encuentro las palabras. Sí, eso es. Llenad mi maldito vaso hasta el borde. Estoy cansado de estas historias. Me agotan.

¿Qué dices? ¿Que si la encontró alguna vez?

Me temo que no lo sé. Espero que sí. Lo único que sé es lo que sucedió a continuación.

CUATRO

La senda de Gilead

Tus sueños me dan miedo.

Temo que seamos demasiado viejos.

Así pues, queréis conocer el resto, ¿verdad? ¿Los tiempos oscuros que siguieron a la derrota del Señor de las Bestias Iré y la pérdida que eso acarreó? ¡Dioses! Bueno, pues, tal vez una más. Hasta ahí puedo. Escuchad bien...

* * *

Desde el lago humeante que fue cuanto quedó del bastión ilusorio de Iré, cabalgaron durante días, meses.

Cada jornada despertaban con el resplandor amarillento del alba y se encaminaban en la dirección en que se proyectaban sus sombras cada vez más cortas. A mediodía, la luz era blanca y clara, y las sombras eran más tibias y manchadas, y con la luz las esperanzas de Fithvael aumentaban. Pero entonces veía la cabeza gacha de su amigo y los nudillos blancos de tanto apretar las riendas del corcel lustrosas por el uso, y sabía que la luz pronto mermaría y las sombras volverían a alargarse, hasta que otra vez no habría nada más que oscuridad.

Cada anochecer, la luz mermante convertía todos los colores y matices en un monótono gris uniforme, un gris que tenía su reflejo en la palidez del semblante de Gilead. En él no había otra expresión que no fuese la oscura tristeza hermética a la que Fithvael se había acostumbrado tiempo atrás, hacía mucho, cuando era el recuerdo de Galeth lo que impulsaba a Gilead. Pero en los negros ojos de su amigo había entonces un dolor y un anhelo nuevos.

Fithvael avanzaba al paso del joven, observándolo mientras el pesado manto del cielo del anochecer viraba con rapidez para convertirse en una noche purpúrea que los llevaba a un nuevo campamento y a la tortura de otra pesadilla insomne.

Pasaron semanas, y los gastados y cansados cascos de sus corceles recorrieron

muchos kilómetros de negro bosque, que fue clareando, y sendas de lozanas tierras verdes de pastoreo. Rozaban el borde del mundo humano. Gilead detestaba el tosco rastro dejado por los hombres en los árboles talados, los campos cultivados y la construcción de sus despreciables ciudades. Odiaba a los humanos por sus rostros carentes de gracilidad y sus mentes obtusas. Los odiaba por sus vidas cortas y sus duros corazones. Los odiaba a todos.

Por encima de todo, se odiaba a sí mismo por acercarse a ellos y mezclarse con ellos. Él los había salvado, aunque ellos poco sabían del asunto. Los había salvado, y eso le había costado todo lo que tenía.

Sin embargo, cada día continuaban avanzando hacia el sur.

Al principio, se habían ocultado en las profundidades de los bosques para evitar a los humanos, y cabalgaban en silencio, mirando sólo el paisaje.

—Tor Anrok sobrevivió...

Fithrael había oído a Gilead murmurar esa misma frase un centenar de veces al día.

—Tor Anrok sobrevivió todos estos años. ¿Cuántas otras fortalezas y refugios de nuestra raza puede haber en el mundo? Níobe habló de su hogar... Takhos Elios. Lo encontraremos, si aún permanece en pie.

La frente de Fithrael se arrugaba por el dolor de ver a su amigo en aquella búsqueda desesperanzada dentro de aquel desierto humano. Allí no había elfos. No los había habido desde hacía siglos. Ese lugar era humano, tan humano que el elfo era casi un mito, una historia que los ancianos les contaban a los bardos errantes, y que los bardos narraban en las tabernas llenas de incrédulos hombres y mujeres con ojos abiertos de asombro.

Durante las semanas inmediatamente posteriores a la pérdida de Níobe, Gilead hablaba de buscarla él mismo.

Fithrael apenas tuvo corazón para señalar la futilidad de ese intento. En cambio, se pusieron a buscar cualquier signo posible de vida elfa. Gilead veía en el paisaje grietas que de alguna forma le recordaban el rastro de Ulthuan. En sus ojos, se encendía un suave fuego oscilante, y entonces desmontaba, dejando que Fithrael se encargara de atar a su caballo, concentrado sólo en lo que había visto o creía haber visto. Caminaba entre el espeso sotobosque y se arañaba las botas y los guantes con las espinas de las plantas que lo formaban. Avanzaba, hundido hasta los muslos, por espesas aguas salobres, cubiertas por espuma maloliente de color verde o azul. Estudiaba cada piedra y roca que sobresalía del paisaje en busca de signos de su raza, en busca de signos que no existían y que tal vez nunca habían existido allí.

Y luego, Fithrael observaba cómo la luz de sus ojos se apagaba, y la expresión negra y vacua regresaba al semblante de su amigo.

Gilead se alimentaba sólo cuando Fithrael preparaba comida y lo obligaba a

tomarla. No bebía más que cuando su amigo le ofrecía una botella llena. No dormía y, si Fithvael dormía, al despertar encontraba a Gilead con la mirada perdida en la noche purpúrea, viviendo sus pesadillas de vigilia, deseoso sólo de la muerte o el amor, deseoso sólo de un final. Era como si volviesen a estar en las ruinas de Tor Anrok justo antes de que la causa de Betsen Ziegler sacara a Gilead de su agotada desdicha.

No encontraron nada. Con cada día que pasaba, con cada nuevo territorio que investigaban, la desesperación de Gilead iba en aumento. Ya no se limitaba a examinar los arroyos, las rocas y los cambios en la conformación del terreno. Desgarraba, destrozaba y profanaba la tierra en busca de alguna pista. Se hería las manos y rasgaba las ropas, se cubría de inmundicia y hedor, y una vez y otra caía de rodillas con los cabellos lacios, apelmazados y sucios de sudor sobre el rostro, y el cuerpo destrozado de fatiga.

—¡Galeth!

Fithvael lo oía gritar ese nombre, y un puño frío le aferraba las entrañas. Gilead gritaba en su delirio. El veterano observaba y aguardaba el momento en que el elfo más joven abriría los ojos y la mente, y se daría cuenta de que no había nada que pudiesen encontrar allí. No había reliquias elfas ni hogares elfos, y no había elfos. Aquél no era un lugar en el que pudieran encontrar una casa con gentes de su propia raza. Aquél no era lugar para ellos.

Fithvael ya había visto antes ese desmoronamiento. Después de Galeth, después de la búsqueda de una década, Gilead había regresado a casa para encontrarse con que era el último de su familia. No sólo había perdido a su hermano y diez años de su propia vida; había perdido también un poco de sí mismo, un poco de su cordura, y el resto la había enterrado en un millar de días indolentes, absorto en sí mismo y en muchos centenares de botellas de licor. Tor Anrok se había desmoronado en torno a él, se había desmoronado con él y se había perdido.

Pero con la pérdida, la situación había dado un vuelco. Gilead había encontrado una lucha que librar, y luego otra, y con cada nueva causa que defendía llegaba la posibilidad de la muerte, que pondría fin al dolor que sentía. Gilead había abandonado Tor Anrok y era el último de su estirpe. Todo había desaparecido.

Fithvael se daba cuenta de que la búsqueda de Gilead era un vano intento de restablecer lo que él se negaba a aceptar que se había perdido para siempre. Pero mientras lo observaba debilitarse y avanzar hacia la locura, destruir su mente y cuerpo en aquella lucha fútil, Fithvael sabía que no había forma de apartarse de esa senda.

Pasó el vigésimo día, y el trigésimo, y los lozanos verdes y dorados de los días cambiaron a los profundos y aburridos tonos de la estación otoñal. Gilead no veía nada, pero Fithvael reconocía aquellos fenómenos con tanta claridad como las arrugas que aparecían en su propio rostro. Las noches caían antes y eran más largas, pero eso no le importaba a Gilead, cuya oscuridad personal lo envolvía más con cada

día que pasaba.

Fithvael calculaba que se acercaban con rapidez al cuadragésimo día desde la salida de la fortaleza de Ire. De pronto, mientras cabalgaban otra vez como lo habían hecho cada día, Gilead hizo girar con brusquedad su corcel en el umbroso claro al que acababan de llegar. Fithvael pensó que iban a detenerse, que por una vez Gilead tal vez pediría comida, bebida o algún otro sustento. El elfo más joven hizo girar el caballo otra vez..., y otra. Fithvael observaba cómo su amigo describía pequeños círculos, arrancando del claro la fina alfombra de salvia y camomila que lo cubría. Los círculos se hicieron cada vez más pequeños, hasta que Gilead obligó al corcel a girar sobre las patas traseras, como un caballo de escuela en un desfile.

—¡Galeth!

El suelo temblaba con los pesados pataleos del confuso caballo. El aire tembló con el angustiado bramido. Al caballo, que ya espumajeaba por la boca, comenzaron a caerle largos regueros de sudor por los flancos y el cuello.

Fithvael se acercó mientras su corcel pateaba la tierra y sacudía la cabeza con un relincho atemorizado.

El veterano guerrero y amigo leal desmontó y, tras dejar que su caballo trotara hasta una distancia segura entre los árboles, encogió el cuerpo para hacerse pequeño e inofensivo, y avanzó con cuidado hacia la doble criatura aterrorizada y obsesionada que conformaba Gilead sobre su corcel.

Tras agacharse bajo el cuello del caballo, Fithvael tendió con gesto inseguro una mano sin guante y comenzó a emitir sonidos suaves y tranquilizadores, que no iban dirigidos a Gilead, sino al caballo.

—Chsss, vamos. Tranquilo, tranquilo.

Mientras deslizaba los pies con lentitud hacia adelante, Fithvael posó con suavidad la mano sobre el cuello mojado y frío del animal, que se retorció, apartándose de él, en su incesante intento de estrechar el círculo que describía pateando sobre la tierra.

Fithvael se agachaba al pasar el caballo, y volvía a alzar la mano una y otra vez para tocar al animal. La respiración del elfo era suave y regular, y casi parecía no respirar en comparación con la angustiada bestia que bufaba con las fosas nasales dilatadas y calientes.

Por último, tras unas doce vueltas o más, el tiempo comenzó a ralentizarse para Fithvael, concentrado en la tarea que tenía entre manos. Con cada pasada, dejaba la mano durante más tiempo sobre la paletilla o el flanco del caballo, hasta que la mano mantuvo un contacto constante y se deslizó sobre los temblorosos músculos del animal, que se contraían espasmódicamente. Con cada giro, las sacudidas de la cabeza del corcel se hacían más suaves, la tensión del cuello comenzó a desaparecer y, finalmente, Fithvael logró asir las riendas caídas y hacer que el agotado animal

caminara a paso lento y acabara por detenerse.

Gilead se encontraba sobre la silla, completamente erguido, y las manchas de su propio sudor se agrandaban en las gruesas ropas y formaban una Y en la parte de atrás de la capa de color escarlata, la cual iba oscureciéndose. El sudor le caía también en largos regueros por las mejillas y descendía en gruesas gotas desde los lóbulos de sus orejas puntiagudas. En ese momento, todo lo que hacía que Gilead fuese quien era quedó en el olvido para Fithrael. Avanzó hasta situarse ante la inclinada cabeza del corcel que Gilead aún montaba y miró a un rostro que ya no conocía, a unos ojos que ya no entendía. Gilead no superó la prueba. No miró a su amigo a los ojos. Fracásó.

Sin soltar las riendas que aún sujetaba con firmeza en una mano por temor a que Gilead repitiera aquella locura o encontrara algún nuevo horror que infligirle a su leal corcel, Fithrael avanzó hasta un lado del caballo, donde aferró con firmeza una bota de Gilead y tiró de ella con fuerza para soltarla del estribo de cuero. A continuación, tras flexionar las rodillas y separar las piernas a la distancia del ancho de los hombros, se afianzó bien sobre el terreno.

Fithrael inspiró profundamente, retuvo el aire y apoyó la bota de Gilead en ambas manos. Gilead no se movió. Al mismo tiempo que exhalaba el aire con un enorme suspiro sonoro, Fithrael lanzó a Gilead de la silla y lo hizo caer al suelo por el otro lado del caballo, donde impactó con un pesado sonido sordo y se quedó sin aliento. Tras erguirse y limpiarse las manos en los flancos de la blusa, Fithrael se tomó unos instantes para recobrar el aliento.

—Eso ha sido por el caballo —dijo, luego.

Fithrael arrancó puñados de las largas hierbas finas que crecían en torno a la base de los árboles del otro lado del calvero. Cuando tuvo un generoso puñado, plegó las hierbas por la mitad dentro de la mano para formar un cepillo suave, pero firme. Acarició el largo hocico delgado del corcel de Gilead con una mano mientras le frotaba el cuello y las paletillas con el cepillo improvisado. El caballo relinchó con suavidad y metió el morro bajo la axila de Fithrael, respirando entonces con regularidad, después de la dura experiencia. Tras frotar minuciosamente ambos flancos del cuello y las paletillas, el elfo desechó las hierbas usadas, ya húmedas y de color marrón, y recomenzó el proceso con un puñado nuevo. Con la hierba fresca, el veterano maestro de esgrima frotó las delgadas patas delanteras del corcel, moviéndose con lentitud y con una mano tranquilizadora apoyada constantemente sobre el animal, a la vez que le susurraba con voz suave.

La bestia estaba exhausta y no protestó cuando Fithrael comenzó a aflojar correas para quitarle la silla y las riendas. Podía percibir el dulce olor del sudor del elfo de su compañero mezclado con el acre aroma a miedo del caballo. Al levantar la silla, Fithrael profirió un suspiro de pesar. En torno a las gruesas marcas blancuzcas de sudor, vio abrasiones profundas y enrojecidas. El olor de la piel desollada y en carne

viva colmó el aire, y gordas moscas comenzaron a volar hacia las áreas contusas y ensangrentadas del lomo del caballo.

Con dos cortos chasquidos de la lengua, Fithvael llamó a su caballo, que se encontraba a la sombra de los árboles y que trotó hacia el elfo y el animal herido sin hacer caso del montón de carne, armadura y harapos que aún yacía, catatónico y enroscado en posición fetal, en medio del claro.

De las alforjas del caballo, Fithvael sacó cajas y frascos de ceras y aceites de olor acre. Se sentó sobre la esponjosa tierra cubierta de musgo, bajo el extenso dosel de los árboles, y se puso a trabajar; molió y golpeó con el puño de la daga sobre una piedra grande y plana que había encontrado entre la vegetación. Los dos caballos permanecían cerca, tocándose con el morro el uno al otro y solazándose en la nueva tranquilidad. Fithvael reunió hojas del suelo y raspó con su daga la fina corteza roja de un árbol joven. El aire se llenó de un olor fresco a savia, mezclado con el almizcle aromático de los aceites bien preparados. Cuando Fithvael avanzó por el claro con el preparado para curar al corcel de Gilead, las moscas zumbaron y huyeron del pequeño cuenco de madera que llevaba en las manos.

Fithvael extendió el unguento sobre las heridas dejadas por la silla al mismo tiempo que les rezaba a sus antiguos dioses lejanos de Tiranoc para que la curación se extendiera a elfo y bestia por igual.

El pensamiento lo hizo vacilar, y dirigió una mirada ceñuda hacia la silueta del que en otros tiempos había sido su amigo y señor, y que aún yacía desmadejado en el suelo.

Fithvael pasó el resto de la tarde atendiendo a los dos caballos; buscó agua limpia para ellos y para llenar de nuevo las botellas, y los dejó pastar entre los árboles. Libres de arreos y jinetes, ambos caballos pacían en el sotobosque o caminaban tranquilamente juntos. Durante semanas habían descansado sólo después de oscurecer, y se sentían aliviados por el cambio en la monotonía cotidiana. No obstante, a Fithvael le parecían animales solemnes al mirarlos desde cierta distancia.

El guerrero elfo plantó campamento, buscó comida y las hierbas que iba a necesitar, limpió superficialmente sus ropas con un poco del agua recogida y, cuando el purpúreo anochecer oscureció el cielo, hizo un fuego.

Gilead continuaba sin moverse. Los únicos sonidos que se oían eran los del bosque que los rodeaba y los que hacían los caballos que descansaban en las proximidades. Fithvael saboreaba aún más la soledad al saber que pronto tendría que abandonarla.

Pasaron las horas y la luz diurna avanzó con lentitud mientras Fithvael comía y meditaba su próximo movimiento. No podía continuar soportando la demencia de Gilead. Necesitaba trazar un plan propio. El veterano maestro de esgrima dudaba aún que el hogar de Níobe, Taithos Elios, pudiese encontrarse en el sur, donde hacía tanto

tiempo que vivían y reinaban los humanos. No obstante, no podía negar que Gilead tenía causa suficiente, en un principio al menos, para hacer ese viaje que se adentraba en las profundidades del territorio humano. Si tenía razón, entonces continuarían hacia el sur, pero debían hallar nuevas formas de seguir el rastro de sus viejos ancestros. El paisaje no les había aportado otra cosa que pesar y desesperación. El paisaje había despertado la locura de Gilead; el infortunio consumía su cordura, y la demencia nunca estaba muy lejos de la superficie del señor elfo austero y melancólico. Antes, durante el amanecer de color malva, Fithvael había pensado en abandonar a su señor, el cual ya no merecía su afecto, confianza ni obediencia. Pero apartó el pensamiento de su mente. La historia de ambos era demasiado larga, estaba demasiado entrelazada, y Gilead no podría sobrevivir allí en solitario; no, entonces.

En las últimas sombras color añil del atardecer, Fithvael decidió que despertaría a su compañero, pero la paz era demasiado completa, demasiado dulce sin él.

Llegó la noche, y el claro se sumió en negra oscuridad; sólo brillaba la opaca luz amarilla del fuego. Fithvael se levantó y avanzó para mirar a Gilead, que aún se encontraba acurrucado y sin moverse, pero con los inexpresivos ojos abiertos de par en par. Los viejos hábitos y la lealtad profundamente arraigada hicieron que el viejo maestro de esgrima echara una manta de caballo sobre su amigo semiconsciente, aunque con todo lo que había sucedido no hubo sentimiento de compañerismo suficiente como para que renunciara a su relajada soledad, y Fithvael dejó a Gilead donde estaba durante un rato más.

El elfo permaneció sentado en la oscuridad durante toda la larga noche, contemplando el fuego y mirando de vez en cuando a su amigo. Al amanecer, empezó a preparar las pociones y las cataplasmas que sacarían a Gilead de su extraño trance y restablecerían su conciencia. Fithvael sólo podía rezar para que su mente no estuviese perturbada por el comportamiento obsesivo y delirante que había ido en aumento y había madurado a lo largo de las semanas pasadas desde la pérdida de Níobe.

Cuando los primeros rayos de luz diurna iluminaban el horizonte con una caliza color ocre, Fithvael se levantó y avanzó por el claro hasta donde estaba Gilead. Tocó la alta, suave frente de su amigo y le echó hacia atrás la cabeza. Pasó el cuenco de poción reconstituyente ante los ojos de Gilead, que no veían, y luego lo inclinó para acercárselo a los labios. Una gran parte de la espesa infusión de hierbas corrió a lo largo de las mandíbulas cerradas como una prensa, y Fithvael inclinó aún más la cabeza de Gilead; para que la poción hiciese efecto, debía beberla. Dos o tres cucharadas lograron atravesar los labios resecos de Gilead, pero el preparado volvió a salir a borbotones, cálido, claro y pardo. No había reflejo de deglución.

Fithvael volvió a comenzar. Inclinó la cabeza para curvar el cuello rígido, y masajeó la garganta con el fin de fomentar la acción de tragar. Tal vez había esperado demasiado.

Pasados varios minutos, justo cuando Fithvael temía que iba a tener que preparar más poción, Gilead, por fin, jadeó y se atragantó. La garganta cerrada gorgoteó, y el cuello se estiró en un espasmo reflejo, que, de pronto, se manifestó en su mirada. Aparecieron lágrimas en los cantos de aquellos lánguidos ojos que se pusieron en blanco.

Al acabar el ataque de tos, Gilead se puso en pie de un salto sin decir una palabra y miró a su alrededor con ojos sorprendidos al ver el entorno que no recordaba.

—Estás a salvo, viejo amigo —dijo Fithvael con voz suave—. Un episodio menor, nada que no puedan solucionar unas cuantas hierbas.

Gilead no dijo nada, pero desplazó cabeza y cuerpo con brusquedad en círculos, con los pies separados en una agresiva posición de ataque. Sus manos buscaron la empuñadura de la larga espada de acero azul que, gracias a Ulthuan, se encontraba a salvo en la vaina de la silla de montar. Fithvael se levantó y se acercó a su amigo desquiciado.

—Tranquilízate, Gilead. Sólo necesitas descansar un poco. Siéntate conmigo un rato.

Gilead le lanzó golpes, agitando los brazos. Echó una pierna hacia adelante en un intento de patear a Fithvall, pero la falta de coordinación estuvo a punto de hacer que cayera.

—¡No tengas miedo! Soy yo, Fithvael, tu fiel amigo y compañero. No te haré ningún daño.

Se erguía en toda su estatura y avanzaba con lentitud, pues sabía que no tenía nada que temer del exhausto cuerpo de Gilead, y sólo desconfiaba de su mente perturbada. La poción había hecho efecto sobre el cuerpo del elfo, pero tal vez no mucho sobre su espíritu.

—¡Galeth!

Con el regreso del lúgubre grito, el rostro de Fithvael se endureció como la piedra, y una mirada acerada cambió la expresión de sus ojos. Ya había tenido suficiente.

Fithvael desenvainó la daga corta que llevaba en el cinturón y que había usado para recoger hierbas y raspar corteza, y con ambas manos en alto y alejadas del cuerpo, cargó contra el que había sido su amigo en otros tiempos.

—¡Galeth está muerto!

—¿Galeth está muerto?

—¡Tú estás muerto!

—¿Gilead está muerto?

Fithvael acometió a Gilead con una mano abierta y vacía, más para mantener a distancia a su amigo que para atacarlo. Gilead se puso frenético.

Le lanzó una patada a la mano abierta de Fithvael y giró para acercarse más al viejo elfo. Su mano de cuatro dedos salió disparada para aferrar la muñeca de

Fithvael, pero se quedó corto o lo hizo con torpeza, porque aferró con fuerza la hoja del cuchillo. Fithvael miró cómo los regueros de sangre, aparentemente negros en la luz del alba, caían de la mano de Gilead. Pero éste no sentía nada.

Fithvael soltó la empuñadura de hueso torneado de la daga, llevó el brazo atrás y, con un corto pero poderoso movimiento, estrelló los protuberantes nudillos contra la mandíbula de Gilead. Se oyó un rechinar de dientes que se deslizaban, demasiado apretados entre sí, y el sonido áspero del hueso al chocar contra hueso. Fithvael sacudió la mano a causa del dolor del golpe, pero Gilead permaneció de pie, girando como un derviche maníaco.

—No me obligues a golpearte otra vez, Gilead. —Fithvael hablaba casi para sí mismo—. Porque lo haré si es necesario.

Fithvael no tuvo necesidad de acercarse otra vez a Gilead, porque esa vez fue el otro quien cargó con la cabeza gacha, como un proyectil descontrolado, y casi perdió pie en el suelo empapado de rocío. Fithvael se volvió justo antes de que la coronilla de Gilead impactara contra su vientre. El veterano maestro de esgrima rodeó el cuello de Gilead con el brazo flexionado, luchó con él y lo hizo girar, para luego derribarlo y hacer que cayera de espaldas sobre la jugosa hierba. Fithvael percibió el aroma de la camomila deshecha en el momento en que Gilead tendía una mano hacia las piernas del viejo elfo.

—¡Basta! —gritó Fithvael al encontrarse de repente tendido de espaldas.

Pero Gilead no tenía bastante ni por asomo. Luchaba como si de ello dependiera su mismísima alma, de una manera salvaje y demoníaca que hizo que Fithvael se encogiera. Aliviado por el hecho de que Gilead estuviera débil y tuviera problemas de coordinación, se limitaba a parar los golpes ya defenderse de los agitados brazos y las piernas del elfo más joven. No obstante, cuando hacía apenas unos segundos que había comenzado aquel ataque, se dio cuenta de que Gilead continuaría hasta que el agotamiento lo venciera..., o hasta que Fithvael lo derrotara. A Gilead le faltaba mucho para recobrar la salud física y mental, y en ese momento el agotamiento podría matarlo. Sin embargo, Fithvael temía que, con un solo golpe más, pudiera matar él mismo al elfo.

Mientras Gilead manoteaba la capa de Fithvael en un intento de aferrarla con el fin de estrangularlo, su compañero se acurrucó, tendido sobre un lado, y recogió las rodillas contra el pecho. Posó los pies con suavidad en el esternón de Gilead, donde sintió el tamborileo como de pájaro de su corazón y, tras encontrar el punto correcto, empujó con las dos piernas, estirándolas al máximo, a la vez que exhalaba con un gruñido.

El cuerpo de Gilead se enroscó al salir de su interior todo el aire. Sin aliento, jadeaba para respirar con los ojos abultados y la mandíbula, por fin, laxa. Fithvael aguardó mientras varios segundos vacíos flotaban en el aire. Luego, todo acabó.

Gilead rodó hasta quedar de lado y se rodeó las rodillas con los brazos. Fithvael oyó el primer sollozo y vio la primera sacudida de los hombros curvados cuando el cuerpo del guerrero elfo era devastado por el sufrimiento de la conciencia.

Gilead estaba despierto. Por primera vez en días, tal vez en semanas, Gilead estaba de vuelta allí.

—Ahora empieza realmente mi trabajo —le murmuró Fithvael mientras la luz del cielo iba tomándose blanca.

Gilead se sacudía y mecía mientras su amigo lo observaba hacia mas pociones y entibiaba las cataplasmas preparadas el día anterior. Por ultimo, Gilead quedo inmóvil y, por primera vez desde que había perdido a Níobe, durmió de verdad en lugar de desmayarse. Continuó durmiendo mientras Fithvael se aseguraba de que estuviese cómodo y le aplicaba cataplasmas tibias en la nuca y un bálsamo refrescante en la frente y las muñecas.

En tanto Gilead dormía, Fithvael preparó una comida sencilla: ensalada de hierbas curativas, varias tortitas de pan sin levadura y, para sí, un par de percas pequeñas pero gordas, sacadas con las manos desnudas de un oscuro arroyo cercano. Cuando los alimentos estuvieron listos y servidos en los pequeños platos limpios que Fithvael llevaba en su equipaje, el elfo llamó a Gilead por segunda vez, sabedor de que en esa ocasión su antiguo señor despertaría desconcertado, pero dócil y receptivo.

Ambos permanecieron en el claro durante casi una semana. Comieron, hablaron y descansaron mientras los corceles también se relajaban y se recuperaban. El caballo de Gilead se curó con rapidez, mucho antes que su dueño. Al tercer día, Fithvael le relató el incidente del claro, porque Gilead no lo había vivido de verdad y no podía recordarlo.

—Cumpliste con tu deber hacia mí y hacia el caballo —dijo Gilead con tristeza—. No podría pedirte nada más.

Eran las primeras, titubeantes palabras de Gilead. Una disculpa, tal vez una forma de dar las gracias; poco importaba para Fithvael, que había llegado a no esperar nada en absoluto.

—Te arrojé del caballo por lo que le hiciste a la bestia. Y volvería a hacerlo —respondió con malhumor.

Al cuarto día, Gilead ya era capaz de caminar por el claro sin que lo ayudaran. Tras completar el primer círculo, lo recorrió otra vez a la carrera, y luego una tercera, regocijado.

—Siéntate, Gilead —ordenó Fithvael, y el elfo mis joven volvió a instalarse sobre el cálido suelo sin hacer preguntas.

—Esta empresa, la búsqueda de Níobe, de los antiguos parientes, de tu salvación..., llámala como quieras, la búsqueda: eso tiene que acabar.

Gilead miró fijamente al elfo veterano.

—O..., si continúa, deberás atender a razones. Debes comenzar de nuevo y dejarte guiar por mí.

Así pues, Fithvael expuso su plan con firmeza, sin la más mínima intención de ceder ante el entonces dócil Gilead. Continuarían, pero buscarían una pista real. Recorrerían la periferia de las aldeas y las ciudades humanas y escucharían, desde los rincones más oscuros de las cervecerías y tabernas, las historias que contaba la gente. Se basarían en los mitos y leyendas que se contaban o cantaban en aquellos extraños lugares. Y si no encontraban nada, la búsqueda debería cesar.

Gilead, ya con la mente más fuerte y el cuerpo más sano, hizo lo que le decían. Ambos pasaron los días siguientes comiendo, durmiendo y haciendo ejercicio. Fithvael hablaba, hasta muy entrada la noche, de razón, de justicia y de la posibilidad de que la búsqueda fuese fútil. Hizo todo lo que estuvo en su poder para preparar a Gilead, pues sabía que ésa podría ser la última oportunidad que tendría para salvar a su señor de la locura de su mente torturada, tal vez incluso de la muerte por algún insensato anhelo suicida de enderezar las cosas, de hacer que el tiempo diera marcha atrás, de restablecer a los nobles elfos en aquellas tierras.

Al octavo día, Fithvael y Gilead limpiaron todo rastro de su campamento, ensillaron los caballos y se marcharon del claro. Buscaban señales de vida humana, y las encontraron sin dificultad una hora después de partir.

Al principio, se movían con gran precaución y entraban en las periferias de aldeas pequeñas sólo después de caer la noche. Se sentaban en los más oscuros rincones de diminutas trastiendas, donde un barril de cerveza con espita bastaba para que todos bebieran durante una semana o más, y donde la comida era escasa o inexistente. Se cubrían la cabeza o la inclinaban y escuchaban a los humanos, afinando su oído a los duros y entrecortados acentos del sur, y extraían tanta información del tono y la cadencia como de las mismas palabras. Escuchaban sin hablar, bebían un único vaso de cerveza cada uno y se marchaban, distinguiéndose sólo como forasteros. En aquella zona nadie había visto un elfo en cien años, y como nadie esperaba ver un elfo, nadie lo veía.

Poco a poco, a medida que recorrían una aldea tras otra y entraban en ciudades de mayor tamaño, comenzaron a encontrar una pista. A los humanos les encantaba escuchar historias, y a menudo se contentaban con un mismo relato repetido una y otra vez. Fithvael y Gilead empezaron a comprender las pautas que animaban las tramas de los cuentos humanos. Continuaron adelante mientras su oído se afinaba mejor para captar los sonidos humanos y su mente se hacía más diestra en la traducción del áspero idioma rápido. Los relatos de torres elfas, grandiosos guerreros y nobles elfos que habían contribuido a evitar tragedias humanas se entretejían para crear un paisaje cada vez más rico de población elfa en aquella tierra. Y Gilead había estado en lo cierto: cuanto más se adentraban en el sur, más claras y regulares eran las

historias.

Apenas dos semanas más tarde, Gilead y Fithvael llegaron a la que tal vez era la vigésima taberna que visitaban. Era un poco más grande que la anterior, pues habían ido adquiriendo cada vez más confianza en su invisibilidad para los tontos habitantes humanos. Fithvael avanzó hasta la estructura de barriles con una tabla de madera que servía de barra, mientras Gilead, detrás de él, miraba en torno para buscar un rincón seguro y oscuro donde sentarse.

Al volverse, casi se golpeó la cabeza contra una viga que cruzaba el techo de la sala baja pintada de color ocre, y por instinto retrocedió medio paso y se interpuso en el camino de una camarera. Inclino la cabeza por reflejo cuando la muchacha giró la suya para disculparse, al pensar que había sido ella la culpable. A pocos centímetros de distancia, los ojos de Gilead se posaron sobre el lozano escote y los pechos que sobresalían del corpiño demasiado estrecho de la joven. Pensó en apartar la mirada de aquel bulto vulgar, la antítesis misma de la belleza elfa, pero no pudo.

Dos o tres centímetros de la hendidura que mediaba entre los descocados pechos humanos quedaron nítidamente enfocados mientras Gilead observaba una gota de sudor que se desprendía y descendía por la ladera de piel cremosa, antes de enredarse en el perfecto torneado de los eslabones de una pesada cadena de oro bellamente forjada. El delgado reguero de sudor volvió a reunirse y formó otra gota, rechoncha y destellante en el eslabón de la cadena, antes de caer al siguiente, donde quedó prendida, creció y volvió a caer. El tiempo se detuvo en ese instante en que la mirada de Gilead siguió la caída del sudor por la cadena hasta que llegó al disco medio oculto que se alojaba entre las protuberancias del cuerpo de la muchacha y las tensas cintas que atravesaban la hendidura donde el corpiño no podía cerrarse.

—Pe..., perdón, señor —dijo ella al mismo tiempo que intentaba volverse en el estrecho espacio que mediaba entre los taburetes y las mesas.

Se rompió el hechizo, y de repente Fithvael se encontraba junto a Gilead.

—¿Una mesa, moza? —preguntó Fithvael a la vez que amortecía y hacía más grave el timbre de su voz, y usaba el mínimo necesario de extrañas palabras humanas.

—Claro, señor —replicó ella. Tras posar una mano sobre el brazo de Gilead, que se tensó, añadió—: Le pido disculpas. Debería de haber mirado por dónde iba.

Gilead masculló algo incoherente con voz cantarina, y la mujer frunció el entrecejo. Apartó la mano, lo miró una vez más mientras él giraba e hizo un gesto hacia una mesa cercana mientras se marchaba a ocuparse de sus asuntos.

—¿Has visto eso? —preguntó Gilead, que habló antes de que se hubiesen sentado siquiera—. ¿Lo has visto?

—Sólo he visto que te interponías en su camino y le hablabas. ¡A una humana! Debemos ser circunspectos. En estos sitios tenemos que pasar inadvertidos.

—¡La fortuna nos favorece ahora, Fithvael! ¿Lo has visto?

Fithvael se sentía nervioso por el encuentro; esperaba que no hubiese sido demasiado largo y que Gilead no hubiese hecho nada que denunciara su identidad. Estaba ansioso por abandonar la taberna a la primera oportunidad. Aquél era su plan, un plan adoptado bajo coacción, un plan que debía ser seguido al pie de la letra, lo cual significaba el menor contacto posible con los humanos. Miró en torno mientras bebía un sorbo de la cerveza de sabor amargo, pero unos pocos minutos de vigilancia tranquilizaron al viejo guerrero respecto a que no había sucedido nada que hubiese que lamentar. Con cautela, se volvió a mirar a Gilead.

—¿Qué viste, viejo amigo? —preguntó.

—Alrededor del cuello de la camarera. Primero fue la cadena lo que atrajo mi atención, ¡una artesanía tan perfecta! Pero lo vi, sé que lo vi.

—No entiendo lo que dices. Cuéntame despacio qué viste.

Gilead inspiró profundamente y miró a Fithvael con aire solemne. Se inclinó hacia él por encima de la mesa a la que estaban unidos los bancos, como si le fuera a contar un secreto o la parte más espeluznante de alguna historia de terror, como hacían los cuentistas itinerantes.

—Me interpuse en el camino de la camarera, y cuando ella se volvió, se encontraba muy cerca de mí. Bajé los ojos por temor a que reconociera mi raza o me hiciera alguna pregunta. Y entonces la vi. Hace muchos años que no veo nada parecido. Muchas veces he pensado que nunca más volvería a ver una cosa parecida.

Gilead hablaba en serio. Fithvael se daba cuenta de ello y no parecía haber ni rastro de locura en sus ojos, sólo decisión.

—La cadena era como las que llevarían mi madre o mi hermana, de finos eslabones de oro torneados con hilos de oro y cuentas entretejidas con ellos, intrincada como un rompecabezas. Sólo alguien de nuestra raza llevaría una joya tan hermosa. Ningún humano haría algo semejante ni podría hacer un objeto como ése.

—Las joyas de ese tipo eran comunes entre nosotros, pero todas tenían un propósito o contenían una promesa —dijo Fithvael—. La cadena podría ser una copia de un antiguo diseño. Carece de significado sin su sello o talismán.

—¡Y ahí está la cosa! —gritó Gilead al mismo tiempo que su puño descendía con entusiasmo, aunque en el último segundo recordó que no debía golpear la mesa.

Fithvael volvió bruscamente la cabeza en busca de la muchacha, pero no pudo verla en la taberna, que entonces estaba llena de humo y palpitaba de vida.

—¿Tiene un talismán?

—Lo lleva contra su maloliente seno, maculando su significado como si no fuese nada...; pero eso no importa —prosiguió Gilead, tras calmarse—. Sin duda, ella sabe algo de nosotros, de nuestra raza. Puede ayudarnos en nuestra búsqueda.

Puesto que no quería atraer la atención sobre sí ni sobre su ansioso amigo, Fithvael se llevó a Gilead de la taberna. En el callejón lateral del viejo y tosco edificio,

hablaron en voz baja sobre lo que podrían hacer para averiguar de dónde procedía el talismán de la muchacha; pero no tuvieron tiempo de decidir. Habían pasado apenas unos momentos cuando una figura delgada, con la cabeza inclinada y cubierta por un chal ligero, entró en el callejón, casi se estrelló contra los dos guerreros elfos y, luego, saltó hacia atrás, alarmada. El chal cayó hasta los hombros regordetes, y Fithvael captó un atisbo de la cadena que rodeaba el cuello corto y blanco de la muchacha.

—¡Sigmar! —exclamó la joven—. Me habéis dado un buen susto.

—No te haremos daño —le dijo Fithvael, que olvidó hacer más grave su voz.

La muchacha frunció el entrecejo de nuevo y miró con más atención a los personajes que tenía delante.

—¿Quiénes sois? —preguntó al mismo tiempo que retrocedía un paso y se ajustaba el chal alrededor del cuello, un gesto que hizo que volviera a quedar oculto el talismán que llevaba.

—No somos lo que parecemos —respondió Gilead a la vez que avanzaba.

No hizo ningún intento por ocultar la cadencia de su voz ni su acento extraño al pronunciar las palabras humanas que no tenía costumbre de usar.

—Buscamos a nuestro pueblo y deseamos tu ayuda en nuestro propósito.

La sobresaltada muchacha intentó retroceder hasta salir del callejón, pero Gilead era demasiado rápido para ella y la sujetó con delicadeza, pero firmemente, por los brazos. El chal volvió a caer. Fithvael lo recogió del polvoriento suelo del callejón y envolvió con él los temblorosos hombros de la joven. Después, con delicadeza, tomó la cadena con una de sus delgadas manos.

—¿Dónde encontraste esto, niña? —preguntó Fithvael mientras acariciaba la delicada cadena.

La muchacha metió los dedos en su seno y sacó el grueso disco plano que se alojaba debajo del corpiño. Comenzó a blandirlo hasta que los nudillos se le pusieron de color blanco azulado.

—No lo encontré. Me protege de los que son como vosotros. ¡Me protegerá de todo mal!

—Ya lo sé, niña —respondió Fithvael al a vez que soltaba la cadena y retrocedía un poco—. En otra época, hace mucho tiempo, perteneció a alguien de mi raza. Fue hecho por mi raza y llevado por ella. Es un poderoso talismán y una gran protección, como tú dices...

—No obstante, si no lo has encontrado, ¿de dónde ha salido? —Gilead clavó sus ojos en los de la muchacha y apretó un poco más la mano con que la sujetaba.

—¡Ah! Me haces daño —gritó ella, e intentó deshacerse de la presa, que para ella era férrea.

—Déjala libre, Gilead —dijo Fithvael en el único idioma que su amigo obedecería. Gilead dejó caer las manos a los lados, y la muchacha se quedó allí, mirándolos

fijamente a ambos, antes de bajar los ojos hacia el disco que aún tenía en la mano.

Temblorosa y con el semblante blanco, la camarera dudó sólo un momento antes de alzarse el cabello por detrás con sus cortas manos rollizas y abrir el broche de la cadena para quitársela del cuello, junto con el amuleto.

—E..., esto de..., debe perteneceros a..., a... vosotros —tartamudeó, con la cabeza gacha.

Tendió el talismán hacia adelante, con el brazo estirado al máximo, para que Fithvael lo cogiera de sus temblorosos dedos.

Fithvael miró larga y atentamente el disco que pendía de la hermosa cadena a la vez que lo volvía entre las manos y memorizaba las múltiples inscripciones en letra antigua que había en él. Luego, volvió a depositar el talismán en la mano de la muchacha y le cerró los dedos con delicadeza en torno al mismo, envolviendo la mano de ella con un solo movimiento de la suya, estrecha y larga, y de dedos elegantes.

—No. Ahora te pertenece a ti —le dijo al tiempo que adelantaba una mano hacia Gilead para que guardase silencio—. Sólo dinos de dónde lo sacaste y qué sabes de él.

—Y nunca hables de nosotros con nadie —añadió Gilead.

—Nadie me creería —respondió la joven mientras miraba a Fithvael a los ojos. Entonces, pareció que había tomado una decisión—. Seguidme, nobles señores. Conozco un sitio tranquilo donde podré contaros todo lo que sé.

Era ya muy tarde aquella noche cuando Gilead y Fithvael regresaron junto a los caballos que habían dejado en el campamento. Las ascuas negro grisáceo del fuego que habían cubierto enrojecieron cuando Fithvael las removió para avivarlas y, a la pálida luz de las llamas, anotó la inscripción que había visto en el talismán.

Era la primera prueba concreta que podría llevarlos a una verdadera pista. Con las inscripciones y la historia que la muchacha les había contado de buena gana, aunque un poco adornada y toscamente embellecida aquí y allá según el común estilo humano de contar historias, los elfos sabían cuanto necesitaban para continuar la búsqueda con renovado vigor y determinación.

En aquella zona del Imperio, todos los caminos conducen a Nuln. Veo que asentís, que Nuln os resulta conocida.

Siempre por los senderos forestales que hay al norte de la ruta comercial que une Averheim con esa vieja ciudad, Fithvael y Gilead avanzaron con rapidez sin ser vistos por el tráfico humano que aumentaba a medida que se aproximaban a NuIn. Cuando la ciudad apareció a la vista en el horizonte, los compañeros giraron al oeste y siguieron el curso del río Reik hasta descubrir lo que estaban buscando.

Desde el principio, los elfos se vieron rodeados de cosas que les recordaron a su hogar. No hubo necesidad de remover la vegetación para hallar la más pequeña señal; no hubo búsqueda desesperada de una sola piedra o planta que pudiese indicar la

presencia de elfos. El paisaje estaba lleno de diseños y esculturas de elfos. Las plantas eran las apropiadas, las ondulaciones del terreno eran las correctas, y cuando se encontraron con el edificio de Ottryke Manor, les resultó evidente que cada piedra de los cimientos había sido tallada y colocada por elfos. Fithvael desmontó y condujo su caballo hasta una distancia prudencial entre los árboles. Lo único que Gilead podía hacer era mirar con ojos fijos.

Al observarlo desde el cobijo de los árboles, Fithvael chasqueó la lengua dos veces. El caballo de Gilead alzó la nariz, relinchó con suavidad y se volvió a mirar al veterano guerrero elfo. Momentos después, el elfo más joven giró la cabeza y respondió al gesto que hizo Fithvael para llamarlo.

—Hemos llegado —dijo Gilead al mismo tiempo que desmontaba—. ¿Es que no lo ves? Aquí ha habido elfos antes de que llegáramos nosotros. En otros tiempos, esto fue una grandiosa morada elfa.

—Ya lo creo —replicó Fithvael, y en sus ojos había una mirada ansiosa—. La doncella humana dijo la verdad.

«Yo heredé el talismán. Veréis, fue un regalo que le hicieron a mi abuela. Mi familia trabajaba en la hacienda de Ottryke, primo del Elector de NuIn. Mi abuela era una mujer muy hermosa y fue la favorita de su señoría. Le regaló el talismán como recuerdo cuando ella se casó y abandonó el servicio de la casa. A cambio, ella envió a mi madre a trabajar para él en la casa grande. Y allí trabaja aún».

—Debemos encontrar a la madre de la camarera —dijo Gilead, cuyos ojos brillaban de expectación.

—Menos prisas, señor. Primero reconozcamos la zona. Es posible que estos humanos no sientan ninguna simpatía por nuestra raza, después de tanto tiempo.

Gilead consintió, pues aún tenía fresco el recuerdo vergonzoso y culpable de su crisis mental.

Pasaron dos noches sin novedad, explorando cada centímetro de la hacienda, pero todo lo que hallaron sólo sirvió para convencerlos de que era verdad lo que ya pensaban. Los humanos habían construido su gran casa solariega sobre lo que en otros tiempos había sido una extensa hacienda elfa. La casa estaba orientada según la tradición, e incluso los corrales de ganado y campos de cultivo seguían las clásicas pautas elfas, por no hablar de parte de la arquitectura: los cimientos de la mayoría de los edificios grandes, las murallas exteriores y algunas vallas antiguas eran de diseño y construcción elfos. Las señales, semiocultas debajo y detrás de construcciones humanas más toscas y recientes, estaban allí para que las descubriera cualquier ojo capaz de distinguir las por lo que eran.

«La casa solariega fue construida sobre ruinas elfas hace varias generaciones. Se decía que todas las joyas de la familia habían sido hechas por elfos, descubiertas en los terrenos años antes. Mi abuela siempre llevaba este talismán para que la protegiera

contra el mal. Yo no sabía si esas historias eran ciertas».

—¿Cómo están nuestros visitantes? —le preguntó el señor al hombre que se encontraba de pie ante él y que no dejaba de estrujar su sombrero de tela entre las manos.

—Hace dos días que el fuego está tibio, señor. No los he visto aún. No están allí después de oscurecer ni antes del alba, y no me atrevo a buscarlos a la luz del día.

La entrevista se estaba celebrando en el salón de la planta baja de Ottryke Manor. El Señor de Ottryke solía ser muy duro con los intrusos, pero el explorador había despertado su interés. No se trataba de cazadores furtivos, pues no habían matado ningún animal, y su campamento estaba demasiado bien organizado para pertenecer a vagabundos. Había pruebas de caballos bien cuidados y comidas metódicas con elegantes utensilios de cocina. «Extraños y maravillosos», había dicho el explorador para describirlos.

—Muy bien. Puedes marcharte —dijo el Señor de Ottryke—. No le digas nada a nadie.

Y con un gesto de la mano enjoyada, despidió al explorador.

—Alguien ha estado otra vez aquí; un humano, sin duda —dijo Fithvael mientras avivaba el fuego poco después del amanecer del tercer día—. Tenemos que levantar campamento. Aquí nos ponemos en peligro.

—No, Fithvael; nos quedaremos. Aquí ha estado un humano, pero ninguno nos ha perseguido ni atacado. No les importa que estemos aquí.

—Tal vez nos vigilan, como nosotros a ellos.

—Y si lo hacen, quizá podamos ayudarnos unos a otros. Sólo deseo encontrar a Níobe o rastros de cualquier otro de nuestra raza. Tenemos un deber, tú y yo, Fithvael. Hace demasiado tiempo que no sabemos lo que es formar parte de algo más grande, tener una familia o nuestra propia gente alrededor. ¿Qué no darías por volver a tener algo así?

—Tus sueños me dan miedo. Temo que seamos demasiado viejos y hayamos permanecido solos durante demasiado tiempo para comportarnos ahora de manera justa con las mujeres y los niños —dijo Fithvael en voz tan baja que su compañero no lo oyó.

En esa época, Gilead dormía incluso a la luz del día, pese a que durante meses no había sido capaz de dormir ni en las noches más oscuras. Entonces, le había tocado a Fithvael el turno de desvelarse. Los estaban observando, y había visto signos de que alguien había visitado su campamento; no obstante, Gilead no parecía sentir ningún temor de aquellos humanos. Era un carácter de extremos, el elfo sentía miedo de todo o de nada, amor a la vida o pasión de muerte, se movía con la velocidad de la sombra o se quedaba en estado comatoso.

Fithvael permanecía sentado junto al fuego de campamento, que mantenía bajo

por temor a que el humo los delatara, y vigilaba. Dedicaba el día a prepararse para la noche siguiente, aunque no sabía qué más había por descubrir en aquella hacienda. Cuando se sentaba, dejaba su espada corta al alcance de la mano, y la llevaba al cinturón cuando se desplazaba. Vivía con miedo constante, aunque no de lo que los humanos pudiesen hacer, porque tenían que hacer algo, ni del momento en que los humanos acudieran a su encuentro, lo que sin duda harían. En el corazón tenía miedo de Gilead y de lo que les sucediera a ambos por lo que él pudiera hacer.

El ocaso se aproximaba con colores turquesa y ámbar. Gilead despertaría pronto, así que Fithvael preparó la comida, avivó el fuego hasta que se encendió y se repantigó contra el cómodo nido de raíces y corteza que le proporcionaba el árbol más grande del pequeño calvero. Al mirar hacia el cielo que se oscurecía, Fithvael contempló jirones de nubes de color gris azulado que atravesaban las brechas que quedaban entre las hojas de lo alto.

Cuando acudieron a su encuentro, como Fithvael sabía lo que harían, era el momento del crepúsculo, ese instante en que un hilo negro y otro blanco sostenidos contra la luz parecen ambos grises.

Fithvael se encontraba semisentado contra el árbol; sus párpados se agitaban y sus pies se movían en un sueño intranquilo. Gilead yacía de lado dentro del refugio, bien descansado y a punto de despertar.

Cuando llegaron, no irrumpieron en el claro a lomos de caballo, pisoteando el suelo, haciendo que los corceles se pusieran a dos patas y golpeando las espadas contra los escudos.

Fithvael estaba reclinado, adormilado, y sus fosas nasales se dilataron al percibir un olor nuevo, desconocido durante las horas de sueño. Gilead rodó instintivamente hasta quedar de espaldas para que sus sentidos aletargados pudiesen oír mejor los sonidos nuevos que se aproximaban al calvero.

Cuando llegaron, lo hicieron con sigilo, apartando las hojas y ramas de los árboles, avanzando con lentitud y pasos casi silenciosos hacia el interior del claro. No llevaban armaduras para no hacer ruido y lucían sólo la insignia de su señor bordada en la parte delantera de los justillos.

Fithvael tomó conciencia del peso de su cuerpo, realizó una larga y lenta inspiración para aclararse la cabeza y abrió los ojos a medias. Gilead se incorporó en cuclillas para mantenerse a cubierto, con los ojos abiertos de par en par y una mano vacilante en medio del aire, a pocos centímetros del puño de la daga.

Pensaban que tomarían por sorpresa a los desconocidos, pero el olor humano es fuerte para el olfato elfo, y sus pasos resultaban muy sonoros para los oídos de la raza antigua. Los elfos oyen, huelen y sienten incluso mientras duermen, y Gilead y Fithvael ya no estaban dormidos.

En medio parpadeo de ojo, Fithvael había visto a los cinco hombres que

merodeaban por el claro, se acercaban al fuego y examinaban la comida que en él se cocía. Buscaban el refugio, que se parecía a las formas de la fronda de los árboles inmaduros y resultaba invisible en el crepúsculo. Sabía que Gilead estaba con él; podía sentir su presencia, aguda como el filo de una espada elfa. Fithvael podía acabar con los dos hombres que se encontraban en el lado oeste del claro. Gilead se encargaría del resto.

En cuestión de dos segundos, Gilead identificó cinco pares de pies pesados al alcance del oído. Dos en el lado oeste del claro, dos más en el centro, y uno que se le aproximaba cada vez más, por el lado este. Podía derrotar con facilidad a los tres humanos que tenía más cerca; sabía que Fithvael estaría a mano para encargarse de los restantes.

Ninguno de los hombres vio la silueta del guerrero elfo recostado contra el árbol, ni pudo ver el refugio dentro del cual se hallaba Gilead. Los cinco hombres pensaban esperar a sus presas mientras recorrían la zona de terreno abierto y se maravillaban ante la construcción de un fuego tan perfecto y la elegante preparación de semejante comida. Por todo ello, supusieron que los hombres del campamento serían personas sofisticadas y cívicas; serían reservadas, lentas a la hora de luchar..., así que los recién llegados no esperaban nada más.

Gilead tomó la delantera al emerger del refugio invisible y lanzarse hacia adelante para atacar, con el cuerpo agazapado. La espada de Galeth le pesaba en la vaina, a un lado, y aún tenía la daga envainada en el cinturón. El guerrero elfo aferró al hombre bajo y fornido a la altura de las caderas, por debajo de su centro de gravedad, y lo arrojó al suelo de espaldas, donde el golpe lo dejó sin respiración. Un puñetazo bien dirigido a la mandíbula hizo que perdiera el conocimiento. A su derecha, Gilead oyó que Fithvael entraba en el claro.

—¡No los mates! —ordenó.

Fithvael envainó la espada de modo automática, siempre habituado a obedecer las órdenes de su compañero, más rápido que él en el campo de batalla.

Cuando Fithvael derribaba a su primer oponente con un golpe en el esternón, potente aunque dado con la mano plana, Gilead atacaba al segundo de los suyos, un joven desconcertado, que dejó caer inmediatamente el palo que llevaba y agitó los brazos hacia delante con gesto de alarma.

—¡No! ¡No! —gritó con voz potente y vacilante.

Gilead se agachó con rapidez y cogió con una mano un extremo del palo, con el cual asestó un golpe ligero en las corvas del muchacho, al que derribó sin miramientos sobre las posaderas.

Fithvael luchaba con el hombre más corpulento de todos, que a pesar de su corpachón era también rápido y, tras ver la suerte corrida por sus compañeros, estaba preparado para la carga del elfo. El guardia alzó su hacha y describió con ella un arco,

pero Fithvael, que era aún ágil a pesar de ser un viejo guerrero, se agachó, aferró el largo mango del hacha por debajo de la hoja y se puso a rotar sobre sí mismo. La fuerza del giro levantó al hombre del suelo y lo estrelló contra el tronco del árbol en el que Fithvael había estado durmiendo apenas momentos antes.

Cuando alzó la mirada, caía el último atacante. Se trataba del más alto de todos, casi de la misma estatura que Gilead, con quien de momento describía cautelosos círculos. El elfo fue el primero en atacar; aferró una mano de su oponente, se irguió y giró arrastrando el cuerpo del hombre. Tras casi levantarlo del suelo, Gilead se agachó bajo las manos unidas y lanzó al humano por encima de su hombro. El hombre cayó de espaldas, su cabeza rebotó y perdió el conocimiento como los demás antes de saber siquiera contra qué se había golpeado.

—¿Cómo..., cómo has hecho eso..., señor? —preguntó una vocecilla desde el centro del calvero sembrado de cuerpos.

Fithvael y Gilead se detuvieron junto al único humano consciente que quedaba en el claro.

—¿Cómo? Son todos hombres de guerra con armas. Yo sólo estoy comenzando..., pero ellos...

El asustado muchacho tartamudeaba y parloteaba mientras los elfos se erguían sobre él, silenciosos.

Gilead señaló la insignia. La runa elfa *senthoi*, que significaba «unidad», había sido recientemente cosida en la parte frontal de la blusa almidonada y limpia del joven.

«Mi abuela me dijo que el señor aún utiliza uno de estos símbolos antiguos en su cimera, aunque nadie recuerda ya lo que significa. A mí me parece hermoso».

Aún de pie ante el farfullante muchacho, Fithvael y Gilead se descubrieron el rostro.

—Por Ulthuan... —dijo Fithvael en su idioma natal.

El muchacho no oyó nada más. Los dos rostros y aquella singular voz extraña despojaron a su cabeza de cualquier sentido que le restase, y cayó de espaldas, desmayado.

Desmontaron en el patio de la casa solariega y, dado que el guardia habitual de aquella hora iba sobre la grupa del caballo de Fithvael, nadie se atrevió a impedirles el paso. El muchacho, Lyonon, estaba blanco a causa de la conmoción y parecía aturdido cuando el veterano elfo lo ayudó amablemente a desmontar del caballo que habían compartido.

Seguido por los dos elfos, Lyonon avanzó con paso ligero y asustado hacia el interior del salón inferior de la casa solariega, pues sentía las puntas de las botas de Gilead pegadas a sus talones. Los dos compañeros elfos no hicieron intento alguno de ocultar su identidad, y cuando una docena de rostros se volvieron a mirarlos, el

silencio que se hizo fue más absoluto y completo que nunca antes en aquella estancia.

—¡Guardias! —gritó un hombre bajo y fornido con cara de halcón y oscuros cabellos en los que se veían listas plateadas—. ¡Los demás marchaos, ahora!

—¿Querías hablar con nosotros? —le preguntó Gilead al hombre que se había levantado a causa de la incredulidad y confusión que sentía, aunque, como señor de la casa, tenía derecho a permanecer sentado, como no fuese en presencia de los visitantes de más alto rango.

Pasados unos momentos de bullicio, la estancia quedó vacía, excepto por los guardias que los contemplaban, unos pálidos, y otros boquiabiertos ante los míticos desconocidos.

—Yo... —comenzó el Señor de Ottryke, que volvió la cabeza para asegurarse del lugar exacto en que estaba su asiento para sentarse en él con un poco de tranquilidad, al menos— simplemente quería saber quién había entrado en mis tierras sin permiso.

—Enviaste a cinco guardias armados en una misión furtiva —observó Gilead, cuyos labios casi se inclinaban en una sonrisa torcida, aunque mantuvo la expresión de seriedad en los ojos.

—Y vosotros regresáis con uno solo, y el más débil de los cinco —replicó el señor, que iba recobrando la compostura—. ¿Debo creer que habéis matado a los otros?

—Dado que no tenían ni la más mínima posibilidad de apoderarse de mí ni de mi compañero, vivos o muertos, nos pareció un poco exagerado matarlos sin más. Sin duda, regresarán cuando hayan atendido sus doloridas cabezas y hayan recobrado el sentido de la orientación —contestó Gilead, que estaba disfrutando con el duelo verbal.

Por lo general, cuando un elfo se encontraba con un humano era porque se trataba de alguien necesitado y presa de pasmo reverente ante «el pueblo mágico», o alguien intimidado e incrédulo, como parecían estarlo los guardias del señor. Este humano, sin embargo, tras tomarse un momento para recobrar la compostura, no parecía ni asustado ni reverente.

—Veo qué sois elfos, pero ¿qué os trae a mi hacienda? —preguntó el Señor de Ottryke sin más rodeos.

Gilead, sin embargo, necesitaba un poco más de duelo verbal.

—Si conoces la historia de tu heredad, entonces sabes por qué estamos aquí —respondió el elfo más joven al mismo tiempo que hacía un gesto leve hacia la blusa de Lyonen.

—En ese caso, parece que ambos conocemos la leyenda que rodea este lugar —contestó el señor—. Tal vez la razón por la que estáis aquí coincide con la que tuve yo para enviar una partida furtiva a buscaros, en lugar de enviar asesinos para que os mataran.

»Por favor, deponed vuestras armas y sentaos.

Gilead le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a Fithvael, y ambos le entregaron, las armas al muchacho que los había acompañado, aunque se aseguraron de que continuase dentro de la habitación. Luego, ocuparon los asientos. Y así comenzó la entrevista.

«Según me contó mi abuela, los últimos elfos que vivieron en Ottryke, al darse cuenta de que su época había concluido, llevaron la mayoría de sus tesoros a las tumbas familiares y los enterraron. Pero ése es un cuento de viejas».

No invitaron a Fithvael y Gilead a quedarse en la casa esa noche, pero les devolvieron sus armas, y Lyonen regresó al campamento con ellos. A fin de cuentas, era él quien había llevado a los elfos a presencia del Señor de Ottryke, y este último tenía necesidad de las habilidades de los visitantes.

Cuando volvieron al campamento, no hallaron humanos en él, y nadie había tocado nada. Fithvael y Gilead hablaron hasta muy avanzada la noche mientras su joven guardián los contemplaba con aire solemne, sin entender nada de lo que decían. Debatieron la corrección de lo que iban a hacer.

Fithvael estaba horrorizado porque Gilead se atreviese a aprobar el saqueo de una antigua tumba elfa. Pero Gilead, por su parte, argumentaba que no cabía duda de que los fines justificaban los medios. Si podía entrar en posesión de los tesoros documentales de aquella rama de una familia elfa, el precio era razonable.

Pasó otro día, que Fithvael dedicó a recoger hierbas, llenar los odres de agua y atender a los caballos. Lyonen lo seguía a todas partes y observaba con asombro y curiosidad cada una de las tareas que realizaba mientras formulaba un centenar de preguntas. Fithvael comenzaba a aficionarse a la ansiosa inocencia del muchacho, y sus lacónicas respuestas se transformaron pronto en comentarios sobre lo que hacía, para pasar luego a establecerse un diálogo como el que puede existir entre un mentor y su discípulo. Incluso en cosas tan prosaicas y domésticas, la forma de obrar de los elfos era por completo diferente del tosco afán que caracterizaba las tareas humanas cotidianas.

Al otro, a Gilead, el muchacho sólo lo observaba desde lejos. Le atemorizaba, no porque el guerrero fuese elfo, sino porque mantenía a todo el mundo a distancia, incluso al compañero de su propia raza. Las lealtades del muchacho ya se encontraban en conflicto entre el Señor de Ottryke a quien le habían enseñado a alabar y obedecer, y aquellos maravillosos elfos, que sabían tanto y parecían tan completos.

Dos días después de la visita a la casa solariega, Fithvael y Gilead recibieron al Señor de Ottryke y su séquito en el campamento que habían plantado en aquellas tierras menos de una semana antes. Fithvael oyó cascadas de caballo antes del amanecer, cuando Lyonen lo ayudaba a cargar los caballos y comprobar los arreos. Gilead se mantuvo firme en el centro del claro mientras era rodeado por el Señor de Ottryke, ataviado con una especie de traje de caza, y cinco de sus guardias vestidos con ropas y

capas grises, que no llevaban la insignia del noble humano. Los hombres armados no engañaban a nadie, y ambos elfos los reconocieron al instante como soldados que estaban allí para proteger los intereses del Señor de Ottryke contra cualquiera, incluidos Fithrael y Gilead.

—Bienvenido, señor —declaró Gilead con tono formal, aunque sin mostrar signos de reverencia ante aquel estúpido humano avaricioso—. ¿Entendemos todos el propósito que nos ha reunido? —No esperó a que le respondieran—. Os conduciré a las tumbas de mis ancestros a cambio de cualquier documento que en ellas encontremos, y toda otra propiedad os pertenece como actual Señor de Ottryke.

—Estamos plenamente de acuerdo —replicó el Señor de Ottryke—. Todos los objetos de valor material que se encuentren durante esta misión nos pertenecen sólo a mí y mi familia.

—En ese caso, no hay disputa. Partamos —concluyó Gilead al mismo tiempo que montaba en su caballo y Fithrael lo seguía.

Momentos más tarde, Lyonen, con un jadeante y torpe esfuerzo, también logró subir a la silla de su montura, acompañado por una mirada feroz de Gilead y uno o dos chasquidos de lengua de los seguidores del noble humano.

El primer día de camino transcurrió sin novedad. El terreno era plano y fácil de transitar, y los caballos avanzaban con paso seguro y confiado. Si los guardias de Ottryke estaban un poco nerviosos, se debía sólo a la compañía de los elfos; sabían que tales criaturas podían haber existido en la más remota aurora de los tiempos, pero jamás habían creído que pudiesen existir allí y en ese momento. Mientras Gilead y Fithrael cabalgaban un poco más adelante que el resto, seis pares de ojos furtivos y precavidos los observaban constantemente.

Lyonen, que no sabía muy bien cuál era su sitio, cabalgaba detrás del grupo de guardias, incapaz de conversar con hombres que días antes lo habían considerado indigno y entonces sólo le temían a causa de su relación con aquellos nobles elfos. Cuando olvidaba quién era y a quién debía lealtad, cabalgaba junto a Fithrael, lo que provocaba desaprobadoras sacudidas de cabeza e incluso consternación entre su propia gente.

Tras una noche tranquila bajo las estrellas, la segunda jornada los llevó hasta las bajas pendientes que señalaban el pie de las montañas que constituían su destino, así como las primeras posibilidades de peligro. El jefe de la guardia habló con los temidos elfos por mediación de Lyonen, que nada tradujo ni nada interpretó, sino que se limitó a repetir las palabras de advertencia de su sargento. Y había peligro, en efecto.

Gilead se detuvo en seco, y Fithrael lo imitó a apenas unos pasos de él. El elfo más joven alzó una mano para detener al grupo, pero eran meros humanos y lo mejor que pudieron hacer fue lograr que los caballos arrastraran las patas, vacilaran y se movieran aún un poco más. Cuando consiguieron detenerse y mantenerse en silencio

era demasiado tarde. El control que tenían de sus corceles era chapucero, y eso les costó caro.

La bestia descomunal arremetió como salida de la nada, atraída por el aroma de la carne humana y el sudor de los animales, contra la retaguardia del grupo. Cuando Gilead se volvió para amonestar a los toscos humanos, la vio venir, bamboleante; tenía hinchadas y curvadas patas, y enormes zarpas delanteras, lampiñas, que le llegaban al suelo. Los hombres de Ottryke manotearon las empuñaduras y mangos de sus variadas armas mientras Gilead daba media vuelta y salía al galope para pasar junto a ellos. Con la espada ya en la mano y dejando un rastro en el aire que los humanos casi pudieron ver, el guerrero elfo bramó un grito de furia y ataque. Los guardias que habían logrado armarse, comenzaron a alzar las armas para enfrentarse con el elfo.

Detrás de ellos, el último guardia ya estaba medio fuera de la silla y, con el único pie que aún tenía metido en el estribo, pateaba furiosamente el ancho cuerpo del monstruo, desnudo y cubierto de cicatrices. El pecho bestial era del tamaño de un barril y tan duro como una roca, y el guardia no le hizo ni un arañazo a su atacante. El puño con garras de hueso se tendió hacia él y lo atrapó por el cuello, que rodeó con facilidad para arrebatarlo de la aterrorizada montura.

Gilead hizo girar en redondo a su caballo, y la elegante espada elfa descendió con fuerza hendiendo el lomo de la bestia en el preciso instante en que oía el sobresaltado grito de un soldado detrás de él, el cual cortó las bramadas órdenes del sargento, que quedaron flotando en el aire sin que nadie las obedeciera. El primer tajo abrió una profunda zanja en el lomo antinaturalmente curvado del bruto, e hizo que el enorme hombre bestia se volviera, chillándole a Gilead al mismo tiempo que escupía saliva amarillenta entre los grises labios costrosos y las hileras de dientes rotos y aguzados. La bestia echó la cabeza atrás y miró la desnuda pierna izquierda de Gilead, pero antes de que los dientes pudiesen entrar en contacto con el tejido de los músculos finamente torneados, el elfo había clavado la daga en la depresión de la garganta de la bestia, más ancha que su estrecho cráneo aplanado. La sangre negra manó como una fuente por la herida letal, entró a borbotones en la boca que la bestia inclinaba y la hizo retorcerse en sofocados estertores de muerte.

En el pasmado silencio que siguió, el noble humano y sus guardias se reunieron en torno a la monstruosidad caída, que se contraía de vez en cuando. Sólo Fithvael avanzó para atender al conmocionado, aunque sólo ligeramente herido, objeto del hambre devoradora de la bestia. La boca de Lyonon quedó abierta durante varios instantes, y cuando por fin logró rehacerse estuvo a punto de aplaudir al guerrero elfo, aunque logró contenerse justo a tiempo.

Gilead desmontó y ajustó las riendas de su corcel. El Seflor de Ottryke permaneció sobre el caballo, mirándolo con altanería desde arriba. Cuando el elfo alzó la mirada,

sus ojos se encontraron, y los guardias inspiraron profundamente, como un solo hombre, y contuvieron el aire. Pasaron breves segundos, que parecieron siglos.

—No me debes nada —dijo Gilead, al fin.

—En efecto —respondió el noble humano, y alzó el mentón mientras hacía girar el caballo.

—Ése... podría haber sido yo —le susurró Lyonen a Fithvael en tono de conspiración cuando volvieron a formar y prosiguieron la marcha— si justo entonces no hubiese estado cabalgando a tu lado.

—Entonces, continúa cabalgando conmigo —respondió Fithvael de manera bondadosa—. No preveo que las cosas vayan a mejorar.

Gilead marchaba en vanguardia cuando el terreno ascendió hasta unas rocosas planicies, cuya vegetación arbustiva de brezos color anaranjado y malva marcaba la ruta. Tras volver a detenerse junto a una fuente que manaba entre destellantes rocas grises recorridas por brillantes vetas de cobre, Gilead hizo un gesto para que la partida se agrupase.

—Aquí es donde comienza —dijo al mismo tiempo que posaba los ojos sobre el estrecho caudal de agua.

Un salto bastaría para atravesar la borbotante agua limpia. El grupo desmontó y se quedó junto a la corriente, con aspecto perplejo. La roca situada por encima de la fuente tenía grabada una inscripción desgastada por los elementos y apenas visible. Sólo el noble humano permaneció montado, mirando a Gilead con burlona sonrisa.

—¿Es esto algún tipo de chiste elfo? —preguntó con tono despreocupado, y miró a sus hombres como si esperase que lo aplaudieran.

—Cruza la corriente en ese caballo tuyo, y sin duda lo descubrirás.

—¡Sargento! —dijo el Señor de Ottryke—, ¿cuál es tu opinión?

Antes de que el sargento pudiese responder, Gilead se situó ante el caballo del noble humano y aferró con firmeza las bridas.

—Me pagas a mí para que sea tu explorador, y al sargento para que te proteja de mí —resumió el elfo con tono inquietante—. ¿Me permitirás hacer lo que quieres que haga, o prefieres que te deje aquí para que se dé un festín contigo el próximo hombre bestia?

El Señor de Ottryke desmontó mientras Gilead continuaba reteniendo las riendas de la cabalgadura.

Cuando los últimos del grupo ataban los caballos, un corpulento joven que se hallaba en medio de los demás —Fithvael pensaba que debía ser el cabo y sabía que se llamaba Groulle— movió las piernas sin avanzar durante un momento, y luego se lanzó hacia la corriente de agua antes de que los elfos pudiesen detenerlo. Con el impulso que adquirió podría haber franqueado un pequeño arroyo de dos metros y medio de ancho o más. Era un hombre popular, que durante el viaje había hecho una

enorme cantidad de chistes y observaciones, sobre todo a expensas de los elfos. Su risa era un bramido resonante y sonoro, que había hecho saltar a Lyonon de la silla en más de una ocasión y que provocaba una mueca de dolor en Gilead ante la falta de sutileza del humano.

—¡No! —gritó Fithvael al mismo tiempo que se lanzaba tras el enorme cabo.

Pero era demasiado tarde: el pie izquierdo de Groulle había golpeado ya la orilla del arroyo.

Groulle continuó y se lanzó al aire, agitando las piernas a modo de un movimiento de carrera destinado a llevarlo algunos metros más allá. Los demás sólo pudieron mirar, atónitos, cuando el ojo de la fuente se transformó en un géiser de ardiente fuego amarillo. La ribera del arroyo tembló mientras los otros contemplaban la huella que Groulle había dejado en la tierra blanda. El suelo se agrietó y derrumbó hacia adentro, tragándose la huella a través de fisuras negras que se extendían con rapidez en torno a ellos. Se oyó un profundo atronar dentro de la tierra cuando el resto del grupo retrocedía sin dejar de mirar a Groulle, que pareció flotar en el aire durante muchos minutos.

Mientras se hallaba allí, suspendido, pudo ver cómo la ribera del arroyo se desplazaba hacia afuera y el agua situada debajo de él se volvía brillante y luminosa, a la vez que el géiser le escupía gotitas de ardiente fluido. Por mucho que Groulle avanzara en el aire, la orilla opuesta del arroyo se movía más rápidamente, alejándose del hombre, hasta que ni siquiera él creyó que pudiera atravesarlo.

Groulle se inclinó y estiró hacia adelante los brazos y los hombros tanto como pudo, de manera estúpida, asustado, mientras le rezaba a su dios con voz chillona, que los otros oían sólo como alaridos de terror. Por fin, sus dedos entraron en contacto con la entonces empinada y agrietada orilla opuesta. La tierra estaba caliente y seca, pero el humano se impulsaba contra ella para sacar de la burbujeante agua unas piernas que ya no podía sentir. Y luego, todo acabó. Cuando los pies de Groulle salieron del torrentoso líquido viscoso, el cabo perdió el sentido.

Grouille despertó, aparentemente sólo momentos más tarde.

La fuente volvía, entonces, a formar un bonito hilo de agua transparente, que se deslizaba, inofensivo, entre las rocas.

Gilead le hizo un asentimiento de cabeza a Fithvael, y luego miró al resto del grupo. Vio rostros de color ceniza a causa del miedo, y reparó en que el Señor de Ottryke había retrocedido hasta la retaguardia y estaba otra vez montado en su caballo.

—¿Quién será el siguiente? —preguntó el elfo, mientras sus labios dibujaban una sonrisa torcida.

Seis hombres y dos elfos pasaron el resto del día dedicados a salvar los afloramientos rocosos y cruzar por encima del ojo de la fuente y su gastada

inscripción de la runa elfa sariour.

Anocheía ya cuando se reunieron otra vez con Groulle, que volvía a estar inconsciente. Sus largas botas y calzones de cuero se veían completamente quemados y consumidos, al igual que el cuarto inferior de la vaina de su espada, también de cuero. El extremo del arma estaba ennegrecido y deslustrado, y sus piernas, hasta la rodilla, eran una masa de ampollas negras y úlceras rojas, bajo cuya piel ya se formaba pus que hinchaba las llagas. Lyonen apartó la vista ante aquel espectáculo, y un guardia de más edad avanzó. Lucía una pulcra barba gris y largas patillas, y sólo llevaba una ballesta para protegerse, cuando el resto de los guardias tenían al menos dos armas y posiblemente una plétora de otras escondidas entre las ropas. Una tira de cuero que pasaba por encima del hombro del veterano sujetaba un zurrón contra su cuerpo, que colgaba sobre el flanco izquierdo, sujeto a la cintura y también al muslo. El zurrón contenía una serie de saquitos y bolsitas de diferentes tamaños y formas. Freuden, pues ése era su nombre, se quitó el zurrón y comenzó a disponer vendas e instrumentos médicos sobre un paño limpio, que extendió en el suelo.

—La medicina humana no servirá aquí —dijo Fithvael al mismo tiempo que posaba una mano sobre los encorvados hombros del humano.

Freuden dio un respingo.

—¿Y qué sugieres, entonces? —preguntó.

—¿Tenéis un par de botas de más unos calzones limpios entre vosotros? —inquirió Fithvael sin alzar los ojos de las piernas de Groulle, que estaba examinando.

Freuden asintió, dubitativo.

—Entonces, tráelos.

Gilead se reunió con Fithvael, que estaba junto a Groulle, cuando el veterano comenzaba a abrir las ampollas que dejaban salir un hedor fuerte y dulce, y pus negro manchado de sangre. Gilead recogió una suave bota de vino pequeña que se encontraba en el suelo, al lado de Fithvael, y la sopesó en la mano.

—¿Piensas ungir a un humano con esto? —preguntó Gilead con voz cortante.

—Es la única manera, Gilead, y lo sabes. La runa ha demostrado que nuestra gente controlaba la naturaleza en este lugar.

—También sé que este hombre es un estúpido, indigno huma...

—Y puede ser que aún lo necesitemos —lo interrumpió Fithvael—. Tú acaba con la vida si tienes que hacerlo. Yo la preservaré si puedo. Y éste es el único alcohol decente que tenemos. Limpiaré sus heridas y comenzaré la curación.

Y dicho esto, Fithvael cogió una de las últimas reservas de raro vino de Tor Anrok que Gilead tenía en la mano, y comenzó a verterlo, unas pocas gotas por vez, en las heridas de Groulle.

—Es el último de la cosecha —comentó Gilead con dureza.

—En ese caso, debe ser usado para el bien.

Al día siguiente, las heridas de Groulle estaban un poco mejor, y él decidió continuar adelante con los demás. Avanzaban con lentitud mientras ascendían por la ladera de la montaña en busca de una entrada. Gilead y Fithvael tenían que detenerse una y otra vez para esperar a los humanos, más lentos y torpes. Los guardias rodeaban a su noble señor, lo guiaban y ayudaban, pues era el más lento de todos en el ascenso de la ladera cada vez más abrupta.

A media tarde, cuando sólo habían recorrido unos pocos centenares de metros, Gilead comenzaba a impacientarse. De haber viajado en solitario, habría hecho el recorrido con más rapidez y seguridad, pero todo tenía su precio, y hoy el precio era una tumba llena de antiguos tesoros elfos... y de conocimiento.

Apartó el pensamiento de su mente y se concentró en la tarea que tenía entre manos. Al llegar a una roca cobriza que sobresalía a la altura del hombro de su cuerpo acucillado, Gilead saltó sobre ella y, dado que podía ponerse de pie encima, sondeó con la mirada la ladera de la montaña. Un poco más abajo de donde estaba y a su derecha, encontró lo que buscaba. Al mirarla con atención, la roca parecía excesivamente lisa, y Gilead pudo ver una ligera niebla rojiza en torno a ella, así como el más ligero rastro de otra runa elfa, arhain, que significaba «secretos». Ésa era la entrada. Esperó a que el resto del abigarrado grupo se reuniera debajo de él.

—Entraremos por aquí —declaró al mismo tiempo que señalaba las rocas planas de color gris cobrizo situadas más abajo.

—¿Por dónde? —preguntó el sargento—. Yo no veo más que roca.

—Entonces, sígueme y lo verás todo —respondió Gilead mientras bajaba de la roca con movimientos gráciles y pisaba con levedad un plegamiento somero del terreno, en dirección a su objetivo.

—¡Espera! —ordenó el Señor de Ottryke—. Si tú entras primero, ¿cómo sabremos que podemos seguirte? Nosotros no vemos la entrada.

—En ese caso, tendréis que confiar en mí —replicó Gilead, con la mirada clavada en los ojos del noble.

—¡No! —discutió el humano—. Si hay una entrada, debemos enviar primero a uno de mis hombres al interior.

—¿S..., Señor? —tartamudeó el sargento.

—¿Qué sucede, hombre? —le espetó el noble, exasperado.

—Dos de mis hombres ya han resultado heridos... y no sabemos qué hay detrás de las rocas. Tal vez sea más... prudente que el elfo tome la delantera.

—La apuesta es alta, sargento —gruñó el Señor de Ottryke—. Perderemos hombres, pero, si lo prefieres, enviaremos al muchacho. Tiene poco valor como guerrero y dudo de su lealtad. Sí —continuó con tono malicioso—, pongamos a prueba al muchacho.

Lyonen le echó una última mirada de ojos muy abiertos a Fithvael, el cual asintió

con gravedad, y luego tendió ante sí las manos para tocar la roca que no existía. Los ojos del muchacho se abrieron aún más y sintió que el sudor le chorreaba por el interior de la blusa, los flancos y la espalda. Arrastró los pies hasta tenerlos sobre el diminuto, sólido borde que precedía a la ilusión, y se encontró con que los primeros centímetros de sus botas se volvían invisibles. Al cabo de otro momento habían desaparecido sus dos brazos, y luego su cabeza y su torso. Un segundo más tarde, los guardias observaron, con horror y asombro, cómo se desvanecía tras la superficie de piedra el pie que Lyonen tenía más atrás, lo último que podían ver de él. Pasaron varios momentos de silencio.

—Está dentro —decidió el noble—. ¡Adelante!

Pero todos se detuvieron en seco al oír un agudo grito etéreo, amortiguado por la ladera de la montaña, y profirieron una exclamación ahogada cuando una mano flaca que surgía de la piedra, arañaba el aire ante ellos.

Fithvael fue el primero en lanzarse hacia el interior de la roca, donde desapareció casi antes de que lo hubiesen visto moverse. Luego, la mitad de su cuerpo volvió a surgir a la luz del día y pidió ayuda a gritos, para desaparecer una vez más en la ladera de la montaña.

Fithvael estaba arrodillado en la oscuridad, rodeado por una neblinosa luz roja y en medio de un túnel tallado toscamente, del que goteaba limo oscuro. Podía ver al muchacho sólo como matices de gris sobre gris en las tinieblas casi absolutas. Adelantó las manos y las deslizó sobre su cuerpo, que se retorció en el suelo, ante él, hasta que un desgarrador alarido de dolor resonó por el túnel, y el joven se quedó inmóvil. Respiraba con jadeos cortos y someros.

Fithvael encontró la gruesa asta de una flecha que sobresalía sólo tres centímetros del esternón de Lyonen. Había penetrado demasiado profundamente. Fithvael palpó la pulida, sedosa textura del extremo de la flecha, que le habló como sólo un proyectil hecho por los elfos podría hablarle a un guerrero elfo. Una mano de Fithvael cubrió los ojos del muchacho humano mientras la otra presionaba fuerte y repentinamente sobre el extremo de la flecha elfa de bella factura. El muchacho ya había hallado el fin en la punta de un arma elfa. Lo único que el veterano guerrero podía hacer entonces por él era poner fin a su sufrimiento.

Fithvael avanzó hasta el borde de la entrada y sacó cabeza y manos a través de la roca ilusoria, de modo que el resto sólo pudiesen ver su expresión airada y sus manos manchadas de sangre.

—¡Está muerto! —dijo—. El primero de tus hombres se ha perdido, señor, y no había nadie más leal en tu guardia, aunque tú no lo supieras.

—Pero ¿podemos entrar sin peligro, elfo? —preguntó el Señor de Ottryke.

Fithvael dejó caer las manos que volvieron a desaparecer en la roca, con una expresión de asco en el rostro.

—¿Quién sabe cuántas otras trampas antiguas puede haber aún en esta tumba? Yo, no —contestó antes de desaparecer.

Con lentitud y gran precaución, los hombres de Ottryke siguieron a Fithrael a través de la entrada oculta que conducía al interior de la tumba elfa. Encendieron pequeñas lámparas y se reunieron en torno al cuerpo de Lyonel. En la claridad, pudieron ver el alambre con el que había tropezado, y la ballesta que había disparado la flecha que había acabado con su vida. Era tosca, según las pautas elfas, y cualquier buen explorador humano la habría visto, pero había sido demasiado para el valiente joven novato. El médico, Freudel, examinó el cadáver.

—¡Qué desperdicio! —murmuró.

—El muchacho murió en el cumplimiento del deber —declaró el Señor de Ottryke con pomposidad.

—Se llamaba Lyonel —dijo Fithrael con voz gélida al mismo tiempo que clavaba sus ojos en los del noble humano.

La tensión aumentaba a medida que avanzaban hacia el interior de la montaña. Fithrael guardaba silencio, apenado por la muerte de Lyonel, un muchacho inocente, que ni siquiera debería haber estado allí.

Los guardias habían comenzado a murmurar entre sí. Se les hacía evidente que el Señor de Ottryke no era un buen líder y que tendrían que hacer caso de Gilead, el guerrero elfo, si querían sobrevivir. No encontraron más trampas en el túnel, pero los guardias permanecían detrás de Gilead y observaban cada uno de sus movimientos. Cuando el túnel se abrió para formar una cámara abovedada más amplia, se volvieron a mirar al elfo, y ninguno se atrevió a salir al espacio abierto antes que él.

Gilead cogió una lámpara, alargó la mecha para que diese más luz y la colgó de la punta de una alabarda que le prestó el sargento. Balanceó la lámpara por encima del piso de la caverna, que se reveló como una serie de baldosas entrecruzadas y gastadas, y luego hacia las paredes, donde vio cinco aberturas oscuras en la roca. Las baldosas eran de dos formas distintas: las grandes y octogonales se intercalaban a intervalos con otras cuadradas y pequeñas. Aunque estaba gastado, el piso se veía lustroso e intacto en algunos sitios, y del mismo modo que las baldosas se intercalaban, también lo hacía el intrincado dibujo formado por las runas grabadas en ellas.

—¿Ves la pauta? —le preguntó Gilead a Fithrael.

—Es bastante sencilla —replicó el veterano guerrero—. Yo pasaré primero. —Había leído el pensamiento de Gilead.

El elfo más joven avanzó hasta el final del grupo para dar instrucciones a los guardias que esperaban en fila.

—Sigue los pasos del hombre que tengas delante —fue cuanto dijo al llegar al Señor de Ottryke—, a menos que yo te diga lo contrario. —A continuación, se situó detrás del noble humano.

Fithvael comenzó a avanzar por el piso. Las puntas de sus botas caían con precisión y levedad: dos pasos cortos a la derecha y, luego, media zancada hacia atrás. Mantenía los ojos en el suelo que lo rodeaba y cuidaba cada paso. Groulle lo seguía y se esforzaba con ahínco para no dar un traspié con sus piernas quemadas mientras Fithvael iba de un lado a otro. Luego, siguió Freuden, el apotecario. Cuando hubo conducido a los dos primeros hombres hasta aproximadamente un tercio de la distancia total, Fithvael se volvió y llamó al sargento, que en ese momento estaba a punto de comenzar a avanzar por las baldosas.

—Ya no puedes seguir mis pasos —le dijo—. Escucha —y le dio al sargento una serie de instrucciones nuevas que parecían conducirlo hacia la izquierda de la caverna y apartarlo del primer grupo.

De repente, el sargento se detuvo con dos dedos de un pie apoyados, casi a punto de pisar una de las diminutas baldosas cuadradas de piedra. Tenía ganas de secarse el sudor de las manos en los calzones, pero no se atrevió por temor a perder el equilibrio al hacerlo.

—¿Adónde me estás enviando? —gritó hacia la oscuridad casi total, pues se daba cuenta de que se alejaba del grupo de vanguardia.

—Debes confiar en mí —replicó Fithvael con voz grave y tranquilizadora.

El sargento volvió apenas la cabeza, vio a los otros dos hombres restantes que le seguían los pasos, y decidió que no los defraudaría. Tras inspirar lenta y profundamente y aquietar sus pensamientos, el sargento volvió a llamar a Fithvael.

—Continúa guiándome —dijo.

Durante la hora siguiente, Fithvael condujo a su grupo por el vacío y guió al sargento. Sólo quedaban Gilead y el Señor de Ottryke.

—¿Por qué los conducís como si fuesen niños jugando a monstruos? A mí, el piso me parece bastante sólido —declaró el noble humano al mismo tiempo que sorbía por la nariz con desdén.

Gilead miró a Ottryke y, luego, al mortecino gris de la luz que tenía ante sí. Sacó una flecha de la aljaba que llevaba a la espalda, la partió dos veces sobre una rodilla y la envolvió apretadamente en un jirón de tela.

—Sargento —llamó Gilead—. Coge esto.

Lanzó el pequeño hatillo por encima del piso. La mano del sargento, tendida para coger la tela, se vio repentinamente iluminada en oscuro naranja fluorescente. La flecha rota había caído al suelo y entonces una zona del piso se había iluminado y latía a su alrededor. Al cabo de un instante, la flecha ardía sin llama, con luz verde, y lanzaba chispas blancas que volaban en todas direcciones. A continuación, el piso se volvió fluido como burbujeante melaza caliente que corría, y el paquete hecho con la flecha rota y el jirón de tela fue tragado por el líquido viscoso. Al lado de la primera baldosa que se había disuelto, una segunda comenzó a fundirse, y luego una tercera.

—Ve tú delante —le dijo Gilead al noble de aspecto sobresaltado—. Y pisa sólo donde yo te diga.

Sólo Fithvael y Gilead sabían que con cada nuevo grupo que atravesaba el piso, la magia elfa se tornaba menos magnánima. Fithvael y su grupo necesitaron una hora para atravesar la cámara, pero el sargento y sus dos hombres invirtieron más de dos horas en hacerlo. Ottryke y Gilead no llegaron al otro lado de la cueva hasta pasadas cinco penosas horas. El viaje fue más largo y más traicionero, y en torno a ellos las baldosas se fundían como melaza que borboteaba y eructaba con asco. Cuando finalmente llegaron al otro lado, Ottryke estaba pálido y temblaba violentamente. El apotecario acudió a atenderlo, pero el noble lo despidió con un agotado gesto de la mano.

—Dame un poco de tu licor —le dijo a Gilead.

—El vino elfo no es para consumo humano —respondió el elfo con sequedad.

El Señor de Ottryke insistió en descansar en la oscura y estrecha salida de la caverna. Fithvael cambió los vendajes de Groulle, y el sargento fue de un guardia a otro para darles unos golpecitos en la espalda. Tras decirle unas palabras de aliento a Groulle, el hombre posó las manos sobre los hombros de Fithvael y le sostuvo la mirada durante un momento. No se dijeron una sola palabra.

Fithvael se reunió con Gilead en el oscuro fondo de la caverna, lo más lejos posible de los humanos que refunfuñaban.

—¿Es prudente esto, Gilead? —preguntó, pero no obtuvo respuesta—. Los hombres están desaprovechados por un hombre que no los lidera, confundidos respecto a cuál es su deber. ¿Cómo acabará todo?

—Los humanos son indignos y traicioneros, sin excepción —fue la única respuesta de Gilead.

—Lyonen era un muchacho digno, y el sargento parece un tipo reflexivo para ser humano. Creo que está resuelto a seguirte.

—No importa —dijo Gilead—. El final será el mismo.

Y le volvió la espalda a su viejo amigo para sumirse en sus propios pensamientos con una expresión hosca en la cara.

La luz no cambió en el interior de la caverna, aunque en el exterior rompía el alba con rapidez. Gilead y Fithvael estaban preparándose para continuar el viaje subterráneo y, tras observarlos durante unos momentos, el sargento comenzó a reunir a sus hombres. Habían dormido poco y habían comido menos, y sólo el aliento de su superior logró ponerlos en pie. El noble continuaba durmiendo, repantigado en una postura indigna; en una de sus sucias mejillas, la baba dejaba regueros limpios.

A despecho de algunas respetuosas sacudidas suaves, el sargento no logró despertarlo y se volvió hacia Gilead para que le diera instrucciones. El elfo suspiró, desenvainó la espada y la hizo sonar con fuerza contra la roca situada junto a cabeza

del hombre. Farfullando y gritando, el Señor de Ottryke abrió los ojos con un sobresalto, aunque nada dijo al ver que era Gilead quien lo había despertado.

Fithvael condujo el grupo a través de una de las aberturas que había en la pared de la caverna hacia el interior de un corredor estrecho y sin luz, mientras Gilead volvía a ocupar su puesto en retaguardia, justo detrás del noble humano. El pasaje era empinado y alto, pero su ancho era justo el suficiente para que pasaran por él los estrechos hombros de un elfo. Cuando, al cabo de poco, Fithvael se dio cuenta de que Groulle tenía dificultades para avanzar, le aconsejó que se quitara las armas y las arrastrara detrás de él; luego, apenas unos metros más adelante, tuvo que hacer lo mismo con sus gruesas ropas externas. A pesar de la estrechez del espacio, Groulle obedeció sin protestar; no obstante, cuando le tocó el turno al noble humano, éste se le quejó vocingleramente a Gilead, que podía caminar con soltura en aquel lugar.

—¡Buscad otra ruta! —exigió Ottryke—. Éste no era el único túnel que había.

—Entonces, vete por otro —le respondió Gilead—. Pero date por advertido: las inscripciones elfas contienen intrincados hechizos, y Fithvael ha podido conducirnos por camino seguro sólo después de estudiarlas durante horas.

Gilead hablaba con serenidad, pero cuando al Señor de Ottryke se le puso rojo el rostro y empezó a bramar protestas, el elfo desenvainó la espada en el estrecho túnel y le cerró la retirada al noble humano. En aquel espacio ya esa distancia, el hombre era por completo incapaz de defenderse o de llamar a sus guardias para que lo protegieran; no le quedó alternativa. Mientras se esforzaba por volverle la espalda al elfo y continuar avanzando por el estrecho pasillo, el Señor de Ottryke maldijo al inmundo monstruo inhumano para sus adentros. Nunca antes había sido humillado por un hombre, y menos aún por un elfo como Gilead.

A medida que el túnel se adentraba más en la montaña, las paredes se volvieron más suaves y aparecieron cubiertas por grabados nítidos, que tenían el mismo aspecto que el día en que fueron hechos. El avance era muy lento; todos los humanos se veían obligados a caminar de lado, con la espalda y los codos contra una pared.

Groulle proseguía sin quejas, a pesar de que sus rodillas y codos se raspaban a cada paso y dejaban un rastro de sangre fresca, que era enjugado por las blusas de los hombres que lo seguían. El dolor no importaba, pero detestaba el hecho de estar en contacto con aquellas horribles runas elfas, las runas que casi lo habían sentenciado a muerte.

Fithvael, que iba uno o dos pasos delante de él, pasaba las manos distraídamente por las runas, maravillado por su belleza y sonriendo ante la bienvenida que en ellas se leía.

En la retaguardia del grupo, Gilead comenzaba a sentirse esperanzado, aunque, al mismo tiempo, se impacientaba con el noble humano. Ottryke parecía detenerse e inspeccionar cada abrasión y arañazo que hallaba, resoplando de enojo y chupándose

los dientes para no decir nada que pudiese hacer que Gilead se volviese contra él por segunda vez. Se negó a quitarse incluso las prendas exteriores y mantuvo sujeta la arma, aunque no le habría servido de mucho, ya que sus guardias se habían despojado de las suyas hacía mucho. Por la expresión de su rostro, resultaba evidente que sólo la codicia lograba que continuase avanzando.

Ottryke olvidó todas las quejas en un abrir y cerrar de ojos cuando llegaron bruscamente al final del túnel. Al mirar desde lo alto de una pendiente de profundas terrazas, pudo verlo todo: su recién hallada riqueza estaba esparcida allá abajo, formando una destellante montaña de hermosos objetos elfos. Sus hombres estaban dispersos sobre la terraza superior, vestidos a medias y vapuleados, y contemplaban con reverencia y maravilla el espectáculo que se extendía ante ellos. El semblante de Groulle se veía pálido y grisáceo a la escasa luz de la extraña penumbra interior de la caverna, y no parpadeaba; tenía los ojos salidos de las órbitas. Freuden, exhausto, miraba con fijeza, y su rostro era la viva imagen de la incredulidad. El sargento se encontraba junto a Fithvael y sonreía.

—Que también vosotros encontréis aquí vuestra riqueza —le dijo al elfo en voz baja.

Gilead, que iba a la retaguardia, salió a la terraza en último lugar. Observó con asco cómo el Señor de Ottryke bajaba dando incoherentes tropezones por las terrazas con enormes zancadas erráticas al mismo tiempo que se quitaba el pesado justillo y el casco de cuero, cacareando y dando chillidos. Para Gilead, el noble humano no presentaba mejor aspecto que un borracho pendenciero que fuese dando traspiés detrás de una puta voluptuosa que no tuviese interés en él.

—Los documentos son míos. La historia es mía —le recordó Gilead con tono firme—. Llévate el oro, pero déjame a mi gente.

El Señor de Ottryke se volvió con aire perplejo.

—¿Qué me importáis a mí tú o tus preciosos muertos? —preguntó retóricamente y, tras volverse hacia su premio, se lanzó desde la última de las terrazas y quedó sumergido hasta la cintura en oro, pesado oro.

Fithvael y Gilead avanzaron con cuidado entre los tesoros antiguos. El aire era seco y de olor dulce, y todo parecía perfecto. Necesitaron un poco de tiempo, pero, tras buscar metódicamente, los dos elfos hallaron, por fin, una serie de cofres, cajas y cilindros de cuero, que se encontraban sobre un repositorio de piedra de tres lados, separados del resto de los objetos.

A su alrededor, oían las frenéticas órdenes del Señor de Ottryke, y el bullicio de los hombres que se apresuraban a obedecerlo. Todos daban vueltas intentando valorar el tamaño y el peso de las reliquias para dilucidar la forma de trasladarlas a la casa solariega del noble.

El propio Ottryke había renunciado a contar las riquezas y ya había comenzado a

gastarlas mentalmente, tal vez para deponer a su primo, el Elector de Altdorf, de su trono. Riqueza y poder, poder y riqueza; inextricablemente unidos en la mente de Ottryke, significaban una sola cosa: codicia.

Gilead posaba una mirada anhelante sobre los verdaderos tesoros que había encontrado. Se quedó sentado sobre el pulido suelo de piedra durante lo que pareció una eternidad, examinando el cuero muy labrado, sobre el que había multitud de runas doradas, que parecían oscilar y cambiar de forma ante sus ojos. Miraba los grandes cierres y bisagras de oro con volutas. Absorbía la belleza de la artesanía y la perfección de cada centímetro de las obras.

Fithvael permanecía de pie detrás de él, sin saber muy bien qué decir, pero con la esperanza, tal vez por primera vez, de que la larga búsqueda pudiera dar frutos, al fin. Aplastó la esperanza antes de que fuese demasiado grande para contenerla en la mente, y la encerró detrás de una puerta mental, al menos de momento. Sabía que entre ambos, él y Gilead, serían capaces de transportar toda la historia contenida en aquellos sagrados libros y pergaminos. No podían regresar por el mismo camino por donde habían llegado. Los elfos que habían construido aquel lugar que habían llenado de trampas eran demasiado inteligentes para que pudiese ser así. Comenzó a buscar respuestas por los alrededores, y pronto las encontró en lo alto, en los techos elevados y abovedados. Él y Gilead podrían escapar sin problemas, pero ¿y los humanos? ¿Tendrían la habilidad o el valor necesarios para lograrlo?

Mientras Fithvael meditaba sobre esta cuestión, sus ojos fueron atraídos hacia abajo por un grito profundo, contenido y atemorizador. Al posar la mirada sobre su amigo, vio que Gilead retiraba la mano como si se la hubiese quemado en un horno, y a continuación una pequeña nubecilla amarillenta se posó sobre el piso, de un blanco perfecto.

—¡Demasiado tarde! —susurró Gilead, con terror—. ¡Hemos llegado demasiado tarde!

Con esas palabras, se puso de rodillas, echó atrás la cabeza y profirió un espantoso alarido de dolor y desesperación.

—¿Qué..., qué pasa? —susurró Fithvael cuando el grito se apagó—. ¿Qué sucede, viejo amigo? —repitió, con las manos flotando unos centímetros por encima de los hombros de Gilead porque, por mucho que lo desease, no se atrevía a tocarlos.

Al no recibir respuesta, Fithvael se inclinó sobre el cuerpo doblado de Gilead para posar una mano encima del rollo de cuero bellamente labrado que tenía cerca. Las puntas de sus dedos apenas lo habían tocado cuando desapareció, desmenuzándose en el aire. El segundo alarido de angustia de Gilead provocó todo el resto de acontecimientos. En torno a ellos, ya fuese debido a algún hechizo que se había activado a causa de su presencia, o incluso a causa del aire nuevo que habían dejado entrar en aquel antiguo lugar, todo se desmenuzaba y desaparecía en la nada.

Cualquier precioso conocimiento que hubiese sido preservado en aquella tumba, se perdió por completo. Cuando se apagaron los ecos del terrible lamento, los siguió otro bramido. Una carcajada profunda procedente de las entrañas, casi tan estridente como aterrador había sido el grito del elfo, llenó la cámara. El Señor de Ottryke señaló a Gilead con un dedo rechoncho, echó atrás la cabeza y rugió de risa.

—¡Tu raza está muerta! —dijo en tono malicioso, con la boca abierta a causa de las carcajadas—. ¡Yo lo tengo todo! Y tú..., ¡tú no tienes nada! ¡Nada! —gritó, ya sin reír.

Todo lo que quedaba en el rostro del noble era triunfo y odio.

El Señor de Ottryke alzó los brazos y giró sobre sí mismo para invitar a su guardia a aclamarlo como el vencedor. Lentamente, también los hombres comenzaron a reír y señalar. Groulle pareció avergonzado e incómodo durante un momento, pero se contagió al cabo de poco y comenzó a reír junto con los demás. Freuden lanzó una sola mirada compasiva a la expresión perpleja y desolada de Fithvael, y empezó a reír con disimulo, casi a pesar de sí mismo. En la parte trasera del grupo, el sargento se dejó caer sentado, sacudió ligeramente la cabeza inclinada y se cubrió la cara con las manos. Pero el gesto, por sí solo, no fue suficiente para salvarlo, en comparación con la burla y el desprecio de su compañía.

El viaje al interior de la montaña había sido de varios días. El de salida, emprendido por dos elfos en solitario, fue meramente de horas.

Se alejaron de la montaña haciendo caso omiso de los débiles, lejanos gritos que se transformaron en alaridos a sus espaldas, y volvieron al sitio en que habían dejado los corceles. Gilead no se había llevado nada del interior de la montaña. Metida dentro del justillo de Fithvael, había un trozo de tela ensangrentada que tenía bordada una runa elfa, resto de un tabardo nuevo que había llevado puesto el miembro más joven de la guardia del Señor de Ottryke. Si Lyonen hubiese sobrevivido, tal vez Fithvael habría encontrado el medio de salvar a todos los humanos.

Cuando se reunieron con los caballos, Fithvael sacó el trozo de tela que llevaba sobre el corazón, y lo guardó en la alforja. Gilead lo observó durante un instante, y luego miró a Fithvael a los ojos.

—No he roto ninguna promesa —le dijo.

—Déjame, al menos, llorar al muchacho —respondió Fithvael.

—Debes llorar a quien tu corazón te diga —asintió Gilead—. Yo hice un contrato con esa escoria para conducirlo al interior de la tumba, un viaje sólo de ida. Él ni solicitó ni pagó por el viaje de regreso.

Y dicho esto, Gilead montó sobre su caballo y comenzó a descender la montaña, alejándose del pasado en ruinas de su pueblo y de Ottryke Manor.

CINCO

La prueba de Gilead

Sólo prométeme esto: que mirarás mis ojos y verás lo que yo vea.

Por ahora, basta. Ya habéis oído bastantes historias por esta noche. Estoy cansado y el frío cala mis viejos huesos. Quedaos aquí, si gustáis. Bebed mi vino y disfrutad del calor de mi fuego. La cama está llamándome y me duele la garganta de tanto contar historias.

Bueno, claro que hay más; más de Gilead y del leal Fithvael; más historias sanguinarias y tristes del ocaso de su mundo.

Así que sólo son leyendas, ¿verdad? Pensad lo que queráis. Yo sé que no. Las leyendas cuestan un centavo la decena y la tierra está llena de ellas. Las historias que guardo en la memoria están hechas de un material diferente. La verdad, para empezar...

¿Dudáis de mi palabra? Muy bien; pues oíd ésta antes de que me retire.

* * *

Había pasado tiempo desde su aventura en Ottryke Manor; tal vez, un año, quizá dos, o menos. Y hubo una batalla: sangrienta, devastadora, furiosa. Las colinas y bosques resonaron con estruendo. Se realizaron grandes hazañas, pero lo que importa para mi historia tuvo lugar después.

La batalla había concluido. No quedaba nada que no fuese la endecha que el viento cantaba entre los olmos ennegrecidos que señalaban la senda que se adentra en Drakwald.

Fithvael comenzó a despertar. Se encontraba tendido a oscuras sobre la húmeda tierra del campo de batalla, y hacía frío. No obstante, la causa de que despertara no fue ni el helor ni la humedad. Su sueño había sido interrumpido por la singular extrañeza de un cuerpo cálido y palpitante que yacía contra el suyo. Era una sensación que no le gustó especialmente.

Fithvael apartó con cuidado el cuerpo de aquella calidez. Podía percibir su propia fragilidad, aunque no localizaba ningún dolor definido. Con cada fibra de su instinto de guerrero, sentía la devastación que lo rodeaba.

Pero no tenía ningún recuerdo de dónde, cómo o cuándo se había producido.

Se limpió la nariz de cenizas y sangre, y los primeros olores que captó le trajeron claros recuerdos de la búsqueda de diez años que había emprendido con Gilead y de la constante lucha librada contra la Oscuridad del mundo. Era el hedor de la carne antinatural; carne antinatural, muerta. Era el olor pútrido y áspero del Caos, un hedor que no podía confundirse con nada más.

Lentamente, el veterano guerrero elfo recobró sus otros sentidos. Entonces podía sentir la tierra desigual bajo su cuerpo, y los lugares donde se habían formado charcos de sangre y agua estancada que le empapaban las ropas exteriores y le hacían sentir las articulaciones rígidas e inútiles. No deseaba más que moverse, aflojar su cuerpo rígido y agarrotado, y relajar los músculos que estaban contraídos a causa de la revulsión que le inspiraba el entorno.

Pero primero escucharía, sintonizaría el oído con aquel lugar y descubriría si su vida corría peligro inmediato.

El silencio era casi absoluto, excepto por el latir y la respiración del cuerpo que permanecía por completo inmóvil a su lado. Tenía un sabor tranquilizador en la boca, el sabor agridulce del sueño y de la última comida que había tomado hacía mucho. El temido gusto metálico de su propia sangre y bilis estaba afortunada y absolutamente ausente; al menos, no sufría ninguna herida grave.

Recobrada la confianza, Fithvael abrió los ojos poco a poco. Había esperado, contra toda razón, que el cuerpo que había junto al suyo fuese el de Gilead, herido tal vez, pero vivo y estable, necesitado de sus cuidados. Pero no lo era, y el guerrero veterano reprimió la decepción.

Fithvael y Gilead nunca podrían estar tan estrechamente unidos como lo habían estado los gemelos, Gilead y Galeth, pero el maestro de esgrima le había dedicado su vida a Gilead y a la búsqueda emprendida por éste tras la muerte de Galeth, y su relación se había hecho muy íntima. En el campo de batalla, luchaban como si fuesen uno solo, y podían comunicarse cualquier cantidad de información con una mirada breve o un asentimiento de cabeza. Tenían una meta única y representaban una sola fuerza. Hacía tiempo que su relación había dejado de ser la de un señor y su servidor, la de un hombre y un muchacho, o incluso la de compañeros. Eran uno solo tanto como podían serlo dos seres separados y diferentes como ellos.

Los ojos elfos de Fithvael se adaptaron de modo instantáneo a las últimas tinieblas de la noche. Sonrió para sí y se movió con libertad por primera vez en horas. Su yegua volvió la cabeza hacia él, relinchó, y luego se levantó del lugar en que descansaba, junto a su jinete. La vigilia del animal había concluido.



Al sentir que la guarda de la espada chocaba contra el esternón de su atacante, Gilead se volvió y recorrió con un rápido vistazo la zona que lo rodeaba. El tiempo era escaso en el campo de batalla, incluso para un guerrero de su consumada destreza y velocidad de sombra. Sí, Fithvael continuaba allí, a unos cien pasos a la derecha, y luchaba con vigor.

Los enemigos los rodeaban por todas partes. Altos, vagamente nobles, aunque deformes y corruptos. Elfos, y sin embargo extraños; blasfemas parodias de su raza, pálidos como muertos y ataviados con hediondas armaduras negras. Los ojos se les pudrían en los cráneos, y respiraciones inmundas salían por bocas de labios negros. Sus armaduras herrumbrosas estaban decoradas con dorados que se descascarillaban, sedas desteñidas y brocados comidos por los gusanos.

El último hijo de Tor Anrok y su maestro de esgrima habían penetrado en las más oscuras profundidades de Drakwald meridional, en busca de la Torre de Takhos Elios, el lugar de nacimiento de la perdida Níobe. Habían descubierto historias recién acuñadas que decían que Tákhos Elios guardaba un túmulo inmundo, una antigua cripta, que, según la leyenda, descendía hasta el propio infierno. Allí se habían librado guerras, escaramuzas de la luz contra la Oscuridad, hasta que la estirpe de Ellos había acabado con los engendros del Caos y los había enterrado bajo el suelo. A partir de ese día, su torre se había alzado allí para vigilar la brecha contra futuras incursiones.

Eso decía la leyenda, y la tierra está llena de ellas, pero era un comienzo, la débil esperanza de una pista, y Gilead se había aferrado a ella con ansiedad.

Los rumores llegaban hasta ellos con rapidez y abundancia mientras avanzaban hacia el interior del gran bosque. Se decía que la Oscuridad había despertado, que la vigilancia había caído hacía mucho tiempo. Y luego, de modo repentino, tuvieron al enemigo encima. No se trataba de hombres bestia ni de numerosos clanes de guerreros del Caos.

Eran elfos, elfos deformes; ecos quebrantados, retorcidos, putrefactos, de nobles guerreros.

Gilead arrancó la espada de un pecho gimoteante. Volvió a blandir la espada dibujando un arco al mismo tiempo que la acompañaba con el peso de su propio cuerpo, y la hundió tan profundamente en el cuello del atacante que tenía detrás que éste se quedó allí de pie, con el rostro inexpresivo y literalmente muerto en posición erguida.

El hedor de los borbotantes fluidos negros como alquitrán que manaron por la fatal herida abierta habría bastado para derribar a alguien de constitución más débil. A Gilead le proporcionó un brevísimo respiro para rehacerse, pues el cuerpo lo

protegió de la acometida de otro enemigo, que tuvo que derribar a su propio camarada para lanzarse de cabeza contra él. El monstruo le enseñaba hileras de dientes negros, y sus delgados brazos, rematados por una masa de púas ensangrentadas, se agitaban, frenéticos, hacia el guerrero elfo.

Gilead aprovechó el hecho de que tenía baja su larga espada, cogida a dos manos, ante sí. Se limitó a levantarla cuando este último horror se le echaba encima. Fue fácil matarlo. La punta de la espada entró en la parte inferior del vientre del enemigo, y la guarda de la misma se estrelló contra la grotesca bragueta deforme. Gilead comenzó a retirar el arma, pero el adversario la aferró con sus puños cubiertos por guanteletes con púas. El guerrero la deslizó hacia arriba, cortó por la mitad las dos manos bestiales y, por último, la espada se posó sobre la juntura del cuello de la armadura del enemigo agonizante.

Los ojos del elfo volvieron a recorrer rápidamente los alrededores, una vez, dos... Fithrael había desaparecido, pero la lucha aún no había terminado.

Gilead había buscado durante diez largos años para vengar la muerte de su hermano. El fantasma de Galeth había permanecido con él durante todo ese tiempo, pero el gemelo que quedaba vivo no parecía pertenecer ni a este mundo ni al otro. Había pasado diez años de su vida luchando contra las fuerzas del mal con el fin de acabar con un solo hombre patético. A menudo, se cuestionaba el valor de su tarea. No había satisfacción en ella.

No obstante, la lucha había continuado, y principalmente a causa de Fithrael. Al principio, Gilead había estado comprometido en luchar del lado del bien. Entonces, la lucha se había transformado en su vida, y emplearía cualquier medio que tuviese a su alcance en la guerra contra la Oscuridad, hasta que un día llegase su muerte para liberarlo de esa violenta existencia.

Ya no tenía ningún hermano, y pocos preciosos parientes en aquella época decadente del mundo. Pero lucharía. Continuaría combatiendo contra la Oscuridad.

Así pues, combatía entonces, clavando duro acero en cuerpos deformes, cercenando extremidades, dividiendo aquellos torsos y cuellos, vertiendo el icor y los fluidos mortales y malolientes de aquellos seres. Gilead aborrecía a sus enemigos, cuerpos corrompidos y retorcidos, contaminados por el mal. Los conocía por su hedor y sus símbolos: bestiales devotos de la abominación, de Slaanesh, lascivamente adornados.

Gilead continuaba luchando mientras la tierra que tenía bajo los pies se transformaba en arcilla empapada en sangre. Un agua oscura se encharcaba en las huellas de pesados pasos dejados por el enemigo. Los cuerpos caían en todas direcciones a medida que los alaridos y gritos de guerra de los oponentes eran cada vez más escasos. Con cada nueva acometida, con cada respiro que se tomaba después de matar, los ojos de Gilead barrían el campo de batalla, pero continuaba sin ver a

Fithvael por ninguna parte.

Y entonces sucedió. Debió perder momentáneamente la concentración al pensar en Fithvael, o tal vez en Galeth, en lugar de centrarse en el enemigo. Fue derribado, derribado por el último enemigo superviviente del campo de batalla, un enemigo que tenía una herida letal, pero que no estaba muerto aún. El cuerpo de Gilead se tambaleó como una parodia de sus propios giros gimnásticos de batalla, y su rostro, sorprendido, observó cómo el enemigo se desplomaba de rodillas. El semblante cadavérico y demacrado del monstruo golpeó contra el fango justo antes de que la cabeza de Gilead cayera sobre la espalda del muerto.

* * *

Cuando el sol comenzó a salir, Fithvael llevó su montura lejos de la carnicería, hasta un lugar verde en el que había agua fresca. Ató allí a la yegua, y ella se puso a desayunar, contenta. Se lo había ganado. Pero Fithvael necesitaba algo más. Le era preciso encontrar a Gilead.

No recordaba la batalla, ni guardaba memoria de la última vez que había visto a su compañero. Tenía la intención de seguir el curso de la lucha y rehacer la acción a medida que caminaba. Avanzó con precaución por el campo de no más de cien metros de ancho y otros tantos de largo. Contó unas tres docenas de cadáveres, pero Gilead, gracias a los dioses, no estaba entre ellos. El par de guerreros elfos había hecho frente a toda una partida de criaturas inmundas, y las habían destruido por completo. No se veía ningún corcel, así que, adondequiera que hubiese ido Gilead, el caballo lo había acompañado. Un segundo buen augurio.

Fithvael comenzó a distinguir a los enemigos que había matado él, de los que se habían enfrentado con Gilead. No resultaba difícil. Su propia forma de matar era limpia y bastante precisa, pero los muertos por Gilead eran dignos de contemplación. Con cada nuevo grupo de cadáveres, Fithvael era capaz de seguir los movimientos que había hecho el guerrero elfo. En sus imágenes mentales veía cada pirueta, cada firme postura. Las estocadas, las paradas y las fintas aparecían con claridad ante él. No sentía más que un inmenso respeto por la destreza de Gilead. Los había matado a todos de manera limpia. No había comienzos en falso, ni tajos innecesarios, ni carnicería. Un golpe, un tajo lateral o una estocada había destruido a cada monstruo por turno. Fithvael reparó en la gran variedad de golpes que Gilead había asestado durante la batalla. Casi podía oír el silbido de la espada en el aire, e incluso podía percibir dónde y cuándo la había cambiado de mano el elfo. La presa de la mano en que Gilead tenía sólo tres dedos era tan eficaz como la convencional de cuatro de su mano entera. Había perdido un dedo, pero Galeth había estado allí para salvarlo en

aquella ocasión, hacía tanto tiempo.

El ejercicio de estudiar minuciosamente el campo de batalla comenzó a despejar y concentrar la mente de Fithvael. Recordaba acontecimientos del día anterior, así como de la semana, mes y año precedentes, pero nada parecía importante, porque Gilead había desaparecido. El veterano guerrero pasó el resto del día cruzando y volviendo a cruzar el campo de batalla, dividiéndolo en cuadrados como si se tratara de un enrejado y registrando cada sector en busca de pistas de su amigo. No encontró huellas, ya que la tierra era una mezcla de sangre y charcos negros, y los cadáveres putrefactos de los enemigos cubrían la mayor parte del terreno. Así pues, Fithvael comenzó a buscar un poco más profundamente.

Sus ojos se veían atraídos de manera constante hacia los cadáveres, tan parecidos a su propia raza y tan diferentes: formas de elfos corrompidas desde el interior, con sus armaduras y armas antiguas deslucidas y cubiertas con los húmedos restos de fajas de satén y chapa de oro batido. ¿Qué les había acaecido a esas..., esas cosas? ¿Qué desdicha se había apoderado de sus vidas, las había colmado de pasiones rencorosas y las había destruido? Apartó aquellas preguntas de su mente.

No pudo hallar jirones ni fragmentos arrancados de las prendas de Gilead, ni pedazos de su armadura, ni cabellos. El elfo no había dejado nada de sí en medio de la carnicería. Fithvael consideró que eso era el tercer buen augurio. Incluso su aroma estaba ausente. Habría resultado difícil de detectar bajo aquel manto de maloliente Caos, pero si se hubiese derramado la sangre de Gilead, su viejo amigo habría hallado su rastro.

Con la caída de la segunda noche pasada en el campo de batalla, Fithvael se retiró al refugio verde donde había dejado a la yegua, contento de saber que Gilead estaba vivo en alguna parte. Durante todo el día se había valido de las pruebas físicas para deducir lo sucedido. Durante toda la noche ejercitó su mente en suposiciones y posibilidades. Sólo podía hacer conjeturas, pero de lo que estaba seguro era de que algo había hecho que Gilead abandonara a su amigo, o bien se olvidara de él. Si Gilead hubiese recorrido el campo de batalla como lo había hecho Fithvael, no habría tardado en hallar al veterano a pesar de la oscuridad, el frío y la carnicería. No lo habría dado por muerto, sino que lo habría rescatado y se habría ocupado de sus necesidades. Por supuesto, la mente del veterano había sufrido un cierto grado de amnesia, pero en ningún momento perdió de vista a Gilead. El mal flotaba tan espeso en la atmósfera como el olor de los engendros del Caos, pero la mente del guerrero elfo era demasiado fuerte para sucumbir a las influencias oscuras, ¿verdad?

Así pues, Gilead estaba vivo e ileso, al menos físicamente. Sin embargo, Fithvael sabía que tenía que encontrar a su viejo amigo, porque había algo que iba muy mal.

* * *

La cabeza de Gilead ascendió y bajó en el ligero sueño de la semiconsciencia. Sabía que iba montado y podía sentir las riendas en sus manos, aunque no se daba cuenta de que una cuerda atada a la brida guiaba al caballo. De haberlo advertido, habría supuesto sencillamente que era Fithvael quien lo llevaba, puesto que allí no había nadie más. No podía despertar, no lograba reunir las energías necesarias para hacerlo, a pesar de que tampoco podía entender del todo su propio abandono.

Continuó dormitando, sin conciencia del tiempo, el espacio o cualquier necesidad, deseo o apetito. No cuestionó nada.

Amanecía una vez más. Fithvael había dormido poco, porque su mente se negaba a quedar inactiva. Se incorporó sobre los codos en la tierra fría y resolvió emprender una nueva búsqueda. La búsqueda de Gilead, y si necesitaba diez años para concluirla, como había sucedido con la búsqueda en memoria de Galeth, pues que así fuera. Rezó para que la desaparición de Gilead se debiera a algún otro acontecimiento que no fuese la muerte.

* * *

La habitación estaba suavemente iluminada por la luz de una vela, cuyas llamas constantes alumbraban tapices de pared que representaban batallas épicas entre nobles elfos de los Leones Blancos y hombres bestia del Caos. Las alfombras que cubrían las losas de piedra del piso eran de los colores apagados del otoño, gruesas y de aspecto cálido, y los pesados muebles de tosca talla adquirían un aspecto majestuoso a causa de los chales y telas de oro y plata que los cubrían y les conferían una apariencia acogedora. Sobre una mesita pequeña situada junto a la cama, había un cántaro de agua y un cuenco de pétalos de aroma dulce. Los paños suaves destinados a lavarle las heridas ocultaban a medias un pequeño y ornamentado espejo de mano, con marco dorado. La suave luz de las velas oscilaba y se reflejaba en la brillante superficie del espejo, y luego se proyectaba sobre el rostro de Gilead.

El elfo se giró ligeramente en la calidez de una cama limpia y de dulce aroma, y despertó. De repente, tomó conciencia del tipo de comodidad que se había negado a sí mismo durante mucho tiempo. Por un momento se sintió completamente despierto, suspiró y estiró las extremidades en el lujoso espacio.

—Despierta, guerrero. Tu sueño ha sido tan largo como profundo.

Oyó las bajas, suaves cadencias de su propio pueblo, pronunciadas en los rítmicos tonos aspirados de una mujer joven. Le resultaban familiares de alguna manera.

—Ahora despierta y toma algo de alimento, señor.

La voz era tan hermosa y tan familiar que no se atrevía a abrir los ojos por temor a estar soñando.

—Déjale dormir un poco, hija. Hay tiempo suficiente.

Era la misma voz, pero masculina y más grave, y ligeramente cascada por la edad. También le resultaba familiar y pertenecía a un elfo... Sonaba maravillosa a los oídos de Gilead.

Abrió los ojos sin saber durante cuánto tiempo había dormido y cómo había llegado hasta aquel lugar. La comodidad amortecía su instinto de formular preguntas. Se sentía limpio y podía percibir los ungüentos aplicados sobre las contusiones de su cuerpo. No olía al campo de batalla, sino a jabones y bálsamos fragantes, y a sueño dulce. Alguien lo había cuidado bien y con bondad.

—¡Padre, ya despierta!

Aquella voz familiar se alzó ligeramente con deleite, y una sonrisa dejó al descubierto la pulcra hilera de dientes pequeños y blancos enmarcados por unos labios perfectos. Gilead le devolvió la sonrisa y se ajustó la sábana alrededor del torso.

—Déjanos, pequeña.

El padre la despidió, y ella salió de la habitación, aunque no sin antes echarle una última mirada a Gilead. Aquella mirada le mostró a él la totalidad del rostro femenino en toda su gloria elfa. Los ojos muy separados y la delgada nariz recta de su raza; la alta frente inteligente y la mandíbula estrecha. ¡Níobe! ¡Era Níobe!

El padre bajó la mirada hacia él y le sonrió.

—Bienvenido, guerrero. Bienvenido a la Torre de Taithos Elios.

—Entonces..., ¿la he encontrado?

—¿Nos estabas buscando? Somos... tal vez difíciles de encontrar. Nos hemos escondido en la oscuridad del bosque durante muchos años. Vivimos tiempos duros y peligrosos.

Gilead alzó la mirada.

—¿A quién debo agradecer mi salvación?

—Yo soy Gadrol Elios, y te doy la bienvenida a esta casa.

—Tu hija...

—Ella me contó cómo la rescataste, hijo de Tor Anrok. Estoy en deuda contigo. Me alegra haberte rescatado a mi vez.

—Pero ¿cómo escapó ella... de esa escoria del Caos, de Ire?

—Níobe siempre ha tenido mucha inventiva. Escapó de sus ataduras después de que tú lo debilitaras, y halló el camino a casa.

Gilead permaneció en cama varios días, durante los que recibió visitas de Gadrol, así como comidas y otras atenciones por parte de los servidores elfos de la corte. Al segundo día, reapareció Níobe, y con ella llegaron los tranquilizadores aromas de la

madera y las hierbas que había recolectado para curarlo. Eran las mismas plantas que le aplicaban sobre cortes y contusiones después de sus escaramuzas con Galeth, cuando era niño; las mismas que él había empleado para sanar a Fithvael después de que el tonto hubiese acudido en auxilio de la muchacha humana, Betsen Ziegler, sin la ayuda de Gilead...

«¿Fithvael?».

Gilead se puso ansioso.

—Tu amigo cayó en el campo de batalla...

—Yo lo vi —interrumpió Gilead a su enfermera—. No, eso no es cierto: lo perdí de vista. No sé realmente qué sucedió.

Níobe aquietó la mente del guerrero con sus palabras bondadosas y tonos serenos, relajantes.

—La partida de rescate sólo te halló a ti con vida entre muchos monstruos. Las bestias carroñeras habían estado en el lugar. Quedaba poco de los cadáveres. Sin duda, tu querido amigo halló una muerte heroica. ¡Acabar con tantos y triunfar! Vosotros dos a solas luchasteis contra tres docenas de oscuros y los matasteis.

—¿Y qué son?

—La vieja maldición. Necrófagos a medio formar del túmulo cuya vigilancia es nuestro deber. El Caos vuelve a alzar la cabeza en estos tenebrosos bosques.

Gilead guardó silencio, sin escucharla realmente mientras ella continuaba hablando. Fithvael estaba muerto; Fithvael estaba muerto.

Durante el tercer y el cuarto día, el Señor de la Torre de Talthos Elios acudió a oír la historia de Gilead. Gadrol también habló, a su vez, de las cosas muertas que se levantaban de debajo del túmulo; cosas putrefactas y hediondas, que salían de la tierra para perseguir a los vivos. Eran seres oscuros del valle inferior. Una vez más, la guarnición de su torre se había armado para guardar el territorio. Los seres del túmulo tenían el imperio del miedo en aquella región. Eran corrientes las incursiones, los asesinatos, y cosas parecidas.

Una de las patrullas de Gadrol había encontrado a Gilead. El guerrero se había enfrentado en solitario a una partida de incursión del túmulo.

Él... y su amigo muerto, por supuesto.

Gilead estaba triste, pero se mostraba fuerte y resuelto ante el elfo de más edad. Cuando le hablaba a Níobe mientras ella lo curaba, su voz a menudo se quebraba, y él lloraba abiertamente al leal Fithvael, el último de los guerreros que lo habían acompañado en la búsqueda de diez años. Al anochecer del cuarto día, Níobe cogió el espejito que estaba sobre la mesa situada junto al lecho de Gilead.

—Mira el espejo —dijo la joven— y observa quién eres, y todo lo que eso significa para el futuro.

Gilead miró el espejo y le sorprendió lo que vio en él. Tenía la piel clara y

brillante, y estaba completamente afeitado. Parecía el despreocupado joven guerrero que había practicado el combate con su gemelo, que había reído, había jugado y había disfrutado de la vida. Pensaba que el tiempo, su búsqueda y los campos de batalla lo habían avejentado y vuelto escéptico, pero en su rostro no veía las cicatrices de la vida. Eso le despertó esperanzas y trajo calma.

* * *

Al romper el alba, Fithvael despertó con sobresalto. Sus sueños no le habían causado más que angustia. Estaba exhausto, fatigado por sueños torturados e inquietas pesadillas; atormentado por los dolores y molestias de un cuerpo ágil, pero que envejecía, castigado en el campo de batalla; perturbado por el hedor del Caos siempre presente en el aire, y por la ausencia de Gilead. Todas sus facultades se hallaban comprometidas, pero no le quedaba la sensatez suficiente como para darse cuenta de ello. Su cuerpo y su espíritu estaban quebrantados, y su cansada mente se obsesionaba cada vez más.

Fithvael se contentó con un poco de agua limpia a modo de desayuno. No recordaba cuándo había tomado la última comida. Desató a la yegua y la guió en un amplio recorrido por el campo de batalla. Ella relinchó y bufó, y mantuvo el hocico alejado de la inmunda tierra.

Sólo horas más tarde encontró Fithvael lo que estaba buscando. Con resolución, había estado describiendo círculos desde el amanecer, y debía haber pasado ya varias veces ante las huellas de cascos. Él Gilead habían entrado en el terreno de la batalla y sólo Gilead había salido de él, pero aquéllas eran las únicas huellas halladas por el veterano y las seguiría, ciego entonces a las probabilidades y la razón.

Fithvael permaneció montado sobre su corcel hora tras hora, siguiendo las huellas de cascos que encontraba, sin hacer caso de la dirección que seguían o el número de las mismas. Ya no se sentía inútil. Tenía una misión que cumplir.

* * *

La pena de Gilead era grande y pesaba como una losa sobre él. Se hacía más insoportable aún porque estaba rodeado por los de su raza. Veía la sabiduría de Fithvael en el anciano rostro del Señor de la Torre de Taithos Elios, y reconocía el tono de la voz del viejo guerrero en las palabras de un servidor de la corte. Su dolor se amortecía sólo a causa de la bondad de Níobe. Sus suaves palabras eran un sedante

tan eficaz como sus tónicos de dulce sabor. Haberla encontrado otra vez..., era una victoria, una bendición.

Pasaron una semana, dos, un mes. Salió de la cama primero y luego de la habitación, y al cabo de poco comenzó a tomar las comidas en compañía de la familia y el séquito de la corte. Lo hicieron sentir bien acogido y celebraron su recuperación, y también hablaron de la constante amenaza del túmulo. Gilead, a su vez, les contó las historias de su búsqueda y de la infalible valentía de sus guerreros. Relató cómo, uno a uno, los había perdido a todos, y narró la heroica muerte de cada uno de sus compañeros.

Para Níobe reservó las historias de su casa, la torre que había abandonado antes de emprender la búsqueda de su vida. Le habló de su gemelo muerto, Galeth, y de que creía haber recibido la fuerza vital de su hermano para vencer el mal. Habló de Fithvael, de la lealtad del elfo muerto para con las viejas tradiciones e ideales de la antigua familia de Gilead, una familia que se extinguiría con su propia muerte.

Níobe permanecía sentada durante muchas horas, con la cabeza inclinada sobre alguna labor femenina, mientras escuchaba atentamente los relatos épicos de Gilead. En esos momentos, sus sentimientos a veces lo pillaban desprevenido y se descubría estudiando el rostro de ella en busca de alguna señal que indicara que la doncella le correspondía.

Cuando estaba solo, Gilead se miraba el rostro en el espejo y descubría en él algo nuevo y positivo, al fin, para el futuro. Comenzó a olvidar a Fithvael y a Galeth, así como la dura lucha y el dolor del pasado.



El aire era frío y húmedo, y la oscuridad tenía un tono pardo sucio. Fithvael no podía distinguir la densa nube gris del lóbrego cielo tumultuoso. La noche caía con lentitud, negra y sin luna. No había estrellas por las cuales guiarse, aunque el viejo elfo hubiese sabido dónde estaba y hacia dónde debía ir. Fithvael se encontraba tan cansado que hacía mucho rato que había dejado caer las riendas de la yegua y permitía que vagara por el bosque, que se espesaba cada vez más. Todo se transformó en un paisaje sin relieve de tonalidad gris sepia, y ya no pudo ver los colores ni calcular las distancias.

Los días sin alimento y con poca agua habían afectado a Fithvael y su montura, y la yegua ralentizó la marcha hasta detenerse, exhausta, para luego inclinar la cabeza y pastar con lentitud en un claro forestal. Fithvael se echó sobre su cálido cuello, y después se deslizó pausadamente de su lomo para aterrizar sobre un dolorido y vacío flanco. Dormir, tenía que dormir. Tras cubrirse la cabeza con la capa, se dejó vencer por la fatiga, confiando en que su corcel haría guardia junto a él una vez más.

¿Quién sabe durante cuánto tiempo durmió? Los apagados días oscuros se transformaban en frías noches lóbregas e indiferenciables. No había sol que lo despertara. La yegua yacía junto a su dueño mientras el anciano elfo sudaba, se crispaba y gritaba. Pesadillas delirantes torturaban su sueño. En la vigilia, su mente había estado completamente ocupada por Gilead, por la necesidad de seguir sus huellas, encontrarlo, luchar por él. No pensaba en nada más desde que había despertado en el campo de batalla, pero en sueños no quedaba ni rastro de su mente racional, y las pesadillas se desbocaban.

Gilead estaba muerto. Gilead agonizaba. Gilead era hecho pedazos por una horda de bestias antropófagas. Gilead avanzaba hacia él, con el cuerpo abierto en canal, derramando sangre putrefacta e intentando decirle algo a través de los labios rotos y babeantes. Gilead regresaba de la muerte. Gilead era un monstruo.

Ni siquiera esos sueños despertaban a Fithvael. Luchaba, avanzando a través de ellos, matando bestias del Caos, y llegaba hasta Gilead cuando ya era demasiado tarde. Una y otra vez, los sueños se repetían dentro de su cabeza, y en cada ocasión el veterano guerrero luchaba con más ahínco y de manera más sangrienta. Necesitaba llegar antes hasta Gilead, y siempre llegaba demasiado tarde.

Una vez más el aire se colmó del hedor del Caos, y él despertó de modo brusco. Se puso en pie de un salto, con las rodillas flexionadas y los brazos separados del cuerpo. Sus ojos, sobresaltados, recorrieron con rapidez el claro y penetraron el follaje en busca del enemigo. Una sombra se movió, y el guerrero se lanzó hacia ella con un arma en cada mano al mismo tiempo que agitaba los brazos y de su garganta seca manaba un aullido. Se arrojó sobre la espalda del adversario y clavó ambas armas en sus clavículas, hombros, brazos, apuñalando y arañando de manera indiscriminada a la cosa que había matado a Gilead. Al fin, el enemigo, eco corrupto de un guerrero elfo, se quitó de encima al frenético Fithvael, que cayó brutalmente de espaldas, y se alejó dando traspiés mientras intentaba contener la hemorragia de una borboteante herida que tenía en el cuello.

Fithvael quedó tendido boca arriba, despierto y jadeante. La luz diurna se desvanecía. El enemigo había sido real y, encendido por sus propios sueños, el viejo guerrero lo había herido y lo había dejado marchar. Cansado y famélico como estaba, Fithvael halló dentro de sí una nueva determinación. Se sentía débil y falto de aliento, y sabía que debía comer, pero entonces también tenía una bestia a la que seguirle el rastro, una pista directa hacia Gilead. Tenía una probabilidad. Tenía esperanza.

La yegua se había llenado el vientre y estaba descansada. El viejo guerrero recogió algunos suministros y comió unas cuantas de las frutas y nueces que había encontrado. Se sacudió los polvorientos vestidos y se lavó la sangre que lo había salpicado cuando hirió al enemigo. Se tomó un poco de tiempo, pues sabía que la bestia avanzaría con lentitud. No deseaba darle alcance, ya que no quería tener que

matarla antes de haber encontrado a su amigo. El placer de acabar con ella llegaría después, cuando estuviese en forma, cuando la hubiese seguido hasta su cubil y hasta Gilead.



La Torre de Takhos Elios estaba construida dentro de un patio abierto y espacioso de cuatro lados. Se alzaba hacia el cielo gris, por encima de las murallas de color grisáceo amarillento y los árboles de negra copa, como un dedo de hielo. Era una estructura vidriosa y perfecta, obra ejecutada siglos antes por los dotados y bienaventurados descendientes de Tiranoc, entonces desposeídos. Las paredes que miraban al mundo exterior eran gruesas y sólidas, y carecían de ventanas. Exteriormente, se trataba de una fortaleza, pero era un refugio en el interior. Las paredes que miraban al patio tenían muchas ventanas y puertas, e incluso balcones y galerías interiores. Gilead comenzó a apostarse regularmente en uno de los balcones del primer piso de la torre para observar cómo los quehaceres cotidianos se desarrollaban ante él.

Allí era donde los guerreros practicaban su destreza en el combate, se ejercitaban y hacían esgrima con armas sin filo. Gilead comenzó a anhelar la compañía de éstos y a desear compartir con ellos su destreza.

A última hora de una tarde, Gadrol se reunió con Gilead y se pusieron a hablar del mundo exterior a la torre y del interminable deber de la estirpe Elios. El túmulo se encontraba en el estrecho valle profundo que había al otro lado de las murallas, y los guerreros de la torre patrullaban los bosques. Sólo ellos guardaban la brecha del túmulo, una antigua herida en el orden del mundo, la cual había vuelto a abrirse hacía poco. Era un deber duro e implacable. Gadrol recibía con agradecimiento cualquier ayuda que pudiese conseguir.

Tres o cuatro meses después de que lo llevaran al castillo, Gilead estaba en el patio con otros guerreros, disfrutando de los simulacros de batalla y la camaradería. Su cuerpo había perdido la forma a causa de la convalecencia y la falta de ejercicio, pero su mente era tan aguda como siempre.

A los seis meses, ya pasaba menos noches de fiesta con el séquito de la corte y dedicaba los días a ejercitar su cuerpo para que llegase a su antigua buena forma de combatiente.

En los primeros días, reía a menudo cuando no lograba parar un golpe de su compañero o se lanzaba demasiado tarde y sus pies tropezaban por el excesivo impulso. Pero a medida que transcurría el tiempo, volvió a él la conciencia del valor de su arte guerrero y, con ésta, su antigua destreza para la lucha. Otra vez podía blandir una espada con cada mano, conseguía moverse con el tipo de gracilidad de

danzarían que siempre había caracterizado su estrategia defensiva y, por fin, una tarde recuperó la velocidad de la sombra.

Había pasado todo el día practicando en el patio con los guerreros de Elios, que se habían convertido en sus amigos y aliados. De repente, percibió un ataque por la espalda, y luego otro desde la izquierda. Era un hábito regular de los guerreros el atacarse por sorpresa de ese modo, para mantener la vigilancia necesaria en la batalla o, al final de un largo día, para divertirse.

La adrenalina de Gilead comenzó a afluir a su sangre. Desarmó al elfo que tenía delante, cuyo bastón de madera ascendió girando por el aire y, antes de atraparlo diestramente, le asestó al guerrero un resonante golpe sobre ambas orejas con las manos. Mientras el bastón de entrenamiento aún estaba en el aire, giró sobre sí mismo y derribó al guerrero que tenía detrás con un golpe en las piernas. Un segundo golpe en las corvas lanzó al desprevenido atacante de Gilead, cuan largo era, al otro lado del patio empedrado, donde aterrizó de cara con un desagradable crujido de la cabeza. El tercer elfo no tuvo tiempo para defenderse del avance de dos bastones girantes. No los vio llegar. Uno le rompió el brazo de la espada a la altura del hombro, y el segundo lo golpeó de punta en el esternón y lo dejó sin aliento. Luego, el primer bastón le rodeó el cuello. Gilead estuvo a punto de estrangular al desdichado antes de relajarse y dejarlo caer, agradecido, sobre el empedrado.

En un momento, Gilead había estado luchando furiosamente contra un solo compañero, y al siguiente estaba en tres sitios a la vez, defendiéndose simultáneamente en tres frentes, desarmando y derribando a tres buenos guerreros en un abrir y cerrar de ojos, sin desplazamiento lineal aparente. Era tan veloz como la sombra, al igual que antes.

Sobre el suelo yacían tres guerreros agotados, que respiraban trabajosamente y buscaban con las manos las armas de entrenamiento hechas de madera, que Gilead había roto o confiscado en su acometida. Los miró durante un momento, pasmado, y luego echó la cabeza atrás y comenzó a reír con carcajadas vigorosas como un rugido.

Ya estaba muy cerca de su antiguo grado de habilidad. Ya anhelaba algo más que práctica. Deseaba enfrentarse a las siempre presentes incursiones de la Oscuridad procedentes del túmulo, con aquellos bravos guerreros a su lado.

Entretanto, un poco avergonzado, ayudó a dos de sus combatientes a levantarse. Al tercero se lo llevaron, inconsciente. Todos tardaron varios días en recobrar lo suficiente como para estar en disposición de unirse a Gilead y el resto de sus compañeros en el patio de entrenamiento.

* * *

Los cielos nunca se despejaban y el follaje era cada vez más denso en torno a Fithvael, pero el rastro estaba caliente de sangre e icor, y resultaba fácil seguir la pista de la bestia.

El enemigo herido tenía un solo propósito: regresar al sitio del que había partido. No hacía ningún intento por ocultar su rastro o moverse con sigilo. El camuflaje era innecesario tanto para el perseguidor como para el perseguido, dado que nada resultaba visible en las profundidades del paisaje densamente boscoso. No obstante, Fithvael tenía cuidado de que no lo oyera, y a intervalos regulares comía y descansaba para recuperar fuerzas.

El veterano guerrero encontró el cuerpo herido del enemigo a menos de una hora de cabalgata tranquila desde la última parada que había hecho. Con cautela, desmontó y se detuvo junto al cuerpo. Podía percibir su calor y sentir que su corazón aún latía. Si no estaba muerto, aún podría conducir a Fithvael hasta su presa.

El viejo elfo volvió a montar, y la yegua retrocedió uno o dos pasos. Luego, Fithvael la hizo ponerse a dos patas y profirió un feroz grito de guerra al mismo tiempo que la yegua relinchaba y bufaba a causa de la sorpresa; después, dejó caer con fuerza las patas delanteras contra el suelo. El ruido fue tremendo en la quietud y el silencio del bosque, pero la criatura no despertó. Fithvael hizo que la yegua volviera a ponerse a dos patas, danzara en círculos alrededor del ser caído y pisoteara el sotobosque a la vez que él golpeaba la larga espada y la daga entre sí, por encima de la cabeza. El resuelto elfo no pensó en el riesgo de desatar los infiernos en un área frecuentada por el Caos. Su único pensamiento era arrastrar hacia la conciencia a aquel lamentable ser que era casi cadáver.

El ser oscuro gimoteó, y luego gritó en tanto sufría convulsiones entre la maleza aplastada y la húmeda tierra turbosa que lo rodeaba. Fithvael desmontó sin dejar de golpear las armas entre sí, y bramó su antiguo grito de guerra. Pero el ser no podía sentir ni miedo ni motivación. No podía levantarse, no quería hacerlo. Luego, dejó de retorcerse y miró con ferocidad a Fithvael mientras el icor aún encontraba una vía de salida a través de las gruesas costras que se formaban en torno a la docena de heridas o más que había en su cuerpo. El elfo vio que aquel ser no quería otra cosa excepto matarlo, pero ni eso podía hacer.

Fithvael le volvió la espalda a la bestia, amargado y furioso porque su plan había fracasado. Pero entonces la furia apareció en sus ojos y lo dominó. Su larga espada penetró en el pecho de la criatura caída un segundo antes de que la daga volviera a abrir la herida letal del cuello. La muerte fue instantánea, pero a Fithvael no le produjo ningún placer.

El viejo guerrero no tenía más alternativa que continuar con la búsqueda. Calculó, lo mejor que pudo, la dirección que había estado siguiendo la bestia, y decidió seguirla. Entonces avanzaba con mayor rapidez y urgencia. Los sueños no dejaban de

pasar por su mente, imágenes de las criaturas del bosque intercaladas con el conocimiento de que, en sus pesadillas, había llegado demasiado tarde; demasiado tarde para salvar a su amigo; demasiado tarde para rescatar a Gilead y renovar su relación de compañerismo.

Fithvael luchó contra su mente febril..., y perdió. Comenzó a avanzar a toda velocidad por el bosque, sin hacer caso del ruido que hacía ni del rastro que dejaba. Olvidando que el bosque era su hogar natural, su aliado natural, el elfo se abrió paso entre la vegetación, destrozándolo todo a su paso. El suelo era entonces batido bajo los frenéticos cascos de la asustada yegua, y todo lo que no fuesen los árboles más grandes era cortado a su paso.

Su mente no veía final para aquella lucha, así que cuando, de pronto, se encontró en un empinado paso de negras coníferas, transcurrió un momento antes de que descansara el brazo con que blandía la espada y tirara de las riendas para detener y calmar la montura.

Su paranoia se transformó en júbilo. A lo lejos, delante de él, Fithvael podía ver los altos, brillantes laterales de una estructura. Tras refugiarse entre los árboles, se detuvo y volvió a mirar. Una fortaleza, una torre, un oscuro lugar del mal; ése era el lugar monstruoso donde encontraría a su amigo. Hacia allí había intentado dirigirse el enemigo muerto.



La Torre de Talthos Eijos resplandecía con magnificencia. En el gran salón se izaron pendones y estandartes. Telas de oro y plata adornaban los bancos, y las más espléndidas sillas cortesanas rodeaban la larga mesa, que crujía bajo el peso de la comida que la cubría. Carnes rojas, aves y caza de todas clases estaban dispuestas entre amplias bandejas que se posaban sobre largas patas, cargadas con montañas de especias, frutas y pan.

Se celebraría un gran banquete al día siguiente, y Gadrol y su hermosa hija Níobe estaban disponiéndolo todo. Se trataba de una ocasión especial, y Gilead sería el invitado de honor. Había residido en el castillo durante un año, así que al día siguiente celebrarían el aniversario y su aceptación formal como miembro de la corte. Se convertiría en uno de ellos, y el hecho de que un guerrero tan ilustre se uniera a su causa deleitaba a todos los habitantes del castillo. Tenían todas las razones del mundo para celebrar dicho acontecimiento.

También Gilead estaba dispuesto a celebrarlo y ansioso por convenirse en miembro de aquella sociedad. ¡Tenían tanto que ofrecerle! Compañerismo, una buena causa..., y además estaba Níobe, la razón por la cual él se encontraba allí. La hermosa

doncella elfa le había devuelto la salud a Gilead, se había ocupado de sus necesidades cuando él estaba de duelo por Fithvael y había sido su compañera y confidente constante, incluso había hecho un radiante traje nuevo, dorado y azul, para que Gilead lo llevara en el día de su festín.

A medida que Fithvael avanzaba por el sendero y se acercaba cada vez más a la torre, el último resto de precaución abandonó al veterano guerrero. La torre estaba abandonada, en ruinas. Sus murallas se alzaban altas y cuadradas ante el mundo exterior, pero cuando levantó los ojos hacia lo más alto, las piedras parecieron insustanciales. No podía enfocar las piedras por separado; parecían moverse las unas alrededor de las otras, y podía ver el cielo a través de ellas. Las paredes más bajas del edificio estaban cubiertas por una capa negra y viscosa de musgo y líquenes. Fithvael posó una mano sobre la piedra, pero sólo sintió la blandura del musgo. Allí no había nada sólido. Tras describir un rodeo en torno a las murallas exteriores, Fithvael encontró el espacio donde en otros tiempos había estado la puerta. Una enorme puerta podrida con tachones negros aún colgaba de una bisagra, y la otra había caído hacia adentro, hacia lo que en otras épocas tuvo que ser un patio, pero que entonces era un erial de roca y vegetación muerta o agonizante.

El guerrero elfo se sentía confundido y decepcionado. Había estado convencido de que era ése el sitio, de que era sin duda allí donde retenían a Gilead. Sin embargo, no había señal de él ni de nadie más..., hasta que lo derribó un rápido golpe que no alcanzó a ver, asestado por la espalda.



Gilead estaba ejercitándose en el patio, como siempre, cuando llevaron al interior el cuerpo inconsciente. Las patrullas salían del castillo a intervalos regulares, pero desde que habían conducido allí a Gilead, no había llegado nadie nuevo. Se sintió emocionado al ver que la última expedición elfa había tenido más éxito.

Tras tirar las armas de madera y asentir con la cabeza para darle las gracias a su compañero de prácticas, Gilead se encaminó hacia los dos guerreros que llevaban entre ambos a otro elfo andrajoso. Fithvael estaba inconsciente, con un brazo en torno a los hombros de cada guerrero, sus pies arrastraban por el patio y la cabeza le colgaba sobre el pecho. Al principio, Gilead no reconoció a su viejo amigo. Simplemente, deseaba ayudar al recién llegado, un extraño como él. Se echó el cuerpo sobre un hombro y lo subió a su dormitorio, la habitación en la que Níobe lo había atendido hasta que se recuperó.

Sólo cuando hubo depositado con suavidad su carga sobre la cama limpia, el elfo se dio cuenta de que el rescatado era su más querido amigo.

—¡Fithvael! Fithvael, mi viejo amigo... Pensaba que estabas muerto...

Gilead llamó a Níobe y Gadrol, y los tres velaron junto al lecho del viejo elfo mientras éste recobraba el conocimiento con lentitud. A Gilead no se le ocurría nada más perfecto que tener a Fithvael consigo en el banquete del día siguiente, en su nuevo hogar.

Cuando los ojos de Fithvael se abrieron, Gilead se inclinó sobre su viejo amigo.

El veterano guerrero se sentó con brusquedad y clavó los ojos más allá del rostro amable y sonriente de Gilead, en la habitación que lo rodeaba. Las paredes se hallaba cubiertas de vegetación pútrida y piojos. Los muebles estaban negros de podredumbre, y los alimentos que había junto a su cama estaban podridos y cubiertos de parásitos que se retorcían. El hedor del Caos lo rodeaba por todas partes, y sin embargo no cabía duda de que era Gilead quien se encontraba ante él.

—Fithvael, soy yo, de verdad. Estás vivo. Estás a salvo. Quiero presentarte a mis grandes amigos y rescatadores, Gadrol y su hija, la dama Níobe. ¡Dioses, tienes que recordar a Níobe!

Dos... cosas monstruosas salieron de las tinieblas que había detrás de Gilead y miraron a Fithvael con malevolencia al mismo tiempo que le enseñaban sus dientes ennegrecidos. Sobresaltado y acobardado, Fithvael parpadeó con ojos aterrorizados... y vio, en ese parpadeo, una habitación majestuosa y magnífica, decorada al estilo elfo. Vio a la hermosa joven elfa, Níobe, y a su viejo padre. Vio frutas y hierbas frescas, y olió dulces pociones medicinales.

Pero fue sólo un parpadeo, y cuando volvió a abrir los ojos, la habitación recobró su podrido y repugnante aspecto. Fithvael abrazó a Gilead, cerró los ojos por un momento y se concentró sólo en su amigo.

Con los ojos bien apretados, Fithvael sintió cómo la espesa magia rezumaba en torno a ellos. Por un instante, había visto lo que Gilead creía que era la verdad, pero Fithvael no sucumbiría a la ilusión. Veía al Caos y se daba cuenta de que aquellos seres no tenían intención de matar a Gilead, sino de reclutarlo, corromperlo como ellos mismos habían sido corrompidos. Convertir en malvado a alguien como Gilead sería un deleite para sus perversas mentes. Las criaturas deseaban utilizar la destreza de Gilead, su conocimiento, su tenacidad, su valentía. Eran elfos corrompidos por el inmundo atractivo del Caos. Reclutar a alguien de su propia raza, al mejor de su raza, era una meta que valía la pena intentar.

Fithvael se tendió de espaldas sobre el lecho y se concentró al máximo en su misión. Había jurado que salvaría a su amigo, pero entonces ya no estaba seguro de que pudiera hacerlo. Gilead no veía lo que en verdad lo rodeaba, y Fithvael no podría derrotar a tantos seres oscuros sin la ayuda de su viejo amigo.

Inspiró profundamente. Si no podía abrirse paso luchando para salir de aquella situación, tendría que pensar en un modo de escapar. Tendría que mostrarle la verdad

a Gilead.

Fithrael permanecía tumbado en el lecho, rechazaba los alimentos y las pociones, y hablaba poco. Dejaba que hablara Gilead, y Gilead no podía hablar de nada más que del festín del día siguiente, su ingreso en la comunidad de Talthos Elios y su nueva vida.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí, viejo amigo? —inquirió Fithrael.

—Mañana hará un año, Fithrael. Me hace feliz saber que te sentarás a mi lado durante el banquete. He estado contento aquí; estas gentes son buenas...

Gilead continuó hablando mientras Fithrael se sumía en profundas meditaciones. Él había abandonado el campo de batalla, donde había visto a Gilead por última vez, hacía tan sólo un mes lunar. Y ahora, el viejo elfo contaba con un corto día por delante antes de que Gilead se perdiera para siempre, esclavizado por el Caos mediante cualquiera que fuese la repugnante ceremonia que le habían preparado.

Al amanecer, la torre tenía un aspecto glorioso a la luz del sol. Los estandartes ondeaban en el aire ventoso y azul. Las trompetas tocaron notas claras y agudas desde las almenas, y Gilead despertó con ese sonido y sonrió.

El día estuvo ocupado por torneos, exhibición de destreza y combates amistosos. Luego, al llegar la noche, se encendieron millares de lámparas y velas en el gran salón.

Gilead se vistió con el traje hermosamente labrado que le había hecho Níobe, pero Fithrael sólo vio las viejas, gastadas y sucias prendas de batalla que constituían el atavío habitual de su amigo. Sólo vio la inmundicia de las manos y el rostro de su amigo, y el olor le dijo que el guerrero elfo se había saltado tantos baños como él mismo.

Los habitantes de la torre se reunieron en el gran salón al son de las notas que tocaban los músicos situados en la galería y ocuparon su sitio en torno a las largas mesas.

Comenzó el festín. Fithrael experimentaba una creciente sensación de fatalidad.

Él se había compuesto las ropas y se había sentado a la derecha de Gilead en la mesa presidencial, y mantenía el rostro contra una manga. Las pilas de comida podrida y plagada de gusanos bastaban para provocarle náuseas, pero el hedor de la hueste allí reunida era aún peor. Fithrael tenía que recurrir a todo su autocontrol cada vez que miraba el entorno. Estaba asustado ante el gran número de seres oscuros: sesenta o más, todos de grotesca forma hedionda. Se maravillaba de que pudiesen haber creído que a él lo tenían engañado.

El veterano observaba cómo Gilead y su grupo saciaban su apetito con los alimentos podridos. Le sonreía a su amigo, pero toda la comida de su plato acababa bajo la mesa, en el suelo. Ni siquiera podía soportar la idea de ensuciarse la ropa si se la metía en los bolsillos.

Luego, comenzaron los discursos. Gilead se puso de pie para brindar a la salud de

sus amigos y por su nuevo hogar, con palabras alegres. Fithvael miró a los ojos de su compañero y, a la luz de un millar de velas, vio lo que su amigo veía. Vio la belleza de la estancia suntuosamente decorada y la gloria del banquete puesto ante ellos. Cuando los ojos de Gilead se desplazaron por la sala, Fithvael vio, reflejado en ellos, un numeroso grupo de guerreros elfos, y luego la serenidad de una hermosa mujer elfa al posarse los ojos de su amigo sobre Níobe.

En ese momento, Fithvael trazó su plan. Sólo rezó para que no fuese demasiado tarde.

Cuando Gilead volvió a sentarse, su viejo amigo se inclinó hacia él.

—Gilead, mi leal amigo, ha llegado el momento de mi brindis —dijo en voz baja—. Sólo prométeme esto: que mirarás mis ojos y verás lo que yo vea, lo que se refleje en ellos. Ahora permanece a mi lado.

Gilead lo miró con curiosidad.

—¡Prométemelo!

Dicho esto, Fithvael se puso de pie y paseó la vista por la estancia. Habló con lentitud del afecto que sentía por su amigo, pero concentró los ojos primero en la decoración, luego en la comida, a continuación en la banda de criaturas del Caos, y por último en el monstruo que era Níobe.

Gilead miró a los ojos de su amigo. Miró... miró...

Cuando Fithvael llegó al final de su discurso, se volvió hacia Gilead. La sonrisa había abandonado por completo el semblante del otro elfo.

—Ahora pongámonos de pie, amigo, alcemos las espadas y saludémonos.

Gilead se levantó, inspiró profundamente y alzó la espada ante su viejo amigo. Tras su rostro inmóvil se arremolinaban las emociones. Furia, decepción, culpabilidad, horror. Pero la furia era el sentimiento más potente.

Las criaturas sentadas en torno a la mesa, los inmundos, putrefactos restos de la noble estirpe de Elios, pervertidos y corrompidos por la funesta influencia del mismísimo túmulo que habían decidido vigilar, alzaron sus vasos en un burlesco saludo, y los dos elfos auténticos comenzaron su ataque.

Fithvael atravesó a tres de sus vecinos más cercanos antes de que los enemigos tuviesen siquiera tiempo de armarse. Gilead, ya veloz como la sombra, girando y asestando estocadas en varios sitios a la vez, ya había reducido a una docena de seres oscuros a una pila de cadáveres que salivaban y vomitaban.

Luego, la batalla comenzó en serio cuando la degenerada corte de Taitos Elios se puso a luchar.

Fithvael usaba la superioridad numérica de los monstruos contra ellos mismos. Cuando batallaba contra dos, logró escabullirse y atacar a un tercero mientras los dos primeros se mataban el uno al otro en su frenesí.

Gilead derribó una mesa y derramó todo lo que había sobre ella en el regazo de las

bestias. Lucharon para ponerse de pie, pero Gilead era demasiado veloz y los atacó cuando yacían de espaldas entre los restos o quedaban atrapados por las pesadas fuentes que les llovían encima. Los que en otros tiempos habían sido elfos no estaban preparados para el ataque, y los que no tenían armas luchaban con las manos desnudas y perdían extremidades que cercenaba la larga espada de Gilead.

El joven guerrero elfo estaba de pie sobre las grandes mesas, desde donde asestaba golpes con la espada y clavaba la daga en todos los engendros del Caos que podía hallar. Se abrió paso, luchando para acercarse más a la puerta, y por el camino, sus armas, que se movían a gran velocidad, acabaron con media docena de engendros del túmulo. Los elfos corruptos se destrozaban unos a otros en su furor por matarlo.

Fithrael continuaba arremetiendo, con mayor lentitud, pero igual eficacia. Al asestar primero una estocada con la espada larga y luego una cuchillada con la daga, cortó la garganta de una de las criaturas del túmulo y le sacó los ojos a la siguiente. Después cercenó una pierna cuya arteria, al quedar cortada, le inundó las fosas nasales con el hedor del icor legamoso. Tenía tanta fuerza como determinación, y las usaba ambas de manera eficaz.

No podía ver a Gilead, pero veía el resultado de sus actos a medida que más inmundos enemigos caían cerca de él, y sus heridas mortales dejaban salir más pútrido hedor del Caos.

Con cada tajo, cada muerte, la sala se volvía más oscura, más sucia, más vieja y ruinoso. Las pilas de comida podrida se convirtieron pronto en charcos de líquido negro y, luego, desaparecieron. Los cadáveres de los enemigos dejaban salir su contenido líquido, se corrompían con rapidez hasta transformarse en feos esqueletos, y acababan por desaparecer tras convertirse en polvo gris.

Los elfos continuaron luchando mientras los restos de la inmunda horda se debilitaban y sucumbían. Al cabo de poco rato, Gilead y Fithrael se encontraban juntos en un extremo de lo que había sido el grandioso salón elfo, y luego una aterradora reunión del Caos. Entonces, era una ruina.

—Nuestro trabajo aquí ha terminado —dijo Fithrael al mismo tiempo que enfundaba la daga y se apoyaba sobre la espada.

Gilead inclinó la cabeza; ambos se miraron el uno al otro, y luego dirigieron los ojos una vez más hacia la estancia, antes de dar media vuelta para marcharse.

Al volverse, Gilead percibió un movimiento. Desenfundó espada y daga y regresó al interior del salón, a la vez que rotaba la espada muy arriba y describía un amplio arco en el aire. Cuando aterrizó, hundió la daga en el monstruo que se había incorporado ante él.

Fithrael se volvió al oír un golpe sordo. Era la cabeza de Gadrol, que golpeaba el piso. El cuerpo del Señor de Talthos Elios siguió a su decapitada cabeza y derribó consigo el cadáver de la criatura que había sido Níobe. La empuñadura de la daga de

Gilead se veía sobresaliendo de la garganta del segundo ser del túmulo, por la que manaba icor a borbotones.

Fithrael tenía los ojos fijos sobre los últimos dos cuerpos, mientras Gadrol y Níobe se estremecían a causa de los postreros estertores de la muerte. Luego, también ellos comenzaron a deshacerse ante los ojos de los elfos.

—Lo lamento, Gilead —dijo Fithrael, a quien no se le ocurría nada más que decir.

—Níobe... —dijo su compañero en voz baja.

—No era ella... Níobe continúa perdida, en poder del Señor de las Bestias Ire. Estos monstruos se aprovecharon de tus sueños, tus esperanzas.

Gilead miró al veterano elfo, y luego se miró a sí mismo. De pronto, se sentía mortalmente cansado. No lo habían lavado ni le habían curado las heridas. Estaba andrajoso y sucio, y las contusiones sufridas en el campo de batalla todavía no habían desaparecido. Se llevó una mano al rostro y le sorprendió palpar la barba corta que le había crecido.

—El tiempo también estaba corrompido; aún estoy lleno de contusiones y sucio. Lo he soñado todo, ¿verdad? ¿Cómo me hicieron eso? —En sus ojos había una extraña mezcla de amargura y profunda tristeza—. Estoy en deuda contigo por... despertarme.

En el exterior, la tarde era de color gris pizarra sobre el paso de montaña. Los cuervos graznaban en las abruptas escarpas. Dos camaradas salieron de una pesadilla hacia la noche que todo lo invadía.

Sus antorchas prendieron fuego a los muros de la torre y se alzaron llamas oscilantes. El fuego comenzó a retorcerse y a agitarse en torno al edificio profanado. La Torre de Talthos Elios ardió, y su nobleza y maldición se alejaron con el hollín hacia la noche.

—Ahora, el túmulo —dijo Gilead, en cuyos cansados Ojos ardía la ferocidad. Fithrael lo siguió. Había trabajo que hacer.

SEIS

Las espadas de Gilead

La guerra tiende a limitar la duración de las amistades.

Puede que mis ojos sean viejos y estén nublados, pero sigo viendo la duda en vuestros rostros, como si lo que os he contado en esta noche de invierno sólo fuesen fantasías de un narrador. Si queréis que os diga la verdad, la maldición de algunas almas es haber nacido en la época equivocada.

Considerad lo siguiente: si Gilead Lothain hubiese llegado a este mundo un milenio antes, en una época mejor, probablemente su vida y hechos habrían sido adecuadamente registrados y celebrados en las crónicas de su bello pueblo, y le habrían conferido la fama de un héroe del que incluso vosotros habríais oído hablar.

Pero no fue así. Cuando respiró por primera vez con el azote de la comadrona, en la fría medianoche de un duro invierno, su noble raza antigua ya estaba desapareciendo. La civilización de ese pueblo, que en otros tiempos tuvo a la totalidad del mundo como su dominio, se había transformado en nada más que una sombra que moraba en la frontera de la vida. Los elfos eran seres de zonas periféricas, reliquias de tiempos más luminosos. Su sangre corría con más lentitud y se enfriaba, su rastro se desvanecía de la tierra; eran reemplazados por la tosca tribu más joven de los hombres. El legado de Ukhuán había sido erosionado por la historia, desgastado por la fatalidad. Incluso las grandes crónicas elfas eran, por aquel entonces, fragmentarias e incompletas, y eso en el caso de las que aún se conservaban.

Así pues, Gilead Lothain, último señor de Tor Anrok, no fue jamás un héroe famoso. Nunca se convirtió en el tema de canciones narrativas populares ni de poesías declamadas por poetas cortesanos. Sus hechos jamás fueron encuadrados en cuero de ante para ocupar un sitio prominente en una biblioteca palaciega. Su nombre nunca se transformó en proverbial; no se alude a él en los grandiosos poemas y sagas de nuestro tiempo. Su maldición es no ser más que un relato; una narración que los ancianos les cuentan a los jóvenes, sentados junto al fuego; un recuerdo, o el recuerdo de un recuerdo. Lo único que el mundo tiene ahora de él es una leyenda..., o en el peor de los casos, un disparate mal recordado; en el mejor, medias verdades infladas

por las sucesivas narraciones de personas imaginativas. El resto está en blanco; es un rastro fantasmal, como la débil huella de una mano en el polvo: una vida que se atisba, de vez en cuando, de manera imperfecta y fugaz, en el penumbroso bosque de los rumores.

Excepto aquí, en esta morada. Aquí hay verdad, la verdad que yo conozco: unos pocos fragmentos de su larga vida triste. Y podéis confiar en que son más verdaderos que las leyendas. Os he contado la mayoría de ellos.

El último es el de Maltane o, más correctamente, el de la batalla de Maltane, también llamada el Cuento de las Trece Espadas, o de las doce, o de las catorce; depende de quién lo narre. En fin, las que sean.

Así pues, si el mayordomo me trae más vino y la mecha de la lámpara, y mi voz débil resiste, os contaré esa historia, que os aseguro que será la última. La tierra está llena de leyendas, pero pocas son más verdaderas o valiosas que ésta.

El invierno se había dulcificado para transformarse en primavera, una primavera que ya se aproximaba al verano. Gilead y Fithvael, que cabalgaban como sombras por la periferia de los territorios humanos, habían continuado siempre hacia el sur, vagando sin rumbo después del criminal engaño de Talthos Elios. Y ya el verano mismo, abundante y dorado, estaba a punto de marchitarse y caer bajo el frío toque del otoño.

Es posible saber los triunfos y las derrotas que habían arrostrado y compartido desde el horror de Talthos Elios.

Pero entonces, en la época de la cosecha, la casualidad, la más mudable y pequeña de todas las bendiciones divinas, condujo sus vagabundeos hasta Vinsbrugge, durante los festejos.

La cosecha había sido buena y las torres del grano, gigantes de piedra blanca con forma de colmenas agrupadas al borde de la ciudad, estaban llenas. Las serpenteantes calles de Vinsbrugge se hallaban adornadas con guirnaldas de maíz, serpentinas de lino y dioses de la cosecha hechos con paja dorada. Los sacerdotes de Sigmar habían organizado procesiones y ceremonias en la basílica de la ciudad, y los maestros del gremio habían comprado cohetes de pólvora y fuegos artificiales para iluminar la noche. Se celebraría una semana de acción de gracias, una excusa para la fiesta y el desorden; un momento alegre para marcar el final de un duro año.

Los albergues y posadas de Vinsbrugge estaban abarrotados de forasteros. Muchos eran comerciantes de grano que llegaban antes de tiempo para asistir a los mercados agrícolas anuales. Otros eran viajeros o trotamundos, atraídos por la exuberancia de la fiesta.

Dos de ellos no pertenecían a la humanidad. Los siseos y destellos de los cohetes en aquel anochecer de finales del verano, y el sonido de cantos, los habían atraído hasta Vinsbrugge desde un camino solitario que iba de norte a sur. Fithvael había

comentado que esos sonidos le recordaban a los banquetes de victoria celebrados en Tor Anrok hacía una eternidad. No quedó claro si Gilead estaba de acuerdo con él, pero no se resistió cuando su viejo camarada dirigió sus pasos hacia las alegres luces de la pequeña ciudad.

Habían encontrado alojamiento, establos para sus corceles y anonimato en la bulliciosa muchedumbre, donde no eran más que otros dos viajeros encapuchados con ropas sucias de la cabalgata. Comían en los asadores que flanqueaban la plaza central, bebían durante toda la noche en tabernas del extremo norte de la población y dormían el día entero. Las doloridas y cansadas extremidades de Fithvael comenzaron a aliviarse por primera vez en meses; en años, no le cabía duda.

Esperaba —en realidad, les rezaba silenciosamente a los dioses de Ukhuan que se desvanecían— que el simple hecho de mezclarse en aquel hospitalario y alegre ambiente mitigaría la desdicha y la fatiga de su viejo amigo.

Gilead hablaba poco, y Fithvael sabía que las cicatrices de Takhos Elios le penetraban profundamente en el alma, donde formaban callos sobre los estragos causados por una existencia desdichada en sí misma. En más de una ocasión, Fithvael lo oía murmurar el nombre de Níobe en sueños, a través de la mampara de tela de cáñamo que dividía el dormitorio que habían alquilado.

No obstante, Gilead parecía dulcificarse. Miraba los fuegos artificiales nocturnos con ojos interesados, y a veces reía ante las cabriolas de los bufones de la cosecha que iban en las procesiones callejeras. Eran bufones de rostro blanco, vestidos con camisas de tejido de maíz: unos iban sobre zancos y otros daban volteretas, y algunos corrían hacia la multitud y golpeaban a las risueñas mujeres con bastones de fertilidad.

Fithvael se sentía alegre de ver que había algo de color en el rostro de Gilead, que su cuerpo consumido había recuperado algo de peso y que había luz en sus ojos. De momento, bastaría con eso.

En la quinta noche de festejos, se encontraban en una abarrotada posada de la calle de la Bolsa, donde compartían una botella de vino en una mesa situada en un rincón. Un prestidigitador había entrado de la calle y estaba entreteniéndolos a la muchedumbre con escamoteos de manos. En el ambiente había risa y mucho asombro.

Fithvael le estaba preguntando a Gilead si había pensado hacia dónde podrían ir cuando hubiesen acabado con Vinsbrugge y las fiestas, pero se dio cuenta de que el guerrero no lo escuchaba.

—¿Qué sucede? —preguntó el veterano, y Gilead bajó los ojos hacia su vaso.

—Nos están observando.

—¿Dónde?

También Fithvael ocultó la mirada mientras escanciaba más vino para ambos, pero sus ojos fueron de un lado a otro a toda velocidad.

—Desde el bar, en la otra punta. ¡Eh! Que no se te note tanto o se dará cuenta de que lo hemos visto. Está bebiendo solo y lleva una capa negra.

Fithrael se ajustó una bota y, mientras lo hacía, se fijó en el personaje descrito por su amigo. Alto, delgado, con la oscura capa envuelta en torno al cuerpo y la capucha baja para que le ocultara el rostro. La inconfundible forma de una espada larga abultaba bajo los pliegues de la capa.

—Estoy de acuerdo. En efecto, nos observa.

—Me parece reconocer su aspecto —murmuró Gilead, y luego sacudió la cabeza—. Acaba la bebida y marchémonos. No estoy de humor para problemas.

Vaciaron los vasos, se levantaron y se abrieron paso entre la muchedumbre hasta la puerta.

La calle de la Bolsa estaba oscura y fresca. Les llegaba una música alegre desde una taberna próxima, y la mayoría de los paseantes reían y caminaban con paso inseguro.

Se encaminaron hacia el extremo norte de la ciudad, cerca de las torres de grano, donde el aire olía a salvado y en él flotaba polvillo.

—Nos está siguiendo —susurró Gilead, cosa que Fithrael ya sabía sin necesidad de volverse a mirar.

A una señal tácita, se separaron y salieron de la calle empedrada en direcciones opuestas. Fithrael se escabulló dentro de un callejón y rodeó la tienda de un fabricante de fustas para luego volver sobre sus pasos y desenvainar la espada.

Gilead se desvaneció en las sombras y desenvainó la espada sin hacer ruido. Era agradable sentir el peso del arma en la mano. Se dio cuenta de que había pasado bastante tiempo desde la última vez que la había empuñado.

La figura encapuchada pasó de largo, y Fithrael salió a la calle por detrás de ella, dispuesto a...

Había desaparecido. El veterano maestro de esgrima se sintió de pronto al descubierto y ridículo en medio de la calle y con la espada desenvainada.

—¿De verdad estabas pensando en usar eso contra mí? —le susurró al oído una voz melíflua.

Fithrael se volvió, veloz como un destello, y alzó la punta de la espada hasta la garganta de la figura encapuchada que se encontraba detrás de él. Con serenidad, la figura enhebró algo en la espada, algo que se deslizó por la larga hoja afilada y se detuvo contra la empuñadura. Era un objeto de plata atado por un tiento de cuero: era el distintivo heráldico de Tor Anrok.

Fithrael profirió una exclamación ahogada, y la figura rió con suavidad y se quitó la capucha.

—Fithrael te tuin Anrok. Al instante, supe que eras tú por la manera de caminar. Ha pasado muchísimo tiempo.

—¡Por Ulthuan! ¿Nithrom?

—El mismo —respondió el sonriente guerrero elfo de la capa negra.

Tenía el largo cabello rubio atado hacia atrás, y bajo la capa llevaba una armadura que se ajustaba a las formas de su cuerpo, hecha con cuero verde. Continuaba sonriendo cuando se volvió a gran velocidad y alzó su larga espada plateada para bloquear la de Gilead. Saltaron chispas al tintinear el metal.

—¡Gilead! ¡Envaina tu espada! ¡Es Nithrom! Nithrom, ¿me oyes? ¿No lo conoces?

Fithrael se lanzó hacia adelante para interponerse entre ambos, pero Gilead lo empujó con la mano libre para apartarlo.

—Algo que tiene su forma, tal vez —gruñó el delgado elfo—; algo que usa su forma como una máscara destinada a engañarnos.

Gilead giró sobre sí mismo y describió un círculo con su arma de acero azul, que pasó como un borrón a causa de la velocidad, pero otra vez lo bloqueó la figura de la capa negra.

—Siempre tan cauto, hijo de Lothain. Eso es bueno; especialmente, en estos tiempos hostiles.

Gilead y el desconocido danzaron el uno en torno al otro como si fuesen la sombra del elfo que tenían delante. Gilead flexionó los dedos sobre la empuñadura del arma.

—Incluso la voz..., lo representas muy bien. Pero el Nithrom que yo conocía murió hace mucho tiempo.

—¿Estoy muerto? —preguntó el otro, riendo entre dientes—. ¿Cómo fue mi muerte? Siento curiosidad por saberlo.

—Te marchaste... —Gilead se corrigió—. Él se marchó de Tor Anrok hace veinticinco inviernos. Nunca se lo volvió a ver; ni una palabra, ni un mensaje, ni un rastro de su paso.

—Hay un mundo muy grande fuera de la torre, Gilead, hijo de Lothain. Perderte en él no hace que estés muerto. Dado que tú y Fithrael os encontráis aquí, en esta ciudad de baja estofa, ocultándoos como bandidos buscados por la justicia, era de suponer que ya habrías aprendido eso a estas alturas.

Gilead se lanzó contra el desconocido, y sus espadas chocaron seis veces en rápida sucesión. Cada impacto se debía a un golpe de Gilead que el otro paraba. El desconocido no hacía ningún esfuerzo por atacar.

—¡Gilead! —le siseó Fithrael a su viejo camarada—. ¡Te quiero como a un hermano, pero estás comportándote como un estúpido! ¡Este es Nithrom, sería capaz de jurarlo! ¡No eras más que un joven cuando él se marchó! Yo lo conocía bien, cazaba con él, practicaba con él, luchaba a su lado de vez en cuando.

—Y me enseñaste todo lo que sé de artesanía en madera y arquería —dijo Nithrom—. Tú eras la columna vertebral de los guerreros, Fithrael te tuin. ¿Qué triste giro del destino ha hecho que te encuentre siguiendo a este exaltado hasta los confines

del mundo?

Fithrael suspiró, porque a veces él mismo se formulaba tal pregunta.

—No lo sigo... —respondió—. Viajamos juntos como camaradas. —Daba la impresión de que estaba intentando convencerse a sí mismo de lo que decía.

—¿Y qué tal van las cosas por Tor Anrok? ¿Y tu valeroso hermano, Galeth? ¿Y mi anciano señor, santificada sea su sabiduría, Cothoc Lothain?

Se produjo un silencio que sólo perturbaban los cantos ebrios procedentes de una posada de la calle siguiente. La luna creciente de la cosecha amenazaba al cielo oscuro como la espada curva de un goblin. La sonrisa desapareció del rostro de Nithrom.

—¿Gilead?

—Mi padre está muerto. Mi hermano está muerto. Tor Anrok no es más que una pila de piedras en un calvero invadido por las malas hierbas. —Gilead bajó la espada—. Como sabrías ya, si hubieses regresado alguna vez.

Fithrael no podía ver el rostro de Nithrom porque, de repente, éste bajó la cabeza y las sombras de la calle se lo ocultaron. Se oyó un choque amortiguado cuando la espada plateada cayó de la mano de Nithrom, lo cual hizo que Fithrael diera un salto. Un guerrero como Nithrom sólo dejaba caer la espada cuando lo vencía la muerte. De lo contrario, o la blandía o la tenía envainada.

Nithrom se alejó de ambos con la cabeza gacha. Fithrael avanzó, recogió la espada de plata con delicadeza y se volvió para mirar con enojo al ceñudo Gilead.

—¿Guardarás ahora la espada, estúpido? —le gruñó.

Gilead metió con lentitud la hoja de acero azul dentro de la vaina de cuero, y la espada de su hermano perdido susurró suavemente al entrar, como seda al frotar contra seda.

En la esquina de la calle de la Bolsa, donde se encuentra con la calle del mercado principal, había una pila de piedras de molino rotas y gastadas, descartadas por los graneros. Encontraron a Nithrom sentado sobre ellas, mirando la luna. Fithrael se sentó junto a él, y Gilead permaneció apartado, a solas, y los observó.

—¿Todo ha desaparecido? —susurró Nithrom, al fin.

—Todo.

—¿Todo? ¿Todo ha perecido?

Fithrael asintió con la cabeza.

—Es propio de este mundo que todos desaparezcamos y seamos olvidados —dijo Nithrom—. Nuestro tiempo ya ha pasado. Yo..., yo siempre había esperado, confiado en que Tor Anrok resistiría a la amenaza del tiempo. Lejos, en el extranjero, mientras seguía la senda que me había marcado el destino, abrigaba con afecto la idea de que la torre aún se mantenía en pie como la había conocido, esperándome, aunque yo no regresara jamás.

Fithrael vio lo arrugado y deteriorado que estaba el rostro de Nithrom. El

agotamiento y las preocupaciones habían dejado sus marcas en aquella cara antes hermosa. Tenían más o menos la misma edad, aunque Fithvael era, tal vez, unas pocas estaciones mayor. Nithrom era de sangre noble, el hijo del tío abuelo de Lothain. Había nacido en el seno de una familia de tradición guerrera, lo habían criado como leñador y, finalmente, había escogido ser explorador en el mundo exterior, para buscar y viajar en solitario.

Fithvael era de sangre inferior, el mayor de los seis hijos del maestro de armas de la corte de Tor Anrok. Pero habían sido amigos, y habían crecido juntos en las oscuras escaleras y aireados pasillos de la torre. El hijo de un soldado y el de un noble. Obligado por el servicio en las tropas de su señor, el destino de Fithvael había sido quedarse y servir de por vida en Tor Anrok, y había echado mucho de menos a su privilegiado amigo cuando éste se marchó. Lo había echado de menos y había envidiado su libertad. Ahora que él mismo había probado la libertad en seguimiento de Gilead, ya no le gustaba mucho. No quedaba nada que envidiar. Había salido de Tor Anrok como respetuoso miembro de la partida de guerra de Gilead, y en ese momento era el único que quedaba de ella. Se sentía agotado, exhausto. A despecho de la naturaleza longeva de su antigua raza, Fithvael se sentía viejo.

Le devolvió la grácil espada de plata a Nithrom, con la empuñadura por delante. El otro la cogió y la colocó atravesada sobre las rodillas.

—Cuando os vi a ti y al hijo de Lothain en la taberna, sentí alegría. Parecía que este día iba a ser el más feliz de muchos, pero ahora me encuentro con que es el más triste.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Gilead se encontraba entonces junto a él.

—Lamentarme —replicó Nithrom sin alzar la mirada. Gilead se sentó sobre las piedras de molino, al lado de Nithrom.

—No..., aquí. En este nido humano, mezclándote con ellos.

—Lo mismo que vosotros.

—Nosotros no tenemos ningún propósito, ninguna razón para estar aquí. Ninguna causa, nada que nos impulse, ningún... —La voz de Fithvael se apagó.

—Entonces, no estoy aquí por lo mismo que vosotros —respondió Nithrom—. Yo tengo una causa. Estoy aquí para comprar suministros, hacerme con recursos, recoger unas cuantas espadas más que sean buenas, si puedo.

Volvió el semblante hacia Fithvael, con una sonrisa —aún triste, pero sonrisa al cabo— formándose en sus labios.

—Quizá los dioses me trajeron hasta aquí, y también a vosotros. Tal vez, esté bien que nuestros caminos se crucen, a pesar del dolor que traiga el encuentro.

—¿Por qué? —preguntó Gilead desde el otro lado del veterano guerrero elfo—. ¿Qué causa te impulsa?

Al amanecer, Nithrom los condujo a una caballeriza situada junto al templo de Sigmar. El mozo de cuadra estaba abriendo los postigos y quitando los cerrojos, y la luz del sol penetraba en ella.

Dentro había tres carretas alineadas y cargadas al máximo de su capacidad. Sacos de grano, rollos de tela blanca de lino, hatos de flechas acabadas de hacer y tres docenas de arcos largos sin tensar, una caja de puntas de lanza, dos cajas de tachuelas de hierro, veinte frascos de aceite para lámparas y veinte de alcohol para masajes, un tambor de brea, un saco de candados, tres rollos de cuerda de cáñamo, cinco espadas y treinta dagas completamente nuevas, botes de higos salados y olivas en aceite, tiras de salchichas especiadas, láminas de tasajo vacuno y pescado seco, tres cajas de vino, dos barriles de cerveza..., y mas cosas. Cajas, sacos, bultos.

—¿Estás planificando una pequeña guerra? —bromeó Fithvael al ver la cantidad y naturaleza de la carga.

—Es precisamente lo que está haciendo —respondió Gilead con acritud.

Nithrom volvió la mirada, primero, hacia uno y, luego, hacia el otro, y le respondió a Fithvael con un triste asentimiento de cabeza.

—Una pequeña guerra... —murmuró.

Gilead dirigió la vista hacia Fithvael. Sus ojos tenían los párpados caídos y estaban oscuros.

—Nosotros nos marchamos ahora. Buen viaje, Nithrom.

—Gilead... —comenzó Fithvael.

—Ahora, amigo Fithvael. Tu antiguo compañero de esgrima se ha vuelto loco y no vamos a quedarnos para que nos arrastre en su demencia.

—Hazme un solo favor, hijo de Lothain —pidió Nithrom—. Quédate hasta que lleguen los demás. Luego, tomad una decisión.

—¿Los demás?

—Deben reunirse aquí conmigo. Vendrán. Al menos, hazme ese favor.

Era aún temprano y el sol naciente apenas asomaba entre inquietas nubes, cuando llegaron los primeros. El día iba a ser tibio, pero dentro de la ciudad aún hacía frío y las gotas de rocío destellaban en todas las superficies exteriores.

Un joven humano apareció en la puerta de las caballerizas, enmarcado por la luz. Era bajo y delgado, casi delicado, con una piel blanca y suave, que hasta el momento no se había visto importunada por la navaja del barbero. Llevaba una sobrevesta de color verde oscuro y calzones negros bajo una armadura de mala y placas grises y aceitadas, que obviamente había pertenecido a su padre o su abuelo porque estaba hecha para una constitución mucho más voluminosa. El espadón que llevaba envainado a la espalda parecía agobiarlo con su peso. Su cabello era rubio y muy corto, y Fithvael pensó que tenía aspecto noble, para ser humano. Le recordó al pobre Lyonen, que los dioses diesen paz a su alma. El joven tenía una gracilidad frágil, que

más recordaba a un elfo que a un tosco y torpe humano. Sus ojos eran grandes y del color del cobre batido.

—¡Erill! —lo saludó Nithrom con alegría.

—Llego temprano —comentó el joven. Su voz era musical, dulce y fluida, aunque intentaba que fuese brusca—. No hay nadie. —Pareció que hacía deliberadamente caso omiso de Fithvael y el melancólico Gilead.

—Yo estoy aquí —protestó Nithrom con una sonrisa y un gesto de brazos abiertos que abarcaba toda la caballeriza—. Bienvenido, me alegro de verte.

Maese Erill pareció complacido con eso, y entró para luego sentarse cerca de las carretas al mismo tiempo que dejaba caer la pesada arma y el abultado zurrón.

—Este es Erill —fue cuanto dijo Nithrom.

Fithvael intercambió corteses inclinaciones de cabeza con el tímido joven. Gilead no hizo el más leve movimiento.

Pasó un cuarto de hora, y luego una voz habló desde las profundidades de la caballeriza.

—Buen resultado, por lo que veo.

Todos se volvieron. Erill se levantó a toda prisa y también Fithvael se incorporó al ver al recién llegado, mientras Nithrom avanzaba para recibirlo.

Había entrado por la puerta trasera de la caballeriza, como si no se fiara de las calles de la ciudad, ni siquiera a hora tan temprana. Se trataba de un humano flaco, con gran poder en sus largas extremidades, ataviado con una armadura de cuero bien ajustada y un camisote de fino cuero con tachones. Su cabello era del color de la cebada descolorida por el sol, y llevaba la espada, el escudo y el casco sujetos a la espalda.

—¡Vinze! —lo saludó Nithrom—. Siempre sigiloso.

Se estrecharon la mano, y el recién llegado recorrió la caballeriza con su dura mirada azul, deteniéndose en Gilead y Fithvael. Pareció no hacer caso del joven humano.

—¿Quiénes son éstos? —En su acento había un deje Reiksländ.

—Compañeros míos —fue la simple respuesta de Nithrom.

—Elfos —dijo Vinze, como si oliera un perfume que flotaba en el aire—. Por la pinta. A pesar de todo no confío en ellos..., sin ánimo de ofender, señor.

—No hay ofensa —replicó Nithrom con una ancha sonrisa—. Yo sigo sin confiar en los ladrones, así que eso nos deja empatados.

—¿Todavía no ha llegado nadie más? —preguntó Vinze después de dejar su zurrón en el suelo—. ¿Y el de Norsca? ¿Y ese bufón bretoniano?

—Vendrán.

—Apuesto a que todavía estarán durmiendo la nohcecita pasada en las tabernas —comentó Erill, intentando parecer masculino y escéptico, con ese tono cansado de la

vida que a los humanos les resulta tan atractivo.

Vinze continuó haciendo caso omiso de él. El nativo de Reikland avanzó hasta una pila de sacos y se dejó caer sobre ella.

—Despertadme cuando estéis preparados para marchar.

Pasaron otros treinta minutos, y se agitaron unas sombras en el sol cada vez más fuerte del exterior del establo. Dos jinetes frenaron a sus cabalgaduras, desmontaron y entraron en la caballeriza; eran hombres fornidos y bajos, de las provincias del Imperio, que llevaban pesadas armaduras color latón, con tabardos negros y blancos. En sus escudos se veía el toro rojo de Ostland. Cuando se alzaron las viseras, de modo simultáneo, Fithvael vio rostros cuadrados casi idénticos.

—Dolph, Brom, bienvenidos.

Los de Ostland saludaron a Nithrom con asentimientos de cabeza, y se ocuparon de entrar a sus caballos para ponerlos a la sombra y llenar sus odres de agua. Se movían de una manera extraña, como reflejos el uno del otro; era el tipo de sincronía que sólo podía darse entre hermanos gemelos. Fithvael vio que, por primera vez, Gilead parecía vagamente atento. Observaba a los gemelos como si estuviese recordando.

El de Carroburgo apareció pocos minutos después. Alto y de cabello oscuro, con una barbita de chivo muy corta y rostro cruel, se limitó a entrar en la caballeriza y a arrojar su casco y espadón a dos manos en la parte trasera de una carreta, junto con su zurrón de cuero. Llevaba la ropa con mangas y perneras acuchilladas y abullonadas —de color rojo oscuro—, propia de los hombres de armas de Carroburgo, y su peto negro estaba pulido como un espejo.

—Maese Cloden —lo saludó Nithrom con un asentimiento de cabeza.

El hombre del espadón respondió con una inclinación de cabeza y fue a sentarse en solitario, en un rincón de la caballeriza. A esas alturas, los guerreros gemelos de Ostland estaban jugando a cartas con Erill, y Vinze parecía dormir. Gilead continuaba sentado como una estatua, cerca de la puerta.

—¿Cuándo vas a explicar la...? —comenzó Fithvael.

—Cuando esté preparado —respondió Nithrom.

Una trompeta sonó en el exterior de la caballeriza, una fanfarria más ruidosa que musical. Todos se movieron, e incluso Vinze despertó.

El caballero bretoniano, montado sobre su enorme caballo de guerra, pareció llenar la entrada. Llevaba una armadura cromada, que destellaba al sol, y un enorme penacho de plumas de color rojo amoratado en lo alto del casco. A su lado, un hosco escudero medio calvo y montado sobre un palafrén, volvió a tocar la fanfarria en un cuerno penosamente curvado.

—Su más magnífica y alabada señoría, ¡el victorioso guerrero Le Claux! Dadle la bienvenida, nobles gentes... —La declamación del escudero se apagó con tono

cansado.

Le Claux, enorme y brillante con su armadura, parecía tener problemas para desmontar, y el escudero tuvo que bajar con rapidez de su cabalgadura, pequeña y ancha, para ayudarlo. El caballero entró resonando en la caballeriza como si no hubiese sucedido nada impropio, y estrechó la mano tendida de Nithrom. Se levantó la pesada visera, imprecó cuando la misma volvió a cerrarse, y la levantó otra vez. Fithrael vio un rostro apuesto y bien cincelado, que parecía cansado y abotagado.

—¡Mi querido Nithrom! ¡Estoy dispuesto para cabalgar contigo hasta la boca del infierno y regresar, por la gloria! ¡Por eso, propongo un cordial brindis!

Le Claux sacó una bota de vino de su arnés, y se echó una buena cantidad a la boca. Luego, avanzó hasta donde se encontraban reunidos los demás, y les ofreció la bota. Vinze, que estaba sentado sobre los sacos, fue el único que la aceptó. El escudero se acercó a Nithrom.

—No empieces siquiera a preguntarme cómo he logrado traerlo hasta aquí a hora tan temprana —le susurró—. Y por el bien de todo el mundo, no le deis nada afilado.

—La Dama rendirá honor a tu cumplimiento del deber, Gaude —sonrió Nithrom.

El escudero Gaude sugirió alguna obscenidad que la Dama podría hacer, en lugar de rendirle honor, y se alejó.

—¿Quiénes, en nombre de todo lo sagrado, son estos miserables don nadie? —preguntaron Fithrael y Gilead, turbados.

Una mujer guerrera kislevita llamada Bruda fue la siguiente en llegar. Abrió de un sonoro empujón las puertas de las caballerizas, vestida con una túnica de cota de malla que le llegaba a las rodillas y botas altas, y con la melena de cabello pelirrojo flotando a su espalda. Era tan alta como cualquiera de los hombres presentes, y casi igual de ancha y musculosa. El curvo sable rebotaba contra su cadera, dentro de la vaina. Fithrael sabía que los humanos solían tener una constitución más corpulenta que los elfos, pero jamás había visto una mujer de esa estatura. Parecía enorme, como una diosa que caminara por la tierra. Olía a sudor y casi derribó a Erill con una palmada en los hombros. Le Claux le ofreció la bota de vino, y ella la vació con una atronadora carcajada y un sonoro eructo. Luego, se puso a probar la elasticidad de los nuevos arcos, doblándolos a mano contra su empeine. En sus brazos se hinchaban unos bíceps como pomelos mientras ella curvaba y soltaba los arcos de madera. Uno se partió.

—¡No son muy buenos, Níthrom! —bramó con una voz cargada de fuerte acento—. ¡Muy malos! Creo que tendremos problemas si usamos esto, sí.

—Servirán, Bruda —respondió Nithrom con calma—. Y sé que tú te harás el tuyo propio con la madera del lugar, cuando lleguemos.

—¡Aquí llega! —interrumpió Vinze.

Un monstruo de barba negra entró por las puertas de la caballeriza, dando

trapiés. Era el humano más corpulento que Fithvael había visto en toda su vida, ataviado con sucio cuero y coraza hecha de discos de metal negro azulado, y arrastraba detrás de él sus armas y un casco que cubría la totalidad del rostro. Una profunda herida antigua de espada marcaba su tosco semblante, oculta a medias por la barba. Decididamente, Burda no era la más grande de la compañía. El recién llegado estaba obviamente borracho; eructó sin disimulo y se apoyó en el aterrizado Erill para no caerse. Se puso el deslustrado casco, que tenía una feroz y gruñente boca.

—Pongámonos a ello, ¿queréis? —ladró.

Era nativo de Norsca. Su hacha era gigantesca, y se le cayó varias veces. Se llamaba Hargen Hardradasson, pero prefería que lo llamaran Harg.

Madoc, el último en presentarse, llegó a caballo justo antes de mediodía. Rubio y muy fuerte, llevaba la piel de lobo de Ulric sobre la armadura. El viejo martillo de guerra se balanceaba colgado de correas, a un lado de la silla.

Madoc no se disculpó por haberlos hecho esperar, sino que se limitó a saludarlos con el acento entrecortado y áspero de Middenheim. «En su actitud, hay algo escéptico —pensó Fithvael—, más aún que en el burlón Vinze o el desdeñoso Cloden».

Mientras el grupo se reunía y preparaba para marchar, unciendo animales de tiro a las horcas de las carretas, Nithrom avanzó hacia Gilead.

—¿Lo ves ahora?

—He esperado como me has pedido. He visto quién ha llegado.

—¿Y?

—Si tienes intención de librar una, guerra, aunque sea una guerra pequeña, con ellos, vas a perder.

—Has dicho bien. ¿Por qué piensas que te pedí que esperaras? ¿Por qué crees que os necesito?

El grupo salió de Vinsbrugge en la primera hora de la tarde, cuando las campanas del viejo templo daban un solo tañido. El aire era cálido, quieto y limpio, y el cielo estaba azul como flor de maíz, sin una sola nube.

Eran nueve jinetes a caballo, tres carretas tiradas por yuntas de caballos de tiro y caballos de fresco atados a la parte trasera de los vehículos. El joven Erill, el escudero Gaude y el hombre de Norsca, el bestial Harg, viajaban en las carretas. Las calles no estaban concurridas, y llegaron hasta el puente sur sin llamar mucho la atención de los habitantes de la ciudad.

Fithvael fue el último en ponerse en marcha, pues se demoró un poco en la puerta de la caballeriza.

—Voy a ir con ellos —dijo—. Quiero ir.

—Morirás, y nunca encontraremos a Níobe ni a nuestra gente —gruñó Gilead.

Se hallaba de pie en la penumbra de la caballeriza vacía, una silueta oscura como

un fantasma.

—Tal vez. Pero prefiero morir con un propósito que continuar cabalgando en dirección al vacío final hacia el que nos dirigimos. Nithrom nos necesita de verdad.

Gilead frunció el entrecejo.

—No es eso lo que necesita Nithrom...

Fithvael le volvió la espalda. Conocía aquel tono, el negro humor que anunciaba, pues había hecho frente a esos estados de ánimo con demasiada frecuencia.

—En ese caso, deberás arreglártelas solo, Gilead.

—Lo haré.

Fithvael se subió a la silla de su yegua, y se volvió a mirarlo por última vez.

—Ven con nosotros.

Le respondió el silencio.

—Pues adiós, Gilead Lothain.

El veterano elfo hizo girar a su corcel y se alejó a medio galope, tras los otros.

Nithrom, montado sobre un esbelto corcel negro, cabalgaba a la retaguardia del grupo, en espera de que Fithvael les diese alcance.

—Lo lamento —dijo.

—No lo laments, Fithvael te tuin. No puedes fijar su destino por él. Gilead tiene que recorrer su propia senda.

Continuaron al paso, el uno junto al otro. En vanguardia, Le Claux estaba intentando conseguir que todos cantaran un canon. Cuando nadie aceptó la propuesta, se puso a cantarlo él solo, intentando hacer las partes de voces superpuestas con una sola voz. Bruda y Harg lo abuchearon estrepitosamente, y algunos de los otros se echaron a reír.

—Sin embargo, me siento culpable, Nithrom. Es casi como si lo abandonara, después de todo lo que hemos pasado juntos.

—Es comprensible, pero tampoco él puede marcar tu destino. Es un alma testaruda y melancólica. Le has dado los mejores años de tu vida, Fithvael, y sin embargo no lo has cambiado. Tal vez, ahora, sea mejor que sigas tu propio camino.

En ese momento, avanzaban sobre las tablas del puente sur. Destellantes libélulas zumbaban entre los juncos que se mecían debajo de la barandilla.

—Tal vez... —aventuró Nithróm—, tal vez también te sientes triste porque sabes que él tiene razón.

—¿Qué? —Fithvael parecía sobresaltado.

—Él considera que esto es una misión estúpida, que estoy conduciendo a este grupo hacia una batalla que no puede ganar. Tal vez sabes que tiene razón, y odias el hecho de que la lealtad que te une a un viejo amigo te haga abandonarlo para cabalgar hacia la muerte.

Fithvael frunció el entrecejo.

—Yo... no lo creo así. —Se produjo una larga pausa—. ¿De verdad cabalgamos hacia nuestra muerte?

Nithrom se echó a reír.

—Yo no lo creo..., o yo mismo no lo haría. Pero muchos podrían pensar que tenemos las probabilidades en contra.

Fithrael sacudió la cabeza.

—Estoy contigo en eso, Nithrom te tuin. Parece la cosa más correcta de hacer.

Nithrom asintió y sonrió.

—Tal vez sólo estaba poniéndote a prueba —dijo.

Fithrael rió entre dientes, y echó una última mirada hacia atrás, más allá del puente de madera, hacia la periferia de la ciudad de los molinos.

Pero no vio lo que anhelaba ver con todo el corazón: un jinete solitario que cabalgara tras ellos.

Cuando la compañía se había reunido en la caballeriza, Nithrom había descrito brevemente la naturaleza de la empresa, aunque el tema ya era conocido por la mayoría de los reclutados. Debían cabalgar hacia el sur y ofrecerle protección a un pequeño asentamiento llamado Maltane, que cada año era atacado por compañías de mercenarios de Tilea que regresaban a casa tras la temporada de lucha. La mayoría de los años, Maltane había sobornado a los atacantes con productos agrícolas, provisiones y oro, pero ese año la cosecha había sido pobre y los cofres de la población estaban casi vacíos. No tenían nada con que pagar a los soldados mercenarios de Tilea.

Así pues, habían decidido usar el poco oro que les quedaba para contratar mercenarios que defendieran el asentamiento. Nithrom, que alquilaba su espada por tal zona, se había hecho cargo de la empresa y había viajado al norte para reclutar espadachines bien dispuestos. La compañía y sus magras provisiones eran lo mejor que había conseguido.

—¿Apenas una docena de guerreros contra una compañía de mercenarios? —había murmurado Gilead después de oír a Nithrom. No dijo nada más, pero sacudió la cabeza con aire triste.

—¿Es que no tenéis valentía, seres del bosque? —había preguntado Vinze con aspereza al mismo tiempo que se levantaba del lecho de sacos.

—Tanta como tú; de eso, estoy seguro. No obstante, está claro que tengo más cerebro.

Durante un terrible momento, Fithrael había pensado que podría estallar una pelea. Pero Vinze se había limitado a dejarse caer otra vez sobre los sacos.

—No lo necesitamos, Nithrom —había murmurado.

Otros —como Harg y la diosa kislevita— sólo asintieron con la cabeza. A Fithrael le pareció que estaban todos demasiado agotados, como si sólo fuesen capaces de

desenvainar la espada y mostrar enojo si había oro por medio.

Le Claux, sin embargo, se había puesto de pie y se había pavoneado mientras las piezas de su armadura chocaban las unas con las otras.

—¡Fanfarrón! ¡Desgraciado! —había declamado mirando al indiferente Gilead—. ¡Retira el insulto que has lanzado contra este buen compañero, o te mataré!

Todos, incluso Fithvael, habían, sido incapaces de resistir la risa ante el desafío del de Bretonia, expresado con palabras tan cortesananas. Le Claux vaciló ante las carcajadas.

—Siéntate y cállate —le había espetado Gaude con crueldad, y Le Claux se sentó con un estruendo metálico.

Pero, a pesar de todo, había animosidad. El hombre moreno de Middenheim, Madoc, y el de Carroburgo habían mirado a Gilead con manifiesto desprecio. También estaba claro que nadie quería pelearse por el asunto —su naturaleza mercenaria estaba tan cansada como la de los otros—, pero el insulto de Gilead les había escocido.

Estaban en camino, ascendiendo entre los campos de cultivo cubiertos de doradas plantas de maíz y tierra seca. Un dosel de profundo bosque verde los aguardaba en lo alto de la cuesta. Las mariposas blancas revoloteaban en torno a ellos y por las flores silvestres que crecían en las cunetas que bordeaban el camino.

—¿Qué tamaño tiene esa población, Maltane? —preguntó Fithvael.

—Es pequeña. Tiene un molino, una taberna, un templo, cincuenta familias. Trescientas personas como máximo.

—¿Defensas?

—Tienen un foso exterior en torno al asentamiento, y un montículo interior con empalizada donde se alza el templo.

—¿Hay pozo de agua dentro del recinto del templo?

Nithrom se encogió de hombros.

—Nunca he tenido motivos para preguntado.

La intranquilidad de Fithvael aumentó. Si llegaban a sitiarlos en la empalizada interior sin agua...

—¿Cuántos mercenarios componen la partida?

—Varía. El año pasado eran doscientos.

—Doscientos... contra doce, si cuentas a Gaude.

—Puedes volverte cuando quieras —le respondió Nithrom alegremente, al ver la expresión de su rostro.

Entraron en la linde del bosque formado por piceas, citisos, olmos y hayas añosos con espeso follaje. Los pájaros cantaban entre las manchas de sol, bajo el tranquilizador dosel verde. Vieron ciervos varias veces, tímidos, que desaparecían a gran velocidad de los calveros cercanos al camino.

Bruda sacó un curvo arco y abatió a uno con experta gracilidad veloz. Esa noche, al menos, comerían.

La senda descendía en espiral a lo largo de varias leguas. Cruzaron ruidosos arroyos que chapoteaban sobre lechos de piedras musgosas bajo las curvadas ramas de retorcidos olmos. Dos veces pasaron ante grupos de antiguas piedras erectas, cubiertas de líquenes y olvidadas en la antigua tierra forestal. Algunas de las piedras tenían marcas grabadas en ellas, obras de talla desgastadas hasta casi desaparecer por la lluvia y la escarcha: espirales, soles, estrellas, diosas.

Fithvael vio que Nithrom inclinaba reverentemente la cabeza al pasar ante cada piedra. Madcc también lo hacía, aunque presumiblemente por una razón diferente.

A última hora de la tarde, cuando las sombras comenzaban a alargarse, llegaron a un arroyo más ancho. Palomas torcaces y cucos trinaban y arrullaban en el bosque silencioso. Abrevaron los caballos en un vado cubierto de guijarros. El agua era transparente como cristal líquido, y las piedras estaban todas pulimentadas; oscuras y brillantes bajo la corriente, pálidas y opacas fuera de ella.

Las moscas zumbaban en torno a los caballos mientras bebían. La compañía desmontó para estirar las piernas.

Varios del grupo estaban rellenando odres de agua. Vinze y Cloden se retiraron ambos para tumbarse sobre la lozana hierba que bordeaba el arroyo. Harg hundió la enorme cabeza en el agua, y al sacarla y sacudirse como un perro proyectó al aire una nube de bolitas plateadas.

Le Claux se alejó paseando entre los árboles. Dolph y Brom, los guerreros gemelos, se sentaron a jugar a dados. Bruda comenzó a destripar el ciervo que había cazado. Fithvael se encaminó hacia el nervioso Erill.

—Te reemplazará para conducir la carreta, si quieres.

El joven pareció sorprendido ante la oferta, sorprendido incluso por el hecho de que alguien del grupo le hablase.

—Gracias. Me gustaría cabalgar un rato.

Fithvael asintió con la cabeza y ató la cabalgadura a la parte trasera de la carreta mientras Erill soltaba su desnutrido caballo.

—¡Cambio de conductores! —anunció Nithrom al ver eso—. ¿Quién más hará turno?

Brom y Dolph se ofrecieron, y cambiaron puestos con Harg y Gaude.

Fithvael subió, se instaló en el asiento de la carreta y desató las riendas.

—¿Continuamos? —le preguntó a Nithrom.

—Espera —le dijo el viejo explorador con tono misterioso mientras observaba los árboles que los rodeaban.

Fithvael se retrepó, dejó caer las riendas sobre su regazo y esperó. Pasaron veinte minutos. El grupo comenzó a reunirse y regresar a las monturas. Incluso Le Claux

reapareció entre los árboles con un aspecto algo perplejo y restos de hierba metidos en las articulaciones de la armadura.

De repente, Vinze se volvió y desenvainó la espada en un abrir y cerrar de ojos. Fithvael se sobresaltó. ¿Cómo podía un humano reaccionar con tal rapidez? ¿Qué había visto? En las manos de Bruda y Madoc también aparecieron armas de modo súbito, y ambos se pusieron a observar la misma zona de la línea de árboles.

«¿Estoy haciéndome tan viejo —se preguntó Fithvael— que no veo las señales?». Entonces podía oír movimiento en el sotobosque, sonidos que al menos tres integrantes del grupo habían percibido antes que él.

—Envainad las armas —les dijo Nithrom con voz imponente pero serena, y avanzó hacia el origen del sigiloso movimiento.

Por un momento, por un momento maravilloso, Fithvael pensó que Gilead se había reunido con ellos.

Pero el guerrero elfo que salió de entre los árboles conduciendo a su hermoso semental acorazado de acero no era el hijo de Tor Anrok. Era una inolvidable figura cubierta por la pulida armadura de Ithilmar plateado, con un penacho rojo y orgulloso, un noble elfo como salido de un mito.

—Bienhallado, Caerdrath Eldirhrar tuin Elondith —dijo Nithrom en el alto idioma elfo.

—Bienhallado, en efecto, Níthrom te tuin Anrok. Me alegro mucho de que me hayas esperado. —La voz del elfo recién llegado era musical y suave.

Nithrom miró a la compañía que lo rodeaba, y continuó hablando en el idioma propio de los humanos.

—Nuestra espada número trece, Caerdrath. Le pareció mejor reunirse con nosotros aquí. Las ciudades humanas no son para él.

El grupo lo miraba con asombro, y Fithvael sabía por qué. Para él era raro posar los ojos sobre un auténtico hijo de Ulthuan, y mucho más lo era para aquella chusma pintoresca.

—En ese caso, cabalga hacia el sitio equivocado —se burló Vinze, de repente.

Caerdrath alzó los ojos hacia el flaco espadachín humano. Sus ojos, protegidos tras las ranuras del casco, eran brillantes como el fuego.

—Normalmente, no lo haría por propia voluntad, soldado, pero tengo una vieja deuda con Nithrom, y por eso estoy aquí con él.

—¡Elfos! —escupió Vínze, y les volvió la espalda.

Entonces, montaron y continuaron la marcha; atravesaron el vado y se alejaron con lentitud hacia el bosque del otro lado. Caerdrath cabalgó durante un momento junto a la carreta de Fithvael.

—Hermano —dijo Caerdrath al mismo tiempo que ladeaba la cabeza.

—Me llamo Fithvael, también de Tor Anrok. Es agradable encontrarse contigo en

este día.

Caerdrath asintió con un movimiento de cabeza, espoleó a su hermoso corcel y se adelantó por la senda.

La noche de verano cayó tarde y con lentitud, y los vencejos comenzaron a pasar como dardos contra el cielo cada vez más oscuro, entre las siluetas de los árboles. El grupo acampó en una hondonada, cerca de un pequeño lago forestal. Cuando salieron las estrellas, el ciervo de Bruda ya se asaba espetado sobre un fuego.

Nithrom organizó los turnos de guardia, pero dejó fuera de ellos a Le Claux, que había estado bebiendo de la bota desde el anochecer y entonces roncaba junto a la hoguera. Fithvael cayó en un sueño ligero, pero tranquilo, envuelto en su remendada capa de viaje, muy gastada.

Brom lo despertó de una sacudida en lo más hondo de la noche, para que hiciera su turno de guardia. Hacía fresco, y el fuego estaba bajo. Fithvael se levantó, estiró las extremidades, bebió un sorbo de agua de su frasco y describió un círculo por el campamento dormido, con paso silencioso entre el sotobosque. Las lechuzas que andaban de caza ululaban en el bosque oscuro que los rodeaba. El disco del cielo nocturno de lo alto era tan claro y estaba tan lleno de estrellas que parecía plata batida.

Fithvael flexionó las doloridas extremidades. El aire de la noche estaba en calma, no soplaba brisa y no se oía más sonido que el de las lechuzas, el susurro de insectos nocturnos y el crepitar del fuego. Las mariposas nocturnas revoloteaban en torno a las llamas como copos de nieve llevados por el viento.

El veterano guerrero reparó en que Caerdrath no estaba. De alguna forma, eso no lo inquietó, pues no había esperado que el noble elfo compartiera con ellos el campamento.

Fithvael sabía que tenía que hacer la guardia con el humano de Carroburgo, Cloden, a quien en ese momento vio acechando en el bosquecillo de lo alto de la hondonada. Halló un sendero que ascendía hasta donde estaba el humano a través de helechos altos hasta la rodilla.

Cloden volvió la cabeza al oír que el elfo se aproximaba, un gesto brusco que se relajó al distinguir el rostro de Fithvael. El hombre se había quitado el peto negro pulimentado y el justillo de mangas abullonadas, y su espadón estaba clavado de punta en la tierra, a su derecha, como un pequeño arbolillo. A despecho de lo agudos que eran sus ojos, Fithvael podía ver muy poco del rostro de Cloden; apenas una insinuación de su piel pálida entre la oscuridad del cabello y la perilla. Los ojos de Cloden eran huecos, carentes de luz y nada cordiales.

Fithvael se detuvo junto a él e intercambiaron inclinaciones de cabeza. Cloden le ofreció un frasco de schnapps de manzana de Nuln, y un sorbo de dicho licor, a pesar de ser tosco para las pautas elfas, entibió el vientre del veterano guerrero.

—¿Algo nuevo?

Cloden negó con la cabeza.

—Dudo que encontremos mucho por aquí fuera.

Un corto grito tartamudeante se alzó detrás de ellos desde el campamento, y ambos se giraron bruscamente. Le Claux volvió a gritar en sueños, se retorció con aspecto angustiado, y luego se quedó de nuevo inmóvil.

—Me preocupa —fue el breve comentario de Cloden cuando se relajaron.

—¿Te refieres a lo mucho que bebe?

—No tanto el hecho de que beba como el motivo por el que bebe.

Se produjo un largo silencio.

—No esperaba que te unieras a nosotros —comentó Cloden, al cabo—; no, cuando tu camarada nos hizo un desaire tan grande. Pensaba que te marcharías con él.

Fithrael alzó los ojos hacia el brillante zodiaco del cielo, como si en él pudiese leer algún augurio.

—También yo lo pensaba —respondió, al darse cuenta de eso por primera vez.

—¿Y por qué no lo hiciste? Creía que los..., los de tu raza —era como si no pudiera pronunciar la palabra— estabais unidos íntimamente por la tradición.

—Lo estamos. Gilead y yo estamos unidos por muchos años, muchos problemas. ¿Has tenido alguna vez un camarada así?

—Nunca. Nunca he tenido tiempo para eso. La guerra tiende a limitar la duración de las amistades.

—Es muy cierto. La guerra... y el tiempo.

Cloden asintió.

—¿Por qué, pues? ¿Por qué lo dejaste en Vinsbrugge y emprendiste este camino? Después de todos esos años y problemas, quiero decir.

—Creo que precisamente debido a todos esos años y problemas —reflexionó Fithrael—. En todas las vidas llega un momento en el que tienes que echar cuentas y preguntarte cuál es el mejor sendero hasta la tumba para ti. Me pareció que ya había viajado hasta muy lejos con Gilead. Era un camino vacío. La senda de Nithrom, al menos, tenía un propósito. Además, tengo una deuda con Nithrom.

Al oír eso, el de Carroburgo se echó a reír con carcajadas roncadas y ásperas.

—¿Hay alguien en esta compañía que no le deba nada? ¿Acaso no es por eso, en verdad, por lo que todos cabalgamos con él hacia la muerte?

—¿Crees que es eso lo que nos aguarda en Makane?

—Es muy probable —respondió Cloden. El grave timbre nasal de su acento hacía que las palabras pareciesen aún más amargas—. Y si no nos espera la muerte, tampoco nos espera la gloria.

Fithrael estaba a punto de responder cuando Cloden se tensó y sacó la espada de

la marga donde estaba clavada. A la luz de las estrellas, el arma brilló como el hielo. El hombre estaba muy encorvado, como un lobo al acecho.

Fithrael no necesitaba preguntarle por qué actuaba de ese modo, ya que también él lo había oído: un sonido bajo y merodeante, que ascendió hasta ellos desde el bosque del otro lado de la hondonada. En realidad, no era un sonido en absoluto, sino más bien un temblor en el aire, un suspiro fantasmal que se estremecía en el límite de la gama auditiva.

Volvió a oírse, y quedó flotando en el quieto aire de la noche. Era tan sutil y delicado como el sonido de la escarcha al deshelarse, e igual de frío. Llegaba del pequeño lago.

Los dos descendieron entre los árboles negros. En el aire había un aroma que Fithrael no lograba identificar del todo, y un helor que aumentaba cada vez más.

Ante ellos, a través de las siluetas gris oscuro de los árboles, el óvalo del lago relumbraba como un espejo de plata, brillante a la luz de las estrellas. Un velo blanco de niebla flotaba alrededor de la orilla y se movía como un fantasma entre los árboles. Cloden corrió hasta ocultarse detrás del ancho tronco de un roble para tener una mejor vista, y Fithrael se deslizó hasta quedar a su lado. Sintió que el humano estaba a punto de proferir una exclamación, y le tapó diestramente la boca abierta con una mano.

Debajo de ellos, el noble elfo, Caerdrath, se encontraba de pie en el agua, sumergido hasta los muslos, vestido sólo con una túnica de luminae. Parecía que la luz estelar confería fosforescencia a su delgado cuerpo. La plata destelló cuando él alzó la espada antigua del agua y la sostuvo en alto. Cadenas de brillante agua danzaron a lo largo de la hoja y bajaron por sus brazos.

Cloden tironeó de Fithrael con el fin de liberarse y avanzar, pero el veterano guerrero apretó con más fuerza y arrastró al humano de Reikland hacia atrás para alejarlo del pequeño lago.

Cuando se encontraban ya a una buena distancia, Fithrael soltó al humano.

—¿Por qué me has detenido? —siseó Cloden.

—Porque no debíamos entrometernos. Caerdrath está bautizando su espada para la guerra, como se hacía en tiempos antiguos. No sería correcto que nos entrometiéramos.

Cloden pareció insatisfecho con la explicación, pero no hizo ningún intento por volver sobre sus pasos.

—¿Y tú no deberías hacer lo mismo? —preguntó con tono de burla.

—Las costumbres de Caerdrath me resultan tan... extrañas como a ti.

Cloden se volvió para echar una última mirada ladera abajo, hacia el pequeño lago. Una vez más, la rara nota vibró en el aire.

Cloden escupió hacia los helechos y volvió a ascender hasta su puesto de guardia.

Fithvael lo siguió pasados unos momentos. Sabía que nunca olvidaría lo que acababa de ver: un atisbo del pasado lejano, de las antiguas costumbres, de las tradiciones y conocimientos que él y sus parientes occidentales habían olvidado hacía muchísimo tiempo. Lo hacía sentir honrado y humilde a la vez. Y lo hacía sentir más viejo y agotado que nunca antes.



El amanecer llegó pronto, tan pálido y duro como el acero. Despertaron con niebla y trinos de pájaros, y cuando el sol ascendió y disipó la niebla, ya se encontraban otra vez en marcha, con Erill, Gaude y Harg en las carretas. Le Claux cabalgaba en silencio, inclinado con desgarbo en la silla, como si tuviese una profunda depresión, dolor de cabeza, o ambas cosas. En varias ocasiones se retrasó con respecto al grupo. En un recodo del camino, media hora después de que partieran, Caerdrath se reunió con ellos, nuevamente acorazado, tan deslumbrante y fresco que los hizo sentir a todos sucios y desaliñados.

Continuaron adelante a través de praderas bien regadas y hacia planicies más altas, donde viejas terrazas de viñas, pasturas llenas de florecillas silvestres y descuidadas plantaciones de limoneros estaban volviendo al estado silvestre. Las alondras, muy en lo alto e invisibles, cantaban en el cielo azul pálido.

El sendero rodeaba un grupo de losas donde un niño medio desnudo y sucio, con veinte cabras de ojos rasgados, los miraron pasar con silenciosa perplejidad. Una hora más tarde la senda describió un bucle en torno a una torre redonda amurallada que en otros tiempos defendía aquel escarpado territorio empobrecido, aunque nadie sabía de quién o de qué lo había defendido.

Cuando pasaban ante la solitaria ruina con sus desmoronadas piedras travertinas y matas de malas hierbas, Caerdrath cabalgó hasta situarse junto a Fithvael, y saludó al elfo de más edad con una inclinación de cabeza.

—Te doy las gracias —dijo con una voz baja y armoniosa, y Fithvael se encogió de hombros.

—¿Por qué, señor?

—Por respetar mi ritual.

Fithvael estaba a punto de responder, pero Caerdrath había vuelto a espolear al caballo y corría hacia la vanguardia de la columna.

El territorio era cada vez más alto, seco y despojado de vegetación, con matorrales de tojo y plantas espinosas, y dispersos sotos de olmos. El sol continuaba alto y caluroso, pero el cielo era tan pálido que el azul se parecía más a un tono de gris, y bancos de nubes finas avanzaban por el horizonte. Las águilas ratoneras y los milanos

rojos giraban en el aire y, a veces, se precipitaban como piedras hacia el interior de los profundos valles. De vez en cuando, veían alguna liebre corriendo entre los tojos, pero todas estaban demasiado lejos para que Bruda pudiera cazarlas, y habían desaparecido hacía mucho cuando el grupo llegaba al lugar en que las habían visto.

La senda se había convertido ya en un camino, sin grava, pero aun así un camino desgastado, ancho y transitado, abierto por generaciones de soldados que migraban hacia el norte durante la temporada de lucha, y regresaban al sur cada invierno. A veces, podían verse los huesos de caballos y mulas entre los matorrales de la senda. En dos ocasiones vieron tumbas solitarias marcadas por un montículo de piedras blancas o un casco oxidado colgado del asta de una lanza partida.

Se encontraban en el traspáis del grandioso y poderoso Imperio, el cruce donde se acababa un territorio y se convertía en otros: otros reinos; dispersos reinos fronterizos; territorios poco definidos. Allí la vida era dura y penosa, y se sostenía mediante incesantes e ingratos afanes. Pasaron por olivares divididos con muros de piedra, y varias terrazas de viñas ralas pero decentes, pulcramente cuidadas. Vacas delgadas y cabras flacas pastaban en las laderas que dominaban el camino, pero los jinetes no vieron pastores ni vaqueros.

A última hora de la tarde, el sol se deslizaba tras los bancos de nubes del oeste, rosado e irritado como los ojos de alguien que no hubiese dormido. La luz caía muy oblicua y baja, y las sombras estiradas marchaban junto a ellos. Durante una hora más, ascendieron la última línea de pedregosas colinas y salieron a un espacio amplio, donde el camino se curvaba sobre sí mismo y volvía a descender. Abajo había un ancho valle cubierto de bosques. En su centro, a unos cinco kilómetros de donde se hallaban, vieron un montículo, con empalizada y foso, y un grupo de estructuras de piedra y madera en la cúspide. Unos caminos desnudos conducían a aquel lugar desde el norte, el este y el oeste; el septentrional era el final del que ellos seguían. Nithrom hizo que el grupo se detuviera.

—Makane —dijo sencillamente, con un gesto vago.

Se oyeron murmullos, aunque ninguno elogioso. Todos los guerreros, incluido Le Claux, posaron los ojos en el valle para tomarle las medidas a la población. Algunos desmontaron, y otros hicieron visera con las manos para protegerse los ojos. Vinze sacó un pequeño catalejo y estudió la vista.

Fithvael empleó el tiempo en estudiar el terreno. En lo alto del montículo había un edificio de piedra de buen tamaño, con buen tejado, muy probablemente el templo, contiguo a una segunda estructura más grande, que sin duda era el ayuntamiento. Ocupaban una buena posición y estaban rodeados por una empalizada de madera erguida al otro lado de un foso profundo tallado en la cúspide de la elevación. Un puente de madera atravesaba el foso y unía el recinto principal con las casas y cobertizos apiñados y contruidos sin planificación sobre la ladera. En torno a

ellos, en la base del montículo, había un terraplén y otro foso menos profundo.

Más allá de Maltane, el bosque era espeso y ascendía hasta las colinas meridionales, de dentadas crestas. Al oeste y al este, se veían más bosques que reseguían la cuenca del valle. Colinas escabrosas descendían hacia el foso exterior desde todas las direcciones. Resultaba obvio que el acceso norte por donde ellos llegaban constituía el terreno despejado más amplio de los que rodeaban la aldea. Cualquiera que se acercara desde otros puntos cardinales sería invisible hasta que se encontrara a apenas un estadio de distancia del foso exterior.

Fithvael no pudo detectar ningún signo de vida en la población; ningún movimiento, ninguna silueta, ni siquiera un perro descarriado o una cabra vagabunda.

—Está muerto —murmuró Harg.

—Más que muerto —afirmó Vinze al mismo tiempo que cerraba el catalejo—. Ni siquiera se ve un poco de humo. El día está acabando y debería arder fuego en las cocinas.

—Están nerviosos y se ocultan —explicó Nithrom—. Tienen todas las razones del mundo para hacerlo.

—¿Nos han visto llegar? —preguntó Erill, que por primera vez le hablaba al grupo desde que habían salido de Vinsbrugge.

—No —respondió Madoc con absoluta certidumbre—. Lo habríamos sabido.

Nithrom asintió con la cabeza, y Fithvael supo que Madoc tenía razón. Con gente como Nithrom, Caerdrath y Vinze en el grupo, ningún espía habría sido pasado por alto, y ciertamente no un sencillo pastor o vinatero.

—Supongamos lo peor..., que llegamos demasiado tarde. —Nithrom se volvió en la silla para mirarlos a todos—. Debemos describir un rodeo antes de entrar. Yo conduciré las carretas. Fithvael..., si te parece, cabalga con Cloden y Madoc en torno al foso hasta el camino del este, y entra por ese lado. Vinze, llévate a Brom y Dolph, y ve hasta el oeste. Caerdrath, da toda la vuelta hasta el sur. Puedes moverte más velozmente que la mayoría e irás más rápido si vas solo. El resto vendréis conmigo.

—¡Yo debo ir con los exploradores! —exclamó Le Claux al mismo tiempo que desenvainaba la espada. Había algo parecido a la indignación en su acento bretoniano—. ¡Exijo ese honor! ¿Acaso no soy un noble campeón de la Dama, que ha jurado defender el bien? ¿No soy...?

—¡Cállate ya! —le espetó Gaude—. ¡Haz lo que te dicen y deja de alborotar!

—¡Demonio! —estalló Le Claux, y espoleó al caballo, con ojos brillantes de furia.

Fithvael había observado que al humilde escudero le encantaba burlarse de su señor e irritarlo, pero esa vez había ido demasiado lejos. Cerca del ocaso, antes de haber podido destapar la bota de vino del día, Le Claux estaba tan sobrio como podría estarlo jamás. Su puño cubierto de malla se estrelló contra la mejilla del acobardado

Gaude, y lo hizo caer de la carreta.

—¡No me hablarás de esa manera, perro carroñero! ¡Comedor de excrementos! ¡No me faltarás al respeto de ese modo!

Le Claux gruñía y su corcel pateaba la senda, peligrosamente cerca del aturdido Gaude.

Nithrom avanzó elegantemente con su caballo y apartó a Le Claux y su caballo con un fuerte tirón de las riendas. Erill y Brom arrastraron al ensangrentado Gaude fuera del camino para ponerlo a salvo.

—¡Le Claux! ¡Le Claux! —gruñó Nithrom—. Cálmate. ¡Ahora te necesito conmigo! ¿Por qué crees que no te he destinado al circuito exterior? ¡Voy a llevar estas carretas hacia el corazón de lo que bien podría ser una plaza fuerte enemiga! ¡Cuando haga eso quiero a un noble caballero justo a mi lado!

Malhumorado pero más tranquilo, Le Claux se apartó e hizo avanzar a su caballo sendero abajo, dejándolos atrás.

—¿Estás bien? —le preguntó Nithrom al escudero, que en ese momento volvía a subir a la carreta. De la nariz le manaba un fino hilo de sangre y tenía una herida en la mejilla.

—Se pone así, a veces. Yo debería saberlo.

Nithrom asintió con aire triste, y luego los llamó al orden. Caerdrath ya se había puesto en camino. Vinze se lanzó al galope con los guerreros gemelos detrás, también hacia el oeste. Las carretas y su escolta se alejaron a buena velocidad por la senda, en persecución de Le Claux. Fithvael, con Cloden y Madoc a su lado, se desvió hacia el este y continuó galopando por el borde de la cuenca del valle.

Ninguno de ellos hablaba mientras cabalgaban hacia el este y descendían hasta las boscosas laderas. Al cabo de poco rato, el bosque se hizo demasiado espeso para que Maltane pudiese ser visto. Conducían a los caballos toma abajo con experta soltura, deslizándose de lado, como cangrejos, al atravesar zonas de tojos, helechos y ortigas. Cloden comprobaba su posición con respecto al sol, semioculto por el dosel de hojas, pero Fithvael ya sabía dónde estaban: otro kilómetro y medio hacia el sur y el oeste, y llegarían al sendero oriental.

Fithvael vio que Madoc alzaba una mano a modo de advertencia y frenaba su caballo. Podía oír un arroyo que murmuraba en las proximidades..., y las descuidadas voces de unos hombres.

El trío hizo avanzar a los caballos en fila a través de los calveros, como silenciosos fantasmas que flotaran en el aire. Más voces, y más sonoras; alguna áspera carcajada.

Había siete soldados que abrevaban los caballos en la orilla del arroyo que atravesaba el siguiente claro. Todos hombres corpulentos, sucios del camino, que se echaban agua en los polvorientos rostros o bebían de sus cascotes. Los corceles, cansados de una dura cabalgata y sudorosos, bebían a lo largo de la orilla. Los

hombres llevaban corazas ligeras sobre cotas de malla grises, y sus cascos en forma de cuenco estaban adornados con largos penachos de harapienta tela azul y blanca. Eran mercenarios de Tuca, una avanzadilla de exploradores, por su aspecto.

No había tiempo para conferencias. Como uno solo, Fithvael, Cloden y Madoc irrumpieron desde los árboles y acometieron a los hombres por detrás. Cloden llevaba el espadón contra el muslo, bajo, como si fuera una lanza. El martillo de guerra de Madoc giraba en un arco mortal. Fithvael desenvainó su delgada espada elfa y la levantó.

Pillados por sorpresa, los tileanos apenas tuvieron tiempo para volverse antes de que Cloden estuviese entre ellos. Uno cayó de espaldas en el arroyo con la garganta cortada mientras profería un alarido, y otro cayó y rodó por detrás, aferrándose un hombro. Los caballos tileanos se sobresaltaron y huyeron en todas direcciones.

Cloden se pasó de largo y acabó en el arroyo, donde hizo girar a su corcel en medio de nubes de gotas de agua para enfrentarse con otro tileano que entró en el agua y lo acometió con un espadón. También Madoc irrumpió en el agua para perseguir a dos enemigos que corrían a toda velocidad hacia las armas y equipos que habían dejado dispersos en la otra orilla. El calvero se llenó de gritos e imprecaciones.

Fithvael le dio alcance a otro tileano justo cuando el hombre subía a la silla de su agitado caballo. El humano hizo girar a su corcel, desenvainó la espada y dirigió un golpe tremendo contra el veterano elfo. Fithvael se agachó por debajo de la espada y desarzonó al humano de un revés con el arma.

Tres tileanos muertos, cuatro después de que Cloden acabó de matar al hombre del espadón en medio de la corriente. Madoc acabó con otro par; al primero le asestó un golpe lateral de martillo que lo hizo caer a las torrentosas aguas, y al otro dejó que lo pisotearan los pataleantes cascos de su caballo. El séptimo, tras soltar su casco, acometió a Fithvael con una pica. Erró el golpe, pero el elfo y su caballo cayeron al esquivarlo, porque los cascos del animal resbalaron sobre la orilla musgosa. Tanto el caballo como el elfo se levantaron ilesos, pero Fithvael no tuvo tiempo para volver a montar, y esquivó otro ataque de la pica dirigido contra su vientre. Con la mano libre, aferró el asta de la pica que pasaba junto a su cuerpo, y la cortó en dos con la espada. El tileano arrojó a un lado el palo partido y desenvainó su propia espada, que descargó en un golpe descendente hacia Fithvael.

Las armas chocaron. El tileano no era mal espadachín. Paraba bien, y con el siguiente ataque consiguió que Fithvael diera un traspiés. La espada del tileano cortó un trocito de la hombrera del elfo.

El elfo se preparó, se apartó a la izquierda para esquivarlo y luego hizo una finta; lo que parecía un golpe se transformó en estocada. Atravesó al tileano por el vientre y lo levantó en el aire. Fithvael le arrancó el arma, y el humano se desplomó sin emitir sonido alguno.

Con expresión seria, el veterano elfo miró en torno para ver qué hacían los otros. Cloden había llegado a la otra orilla y había desmontado para registrar los zurroneos y alforjas de los mercenarios. Madoc permanecía montado en su caballo en medio de la corriente mientras la sangre tileana ennegrecía la espuma de las rápidas aguas alrededor de las patas del corcel, y miraba a Fithvael. En sus ojos había una expresión triunfante, la primera auténtica vida o pasión que el elfo veía en ellos. A pesar de su aire escéptico y amargo, daba la impresión de que aquel combate había revitalizado algo en el de Middenheim. Madoc le sonrió a Fithvael y alzó el martillo en un brutal gesto victorioso.

Una flecha de plumas azules se le clavó de lleno en la garganta, y lo derribó limpiamente de la silla al agua. El caballo huyó entre una nube de gotas, y la forma acorazada de Madoc se meció en la corriente, semisumergida, pero no se levantó.

Fithvael oyó que Cloden profería un grito mientras corría para ponerse a cubierto. El aire siseó en torno a ellos, y cayó una lluvia de flechas. Algunas se clavaron en los troncos o en el suelo del lado del arroyo en que estaba Cloden. Otras se rompieron o rebotaron contra las piedras del caudal, o se sumergieron en la corriente. La mayoría cayó con un golpe sordo en el suelo musgoso que rodeaba a Fithvael, malignamente cerca de él, para clavarse en la tierra húmeda. Al menos tres se hundieron en los cadáveres de los tileanos que estaban esparcidos por las orillas.

Fithvael se metió dentro del sotobosque, pero no lo bastante rápido. Una flecha de plumas azules clavó el borde de su capa al suelo y la prenda tiró de él hacia atrás. Se la arrancó tras romper el broche, y se arrojó detrás de un árbol. Para entonces, la capa ya estaba clavada a la hierba mojada por otras cuatro flechas. Una quinta impactó contra el árbol que lo protegía.

Los arqueros aparecieron a la vista, atravesando la maleza sobre caballos de guerra ligeros, que salvaban los helechos con limpios saltos osados. Eran nueve; exploradores tileanos acorazados de modo muy parecido a los siete que habían matado en la orilla del arroyo. Todos cabalgaban como expertos, sujetaban las riendas con los dientes y llevaban los poderosos arcos compuestos alzados y preparados para volver a disparar. Aljabas de flechas de plumas azules oscilaban contra sus caderas.

Lanzaron más flechas. Su destreza con el arco era notable. Aunque cabalgaban a toda velocidad y sin manos para conducir a los corceles, lograban disparar con puntería letal. Cloden se había puesto a cubierto al otro lado del arroyo, y las flechas hendían el sotobosque alrededor de él.

Entonces, y sólo entonces, surgía una posibilidad mientras los tileanos colgaban los arcos del pomo de las sillas para tomar las riendas y frenar los caballos ante el arroyo. Tres desenvainaron espadas y continuaron galopando hacia Cloden; los demás describieron un rodeo en torno a Fithvael.

Un silbido singular atrajo al leal caballo del elfo hacia su dueño. Fithvael cogió la

ballesta a medio tensar de la silla, le dio una palmada a la yegua para que se alejara y tensó del todo la cuerda del arma. Tenía un tileano casi encima, pero no permitió que la prisa entorpeciera su destreza. Puso una flecha corta en la ranura, alzó el arma y clavó el proyectil entre los ojos del tileano, que cayó derribado de la silla.

No había tiempo para poner otra flecha en la ballesta, así que la arrojó a un lado y volvió a desenvainar la espada al mismo tiempo que se deslizaba con rapidez tras un grupo de sauces que lo ocultó a la vista del siguiente tileano. Salió por el otro lado de los cimbreños árboles y estocó hacia arriba con la espada, que atravesó el cuello de otro mercenario que cargaba en torno a los árboles para cortarle el paso. El hombre cayó, chillando, pero la espada de Fithvael estaba alojada con firmeza en su cuerpo y fue arrebatada de la mano del elfo.

Algo pesado le golpeó los hombros por detrás, y lo lanzó contra el tronco de un alerce. Se le nubló la vista y sintió que un líquido caliente caía por su espalda, bajo la armadura. Se movió, con lentitud e inseguridad, justo a tiempo para evitar un tajo de la espada que se clavó en la corteza. Luego, la empuñadura de una espada le golpeó un lado de la cabeza, y se desplomó.

La sangre le atronaba en los oídos como si estuviese bajo el agua. Podía oír ásperas voces tileanas que gritaban e imprecaban a su alrededor y el pataleo de los cascos de los caballos.

Entonces, escuchó un grito, el alarido de una voz que conocía tan bien como la suya propia.

Fithvael parpadeó y miró hacia arriba. Con el acero azul gimiendo en el pesado aire forestal, Gilead de Tor Anrok acometió a los jinetes tileanos por detrás mientras su cabello blanco y su capa escarlata flotaban al aire tras él. El caballo de Gilead espumajeaba por la boca y sus ojos eran feroces y brillantes, aunque ni la mitad de feroces y brillantes que los Ojos de su jinete. Era en los momentos como ése cuando Fithvael tenía miedo del alma de guerrero de Gilead. El miedo casi eclipsó el júbilo que sentía por ver allí a su viejo amigo en ese momento.

Gilead cortó en dos el torso del tileano que tenía más cerca, y la cadera y las piernas del hombre se alejaron sobre la montura enloquecida. El hijo de Lothain corrió para enfrentarse con otros dos, a uno de los cuales le cercenó los brazos a la altura del codo, y al otro lo decapitó. El cuerpo sin cabeza cayó de la silla y fue arrastrado por un pie que quedó atrapado en el estribo. El otro, al que le manaba a chorros la sangre por los muñones, desapareció bosque adentro al huir su caballo, y sus alaridos resonaron entre los árboles durante varios minutos más.

En la orilla opuesta, el trío que había ido tras Cloden dio media vuelta y espoleó a los caballos para acudir a la lucha con furiosos gritos al mismo tiempo que blandían las espadas.

Cuando se volvían, Cloden salió repentinamente de su escondite y derribó a uno

de la silla con un tremendo barrido de su enorme espada, cogida a dos manos.

Gílead bloqueó un ataque de espada del tileano que quedaba con vida en su lado del arroyo, rompió la hoja con la suya y atravesó la clavícula protegida por una coraza dorada. Luego, se volvió para encararse con la carga de los dos últimos, que estaban acelerando al salir del arroyo al galope tendido, entre nubes de agua.

Gilead se convirtió en un borrón veloz como una sombra. Dos caballos sin jinete pasaron a ambos lados de su corcel y desaparecieron entre los árboles. Dos cuerpos descuartizados se estrellaron contra el suelo, en medio de chorros de sangre.

El elfo se retrepó en la silla con la humeante espada baja a un lado, y miró a Fithrael.

—¿Así que has cambiado de opinión? —preguntó Fithrael con tono zumbón.

—Justo a tiempo, por lo que parece —replicó Gilead.

El veterano elfo sacudió la cabeza ante la respuesta y se metió en el agua para acercarse a Madoc. Más o menos al mismo tiempo, Cloden llegó hasta el hombre de Middenheim, procedente del otro lado.

Madoc estaba vivo, pero la flecha se había clavado profundamente en su cuello de gruesos músculos, y la sangre teñía las aguas rápidas que lo rodeaban. Madoc alzó los ojos hacia ellos, parpadeó e intentó hablar, pero de sus labios no salió nada más inteligible que un gorgoteo.

—Mala cosa... —murmuró Cloden, y dio la impresión de que iba a acabar con el sufrimiento de Madoc de modo muy parecido a como haría un hombre con un caballo cojo.

—Ayúdame a levantarlo. ¡Ahora! —ordenó Fithrael, cuya voz no dejaba lugar al desacuerdo.

Cloden se encogió de hombros, metió el espadón en la vaina que llevaba a la espalda y ayudó al elfo a levantar a Madoc, que, a causa del agua que lo saturaba, era un peso muerto. Arrastraron al postrado hombre de Middenheim hasta la orilla donde aguardaba Gilead montado sobre su corcel de ojos feroces, que daba patadas de impaciencia.

La orilla estaba sembrada de cadáveres y el musgo empapado en sangre. Con un gruñido, Cloden depositó a Madoc de espaldas, y Fithrael volvió a llamar a su caballo con un silbido. En las alforjas tenía hierbas y vendas, milagros curativos que estaban más allá del conocimiento humano.

—Creí haberte oído decir que habías acabado con él —observó Cloden al mismo tiempo que señalaba con un movimiento de cabeza a la silenciosa figura de Gilead.

—Y lo dije —respondió Fithrael con voz queda—, pero no creo que él haya acabado conmigo, todavía.



El grupo de Nithrom estaba reunido en el patio público principal de Maltane, un pequeño espacio cuadrado de un acre, rodeado por casas situadas justo antes de la ladera del montículo interior. Caía la noche.

Nithrom se separó del grupo que aguardaba, preocupado, al ver que Fithrael entraba por la puerta este del pueblo, y que el elfo y Cloden cabalgaban lentamente y sostenían a Madoc sobre su caballo entre ambos. Gilead venía tras ellos, a una cierta distancia.

—¡Por los dioses! ¿Qué ha sucedido?

—Tileanos, mercenarios —respondió Cloden, ceñudo—. Nos encontramos con un puñado y acabamos con ellos, pero luego aparecieron más que salieron del bosque. Muchos más. Arqueros.

Nithrom se inclinó para examinar la herida de Madoc con ojos angustiados. El hombre, débil pero consciente, intentó apartarlo con una mano.

—Eso necesita atención, y de prisa.

Madoc profirió un gorgoteante gruñido que intentaba ser una palabra.

—Lo has curado —le dijo Nithrom a Fithrael, el cual asintió.

—Lo mejor posible. Podré hacer un mejor trabajo si podemos acostarlo y encender un fuego. No es muy cooperador.

—Madoc siempre ha sido robusto.

—Tiene una flecha atravesada en la garganta. ¡Respira mal, ha perdido mucha sangre y la punta de la flecha está clavada en el hueso del cuello! No me importa lo robusto que él crea que es. Estará muerto al llegar el alba a menos que le extraiga esa punta y detenga la hemorragia. —Fithrael parecía mucho más enojado de lo justificable.

—Fithrael tiene razón —murmuró Cloden—. Si te meten un cochino pedazo de hierro como esa punta en el cuerpo, aunque sea una herida leve, el hierro empezará a llenarte la sangre de veneno.

—Nos encargaremos de sacársela —declaró Nithrom con seriedad—, y Madoc no se resistirá. —Esta última parte de la frase la dijo al mismo tiempo que le lanzaba una mirada de advertencia al oscilante, sudoroso Madoc.

Luego, Nithrom miró más allá de ellos y vio que Gilead se acercaba con lentitud desde la puerta este.

—Gilead te ruin Lothain... —susurró—; así que has venido después de todo.

—Él... invirtió las tornas cuando nos superaban en número —explicó Cloden, a regañadientes—. Nos tenían listos, a mí y al elfo.

Nithrom cabalgó hasta llegar a Gilead, y se quedaron mirándose el uno al otro por

un momento.

—¿Te quedarás?

—Tal vez. Al menos, por un tiempo.

Nithrom asintió con un gesto de cabeza e hizo girar a la montura para regresar junto al grupo principal, y al hablar alzó la voz con el fin de que todos pudieran oírlo.

—Vinze no encontró nada hacia el oeste, y Caerdrath informa que la linde sur también está despejada y no hay rastros. Tenemos señales de ellos por el este.

—Eran exploradores —sugirió Fithvael al mismo tiempo que se le acercaba—. Se habían detenido tras una dura cabalgata, así que probablemente eran una avanzadilla de la unidad principal.

—Es la táctica habitual de la compañía tileana —dijo Brom—. Un grupo de vanguardia compuesto por arqueros rápidos que reconocen el terreno.

—El cuerpo principal no estará a más de un día de distancia —concluyó Dolph, aunque pareció la misma voz, ya que las palabras de ambos se enlazaron como en una frase única.

—¿Sobrevivió alguno de los que encontrasteis? ¿Alguno pudo regresar para advertir a los demás? —inquirió Harg.

—Ninguno —fue la simple respuesta de Gilead, y todos comprendieron la verdad.

—En realidad, eso no mejora las cosas en nada —intervino entonces Vinze mientras se pasaba la palma de una mano por el mentón con barba de varios días—. Cuando la vanguardia no regrese, se pondrán sobre aviso de todas formas.

—Muy mala cosa... —gruñó Bruda a la vez que sondeaba con ojos de cazadora la luz que se desvanecía en las laderas septentrionales.

—¿Y dónde están todos? —preguntó Cloden, que expresó la pregunta que los demás se formulaban, y abarcó con un gesto el poblado desierto.

Ascendieron juntos por el empinado montículo que dominaba el asentamiento principal y llegaron al puente de madera que cruzaba el foso interior. Era hondo y estaba bien hecho, y la luz solar del anochecer no penetraba en sus tenebrosas profundidades. El puente era sólido y firme, y había sido construido de tal manera que un tiro de caballos pudiera levantarlo desde el patio interior en caso de asedio. Pero era viejo, y los ganchos estaban oxidados y atascados con malas hierbas.

Al otro lado, la empalizada era firme y segura, y se alzaba como una corona sobre el cráneo de la colina. Los braseros de hierro de lo alto de la muralla estaban fríos y apagados. La puerta, una plancha de madera dura de una pieza, estaba cerrada.

Nithrom miró a Gaude, que se encogió de hombros y sacó su vapuleada corneta. Tocó una libre asociación de notas, algunas de ellas afinadas. A Fithvael le pareció que era una fanfarria tristemente apropiada para el grupo que formaban. Siguió un silencio.

—¿Otra vez? —sugirió Gaude, haciendo un gesto con la corneta y los labios

mojados.

Nithrom negó con la cabeza y, a continuación, le hizo una señal a Vinze. Sin formular preguntas, el flaco hombre de Reikland ataviado de cuero se deslizó de la montura y cruzó el puente hasta la puerta. Su largo cabello pálido y la empuñadura de plata de su espada reflejaron la última luz del sol cuando trepaba por la puerta como una ágil ardilla.

A caballo en lo alto, tendió una mano con la daga hacia el interior y cortó algo. Fithrael oyó que un pesado contrafuerte caía al suelo con un golpe sordo. La puerta comenzó a abrirse hacia el interior y, aún a caballo sobre ella, Vinze empujó con un pie contra el marco para acelerar la apertura. Continuó sobre la puerta hasta que se abrió del todo, y luego saltó al suelo, espada en mano.

Nithrom condujo a los demás jinetes al otro lado del puente, y con un gesto ligero le indicó a Caerdrath que montara guardia en el exterior. El noble elfo hizo que su corcel girara y se quedó quieto, bañado por la luz que se desvanecía y mirando hacia el norte.

Al pasar junto a él, Fithrael vio que Gilead le lanzaba a Caerdrath una larga mirada interrogativa. Estaba seguro de que era el último ser que Gilead esperaba encontrar en aquella partida de humanos andrajosos.

Dentro de la fortificación parecía que ya había caído una negra noche. Largos rayos dorados de sol la hendían a través de la puerta abierta, pero la alta empalizada bloqueaba el resto de la luz. Arriba, en un cielo azul tan oscuro como el borde de la capa del Elector, comenzaban a brillar destellos de estrellas tempranas.

El ayuntamiento se alzaba ante ellos, oscuro, de tejado bajo y enorme, con edificios más pequeños adosados. Detrás se veía el templo, más estrecho, con su esbelta torre. El grupo desmontó sobre la blanda marga negra de la cima del montículo y, con las armas a punto, se aproximaron al pórtico frontal del ayuntamiento. Gaude se quedó atrás y observó por encima de la acurrucada forma de Madoc, envuelta en una capa.

En cabeza, Nithrom entró bajo el robusto dintel de roble y golpeó con fuerza las puertas talladas.

—¡Aaa de la casa! —llamó en el idioma del Imperio. Vinze hizo un gesto lateral con la punta de la espada hacia los edificios adyacentes.

—Ahí adentro hay ganado, mucho ganado, apiñado y nervioso.

Fithrael ya había percibido los acres olores animales, el arañar de las pezuñas.

—Y ahí adentro —dijo—, huelo humanos.

Cloden y Vinze le lanzaron ambas miradas duras, pero en los labios de Nithrom apareció una ancha sonrisa.

—Tiene razón.

Nithrom apoyó un hombro en las puertas y empujó con todas sus fuerzas contra

el bajorrelieve, una imagen gastada por los elementos de algún insustancial dios humano. Pero no se movieron, ni siquiera cuando Brom y Dolph sumaron su peso al del elfo.

—Está barrada —dijo Dolph.

—Desde el interior —concluyó Brom.

Nithrom llamó con un gesto a Harg, que sopesó la enorme hacha con sus manazas peludas. Nithrom volvió a golpear la puerta.

—¡Aaa de la casa! —volvió a llamar—. ¡Si no respondéis, vamos a entrar! ¡Sabed que somos amigos que hemos venido a socorreros... y apartaos!

Se hizo a un lado, y Harg, una bestial figura negra en la creciente oscuridad, echó atrás su gigantesca hacha. Bruda se arrodilló sobre los escalones, tras él, justo para que no la alcanzara el arma al descender por detrás, y preparó su arco.

Con un solo golpe, el desfigurado hombre de Norsca hundió las puertas hacia adentro. Una punta de lanza de tres guerreros, compuesta por Nithrom, Cloden y Vinze, abrió la marcha hacia el interior con los otros tras de ellos.

La estancia era alta, ancha y oscura, con hileras de bancos y caballetes, pilas de sacos, barriles, odres llenos y otras cosas de uso corriente. En el extremo opuesto, había un hogar rodeado por un borde de piedra, bajo una campana de chimenea en forma de cuerno. De las vigas cruzadas del techo colgaba carne en salazón, caza y manojos de hierbas puestas a secar, que perfumaban el aire quieto y cerrado.

«Un megarón —pensó Fithvael—, al viejo estilo...».

Un ayuntamiento rural, un palacio municipal de una sola sala, como convenía a una antigua comunidad tradicional como aquella. Las crujientes tablas del piso estaban cubiertas de juncos.

En el extremo del hogar, a treinta metros de ellos, diez hombres se apiñaban en grupo, y los miraban. Por sus ropas y estatura se trataba de campesinos; dos adolescentes, uno tan viejo como puede serlo un hombre, y los otros siete de fornida mediana edad. Pero sus rostros... eran las caras de asesinos acorralados, dispuestos a luchar hasta la muerte, con ojos brillantes de miedo y virulencia. Varios empuñaban azadones, mayales u horcas, dos tenían hoces, y uno de ellos, un cuchillo de podar de vinatero. El jefe estaba armado con una vieja espada herrumbrosa.

—¡Marchaos! —gritó con voz ronca.

—¿Y dejaros a merced de los perros tileanos? Me parece que no.

La voz de Nithrom era serena. El elfo avanzó mientras envainaba su arma.

—¡En nombre de la misericordia, marchaos! —volvió a gritar el que tenía la espada, y el grupo retrocedió para apiñarse contra la pared del hogar.

—¿Es que no me conoces? ¡Soy yo, Nithrom! Prometí traeros defensores, y así lo he hecho. ¿Dónde está Gwyll, vuestro jefe?

—¡Muerto! —le espetó el cabecilla—. ¡Hace ya siete días que murió!

—¿Cómo? —preguntó Nithrom, con auténtica sorpresa en su dulce voz.

—¡Tú dijiste que regresarías, pero pasaron semanas! ¡Luego, llegaron ellos, un grupo de esos perros que exploraba por delante del ejército! Gwyll y veinte hombres tomaron armas para expulsarlos. ¡Cuatro de los nuestros quedaron muertos en el foso exterior! ¡Nunca volvimos a ver a Gwyll ni a los demás!

—Dioses misericordiosos... ¿Y desde entonces habéis estado escondidos aquí?

—¿Qué alternativa teníamos? ¡Siete días con sus noches esperando a que regresara el resto y nos asesinara!

—Deponed vuestras armas, hombres de Makane. Ahora nosotros estamos aquí.

—¿Has traído un ejército, elfo-que-promete-tanto? —preguntó el anciano con una sonrisa burlona.

—Los que veis, más otros tres.

El cabecilla arrojó la vieja espada sobre las tablas, donde rebotó con estrépito, y se sentó en un banco. Los que formaban el apretado grupo se separaron y bajaron las armas con refunfuños.

—Entonces, no cabe duda de que estamos todos muertos —dijo el cabecilla con voz cansada.

—¿Cómo te llamas, amigo? —preguntó Le Claux.

—Drunn.

—Entonces, Drunn, no estás muerto hasta que nosotros declaremos que lo estás.

—¿Es una broma, eso? —preguntó el arrugado anciano que se había burlado antes de Nithrom.

—Ya basta, maese Swale. No los provoques.

—¡No, a mí no me harás callar, Drunn! —El anciano avanzó para encararse con Le Claux, que sonrió con leve perplejidad ante el encorvado anciano de cabello blanco y su oxidado mayal—. ¿Dónde estabais hace una semana? ¿Cómo podéis presentaros aquí ahora, prometer la salvación, cuando no sois más que un puñado y se aproxima un ejército? ¿Eh? ¿Qué podéis hacer vosotros que no hayan podido hacer veinte de nuestros mejores hombres?

—Nosotros somos guerreros, viejo necio —respondió Le Claux, de cuyo rostro se desvanecía la sonrisa divertida—. Sabemos mucho más sobre el arte de la batalla que un puñado de campesinos.

—¿De verdad, valiente señor caballero? —le contestó el anciano Swale, en cuyos reumáticos ojos brillaba la ferocidad. El caballero retrocedió un paso sin quererlo—. ¡Ah, sí, no cabe duda que conoces los deleites de la guerra, la gloria, la camaradería, las canciones y el oro que ganas! ¡Pero apuesto que las gentes de la tierra sabemos más sobre la guerra de verdad! ¡Ver a nuestros amados hijos asesinados o mutilados, a nuestras hijas violadas, nuestras viñas incendiadas y nuestros rebaños saqueados para los banquetes del campamento! ¡Sabemos lo que significa afanarse durante todo un

año para ver el producto de ese afán desaparecer en una semana, sabemos lo duro que es arar tierra quemada o, peor aún, cavar en ella para hacer una sepultura! ¡No me hables a mí de la guerra, caballero! ¡Tú juegas a la guerra; nosotros vivimos con las consecuencias!

Al mismo tiempo que profería un grito de enojo, Le Claux adelantó con brusquedad una mano cubierta de malla metálica y empujó al anciano que lo regañaba. Swale dio un traspiés y cayó sobre un caballete.

—¡Déjanos! ¡Sal afuera! —le dijo Nithrom al bretoniano con una voz tan fría y dura como el acero.

—Pero yo...

—¡Ahora!

—No toleraré ser avergonzado por un...

—¿Y por eso nos avergonzarás a todos, para que podamos compartirlo? ¡Vete afuera!

Le Claux dio media vuelta y salió, andando pesadamente, del megarón, mientras las ornamentadas espuelas tintineaban contra sus grebas. Erill se acuclilló y ayudó al anciano a levantarse.

—Os pido disculpas —les dijo Nithrom a todos, con modales respetuosos—. Por ese estallido..., y por no haber llegado una semana antes. Me llevó mucho tiempo reunir esta partida, pero entre todos hay más de trece espadas. Héroe todos, de una u otra forma, de los confines de la tierra, con triunfos demasiado numerosos para contarlos. Ahora estamos aquí, y por mi honor que os defenderemos con firmeza. Protegeremos Maltane.

—¿De Maura y sus perros? —preguntó otro de los campesinos con cansada voz de incredulidad—. Para conseguir eso no tienes que traernos una partida de guerreros, sino un maldito milagro.

—En ese caso, debes pensar en nosotros exactamente de ese modo, amigo mío —intervino Vinze, con un destello en los ojos—. Un maldito, polvoriento puñado de milagros de Ojos dementes.

Detrás de él, Harg rió entre dientes, y el propio Fithrael sintió que sonreía.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Cloden.

—¿Los demás? —replicó Drunn al mismo tiempo que apartaba la mirada.

—El resto del pueblo —dijo Dolph.

—Los habitantes de Makane —precisó Brom.

—Se han marchado. —Drunn se encogió de hombros con tristeza.

—Escaparon, huyeron, partieron hace mucho —añadió Swale mientras se servía un vaso de vino de un odre que colgaba del extremo de un poste que tenía cerca.

Los elfos del grupo intercambiaron miradas. Siempre tan delicado, Gilead dio dos patadas sobre las tablas del piso, que hicieron un sonido profundo y hueco.

Con una ancha sonrisa, Bruda tensó el arco y disparó una flecha, que se clavó en las tablas, entre sus pies, y cuyos quince centímetros posteriores quedaron sobresaliendo del suelo y vibrando.

Se oyó una amortiguada serie de chillidos y alaridos humanos procedentes de debajo de ellos.

Harg apartó los juncos del suelo con la parte plana del hacha, y al cabo de un momento descubrió la trampilla. Fithvael se situó junto a él y, con ayuda de Cloden, la levantó y abrió. Debajo de ellos, en la oscuridad, docenas de rostros blancos de terror alzaron la mirada hacia ellos, y ascendió un hedor a desdicha humana desde la cavidad. Nithrom miró a Drunn.

—¿Cuántos? —preguntó con sequedad, y Drunn suspiró.

—Más de doscientos. Principalmente, mujeres y niños.

—¡Traed una escalerilla! ¡Sacadlos de ahí! —ordenó Nithrom con el semblante pálido.

Hizo falta mucha persuasión para que salieran. Finalmente, por razones que dejaron perplejo a Fithvael, sólo él y la formidable mujer kislevita tuvieron algún éxito en hacerlos salir, y eso sólo cuando Drunn, Swale y los demás hombres de Maltane les hicieron promesas tranquilizadoras. El suelo del megatón se encontraba al mismo nivel que la cima plana del montículo, pero debajo se había cavado un sótano profundo y muy amplio. Los habitantes del poblado se habían ocultado allí, en la maloliente oscuridad, durante casi una semana, acurrucados entre las grandes tinajas de barro llenas de agua potable. Cuando ascendieron las últimas llorosas mujeres con bebés gimoteantes y pálidos como muertos en los brazos, Fithvael cogió una antorcha encendida y bajó por la escalerilla. El sótano era tan espacioso como la sala de arriba, profundo y húmedo, con suelo de marga legamosa y paredes revestidas de bloques de piedra travertina.

El hedor a excrementos humanos resultaba intolerable. Fithvael encontró dos míseros cadáveres, una anciana y una muchacha, desplomadas en el rincón más alejado. No podía saber si las había matado el miedo, el hambre o la asfixia. No quería saberlo.

Oyó un movimiento detrás de él, y al volverse vio a Gilead de pie a sus espaldas, bajó la luz de la antorcha. El elfo estaba tamborileando con los nudillos en las grandes tinajas de agua.

—Faltan dos tercios —dijo en voz baja.

—Hay tiempo para volver a llenarlas en los arroyos o los pozos.

—No hay pozo aquí arriba, en el recinto interior.

—Me he dado cuenta.

—No es buena señal si nos ponen cerco.

—También me he dado cuenta de eso.

Gilead suspiró y se rascó detrás de una oreja.

—¿Por qué has venido aquí, Fithrael?

El interpelado se aclaró la garganta.

—Por Nithrom. Porque alguien tenía que hacerlo. Es algo que veo todavía con más claridad ahora que estoy aquí. Alguien tenía que hacerlo. —Se produjo una pausa—. ¿Y por qué has venido tú?

—Porque tú lo hiciste. Porque sueles estar en lo correcto. Porque... no sabía qué otra cosa hacer.

Fithrael sonrió y sus blancos dientes destellaron a la luz de la antorcha.

—Gilead te tuin, serás mi muerte.

—Siempre había imaginado que sería al revés... Fithrael, el de las causas perdidas.

—¿Causas perdidas?

—Comenzando por mí.

—Pero si te hace más feliz, te prometo que seré tu muerte —le aseguró Gilead, y volvió a subir por la escalerilla.

En el ayuntamiento, donde se encendían lámparas y fuegos y se repartían alimentos y vino, reinaba el alboroto. El lugar estaba repentinamente abarrotado, y parecía mucho más pequeño y caluroso. Los habitantes de Makane, principalmente mujeres y niños como había dicho Drunn, se apiñaban y agrupaban; unos llorando, otros cantaban y algunos estaban a punto de dormirse de pie. El hedor de su inhumano confinamiento manaba de los cuerpos y se imponía al dulce aroma de las hierbas.

Gilead y Fithrael se reunieron con Nithrom, Harg y Bruda ante una mesa sobre la que habían dispuesto una botella de vino y tazas grandes de cerámica. Una muchacha que pasaba dejó una bandeja de mazorcas peladas, aceite y carne de cabra seca sobre la mesa.

—Abajo hay agua —dijo Fithrael en el momento de sentarse—, pero es necesario renovarla y rellenar las tinajas.

—Tomo nota —respondió Nithrom, y bebió un sorbo.

—Y bien..., ¿cuándo ibas a hablarnos de Maura? —preiitó Harg.

—Eso, viejo amigo, ¿cuándo? —añadió Bruda—. ¿Cuándo comenzara la batalla, o antes de eso?

—¿Acaso importa con quién nos enfrentamos, mi señora de kisleb? —Nithrom sonrió al mismo tiempo que ocultaba la mirada—. Con la cantidad de guerras en las que hemos estado juntos, me sorprende que te preocupes por el nombre del enemigo.

—Cuando se trata de Maura el Sanguinario, tal vez.

Al oír la conversación, Cloden se sentó a la misma mesa con una taza en la mano.

—¿Los asesinos de Maura? ¡Grandes dioses, Nithróm, en esto estoy de acuerdo con la osa! ¡Deberías habérselo dicho! Ya me pareció que eran sus malditos colores

los que llevaban esos hombres con los que bailamos en el bosque. ¡Blanco de hueso y azul de sangre!

—¿Azul? —preguntó Fithvael.

Desde el otro lado de la mesa, Harg le dedicó una ancha sonrisa, que le erizó la línea de la barba y le arrugó la terrible cicatriz del rostro.

—Maura pretende ser un noble príncipe de Tilea. ¡No, es nada parecido, por supuesto! ¡Yo soy más un rey bastardo del norte que él un noble!

Nithrom los miró a ambos.

—En esa afirmación hay más verdad de lo que creerías en principio, Fithvael te tuin. ¿No es verdad, rey Hargen hijo de Hardrad?

—¡Bah! —se mofó el gigantesco hombre de Norsca, y volvió a llenar su taza—. ¡No hablemos más de eso! —Bebió un enorme sorbo de vino y clavó los ojos en Fithvael con expresión seria—. Maura se cree que es un príncipe y se deleita en matar para alcanzar esa dignidad. Así pues, el azul es por la sangre; sangre noble, ¿entiendes?

—Con absoluta claridad —asintió Fithvael.

—Así que es con Maura con quien nos enfrentamos aquí. Maura y su partida de alimañas. Deberías habérselo dicho, Nithrom.

La voz de Cloden era severa.

—Cloden no ha estado del todo bien desde aquel día en el campo de Aldorf. Entonces, estaba muy bien.

—No me lo recuerdes, Bruda. Ese fue otro día... y ganamos nosotros, ¿no es cierto?

—Exacto. —Bruda sonrió.

—Ése no es más que un mercenario, un mercenario humano con una banda de perros —intervino Gilead con brusquedad—. Las espadas de alquiler son todas peligrosas. ¿Por qué inquietarse? Una compañía armada que regresa al sur después de la temporada de guerra continúa siendo una compañía armada.

—Has estado escondido en los bosques durante demasiado tiempo, amigo —dijo Cloden sin malicia—. Maura y sus asesinos son espadas de alquiler, sí, pero son algo más que eso. Maura se toma las cosas... de manera personal.

—¿Lo cual quiere decir...?

—Imagínate: tú eres una compañía de mercenarios. Coges el dinero y asaltas una ciudad. Fracasas y dices: «Lo he hecho lo mejor posible, adiós, no perderé más tiempo intentándolo»..., ¿sí?

—Por...

—Maura, no. Maura no hace eso. Le importa un comino si no puede pagar a los hombres; le importa un comino si tarda tres meses cuando debería haber tardado una semana. La victoria es lo único que quiere. La victoria es lo único que aceptará. —

Cloden bajó los ojos hasta su bebida—. Una escaramuza no lo alejará. Juega para ganar, y continuará enviando a sus hombres hasta obtener esa victoria.

—Pero eso destrozaría la moral... —comenzó Fithvael, y Harg sonrió con aire triste.

—No la de los asesinos. Maura tiene eso, ese encanto... ¿Cómo se dice, Nithroin?

—Carisma.

—Están con él hasta el final. Irían hasta el infierno y más allá. Atrae a los mejores, los más malvados y los más dementes. Ese sargento ogro que tiene...

—Klork —gruñó Bruda.

—¡Sí! ¡Qué historias hemos oído sobre él! Y los jefes de su manada de perros: ¡Hroncic y Fuentes! ¡Bastardos! ¡Mensajeros de muerte!

El grupo guardó silencio por un momento, y los sonidos de la sala los rodearon.

—Eran buenos, eso debo decirlo —dijo Fithvael al cabo—. Los que encontramos en el bosque. Sólo eran exploradores, pero luchaban como... demonios. Buenos espadachines, buenos jinetes. Y sus arqueros, con que sólo hayan sido una muestra, me infunde pavor lo que está por venir.

Todos desviaron la mirada para ver a Gaude que entraba con Madoc, y Fithvael se levantó para instar a los de Maltane a encontrar una cama y calentar un poco de agua limpia. Aún no sabía muy bien qué podía hacer, pero había que extraer la flecha. Ayudado por Gaude y un grupo de habitantes del pueblo, el elfo se puso a trabajar.

Le Claux regresó, pero se detuvo en la entrada y le echó una mirada feroz a Nithrom.

—¿Le Claux? —preguntó el elfo, paciente.

—Caerdrath te llama. Hay luces en la senda norte.

Era noche cerrada, y un viento suave hacía correr balsas de nubes grises por el suroeste, que avanzaban hacia las lunas. La harapienta partida de Nithrom, tras dejar dentro a Fithvael y Gaude para que atendieran a Madoc, salieron y atravesaron la puerta abierta de la empalizada principal. Caerdrath, aún montado sobre su paciente montura y atento a la vigilancia, era como una estatua relumbrante en la semiclaridad del otro lado del puente. Los oyó acercarse sin volver la cabeza, y señaló hacia la oscuridad.

En la senda norte, el camino por el que habían llegado las carretas aquella misma tarde para entrar en Maltane, una sarta de antorchas oscilaban bajando con lentitud. Eran veinte o más.

—¿Más exploradores? —sugirió Erii.

—Demasiados —respondió Cloden con el entrecejo fruncido—. Podría ser la vanguardia de la compañía.

—O una fuerza expedicionaria que viene a ver qué les ha sucedido a los exploradores —dijo Gilead.

—Sí..., y no sabemos cuántos acechan justo detrás de esa elevación —añadió Harg.

Nithrom subió a su montura.

—Iremos a recibirlos. Haced las paces con cualquier dios al que rindáis culto, y vámonos. Esto podría acabar antes de lo que esperamos. Maese Erill quédate aquí para vigilar la puerta. Prepárate para cerrarla con rapidez si volvemos precipitadamente, y haz que los habitantes del poblado dispongan antorchas, muchas antorchas. Iluminad la parte superior de la empalizada interior con tanta luz como podáis.

Erill asintió con un gesto de cabeza y se apresuró a entrar en el recinto. Nithrom miró de un lado a otro y contempló a sus guerreros detenidos sobre los caballos.

—Vinze, Harg, Gilead..., conmigo para ir a recibirlos. El resto de vosotros manteneos fuera de la vista detrás del foso exterior. Acudid cuando os llame. Si todo sale mal, retiraos al recinto interior y cerrad la puerta. Si cae mi vanguardia, Cloden queda al mando.

Le Claux empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor. Se hicieron los últimos preparativos a lo largo de la línea de jinetes. Vinze se puso el casco y deslizó el brazo izquierdo en las correas de su pequeño escudo. Harg descansó el hacha de guerra sobre la parte delantera de la silla para ponerse el casco de gruñente rostro. Dolph y Brom se ajustaron los cascos y cargaron sus largas y voluminosas armas de fuego con movimientos sincronizados, para luego posarlas sobre los apoyos especialmente elevados de las sillas de sus monturas. Como un solo hombre, se cerraron las viseras de latón. Bruda se puso un casco en forma de cuenco, bordeado de pieles y adornado con pinchos, se recogió los rojos cabellos hacia dentro y probó el arco. Cloden se ajustó el yelmo de rejilla y se puso guantes de cabritilla antes de sacar su espadón. Le Claux pronunció una bendición a la Dama y colocó una lanza de través sobre el escudo que tenía en el otro brazo. Caerdrath, ya preparado, alzó una delgada jabalina, una de las seis alojadas en el cabestrillo de la silla de montar, y apoyó la parte inferior contra la cadera derecha.

Gilead, al igual que Nithrom, llevaba la cabeza descubierta y tenía un largo escudo elfo en forma de hojas de planta. Los exploradores de Tor Anrok desenvainaron sus largas espadas: la de Nithrom de plata; la de Gilead de azul acero.

Los diez jinetes espolearon a los corceles y bajaron juntos el montículo hacia la zona inferior de Makane. En el patio principal, la mayoría se desviaron a izquierda y derecha, y desaparecieron entre los laberintos de casas y chozas de ambos lados, para dejar que Nithrom, Vinze, Harg y Gilead continuaran cabalgando en apretado grupo hacia la puerta norte.

Las luces de las antorchas estaban reuniéndose y dando vueltas justo fuera del foso exterior cuando ellos llegaron. La claridad de las mismas dejaba ver un grupo de más

de cincuenta tileanos, todos a caballo, todos con la insignia azul y blanca.

Algunos gritaron y señalaron a los cuatro jinetes al aparecer éstos al otro lado del foso; emergieron de la oscuridad del poblado aparentemente muerto. El grupo de Nithrom se detuvo justo antes del tosco puente del foso.

El jefe tileano, un hombre de constitución gruesa con un parche en un ojo y una larga capa azul, avanzó flanqueado por seis de sus hombres hasta quedar ante el grupo de Nithrom, al otro lado del puente. Gilead examinó al hombre con la mirada: pesado y musculoso, con una armadura más ornamentada que la de los soldados comunes. No llevaba escudo, pero había dos espadas cortas que pendían a cada lado de su cadera. Su expresión era altanera, triunfante y vanidosa.

—¡Os saludamos! —gritó el mercenario, cuya voz áspera destrozaba las vocales suaves del idioma tileano.

—Y nosotros a vosotros —replicó Nithrom en tileano perfecto.

—No somos más que unos pocos veteranos que buscamos un lugar para descansar.

Nithrom asintió con la cabeza.

—Más que unos pocos, tal vez.

El comandante volvió los ojos hacia los hombres reunidos detrás de él, como si le sorprendiera encontrarlos allí, y se echó a reír.

—¡Ah, sí! ¡Mi alegre partida! No le harían daño ni a una garrapata, os lo aseguro. No hay necesidad de tener esas espadas desenvainadas.

—¿No la hay? —La voz de Nithrom era serena.

Gilead se esforzaba por traducir mientras continuaba la conversación. De pronto, ya no tuvo necesidad de hacerlo.

—¿Qué lugar es éste, que me reciben dos nobles hijos de Ulthuan, un camisa de oso de Norsca y un espadachín imperial? —preguntó el comandante en perfecto bajo elfo.

Si eso sorprendió a Nithrom, no lo demostró en lo más mínimo. «La partida de guerra de Maura viaja por todo el mundo», se dijo Gilead; sin duda, se habían mezclado con muchos pueblos y habían pasado por muchos lugares. El hecho de que fuesen asesinos no significaba que tuviesen que ser estúpidos.

—Un lugar pacífico —replicó Nithrom, que a su vez también cambió de idioma—. Uno que no tiene ni deseo ni capacidad para alojar a una compañía completa de hombres armados. En el bosque hay arroyos donde podréis refrescaros, y hermosos calveros donde podéis acampar. Mañana podréis continuar camino, y todos nos alegraremos de que no se hayan producido... situaciones desagradables.

—¿Situaciones desagradables? —rió el hombre, y un pan de sus soldados rieron con él—. ¿Quién ha dicho nada de situaciones desagradables? Vamos, Ulthuar te tuin, mi gentil amigo... Lo único que buscamos es un ardiente hogar, un techo sólido

y heno para nuestros cansados corceles. Tal vez, podríamos incluso comprar algo de caza y un poco de cerveza.

—Debo pedirte disculpas, puesto que debo estar fracasando en el intento de hacerme entender —respondió Nithrom con voz de pedernal—. Quizás el buen dominio que tienes de mi idioma no es tan perfecto, después de todo. No hay sitio para vosotros en este poblado.

Se produjo un largo silencio, y Gilead flexionó la mano en torno al puño de la espada, expectante. El comandante se inclinó, escupió saliva polvorienta en el fango, y luego se irguió en la silla y alzó una mirada ausente hacia el cielo nocturno mientras se ajustaba un guantelete. Sus hombres esperaban. Se oía el canto de los grillos.

—¿A quién...? —comenzó al fin, como si intentara pacientemente tratar con un niño pequeño—. ¿A quién tengo el... placer de dirigirme?

—Soy Nithrom, de Tor Anrok. ¿Y tú?

El hombre del parche en el ojo le dedicó una ancha sonrisa.

—Me llamo Fuentes, maestro de armas, coronel. Estos son mis muchachos, y hoy han hecho una larga y dura cabalgata. Verás, Nithrom de Tor Anrok, creo que tienes bastante razón: en efecto, no nos hemos entendido. Somos hombres pacíficos, la temporada de guerra ha terminado, y simplemente nos dirigimos a casa. Lo único que pedimos es hospitalidad.

—Y eso, me temo, es la única cosa que no podemos ofrecer.

—¿Sabéis? —dijo Fuentes al mismo tiempo que se volvía en la silla para hablarles en tileano a sus hombres—. Si ese tipo de protesta me hubiese sido presentada por un pobre campesino famélico, yo podría haber templado mis modales con respeto y humildad. Pero cuando procede de un cuarteto de guerreros armados..., bueno, comienzo a tener mis dudas. Viniendo de gentes como ésta... —hizo un gesto hacía atrás para señalar a Nithrom y sus compañeros—, bueno, apesta a hostilidad.

—Maese Fuentes —dijo Nithrom en un tileano claro y bien pronunciado—, los dos sabemos que si los humildes campesinos os hubieran recibido en esta puerta para negaros el acceso a la aldea, los habríais asesinado sin pensarlo dos veces. Tal vez mi presencia y la de mis camaradas hagan que lo pienses por segunda vez. No atravesarás ileso el foso.

Fuentes se encogió de hombros como si le importara un ardite. Hizo girar al caballo y regresó a través de los hombres que aguardaban a la luz de las antorchas.

—Estamos vencidos —oyeron que les decía a sus hombres—, total y absolutamente por esta fuerza abrumadora. Marchémonos.

Gilead se tensó. Oyó que Harg imprecaba en voz baja detrás de él.

—Ahora llega... —siseó Vinze.

Con la espalda aún vuelta hacia ellos, Fuentes bajó una mano con brusquedad y la primera docena de mercenarios lanzaron sus caballos al galope hacia el tosco puente

al mismo tiempo que desenvainaban las espadas.

—¡Hacedles frente! —bramó Nithrom.

Los cuatro defensores se lanzaron a la carga y chocaron con la vanguardia de la falange que se encontraba embotellada sobre el puente, así que sólo tres podían cabalgar lado a lado.

Nithrom atravesó al primer tileano con su espada de plata mientras Harg se abría brutalmente paso hacia el grueso de ellos, rugiendo como un oso herido y describiendo círculos con el hacha. Dos de los jinetes, uno sin cabeza, cayeron por la izquierda del puente al foso.

Gilead cargó, desvió una estocada con su escudo a la vez que se inclinaba, y luego derribó al tileano del caballo con un tajo que lo abrió desde el vientre hasta el mentón. La espada de acero azul de Gilead había cortado el peto, y las aleteantes mitades de metal cayeron con el cuerpo.

Vinie estaba junto a él, derribando a un tileano del caballo a golpes de escudo mientras hundía el espadón por las rendijas de los ojos del casco del tileano que estaba detrás del primero.

Al cabo de diez segundos, las tablas del puente del foso estaban empapadas en sangre y sembradas de muertos y agonizantes. Los caballos que habían caído dentro del foso chillaban y relinchaban como banshees. Al otro lado de las defensas, Fuentes se volvió con el rostro entonces brillante de furia, y sacó dos espadas cortas curvas, una con cada mano, mientras guiaba al caballo con las rodillas.

—¡A por ellos! ¡A por ellos! ¡Matadlos! —chilló.

El grupo principal de tileanos, cuarenta o más, acometió hacia el puente.

—¡Podemos acabar con ellos! —ladró Vinze mientras se agachaba para esquivar un golpe de espada, y lanzaba golpes al mismo tiempo que luchaba por controlar a su corcoveante caballo.

—¡Sí! ¡Podemos retener el puente! —añadió Harg, cuya hacha derramaba sangre tileana con cada arco que describía.

Pero algunos de los ágiles caballos de guerra tileanos, bajo las diestras manos de sus mercenarios dueños, ya estaban saltando el propio foso y ascendiendo por la ladera interior.

—¡Romped filas! —gritó Nithrom—. ¡Ahora! ¡Romped filas y retroceded!

Harg y Vinze, ambos a regañadientes, se apartaron, clavaron los talones en los flancos de los caballos y regresaron hacia el interior del complejo. Nithrom tuvo que chillar una segunda vez antes de que Gilead pareciese oírlo.

Y luego, los cuatro se echaron a galopar, alejándose del foso hacia la periferia del poblado, con el cuerpo principal de la partida tileana tras de ellos.

El cuarteto se metió entre las primeras chozas al galope tendido, en dirección al patio público y el montículo. Los primeros tileanos que los seguían cayeron como

pedras; los caballos se desplomaron de lado y aplastaron a los jinetes desarzonados cuando las flechas los mataron en rápida sucesión.

Bruda apareció sobre el tejado de la primera choza, y tensó el arco con sus poderosos brazos. Cayó un tercer jinete, y luego, un cuarto. Ella profirió un alarido de alegría.

Varios mercenarios más habían pasado de largo al interior, y entonces estaban reunidos en un rincón del patio público. Se produjo un destello y un rugido, y otro cayó de la montura como derribado por un golpe tremendo. El compañero que tenía a su lado se sobresaltó, intentó hacer que el caballo volviera y murió cuando un proyectil de plomo hizo estallar la cabeza de su corcel, pasó a través de ésta y le perforó el pecho.

Tras volver a cargar sus armas de fuego, Dolph y Brom hicieron correr a sus caballos. Dispararon de nuevo, y otros dos corceles corcovearon y se desplomaron. Luego, se encontraron en medio del grueso de la carga. Los gemelos de Ostland enfundaron las mortales pero lentas armas de fuego y cargaron con las mazas. Rompían cabezas mientras sus armaduras de latón destellaban a la luz oscilante de las llamas.

Cloden había desmontado. Un espadón como el suyo daba mejores resultados si se luchaba a pie. Rodeó una de las miserables cabañas y atacó con su enorme espada al siguiente grupo formado por unos pocos tileanos que corrían al galope. Su primera estocada atravesó completamente a un hombre, al igual que al caballo, que daba brincos.

Nithrom, Harg, Vinze y Gilead se volvieron para hacer frente a la incursión, tras haberlos atraído al abrazo mortal de la parte inferior de la población.

Le Claux salió a la carga desde la oscuridad y levantó a un tileano del caballo tras ensartarlo en su lanza, para luego proferir una sonora carcajada triunfante.

Como un fantasma terrible de tiempos remotos, la noble figura de Caerdrath también salió de su escondite y cargó con el corcel al galope. Cada una de sus seis jabalinas dio en el blanco, y luego desenvainó la espada, momento en que se transformó en un borrón implacable que segaba a la caballería tileana como si friese maíz.

En el calor de la feroz lucha, Gilead asestaba estocadas a su alrededor, cercenando extremidades y cabezas, destrozando escudos y rompiendo espadas. Por primera vez en mucho tiempo sentía que había encontrado su lugar. Se hallaba en compañía de orgullosos guerreros, por harapientos que fuesen, que luchaban por una causa definida.

Aún asestaba estocadas cuando los tileanos se batieron en retirada, destruidos y rechazados. Gilead vio que Fuentes cabalgaba con no más de media docena de hombres hacia el puente del foso. Los guerreros de Nithrom habían matado a casi

cuarenta tileanos.

Bruda volvió a proferir un grito de alegría, y Vinze se unió a ella en los vítores mientras cabalgaba por las calles sembradas de cadáveres. Gilead bajó la espada e intentó contener el furor que lo inundaba.

En lo alto, la empalizada del montículo interior brillaba con las luces de un centenar de antorchas que sugerían una guarnición de tremendo poder. Erill había cumplido con su trabajo, y el primer ataque había sido repelido.

Los vencedores, que estaban de un humor exuberante, regresaron al recinto interior, y la puerta fue cerrada y barrada tras ellos. Dolph y Brom, siempre prácticos y con los pies sobre la tierra, sugirieron que el inmediato curso de acción debería ser asegurar y reforzar las defensas del foso inferior, ya que parecía evidente que los tileanos regresarían bastante pronto.

Nithrom pensó que era un buen consejo, pero no lo siguió. Empezar por la noche un trabajo semejante sería algo ingrato y duro, además de difícil de coordinar. Quería darles tiempo a los guerreros para descansar y disfrutar la victoria. Por esa noche, se limitarían a encerrarse en el recinto interior. Si los hombres de Maura regresaban, mala suerte, pero al menos los encontrarían fortificados.

Además. Le Claux ya estaba pidiendo una bota de vino a gritos, con el rostro relumbrante de emoción y orgullo, y Harg, Vinze y Bruda no necesitarían mucha persuasión para unirse a él.

Les trajeron vino, junto con comida caliente que Erill habían ordenado preparar. Las heridas menores y los arañazos fueron curados y vendados mientras los guerreros se agrupaban dentro del salón comunal para celebrar la victoria. La notable escala del triunfo también había animado a los habitantes de Maltane. Cuando ya había pasado la medianoche, se celebraba un verdadero banquete, con muchas canciones, bebida y buen ánimo general.

Nithrom lo observaba todo desde la puerta, con una taza de cerveza en la mano. Vio a Harg y Bruda bromeando y riendo, a medio camino de una escandalosa y suicida apuesta sobre quién bebía más, rodeados por un círculo de risueños campesinos. Cloden y los gemelos de Ostland estaban dedicados a hacer pulsos con quienquiera que lo deseara, cerca del fuego. Vinze había captado la absoluta atención de varias muchachas del poblado. Le Claux celebraba audiencia, narrando la acción como si se tratase de un poema épico, para un grupo mareado de campesinos, y sus metáforas y símbolos mejoraban con cada sorbo de vino. Incluso Gaude y Erill estaban relajados, jarras en mano.

«Esto les hará bien», pensó Nithrom. Era bueno para la moral. Bebió un sorbo de cerveza. Él vigilaría la empalizada hasta el amanecer.

De repente, Fithvael apareció a su lado, limpiándose las manos ensangrentadas en un trapo.

—Madoc vivirá, por ahora —dijo el veterano—. Le he extraído la punta. Está dormido.

Nithrom alzó la taza.

—Por ti, obrador de maravillas. Tus manos están tan ensangrentadas como las nuestras. Esta noche, tú has librado tu propia batalla de vida o muerte.

Fithvael asintió.

—Dudo que Madoc pueda volver a hablar en su vida —murmuró—. Tenía la laringe destrozada.

Nithrom suspiró al oír eso.

—Una tragedia. ¡Con las historias que puede contar del tiempo que pasó con los templarios!

—¿Madoc fue un caballero del Lobo Blanco?

—De gran renombre. Jefe de la Orden Dorada, valeroso en la batalla. ¿No has reparado en su piel de lobo y su martillo de guerra?

—Pero ¿ya no lo es?

Nithrom sonrió.

—Él... actuó de una manera que trajo deshonra sobre su regimiento, y lo expulsaron del templo. Desde entonces ha sido un soldado de fortuna.

—¿Qué hizo? —quiso saber Fithvael.

—Se negó a matarme. —Nithrom volvió a beber un sorbo, con la mente obviamente centrada en lejanos recuerdos—. Es lo más valeroso que hizo, eso de echar a rodar su carrera para ayudar a un amigo, especialmente a uno perteneciente a otra raza. Algún día te contaré la historia, Fithvael te ruin. Ahora sólo te diré esto: aunque lo expulsaron con deshonra, jamás he conocido a un hombre más honorable; con sus amigos, con lo que realmente importa. —Nithrom se volvió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—Alguien tiene que hacer guardia, y por esta noche ya le he pedido más que suficiente a este valeroso grupo.

—Yo haré guardia contigo, amigo mío, si me lo permites —dijo Fithvael—. Podemos vigilar el poblado y hablar de los viejos tiempos.

* * *

Gilead Lothain se encontraba sentado a solas, indiferente a la celebración y contemplando las llamas del hogar en el fondo del salón comunal. De pronto, tomó conciencia de la figura que tenía junto a él, y alzó los ojos. Era Caerdrath. El elfo llevaba un vaso de vino en cada mano y le ofreció uno a Gilead. El último hijo de Tor Anrok lo aceptó con una inclinación de cabeza, que Caerdrath interpretó como una

invitación tácita para que se sentara a su lado. El elfo se había quitado el yelmo, pero aún llevaba la larga cabellera trenzada sobre el cráneo. El destellante labrado de su armadura estaba salpicado de sangre tileana.

—Me llamo Caerdrath Eldirhrar tuin Elondith, nieto de Dunclanid Tea Flameante, de la estirpe de Tyrmaltbir y de los clanes de Saphery Superior y las Colinas de Mármol.

—Gilead te tuin Lothain, de Tor Anrok.

Bebieron el uno a la salud del otro.

—Estamos solos aquí —comentó Caerdrath, aunque era obvio que lo decía en sentido simbólico, puesto que el lugar estaba abarrotado de cuerpos vivos—. Viejo Mundo, sangre vieja. Tu compañero, Fithvael, se mezcla mejor con la raza humana, y Nithrom es tan mundano que ya no es un elfo, ni es un hombre.

—¿Lo desprecias por eso? —preguntó Gilead.

—Ni por asomo. Nithrom es el amigo más fiable que conozco. Se ha hecho un sitio propio en este feo mundo. ¿Por qué otro motivo cabalgaría yo con él?

—Pero ¿qué te ha traído aquí, Caerdrath Eldirhrar tuin Elondith?

Gilead disfrutaba de la oportunidad de hablar el antiguo alto elfo con todas sus frases formales. Era como una música antigua recordada a medias.

Caerdrath no le respondió de manera directa.

—Nithrom me ha contado que tú y Fithvael sois los últimos de vuestra casa; que te has aventurado por este amargo mundo para buscar rastros de nuestro casi extinto pueblo.

—Así es.

—Entonces, somos afines también en eso. También yo he acudido al mundo humano para descubrir el pasado. Los antiguos reinos, las ciudades perdidas, la mayoría de ellas enterradas ahora bajo los cimientos de nuevos asentamientos humanos, al parecer. Deseaba encontrar rastros del mundo que hemos perdido. Nos parecemos.

Esa idea conmocionó a Gilead. Desde..., bueno, desde siempre, según le parecía —desde que había muerto Galeth, al menos—, se había sentido impulsado a buscar los olvidados restos de la raza antigua. También se había sentido como un ser diluido, sólo un eco del pueblo elfo, deslucido por el estúpido mundo humano. Pero allí tenía a un antiguo, mucho más glorioso que él mismo, un ejemplo de la mismísima maravilla que había estado buscando..., y que profesaba exactamente la misma finalidad que él. Era una revelación que lo serenaba. Durante tanto tiempo había estado intentando recuperar su herencia..., y allí tenía una parte de ese origen, puro y sin mácula, igualmente perdido e igualmente insatisfecho.

—Nuestra época ha pasado, Gilead te tuin Lothain —comentó Caerdrath, como si captara sus pensamientos—. Nuestras estrellas se han ocultado. Se aproxima con

rapidez el día en que deberemos apartarnos de la bruta humanidad para siempre.

—Tengo un favor que pedirte —dijo Gilead.

—Te lo haré, si está en mi poder.

—Cuando acabemos con esto, con esta pequeña guerra, quiero ver los picos de Ukhuan antes de morir. Muéstrame el mejor camino, las rutas que deberé seguir.

—Haré algo mejor que eso, Gilead te tuin Lothain. Yo mismo he permanecido demasiado tiempo en este mundo agotador. Cuando acabemos aquí, viajaré contigo de regreso a Ukhuan, y celebraremos juntos en la mesa de mi padre, en las Colinas de Mármol.

* * *

Gilead despertó después del alba. El salón estaba fresco y el aire saturado de olores a humo y cocina. Unos pocos aldeanos dormían sobre los juncos del piso, y Le Claux estaba sumido en un profundo sueño, en un rincón.

Tras quitarse el justillo de cuero y la camisa interior, Gilead salió a la fría luz diurna. El cielo era brillante y gris, y amenazaba lluvia, y la puerta de la empalizada interior estaba abierta. Unas mujeres campesinas lavaban cacerolas y bandejas en un abrevadero, y avanzó hacia ellas, desnudo hasta la cintura, para hundir la cabeza y los hombros en el agua. Las mujeres se agruparon con recato cuando sacudió su melena de cabello blanco.

Él inclinó la cabeza con cortés galantería para darles las gracias, y se encaminó hacia la puerta con el justillo y la camisa interior doblados bajo el brazo derecho.

Desde la puerta, bajó la mirada hacia Maltane, fea y severa bajo la deslumbrante luz del nuevo día. Del foso, en el extremo norte, ascendía humo negro y rancio, que el viento llevaba hasta él. Podía ver gente que trabajaba en la parte inferior de la población, la mayoría habitantes.

Tras ponerse la camisa, bajó tranquilamente el montículo hacia las calles de Makane.

* * *

Nithrom había despertado temprano a los que había podido, y los había enviado a trabajar. Dolph y Brom, que, con sus armas de artificio y sus mentes tácticas, le daban a Gilead la impresión de tener almas mecánicas, habían comenzado a organizar las obras de defensa. Era obvio que Nithrom los valoraba por su habilidad estratégica y

de ingeniería. Gilead vio que unos habitantes de la población trabajaban en equipos para ensanchar el foso exterior, y otros usaban la tierra que sacaban aquéllos para llenar sacos con los que hacer más alto el baluarte interior. En el patio público, Bruda entrenaba a algunos de los hombres jóvenes de Makane —y al menos a tres de las mujeres jóvenes más fuertes— en el tiro con arco. Mientras sus alumnos tensaban, disparaban y erraban una vez más los blancos rellenos de paja, ella le dedicó a Gilead una ancha sonrisa al pasar.

Gilead vio a Gaude, que entretenía a un grupo de niños, y a Erill, que supervisaba a los pobladores mientras éstos apilaban balas de paja empapadas en brea en las esquinas de las calles. Abajo, junto al foso exterior, Dolph y Brom, ambos desnudos de cintura para arriba y lustrosos de sudor, supervisaban los trabajos de excavación.

También vio a Fithvael, sentado entre un grupo de campesinos que trabajaban con diligencia, y se encaminó hacia él. El elfo les enseñaba a hacer flechas, y algunos estaban tan adelantados en el trabajo que envolvían ya las puntas con trapos embebidos en pez.

—Fithvael —saludó a su más viejo amigo.

El compañero alzó la mirada y le dedicó una amplia sonrisa. En realidad, dudaba haber visto nunca a Gilead tan feliz y despreocupado.

—Abunda el trabajo —dijo Fithvael a modo de saludo—. Harg se ha llevado un grupo al bosque para cortar árboles a fin de hacer una empalizada alrededor del foso exterior. La mujer kislevita está formando un nuevo ejército de arqueros.

—La he visto.

—Vinze y Caerdrath han salido para explorar, por si ven alguna señal del enemigo.

—Al parecer, será mejor que también yo me busque algún trabajo provechoso —dijo Gilead, y continuó caminando hacia el foso exterior.

Nithrom y Cloden, con trapos atados en torno al rostro, vigilaban el fuego del foso. Yuntas de mulas guiadas por aldeanos con máscaras de tela similares, arrastraban los últimos cadáveres tileanos, caballos y hombres hacia la hoguera. La pira de los enemigos que habían matado la noche anterior vomitaba un humo negro y grasiento. Un par de flacos ratoneros comunes describían círculos en lo alto.

Nithrom vio acercarse a Gilead, dejó a Cloden a cargo del trabajo tras decirle una breve palabra y saltó del baluarte al mismo tiempo que se quitaba la máscara de tela.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Gilead, y el otro se encogió de hombros.

—¿Puedes cortar madera?

Gilead se encogió de hombros a su vez.

—Si tengo que hacerlo...

—Bueno, al menos puedes afilar espadas. Por la forma en que corta la tuya, veo que sabes cómo funciona una muela.

—Tráeme las espadas, que estaré encantado de afilarlas. Me siento casi inútil en medio de todo este afán.

—¡Ah, han trabajado bien desde el alba! —comentó Nithrom, mirando a su alrededor—. Hemos reforzado el foso exterior y hemos erigido obstáculos que no le van a gustar a la caballería, así como unos cuantos trucos más. Cuando Harg regrese con la madera, alzaremos un sólido baluarte por el interior del foso.

Gilead señaló la avenida principal, que conducía al patio público y al montículo.

—Deberías conseguir algunos toneles o planchas sólidas y levantar allí unos cuantos puntos en los que parapetarse, a la izquierda, ¿lo ves? Puede ser que el baluarte entorpezca a los jinetes, pero unos cuantos buenos nidos de arqueros romperán la continuidad de la calle y le impedirán a la vanguardia subir con rapidez en caso de que logren entrar.

Nithrom se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—Bien dicho. Pondré a trabajar en ello al anciano, a Swale. Es un diablo con la fuerza de un gigante. Tal vez podrías explicarle lo mismo que a mí.

—Por supuesto.

—Y he hecho lo que sugeriste... El agua de las tinajas del sótano de la casa de la villa ha sido renovada y los recipientes vuelven a estar llenos.

—Habrías pensado en ello sin mi ayuda.

Nithrom le dedicó una ancha sonrisa y estrechó las manos de Gilead con fuerza entre las suyas.

—Por los antiguos dioses, ¡qué bueno es tenerte aquí, Gilead te tuin! ¡El espíritu de Tor Anrok mantendrá este lugar a salvo!

Carros tirados por mulas y cargados con madera acabada de cortar se aproximaban procedentes del bosque. Sobre el primero, con el pecho desnudo, Harg agitó su enorme hacha para saludar al poblado.

Pasó una hora en ayudar a descargar los árboles expertamente talados por Harg y subirlos hasta su sitio, y luego otra hora para enseñarle al viejo Swale y a cuatro de sus nietos a construir parapetos angulares a lo largo de la calle principal. Al pasar, Dolph reparó en las defensas y asintió con la cabeza para demostrar su admiración.

Llegó el mediodía y halló a Gilead de vuelta en la fresca sombra de la empalizada de lo alto del montículo, afilando armas. Había conseguido un bloque de madera de píceas para sentarse, y una multitud de niños formaban el público, que profería exclamaciones de admiración mientras él desempaquetaba las muelas que llevaba dentro de una bolsa de hule.

Le habían llevado las armas: la espada de Fithvael, la larga espada de Nithrom, la vapuleada hacha de Harg, el sable de Bruda, el espadón de Le Claux; todas ellas, más las armas de recambio.

Se puso a trabajar para alisar mellas y arañazos, y dar buen acabado a los filos, que

luego probaba con algunos mechones de sus cabellos largos, al mismo tiempo que le explicaba cada trabajo y arma a su séquito infantil.

—Esto es una espada larga hecha por un herrero elfo. Pertenece a Nithrom, el guerrero elfo alto de armadura verde oscuro.

—¿El de cara de bueno?

—El mismo, en efecto.

—Es tu señor.

—Es mi amigo.

—¿Qué es un elfo?

—Estás mirando a uno.

Risas, algunos susurros.

—No, nosotros no robamos a los recién nacidos en medio de la noche. Vosotros, los humanos, tenéis muchas ideas erróneas sobre mi raza.

—¿Qué es un humano?

Risas y algunos puñetazos juguetones.

—Fijaos en cómo paso la piedra con movimientos largos y continuos. Un poco de aceite..., y ahora el borde está bien afilado, ¿veis?

—¡Yo podría hacer eso! —dijo un muchacho alto que estaba en primera fila.

—Entonces, puedes acercarte hasta aquí y hacerlo. No, déjala descender a lo largo de tu pierna. Eso es. Otra vez. No..., en contra del metal. Así.

—¿Estoy haciéndolo?

—Sí, así es. Muy bien. Ahora ambos lados, fíjate, y los dos filos de ambos lados. Así está bien.

—¡Parece fácil! —dijo una niña cerca de su hombro.

—Ven aquí y prueba. Veréis, ésta es la cimitarra de la mujer kislevita pelirroja.

—Es hermosa —dijo el muchacho que ya estaba trabajando.

Más risas y algunas mofas.

—Lo es, y también lo es su cimitarra —asintió Gilead, y luego le habló a la niña—. Pásala con movimientos largos y limpios. Cuidado, no te cortes con el filo. Y esta arma tiene un solo filo, así que acabarás en la mitad de tiempo que con las otras.

—¿Por qué tiene uno solo? —preguntó un niño pequeño.

—Es un arma diseñada para asestar cuchilladas en lugar de estocadas. ¡Se la usa así!

Algunas exclamaciones ahogadas; algunos niños que retrocedían.

—Es muy diferente de ésta. Es mi espada. La de mi hermano, de hecho; él me la dio. Es más alta que tú, ¿eh? Está hecha para asestar cuchilladas y también estocadas.

—¡Ah! ¡Ah! —Más exclamaciones emocionadas.

—Vamos a ver, coge una piedra y ven aquí... Así, muy bien. Un poco de aceite... No, no demasiado... Ahora, pásala lo largo del filo hasta la punta. Bien.

Surgió una pequeña industria en torno a él, pequeños rostros concentrados y decididos. Gilead sonrió.

—Y ahora, ¡la gran hacha del hombre de Norsca! ¿Quién es lo bastante valiente para afilarla?

Se alzó un bosque de manos sucias.

—Tú..., ven. Esto tiene su truco. Frota la piedra en ambos sentidos. Mantén el mango apoyado en el suelo. Sí, muy bien. Adelante y atrás.

»¡Y aquí tenéis un espadón, forjado en Carroburgo! ¿Habéis visto alguna vez una espada tan grande? Necesitaremos por lo menos a dos de vosotros. Tú... y tú, muchacho, el de las pecas. Ven aquí...

La tarde acababa, y todas las armas estaban pulidas y afiladas. Gilead trabajaba con la última —el fiable espadón de Le Claux—, con los últimos niños agrupados junto a él. La mayoría se había ido marchando a intervalos, puesto que abajo, en el poblado, sucedían cosas que les interesaban más. Una mujer le había llevado un plato de estofado y cerveza, pero había quedado allí, intacto, y la comida se había enfriado.

El trueno resonó en la fría y ventosa lejanía. Estaba a punto de estallar la tormenta de verano que había amenazado durante todo el día. Las primeras gotas comenzaron a caer sobre el suelo.

Gilead sintió... algo. Se levantó con el ornamentado espadón de Le Claux preparado hacia adelante.

Se encaminó en dirección a la puerta, y algunos niños se precipitaron tras él. Abajo, apartados del flanco de las colinas septentrionales, se veían dos jinetes que galopaban hacia Maltane a toda velocidad y levantaban una nube de polvo: eran Vinze y Caerdrath.

—Entrad; de prisa —les dijo a los niños.

Maura se aproximaba.

La lluvia era torrencial cuando apareció el ejército completo de los asesinos. Se alinearon en lo alto de la escarpa septentrional, con los estandartes blancos y azules ondeando bajo el aguacero. Desde su puesto sobre un tejado plano de la parte inferior del poblado, Fithvael suspiró. Nithrom había calculado unos doscientos hombres, y la noche anterior habían enviado a cuarenta hacia la muerte. Pero no había manera de equivocarse al ver el ejército que se alineaba allí arriba: eran trescientos como mínimo.

El batir de tambores descendió por la ladera del valle hasta Maltane amortiguado por la lluvia. La infantería tileana tocaba a marcha. Mientras Fithvael observaba, aparecieron más a la vista: grupos de caballería, más escuadrones de infantería y carros de dos ruedas tirados por seis caballos, que transportaban enormes cañones.

Fithvael desvió la mirada hacia el otro lado de los tejados, y vio que Nithrom ya estaba montado sobre su corcel y aguardaba en el patio público. Le Claux y Caerdrath

se encontraban con él. Nithrom reparó en la mirada del veterano elfo y le pidió paciencia con un gesto.

«Sí, esperaré —pensó Fithvael—, aunque es la mismísima muerte que viene a llevarseme».

Esa vez no habría parlamentos. Fuentes le había llevado las noticias al jefe y había sellado así la destrucción de Maltane. Fithvael, con los ojos entrecerrados para protegerlos de la lluvia y ver mejor en la luz mortecina, podía distinguir a una bestia de hombre sobre un caballo enorme. Trotaba a lo largo de la escarpa mientras miraba hacia abajo y daba órdenes a las hileras de caballería y soldados de a pie que se encontraban en torno a él. Su casco plateado lucía un penacho de plumas azules y blancas. Tenía que ser Maura.

Fithvael calculó la distancia y los vientos laterales, y supo que no tenía ninguna oportunidad de acertarle al jefe tileano, ni con su mejor tiro de arco. En un tejado del otro lado de la calle, vio que Bruda hacía más o menos lo mismo. Sus miradas se encontraron, y ambos sacudieron la cabeza.

«¿Qué hará, este Maura? —se preguntó Fithvael—. ¿Nos pondrá cerco? ¿Nos disparará con cañones? ¿Lanzará un ataque total con caballos e infantería?».

Personalmente, rezaba para que fuese esto último. Esperaba que aquel señor mercenario tileano fuese característico de su pueblo, entusiasta de las derrotas rápidas y arrogantemente aplastantes, logradas por fuerza humana. A eso podrían hacerle frente, pero ¿a un asedio? Una táctica semejante los mataría, y una andanada de artillería arrasaría Maltane y no dejaría nada que saquear.

Aunque, por lo que había oído de Maura, un castigo semejante sería su firma característica. Fithvael estaba seguro de que, tras la derrota y humillación de su avanzadilla, Maura no deseaba otra cosa de Maltane que sus estertores de muerte.

Se oyó un toque de cuerno, y la clara nota resonó por la cuenca del valle.

Fithvael cogió el arco compuesto de factura humana que tenía junto a él. Hacía algún tiempo que no usaba uno, y era tosco en comparación con lo que él estaba habituado a usar, pero la velocidad de disparo de su fiable ballesta era demasiado lenta para lo que se les echaba encima.

Una ola de caballería descendió por el embudo del valle hacia ellos, en formación de cincuenta en fondo. El atronar de los cascos era más sonoro que los truenos de la tormenta del cielo.

Makane no tenía una caballería lo bastante numerosa como para salir al paso de una carga semejante, así que, bajo las lacónicas órdenes de Nithrom, ni siquiera se intentó. Por el contrario, los defensores aguardaron, tensos, mientras el ejército de jinetes cargaba hacia ellos, atravesando la maleza baja y la zona de pantanos que rodeaba la ciudad, ascendiendo la baja elevación hacia el foso exterior y cruzando el puente, que sólo parecía estar aún allí...

El peso de los primeros jinetes de vanguardia sobre el puente lo hundió en medio de un tumulto. La destreza de Harg con el hacha de leñador había cortado varios de los travesaños hasta dejarlos justo a punto de romperse. Al ceder el puente, los caballos y los jinetes que avanzaban al galope tendido se desplomaron y cayeron dentro del foso. Los que iban inmediatamente detrás fueron empujados a la zanja por el peso de la carga.

La caballería rompió filas y se desvió a los lados en ambas direcciones, pero, detrás, llegaba la infantería, una horda innumerable.

Algunos jinetes intentaron saltar por encima del foso, pero era más profundo que cuando lo había visto Fuentes, y el baluarte del otro lado, más alto, y estaba erizado de estacas apuntadas hacia el exterior. Más jinetes cayeron en el foso, y algunos daban saltos y llamaban a los infantes para que los ayudaran a sacar a los caballos que luchaban por salir. Otros intentaron saltar y fueron destripados por las estacas.

La vanguardia de la infantería se encontraba ya ante el foso, y muchos bajaban por él y trepaban por el otro lado. Entonces, Fithvael, Bruda y Erill, junto con media docena de habitantes de Maltane que habían demostrado cierta destreza con el arco, comenzaron a disparar y a matar a tantos como podían entre los que escalaban el baluarte.

Fithvael imprecó al ver que al otro lado del foso había equipos de infantería que arrastraban tablones y los colocaban sobre la fangosa zanja. Estaban justo fuera del alcance de su arco.

Unos pocos soldados de infantería treparon por encima del baluarte; Fithvael y Erill los mataron con tiros limpios. El elfo reparó en que el muchacho humano era bueno con el arco. Su armadura y la espada de persona adulta eran sólo para lucirlas.

Los primeros rezagados de infantería estaban ya sobre el foso, y eran más de los que podían matar los arqueros. Otros arqueros, todos aldeanos a las órdenes de Cloden, comenzaron a disparar desde la calle principal hacia el apiñamiento.

Tres hordas de tileanos habían logrado atravesar el foso, y eso fue demasiado para la desorganizada caballería que daba vueltas. Cruzaron al galope las vibrantes tablas, apartando a patadas a la infantería mientras ascendía en masa hacia el interior de la ciudad, con las lanzas y las espadas brillantes.

La primera docena cayó a causa de los letales alambres que Vinze había tendido de través en la calle. Las patas de los corceles de guerra se partían al tropezar y caer. Otros continuaron adelante porque los alambres se habían roto, esquivando los cuerpos tendidos de sus camaradas y las monturas de éstos, y galopando calle arriba.

Y más alambres fueron tensados repentinamente a la altura de la cabeza por los aldeanos que aguardaban. Los tileanos cayeron hacia atrás de las sillas con un chasquido, varios prácticamente decapitados, y los caballos continuaron corriendo.

Otros siguieron por la calle principal, hacia el patio público, bajo una lluvia de

flechas. Varios cayeron. Un cuarteto de jinetes llegó hasta la bomba de agua del poblado, donde los mataron las explosiones de las cargas de pólvora enterradas bajo el polvo del suelo por Dolph y Brom.

La caballería había perdido ímpetu, y retrocedieron cuando muchos no se habían atrevido siquiera a cruzar el foso. En su lugar, cargó hacia el interior del poblado la masa de infantería, pasando por el baluarte y el improvisado puente a una velocidad superior a la que podían matarlos Fithvael y el equipo de arqueros. La infantería ascendió en muchedumbre por la calle principal.

Fithvael vio que Nithrom hacía una señal, pero ya sabía qué hacer. Encendió una flecha con pez y la disparó contra una bala de paja embebida en brea que había a un lado de la calle. Bruda y los demás arqueros hicieron lo mismo con otras balas de paja. Al cabo de pocos momentos, la calle principal era un infierno flanqueado por llamas que les dejaba a los tileanos poco espacio para moverse. Los proyectiles comenzaron a descender por la calle cuando Dolph y Brom abrieron fuego.

Pero, en el fondo, Fithvael sabía que llegaría un punto en que todos sus trucos y habilidades serían vencidos por la tremenda superioridad numérica.

En ese momento, vio que Nithrom, Le Claux y Caerdrath cargaban contra la vanguardia de la infantería desde el patio principal, y comenzaban a diezmarlos. Tras ellos, a pie, aparecieron, girando, las mazas de Dolph y Brom.

Cloden, Gilead, Harg y Vinze salieron de repente, también a pie, del interior de unas casas situadas más abajo de la calle, para acometer a los atacantes por el flanco y empujarlos hacia los jinetes. Habían llevado la batalla a la lucha cuerpo a cuerpo.

Fithvael se dio cuenta de que no le quedaban flechas. Cogiendo la espada en una mano y la ballesta montada en la otra, saltó del tejado y cargó hacia la refriega.

El veterano elfo disparó su ballesta contra el vientre del primer tileano que encontró, y luego se puso a luchar con la espada. En la fangosa calle de paredes de madera alumbrada por el fuego de las balas de paja embreadas, había poco espacio y mucha gente. Atisbó a Bruda cerca de él, que asestaba golpes con su cimitarra y aullaba como una loba.

Vio a Erill. También el joven había bajado de los tejados, espada en mano, y lo habían rodeado casi de inmediato. Había matado a un tileano con una estocada afortunada, pero otros le lanzaban puñaladas, y el muchacho cayó.

Fithvael avanzó como pudo hacia él a través de la muchedumbre, asestando estocadas a diestra y siniestra. Erill yacía en el suelo, sangrando por un hombro herido, y tenía la vieja armadura rota y abollada.

Fithvael lanzó una estocada a la derecha con la que cortó una cabeza, y luego, a la izquierda, para abrir un vientre. En el espacio que había dejado libre, recogió a Erill y le lanzó su espada corta.

El muchacho logró cogerla en el aire. Se trataba de un arma incrustada de perlas

de unos sesenta centímetros de largo, hecha por el maestro artesano de Tor Anrok. La contempló durante un segundo al tiempo que flexionaba la mano en torno a la empuñadura.

—¡No la admires, úsala! —le gritó Fithvael.

Erill la blandió hacia la izquierda y se maravilló de la levedad del arma elfa, y cercenó el brazo de la espada de un tileano que tenía casi encima. El joven rió con repentina alegría, y se lanzó hacia la muchedumbre.

Fithvael luchó para reunirse con él, y se situó espalda con espalda con el muchacho. Los asesinos, en gran número, se reunieron en torno a ellos. El humano joven y el elfo adulto luchaban como demonios, unidos por los dioses de la guerra.

Una figura irrumpió entre la muchedumbre que los rodeaba, blandiendo una espada que destruía a los enemigos.

El recién llegado no dijo nada porque no podía. Era Madoc. Como su martillo de guerra se había perdido en la corriente del arroyo cuando cayó, recurrió a un espadón cuyo peso no le resultaba familiar, y que entonces hacía girar y cortar con casi tanta destreza como el gran martillo de Ulric.

Lado a lado, aunque los cubría la sangre caliente de los enemigos, Fithvael, Erill y Madoc defendieron la calle.

La sangre caía en hilos de la espada larga de Gilead. Había perdido de vista a Vinze y Cloden, pero esos ruidos de golpes y cosas que se astillaban sólo podían deberse a la obra de Harg y su hacha. El elfo asestó otra estocada hacia la muchedumbre, el acero azul giró, y cercenó muñecas y tráqueas. Ante él había un grupo de tileanos que se apiñaban sobre una víctima a la luz del fuego. Los mató a todos.

El blanco caballo de guerra estaba muerto, con los ojos abiertos y fijos. Le Claux se encontraba cerca, sobre el polvo, pisoteado y con la armadura desgarrada y abollada; tenía dos puntas de lanza y una espada clavadas en el torso. El caballero alzó la mirada hacia Gilead con ojos turbios.

—¿Hemos ganado? —preguntó.

Gilead calló durante un instante.

—Por supuesto, guerrero. Gracias a ti.

—Ya lo pensaba —murmuró Le Claux, con un gorgoteo a causa de la sangre que afluía a su garganta—. Tengo sed. ¿Tienes un trago?

El guerrero elfo hizo un barrido lateral con la espada y mató a un tileano que acababa de salir de la oscuridad a la luz del fuego.

Luego, se arrodilló junto a Le Claux y sacó el último frasco que le quedaba del vino elfo de Tor Anrok y que desde entonces llevaba siempre consigo. Estaba casi vacío, y el bretoniano lo acabó.

—¡Ah...! —sonrió Le Claux—. Es lo mejor que he...

El bretoniano continuó sonriéndole, pero Gilead supo que estaba muerto.

Se volvió y cortó a un bárbaro tileano de una axila a otra con su voraz espada antes de que el mercenario pudiese atacarlo como había tenido intención de hacer, y luego regresó de un salto a la batalla.

Sangre, carne de caballo, tendones, músculos humanos, bronce, hierro, fuego. Las monedas de la guerra estaban en curso y se intercambiaron hasta el alba.

Al salir el sol, los tileanos retrocedieron hacia la escarpa norte. Dejaron a setenta soldados de caballería y a ciento veinte de infantería en las llanuras anteriores a Maltane, y en las calles de su interior.

Los defensores, muchos heridos, todos agotados hasta el punto de caer dormidos, habían perdido a Le Claux y al viejo Swale, además de a otros diecinueve habitantes: cuatro mujeres, tres muchachos y doce hombres, todos los cuales habían participado en la lucha.

Sin embargo, desde cualquier perspectiva era obvio que habían obtenido otra extraordinaria victoria. Maltane se había convertido en la maldición tileana, aunque también se había transformado en un lugar de fatiga, de heridas sangrantes, de armas rotas.

Nithrom llamó a sus soldados y a los aldeanos de vuelta al recinto de lo alto del montículo. Habían hecho todo lo que podían y habían librado una defensa propia de inmortales. Si Maura continuaba entonces, no les quedaría nada más que el orgullo de haberlo rechazado la primera vez. No les quedaba nada más que dar.



Mientras avanzaba el amanecer, Maura, fiel a su naturaleza implacable, inició el segundo asalto.

Al principio, fue un sonido distante, como el de una ramita que se parte, y luego un chapoteo de fango. Fithvael y Vinze se encontraban fuera del pórtico del megarón curando las heridas de los aldeanos cuando lo oyeron.

Vinze imprecó. Volvió a oírse una suspirante tos quebrada, y luego los golpes sordos y húmedos al pie de la pendiente.

Fithvael cogió su ballesta y corrió a la empalizada. Llegó a tiempo de ver que dos de los nueve grandes cañones situados sobre la lejana escarpa norte vomitaban humo blanco. Un segundo después, llegó el sonido como de chasquido.

Cincuenta metros más abajo del foso interior salieron despedidos hacia lo alto penachos de fango.

—¿Es que no tiene calibrado el alcance? —preguntó Fithvael.

Brom se encontraba sobre la plataforma de la empalizada, junto a él, y miraba a

través del catalejo de Vinze.

—No, sólo está tomando puntería.

El hombre bajó de un salto y le lanzó el catalejo de vuelta a Vinze.

—¡Llevadlos adentro! ¡A los aldeanos! ¡Metedlos todos adentro y que bajen al sótano!

El movimiento se apoderó de la muchedumbre. Con los perplejos niños aferrados a las faldas, las mujeres los metieron a toda prisa en el ayuntamiento. Los hombres supervivientes de Maltane, unos treinta en total, cogieron sus improvisadas armas y escudos. Entre ellos había al menos una docena de muchachos que parecían demasiado jóvenes para combatir, y veinte mujeres que se negaron a ocultarse. Los guerreros de Nithrom, entretanto, estaban reuniéndose en la empalizada.

La primera bala de cañón dio en el blanco contra la torre del viejo templo situado detrás de la casa de la villa. Se oyó un rechinar de piedra perforada, y se desplomó hacia el interior una parte del tejado.

Un segundo más tarde, otra bala impactó en la empalizada exterior, partiendo tablas y haciendo estremecer la tierra. Uno de los hombres de Maltane fue arrojado de la plataforma de observación, y cayó al fango de abajo.

«Ya tienen la distancia bien calculada, que los dioses nos asistan», pensó Fithvael.

Se volvió. La puerta estalló hacia el interior y destrozó el abrevadero en una tremenda nube de piedra y agua, que mató a varias cabras. La puerta destrozada parecía muy abierta y vulnerable.

Otras dos balas de cañón entraron silbando; una atravesó el tejado del ayuntamiento, y la otra pasó a través de la parte superior de la empalizada. Se derrumbó una sección de la plataforma y cayeron otros dos habitantes de Maltane; uno se levantó, pero el otro, apenas un muchacho, quedó inmóvil sobre la marga con el lado izquierdo destrozado.

Gilead y Nithrom corrieron hasta la puerta abierta y miraron hacia abajo. Filas de escaramuzadores tileanos a caballo atravesaban a medio galope el foso exterior y penetraban en la parte inferior de la población. Detrás de ellos, avanzaban las líneas de infantería, armadas con picas, alabardas y arcos.

Más balas de cañón descendieron silbando, pasaron por encima del montículo y cayeron detrás de él, en el foso inferior.

—¡No podemos luchar contra esto! —imprecó Gilead.

—No, no podemos. —Nithrom miró otra vez hacia el exterior, y luego se volvió hacia los defensores—. ¡Adentro! Bajad al sótano. Tendrán que dejar de disparar antes de que entren las tropas. A ellas podremos hacerles frente. Necesito que dos se queden conmigo, para dar el aviso.

Todos los defensores se ofrecieron, así que Nithrom reflexionó un instante, y luego hizo su elección.

—Bruda, Dolph. El resto abajo. Gilead os conducirá al exterior cuando llegue el momento.

Incluso los de Maltane vacilaron ante aquello. Nithrom siempre le había dejado el segundo mando a Cloden, y el propio Gilead se sorprendió. Si no Cloden, entonces sin duda Caerdrath, antes que él.

—¡Haced lo que os dice! —rugió Cloden, sin hacer caso del desaire—. ¡Abajo!

Los defensores entraron y bajaron por la escalerilla hacia el interior del sótano. Cayeron más balas de cañón, que destrozaron el tejado del megarón y la cancellería del templo. Algunas impactaron contra la empalizada y destruyeron secciones. Nithrom, Dolph y Bruda se pusieron a cubierto.

En el aire cerrado y viciado del sótano, Cloden pidió calma. La tierra que los rodeaba se sacudía con los impactos del exterior, y de las vigas del techo caían polvo y fango. Los habitantes de Maltane estaban aterrorizados, y con mucha razón.

Harg se puso de pie —un enorme bulto peludo en medio de ellos—, y abrió los brazos.

—¡He conocido cosas peores que ésta, amigos! ¡Mucho peores! ¡Levantemos el ánimo y cantemos una canción!

Empezó a cantar un flemático himno de batalla de Norsca, que entonó con lentitud para que pudiesen aprender la letra y responderle, al mismo tiempo que daba palmas al ritmo del canto y de los impactos de lo alto.

Al ver el esfuerzo que hacía, la mayor parte de la partida de Nithrom intentó unirse a él: Cloden les enseñó a los niños a dar palmas; Vinze se puso a pronunciar con excesiva claridad las empastadas palabras del Norsca; Erill susurraba la letra y dirigía a las mujeres.

Brom cantaba con los demás, pero Fithvael vio que no dejaba de mirar hacia arriba con cada nuevo proyectil que caía. «Debería estar con su hermano», pensó el elfo.

También Gilead reparó en el nerviosismo del artillero, e hizo una mueca de dolor. Conocía demasiado bien el sufrimiento que conllevaba la separación de un gemelo. Se paseaba entre la apiñada muchedumbre y daba palmas para alentarlos a todos.

Madoc permanecía sentado en el fondo del sótano, cerca de los escalones, con el espadón colocado de través sobre las rodillas, y daba palmas a la vez que formaba los versos con los labios.

Fithvael se acercó a Gaude, que se encontraba acuclillado junto al cadáver de su señor, envuelto en la capa.

—¿Qué estas haciendo? —le preguntó con delicadeza por encima de la canción y los impactos.

Cuando Gaude se volvió, vio que había cogido la espada de Le Claux de las manos del muerto.

—Lo que debería haber hecho antes.

Fithvael se acuclilló cerca de él.

—Tú no eres un guerrero... —Dejó que las implicaciones de eso flotaran entre ambos.

—Ahora, puede ser que no. —Gaude se aclaró la garganta como si estuviera nervioso—. Lo fui una vez... Sir Gaude. Fui un campeón de la bendita Dama. En el Campo de Alesker, perdí el valor y el honor. Desde entonces, he seguido a este pobre tonto borracho como su escudero. Pobre Le Claux... no estaba hecho para ser caballero.

—Nos sirvió con orgullo.

—Puede ser. La Dama le dé paz, nunca tuvo el espíritu de un caballero.

—¿Y tú sí?

Gaude se puso de pie y sacó la hermosa espada de caballero de la vaina.

—Lo tuve. Creo que ha llegado el momento de recuperarlo.

Fithvael se sintió conmocionado por la pura valentía del escudero, y casi esperaba oír coros angélicos a su alrededor. Cuando empezaron a sonar, tuvo que sacudirse para volver a la realidad.

Pero era Caerdrath, que había sacado su lira elfa y estaba tocando y entonando el áspero canto de Harg. El hombre de Norsca parpadeó y volvió la cabeza, pero al ver la sonrisa en los ojos de Caerdrath, continuó. Era el sonido más extraño y plañidero oído jamás sobre la faz de la tierra. Un desamparado alto elfo de Saphery con la más pura música dorada en su voz, cantando una áspera y brutal canción épica del norte.

Cantaron juntos, en una armonía que ninguno de los presentes olvidaría nunca, y entonces, ahogados durante unos momentos los mortales impactos de los cañones enemigos, todas las voces del sótano se unieron al himno.

Los repetitivos golpes sordos de los impactos, intercalados siempre con las detonaciones de la piedra partida, los chasquidos de la madera al romperse y el estrépito de las tejas que caían, quedaron repentinamente acallados.

Hacía dos horas que estaban metidos bajo tierra. En la oscura bodega todos guardaron silencio y alzaron el rostro para mirar hacia el techo. Gilead, Vinze y Cloden levantaron las espadas. Caerdrath envolvió la lira y se puso el casco. Brom avanzó hasta el pie de la escalerilla con la maza en la mano.

Oyeron una voz lejana procedente del exterior, aunque no entendieron qué decía. No obstante, Gilead, Fithvael y Caerdrath supieron de inmediato que era Nithrom que los llamaba.

—¡Ahora! —gritó Gilead al mismo tiempo que ascendía la escalerilla detrás de Brom, que ya había trepado hasta la trampilla.

Los luchadores lo siguieron —Cloden, Caerdrath, Harg, Vinze, Fithvael, Madoc y el joven Erill—, con Gaude pisándoles los talones, aún vestido de escudero pero

armado con el espadón y el escudo de su señor muerto.

Tras ellos iban los guerreros de Maltane, los hombres, mujeres y muchachos capaces y preparados para luchar con herramientas rurales y armas oxidadas en la mano.

Gilead y Brom salieron por la trampilla y corrieron en cabeza por el megarón lleno de polvo. Del exterior les llegaban gritos, y sonidos esporádicos de combate. Apenas repararon en que el tejado de la gran estancia estaba derrumbado y abierto al cielo, y que corrían sobre tejas y vigas caídas.

Afuera, la empalizada era un vestigio de lo que había sido antes. La totalidad de la zona norte y la puerta eran una ruina de astillas. En realidad, todo el montículo interior había sido objeto de tremendos destrozos, pero la empalizada norte se había llevado la peor parte. Salía humo por doquier, y el ganado corría suelto, liberado de los establos por los disparos de cañón.

Nithrom, Bruda y Dolph defendían la brecha, codo con codo, asestándoles golpes a los soldados de la infantería tileana, que ya se abrían paso a través del foso. Nithrom había derrumbado el puente interior, pero la enorme cantidad de enemigos llegaba como un torrente y accedía al complejo de la cima.

Al cabo de un instante, Gilead estaba con Nithrom, y su espada asestaba estocadas y golpes en una danza mortal. Un momento más tarde, Brom y Vinze se unieron a Dolph, y Cloden intervino para apoyar a Bruda. Como demonios que blandieran espadas, asestaban golpes y estocadas, y arrojaban a los vociferantes asesinos contra los compañeros que los seguían.

—¡Cuidado! ¡A la izquierda! —gritó Erill cuando él los demás salían del ayuntamiento.

Más mercenarios tileanos estaban abriéndose paso a través de las tablas resquebrajadas de la empalizada, a la izquierda, donde las balas de cañón las habían golpeado.

Erii corrió hacia el lugar, con Fithvael y Gande pisándole los talones, y el trío atacó a los primeros intrusos. Fithvael vio que el muchacho manejaba bien la espada corta elfica, como si hubiese nacido para empuñarla, pero no tenía destreza ni experiencia. Sus violentos golpes carentes de método lo dejaban sin defensa ante la manada de perros mercenarios que irrumpía a través de la brecha de la empalizada, y las heridas que tenía tampoco lo ayudaban. Una estocada de alabarda se estrelló contra un lado de su rostro, y Erill cayó.

Fithvael estaba rodeado por una muchedumbre de tileanos, y blandía la espada como un salvaje.

—¡Gaude! ¡Llévate al muchacho! —chilló.

Pero Gaude también estaba ocupado. Había arrojado a un lado el escudo de Le Claux y se había trabado en lucha con el enemigo; el espadón prestado destellaba. Era

la más extraordinaria exhibición de lucha con espada que Fithvael había visto jamás en un humano. Ya fuese que lo impulsaba la aflicción o la necesidad de venganza, Gaude paraba, esquivaba y atacaba como un maestro, y su espada se movía como metal líquido.

Harg y Madoc entraron en la refriega desde detrás, y mientras Madoc atacaba con su espada, Harg se llevó a rastras el cuerpo ensangrentado de Erill. Entonces, llegaron más asesinos y se unieron a la lucha en la brecha de la empalizada.

Tras entrar y salir de la inconsciencia, Erill despertó y se encontró tendido lejos de la lucha, junto a los escalones destrozados del ayuntamiento. Se levantó, y entonces volvió a desmayarse a causa de un salvaje estallido de dolor; luego, recobró de nuevo el conocimiento y se reincorporó. Tenía el lado izquierdo de la cara insensible y frío, y por la sangre que le cubría el cuello y la parte frontal, supo que tenía una herida horrible. No podía ver con el ojo izquierdo, aunque no se atrevía a tocarse con los dedos por temor a lo que encontraría.

Pero con el ojo izquierdo veía... ¡Por los dioses, qué leyendas estaban forjándose!

En la brecha de la puerta principal, Nithrom, el poderoso elfo, se encumbraba sobre una pila de cadáveres mientras golpeaba con la espada a un lado y otro, formando una niebla de sangre en el aire. A su izquierda, Cloden, hundía el espadón largo de Carroburgo en las acorazadas cabezas de los atacantes... Los gemelos de Ostland, Dolph y Brom, reunidos en combate, golpeaban con sus mazas... Vinze y Bruda, la espada de Reikland y el sable de Kislev, reían al enfrentarse con la interminable marea de soldados de librea azul y blanca, bañados en sangre... Gilead era un borrón demoníaco que acometía al enemigo con su espada larga...

En la brecha de la izquierda de la empalizada, el canoso Fithvael, lado a lado con Madoc y Harg, asestaba estocadas y cortaba miembros en sangriento abandono. La gran hacha de Harg describía círculos y giros mientras mataba; la espada de Fithvael estocaba y golpeaba, y Madoc..., bueno, parecía usar su arma como si fuera un martillo de guerra, girando, flexionando y descendiendo a cada golpe, intentando emplear su ilimitada maestría con el martillo para sacar el máximo provecho a la espada.

Y Gaude, ¿era él de verdad? Casi perdido en la muchedumbre de tileanos, demostraba una destreza con el espadón que un humilde escudero no podía ni debería tener.

Drunn y los guerreros espontáneos de Makane también estaban en medio de la carnicería, asestando estocadas, puñetazos y cuchilladas. Erill vio caer a varios bajo la experta destreza de los mercenarios tileanos, pero ninguno murió sin honor.

Rodó de lado y vio a Caerdrath. El elfo había visto otra brecha en la empalizada y había corrido para cerrarla. Cuatro habitantes de Maltane lo habían acompañado, animados por sus gritos.

Lo que entró por la brecha no fue un hombre ni un elfo, ni nada que Erill quisiese volver a ver.

El ogro era tres veces más grande que el humano más voluminoso y de más tosca constitución. Iba vestido con harapos de color azul y blanco, y en cada uno de sus enormes puños blandía una azuela de hoja de pedernal. Los tileanos se escabullían al interior a través de la brecha, en torno a él, y lo animaban.

—¡Klork! ¡Klork! ¡Klork! —vitoreaban para que avanzara.

El ogro mató a los dos primeros guerreros de Makane que llegaron hasta él con un solo golpe de una de las azuelas. La bestia bramó y de sus dientes rotos saltaron gotas de saliva cuando el cuello fibroso alzó la boca deforme hacia el cielo.

Caerdrath llegó hasta él en tres pasos como un borrón dorado. Su espada descomponía la luz de tan rápido que volaba. Una de las enormes azuelas cayó en la marga, aún aferrada por la garra del ogro, y la sangre negra manó como una fuente en todas direcciones.

El ogro, Klork, bramó y le lanzó un golpe al elfo, pero Caerdrath esquivó la azuela mortal y, al lanzarse de cabeza, rajó con la espada un flanco del ogro.

Klork se volvió con lentitud al mismo tiempo que golpeaba, y la azuela restante abolió un lado de la hermosa armadura plateada de Caerdrath.

El elfo cayó, rodó y se puso de pie, enfrentado directamente con el ogro. Erill se tensó al ver que el alto elfo escupía sangre que caía sobre el bello peto.

Sin hacer caso del dolor que lo laceraba, Erill se puso trabajosamente de pie y encontró su espada. Mareado, corrió hacia la lucha, hacia el ogro. Un tileano cargó contra él y, de alguna manera, consiguió esquivarlo y decapitarlo con un tajo limpio en el que ni siquiera pensó.

Klork le lanzaba golpes a Caerdrath, que se movía como un rayo de un lado a otro; pero Erill comprendió que el elfo era más lento que de costumbre. La sangre manaba a través de las juntas de las placas de Ithilmar.

Erill se lanzó hacia adelante con la espada sujeta delante de él. La magnífica arma elfa se clavó en la espalda del ogro y la punta salió por la garganta de la descomunal bestia.

Klork vomitó sangre y cayó, estrellándose en el fondo del foso como un árbol talado.

Erill osciló, y vio que Caerdrath le sonreía. Luego, cuatro picas tileanas destrozaron al elfo herido, ensartándolo por todas partes.

Erill se lanzó contra los tileanos, chillando, agitando la espada manchada de sangre de ogro. Tuvo vaga conciencia de que Madoc y Cloden llegaban hasta él y se lanzaban a la brecha.

Después el dolor de la cabeza se hizo demasiado agudo, y el mundo comenzó a darle vueltas. Sonidos de acometida, fantasmas en el aire, el suspiro final de un elfo,

oscuridad.

Durante tres horas seguidas, hasta pasado el mediodía, retuvieron el montículo interior de Maltane contra las hordas que llegaban en muchedumbre desde abajo. Sólo los soldados de infantería podían subir a la cima de la elevación, dado que el foso y lo empinado de la cuesta imposibilitaban el acceso de la caballería. Muchos jinetes tileanos desmontaban y se unían a la acometida de la infantería. Los mercenarios arremetían contra el espacio en que había estado la puerta, y entraban a gatas por puntos de la empalizada que habían sido debilitados por las balas de cañón. Algunos intentaban, incluso, escalar la empalizada. Los que trepaban o entraban por pequeñas brechas no podían llevar consigo nada más largo que una espada, pero en la puerta principal, hileras de picas y alabardas atacaban a los defensores.

Sin embargo, como había predicho Nithrom, al menos el bombardeo había cesado cuando la infantería tileana se puso a tiro.

Por dos veces los asesinos lograron entrar en el espacio interior, y la derrota pareció a punto de caer sobre el frágil Maltane. En la primera ocasión, en la puerta principal, poco después de que cayeran Klorck y Caerdrath, Cloden, Vinze y Gaude efectuaron un contraataque de maníacos desde el flanco izquierdo de la entrada destruida, le cortaron la retirada al apresurado grupo de tileanos que ya estaba adentro, cerraron la brecha e hicieron retroceder a los demás atacantes con espadas que estaban tan empapadas en sangre que relumbraban con un color rojo apagado. Detrás de ellos, Harg y los gemelos artilleros de Osdand les hicieron frente a los que estaban dentro del recinto y acabaron con ellos en una refriega brutal librada sobre la marga, ante el pórtico del megarón.

En la segunda ocasión, justo antes de mediodía, un nuevo grupo de tileanos, a los que nadie vio circundar el montículo interior por el exterior de la empalizada, derribaron una sección con hachas. Esto se produjo al otro lado, al oeste, casi detrás del templo, una dirección desde la que aún no los habían atacado. El estruendo del combate que se libraba ahogó los golpes de las hachas, pero un niño, uno de los que habían ayudado a Gilead a afilar las armas, vio la incursión desde una ventana del templo donde se ocultaba. Sus alaridos alertaron a la madre y a una anciana, que atravesaron corriendo el salón comunal y les gritaron las noticias a los defensores.

Tres habitantes de Maltane lograron desenredarse de la refriega, y fueron los primeros en atravesar el recinto interior y responder al ataque. Uno era un arador llamado Galvm, alto, con hombros como un tirante de granero. Los otros dos eran un pastor y un tejedor.

Para cuando llegaron, ya había ocho mercenarios tileanos dentro de la empalizada y docenas más se esforzaban por atravesar el agujero. Iban todos sin escudo, y la mayoría estaban armados con hachas y espadas cortas, lo único que se habían atrevido a llevar al describir el traicionero circuito en torno a la empalizada. Pero dos

tenían ballestas.

El pastor cayó con una flecha clavada en el cuello antes de que el trío hubiese llegado siquiera a la distancia necesaria para luchar con la espada. El otro ballestero clavó una flecha en un muslo de Galvin, pero el valeroso guerrero no ralentizó su carrera. Mató a ambos ballesteros mientras intentaban volver a cargar sus armas, con golpes salvajes de alabarda. Era un arma tilearia que le había quitado a un cadáver en un momento anterior de la batalla, y rió ante la justicia de ese hecho. Luego, el y el tejedor que blandía una espada se encontraron en medio de los enemigos.

Dos tileanos derribaron al tejedor a golpes de hacha, pues la templada experiencia de los mercenarios superó la febril ansiedad del defensor. Luego, se echaron todos sobre Galvin, y entraron más a través de la brecha. Para entonces, Gilead se había zafado de la lucha principal ante la entrada, y corría hacia el segundo frente por la ruta más directa: a través del destrozado megarón. Saltó hacia afuera por una ventana rota del oeste, donde el ayuntamiento se unía con la pared del templo, medio derrumbada. Al pasar por el megarón logró recoger su arco largo y negro, y la aljaba, que se encontraban entre los equipos que habían dejado amontonados al llegar.

Gilead se puso de pie, bien afianzado, sobre el tejado bajo de tejas de un estercolero, desde el que veía la brecha, y comenzó a disparar flechas de plumas rojas hacia los soldados enemigos. Cada vez que tensaba el arco y lo soltaba, lanzaba una larga flecha de madera de fresno, que iba a clavarse en un cuerpo tileano. Derribó a seis, los suficientes como para que el herido Galvin pudiera moverse y abrirse paso a golpes para salir de la muchedumbre de asesinos.

Llegaron volando mas flechas Bruda estaba arrodillada al borde del tejado del propio megarón, y disparaba con su arco kislevita de doble curva. Juntos, los dos arqueros de ojos de halcón continuaron matando a los tileanos que se movían en desorden. No había adónde correr, donde ponerse a cubierto de las mortales flechas, como no fuese al otro lado de la empalizada. Mientras los últimos arañaban y gateaban para salir y dejaban doce muertos o agonizantes en la tierra removida, Bruda y Gilead dispararon también contra su espalda.

Cuando estuvieron fuera de la vista, Gilead soltó el arco y saltó al suelo, donde desenvainó la espada de empuñadura de oro. Corrió hasta la brecha y, con ayuda de Galvin, arrastró un carro de heno hasta ella para cubrirla. Cuando estuvo segura de que no aparecerían más tileanos, Bruda también bajó el arco y descendió de un salto para ayudar. El trío colocó el carro en su sitio con bastante esfuerzo, y luego usaron un azadón para apuntalarlo bien con las maderas rotas de la empalizada.

Galvin se sentó de repente, debilitado por la sangre perdida. Aparte de la herida de flecha, tenía cortes y trozos de piel sueltos en una docena de sitios. Estaba bañado en sangre de pies a cabeza, pero no era toda suya.

—¿Qué puedo hacer? —les preguntó con voz jadeante al elfo ya la kislecita.

—Vigila aquí —le respondió Bruda.

—Podrían intentarlo otra vez. Quédate aquí y vigila la brecha —añadió Gilead.

—Pero no puedo quedarme... —comenzó Galvin. Se balanceaba de manera excéntrica, pero el resonante rugido de la batalla era demasiado fuerte para no hacerle caso—. ¡Debo luchar, en nombre de Sigmar! ¡Mi aldea...!

—Entonces, recupera nuestras flechas mientras vigilas. Las necesitaremos más tarde.

Bruda le enseñó al arador cómo usar un cuchillo corto para abrir tajos y extraer las flechas sin romperlas.

Gilead y Bruda regresaron a la lucha justo a tiempo de sumarse a Nithrom y Madoc, a los que estaban haciendo retroceder los espadachines tileanos.

—¿Dónde está Caerdrath? —gritó Gilead por encima del tintineo de espadas y los roncros alaridos de dolor.

Nithrom lo miró, y se dio cuenta de que Gilead no sabía cómo había caído el otro elfo.

Abajo, el cuerno sonaba a lo largo del valle y redoblaban los tambores. Era la señal para que los tileanos se retiraran. Hasta el más fuerte asalto sólo puede mantener el ímpetu durante un tiempo tan largo sin obtener ventajas, y todas las ventajas les habían sido negadas.

Los asesinos de Maura dejaron de luchar y retrocedieron por la pendiente del montículo, y muchos echaron a correr porque sabían que los amargados defensores no los dejarían marchar sin impedimentos. En efecto, Bruda y Fithvael, y Dolph con un arco prestado, dispararon contra ellos mientras corrían, y con sus flechas mataron a media docena e hirieron a más. El foso interior y la pendiente norte del montículo estaban sembrados con los cadáveres de los atacantes del sur.

Los defensores se dejaron caer casi como un solo hombre, vencidos por el agotamiento. La mayoría de los aldeanos que habían luchado lloraban o jadeaban. Las mujeres, los niños y los ancianos salieron con precaución del ayuntamiento y el templo para atender a aquellos que aún podían recobrase.

Madoc encontró a Erill y lo llevó al megarón. El muchacho estaba sin conocimiento y la parte izquierda de su rostro era una masa sanguinolenta.

Fithvael halló a Gilead de pie y en silencio, junto al destrozado cuerpo de Caerdrath. El veterano elfo podía sentir el dolor y la angustia que latían dentro de su viejo amigo ante aquella visión; casi eclipsaba el dolor que el propio Fithvael sentía por la pérdida.

—¡Gilead! ¡Gilead! —gritó una voz que se alzó por encima de los lamentos y llantos, y se impuso al redoblar de los tambores lejanos.

Pero Gilead no se volvió hasta que Fithvael le tocó un brazo. Giró con brusquedad. Era una alta figura pálida, de aspecto asesino, con la cota de mala negra

salpicada de sangre y con ojos de un color sangre tan oscuro como sus hombreras y su capa escarlata.

Era Gaude quien gritaba. Se encontraba al otro lado del recinto interior, junto a la puerta derribada. Gilead avanzó hacia él a través de la muchedumbre de pobladores exhaustos y heridos, y Fithrael apresuró el paso para seguirlo.

Cuando se aproximaron, Gaude no dijo nada más, sino que se volvió a mirar el suelo pisoteado y empapado en sangre... donde yacía el cuerpo de Nithrom.

Vinze estaba arrodillado junto al cadáver quebrantado, y tenía entre los brazos la cabeza del elfo. Nithrom parecía dormir. Una espada tileana rota sobresalía entre sus costillas a través de la armadura de cuero con tachones.

Entonces, Fithrael sintió una punzada de dolor mucho más profunda que la experimentada por la pérdida de Caerdrath. Las lágrimas, calientes e irritantes, le escocían los ojos. Al mirar a su alrededor, se encontró con que estaban todos allí: Cloden, Madoc, Harg, Bruda, los gemelos. Los ojos de todos estaban enturbiados por el dolor. Bruda alzó el rostro al cielo y comenzó a gimotear una plegaria-himno kislecita. Cloden escupió al suelo, apartó los ojos y sacudió la cabeza con aire triste. Harg avanzó y se arrodilló con Vinze, dócil y dulce como un niño. Madoc guardaba silencio, como una estatua. Los gemelos, de modo simultáneo, hicieron la señal de bendición de Sigmar.

—¿Cómo? —preguntó Fithrael.

—En el último momento —respondió Gaude en voz baja—. Después de que sonara el cuerno, cuando retrocedían. Uno de los últimos en huir, el teniente Fuentes, por lo que pude ver.

—¡Fuentes! —Gilead siseó el nombre.

También los aldeanos estaban agrupándose allí, en silenciosa e incrédula masa. Fithrael sabía que aquél era el peor resultado posible. A pesar de todo lo que habían hecho, a pesar de la increíble resistencia que habían presentado para derrotar al salvaje enemigo, eso les arrancaba el corazón de cuajo. Nithrom era el líder de todos ellos, su jefe. Ninguno había contemplado la posibilidad de que jamás pudiese caer, ni su partida de guerreros formada por amigos y viejos camaradas, ni los aldeanos que habían creído hasta la última de sus alentadoras palabras; ni tampoco los dos elfos de Tor Anrok, los últimos de su estirpe, que lo consideraban como postrera unión con su propia herencia.

La moral de todos había muerto con Nithrom. Se alzó viento del este y el cielo, ya oscuro, comenzó a llover con un fuerte aguacero. Abajo, en el valle, los tambores tileanos volvieron a sonar y los soldados mercenarios que regresaban comenzaron a formar en líneas de escaramuza en torno al foso exterior. Aún quedaban más de diez veintenas: caballería, infantería y arqueros, por no mencionar a los equipos de artillería que aguardaban en la escarpa norte.

—Debemos reforzar las defensas —dijo Dolph.

—Reconstruir lo que podamos antes de que vuelvan —acabó Brom.

—¡Al diablo con ello! —gruñó Vinze, mientras dejaba con delicadeza la cabeza de Nithrom sobre el suelo y se ponía de pie—. Se ha terminado. Estamos listos. Marchémonos; retrocedamos antes de que puedan echársenos encima otra vez. Cojamos lo que podamos y pasemos por la parte trasera de la empalizada. Podremos llegar al bosque al caer la noche.

—¿Todos nosotros? —preguntó Gaude con amargura—. ¿Mujeres y niños? ¿Los viejos, los enfermos, los heridos?

—¡Hemos hecho lo que hemos podido! —gritó Vinze al mismo tiempo que daba media vuelta y se alejaba—. ¡Hicimos más de lo que nadie habría creído posible! — Con esto, lanzó una larga, despectiva mirada hacia Gilead—. Pero ahora se ha acabado.

—¿Los abandonamos? —insistió Gaude, y Vinze se encogió de hombros.

—Pueden acompañarnos; como ellos quieran.

—¿Y que nos cacen los perros tileanos en esos bosques? —preguntó Harg—. Sabes que Maura no nos dejará marchar así como así, Vinze. Saldrá de cacería tras nosotros.

—¿Sin comida, provisiones, agotados como estamos todos? —Cloden completó el cuadro—. ¿Y ellos bien abastecidos y ansiosos por derramar sangre? Algunos de nosotros podríamos escapar: los más capacitados físicamente, tal vez; los que pueden cabalgar y luchar en caso necesario; los que han hecho una carrera de la habilidad de escabullirse como ladrones.

Vinze dio un paso hacia el de Carroburgo, y luego se volvió a un lado.

—¡Maldito seas, Cloden!

—Nos quedamos a luchar. Acabaremos esto —insistió Cloden con firmeza—. Nos... —Se detuvo en seco y se volvió hacia Gilead—. Perdóname, señor, estoy olvidando el sitio que me corresponde. Nithrom te nombró a ti como su sucesor. Yo... estoy demasiado acostumbrado a ser el segundo al mando.

Fithrael se tensó. Por un largo rato pensó que Gilead podría no responder. El hijo de Lothain era un bastardo arrogante en sus mejores momentos, pero entonces, rodeado por los esclavos humanos a los que despreciaba, con Nithrom y Caerdrath muertos... no sería un buen instante para comportarse de acuerdo con su naturaleza, para imprecicar y maldecirlos a todos, para desesperarse y dejar que sus negros estados anímicos se apoderaran de él como habían hecho durante toda su vida. Sin embargo, Gilead escogió ese momento para sorprender a su compañero.

—No me siento ofendido, Cloden. Tal vez lo mejor sería que tú desempeñaras el papel que ya conoces.

Cloden sacudió la cabeza.

—Nithrom te nombró a ti. Lo hizo por alguna razón. Por tres veces me salvó la

vida en combate, Nithrom te tuin, y otras tantas veces mediante la palabra, porque lo escuché. Nithrom te nombró a ti, y para mí basta.

Gaude y Madoc asintieron ambos con la cabeza, y también lo hicieron los gemelos.

—Da —añadió Bruda.

—Por su voluntad, debes ser tú el jefe —convino Harg. Gilead miró a Fithvael.

—¿Tienes que preguntármelo, viejo amigo? —respondió el veterano elfo.

Luego, Gilead se volvió a mirar a Vinze.

Vinze guardó un momento de silencio, y luego se giró con una ancha sonrisa y un encogimiento de hombros. En su rostro había tristeza, pero la sonrisa era genuina, el aire de un bribón, brillante como una llama transparente.

—Si todos estos idiotas están de acuerdo... —respondió. Gilead se volvió y miró hacia el pie de la cuesta a través de la puerta. El regimiento de Maura estaba reuniéndose al otro lado del foso, y podía ver fuegos de campamento. No volverían a acometerlos hasta que no hubiesen descansado y comido, pero podrían atacarlos con los cañones.

—Llevad a los muertos dentro y tendedlos de cuerpo presente en el megarón —dijo Gilead—. Luego, que bajen todos al sótano. Los cañones volverán a hablar antes de que acabe el día. Tú, y vosotros tres —escogió a algunos de los niños de más edad que habían afilado armas con él—, haced guardia aquí arriba. Entrad con nosotros si disparan los cañones. Si eso sucede, no os quiero aquí afuera. Pero gritad si veis que vuelven.

Ansiosos, los niños corrieron a la puerta.

—¿Qué hacemos con las defensas? —preguntaron Dolph y Brom con una sola voz.

—Ya no tiene sentido valerse de ellas. Los perros tileanos derribarán con los cañones cualquier cosa que nosotros podamos construir. Necesitamos un plan mejor.

El sótano era tan sórdido y estaba tan sucio como ellos lo recordaban. Entonces también había heridos allí abajo, que colmaban el aire con sus gemidos y el hedor de sus heridas abiertas. Se repartió agua y comida, aunque las reservas comenzaban a estar bajas. Fithvael hizo lo que pudo por Erill y el muchacho estaba otra vez consciente, con el rostro envuelto en vendas.

—Tendrás una buena cicatriz —comentó Fithvael con una risa entre dientes, mientras le quitaba las vendas y le aplicaba emplastos de hierbas sobre las heridas.

—Caerdrath ha muerto. Yo vi cómo sucedía —susurró el muchacho.

—Lo sé.

—Una mujer me ha dicho que Nithrom también cayó.

—Me parte el corazón decirlo, pero... sí, cayó, y entregó la vida. Valiente hasta el final.

—Ponme en forma. Ponme lo bastante bien como para que pueda luchar con vosotros.

—Tienes una fea herida, muchacho, y el ojo, bueno, lo...

Erill se sentó con elegancia.

—No me importa. Ponme lo bastante en forma como para que pueda resistir con vosotros hasta el final. Necesito hacerlo. Me importa un comino si caigo muerto un momento después de que el último de nosotros sea vencido, o después de que haya huido el último de ellos. Necesito luchar ahora, por amor a mi padre.

Fithrael se detuvo al darse cuenta de que hasta entonces no había entendido realmente por qué Erill estaba con ellos. Los otros eran todos viejos camaradas de Nithrom que habían luchado, habían guerreado y habían bebido a su lado, y todos tenían una deuda de batalla o un juramento de sangre con él. Pero ¿éste? Fithrael había supuesto que Erill estaba allí porque pretendía hacer carrera como soldado de fortuna, y Nithrom le había dado una oportunidad.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Nithrom... era mi padre.

Fithrael dejó las hierbas en el suelo. Una cosa semejante no era del todo insólita en los cuentos, pero a pesar de todo... ¿Uno de la raza de los elfos y una mujer humana? Eso podría explicar el aspecto frágil del muchacho y su grácil fuerza física. De hecho, entonces que Fithrael se detenía, creía detectar algo nuevo en la herencia del muchacho. Y sin embargo, ¿era verdaderamente posible que las dos razas se mezclaran de ese modo?

—¿Cómo?

—Fui criado en una aldea cercana a Altdorf. Mi madre siempre me dijo que mi padre había muerto en una guerra del Imperio, cuando lo reclutaron para llevarlo al este. Pero al morir ella de fiebres cuando yo tenía dieciséis años, apareció Nithrom. Él me contó la verdad y se ocupó de mí.

Fithrael suspiró. Pensó en Nithrom dando vueltas por aquel tosco mundo, haciendo amistades, librando guerras, hallando consuelo para su soledad entre la especie humana de breve existencia. Nithrom había dejado a un lado las viejas costumbres de un modo tan definitivo y absoluto del jamás logrado por Fithrael y Gilead. Se había convertido en parte de eso que los humanos llamaban inocentemente el Viejo Mundo, no en un observador fantasmagórico que moraba en su periferia. Había vivido la vida y había criado aquel niño humano para que fuese un hijo del cual sentirse orgulloso, por muy contrario a las viejas costumbres que eso fuera.

Fithrael experimentó el dolor más profundo y terriblemente vacío de toda su existencia. Necesitó unos momentos antes de hablar otra vez, así que se ocupó en volver a vendar la herida y se alejó del muchacho tumbado en el camastro para regresar un poco más tarde con la espada larga de Nithrom.

—Úsala bien, Erill te tuin —dijo al ponerla en las manos del muchacho. Resultaba irrelevante si el relato de Erill era o no cierto, cuando estaban tan cerca de perderlo todo.

—Ya tengo la tuya —susurró Erill al mismo tiempo que señalaba la espada corta que le había prestado Fithvael—. La manejo sin problemas.

—Así debe ser. Y la espada de tu..., de tu padre, la manejarás todavía mejor. Vivirás, Erill. Si puedes levantarte, levántate. Si puedes luchar, lucha. Yo no te detendré. Te lo has ganado.

* * *

—¿Así que estamos aquí sentados esperando a que vengan? —preguntó Bruda mientras afilaba su cimitarra con una muela.

Gracias a Galvin, su aljaba —y también la de Gilead—, estaba casi llena otra vez. Entonces, el arador herido era atendido en el fondo del sótano.

—No —respondió Gilead—. Responedme a esto... —Los miró a todos, a los restantes soldados de fortuna que se encontraban sentados o de pie por la bodega—. ¿Cómo nos han causado más daño, ellos?

—¡Con sus condenadas espadas, maldito seas! —espetó Harg.

—No, el daño mayor —insistió el elfo con paciencia—. ¿Qué estuvo a punto de hacernos renunciar?

Madoc hizo un gesto. Primero intentó hablar, pero su boca chasqueó sin pronunciar palabra. Al recordar que no podía hacerlo, dibujó en el aire con un dedo índice la runa elfa inicial del nombre de Nithrom.

—Exacto. Mataron a nuestro líder. Durante un rato después, estuvimos perdidos, al borde de la derrota.

—Por lo que estás diciendo —comentó Vinze con frialdad—, supongo que tienes algo que proponernos.

—Ya veo adónde quiere ir a parar —dijo Gaude.

—Y yo —añadió Cloden.

—¡Maura! —exclamaron los dos gemelos a un tiempo.

—Maura el Asesino. Justo. —Gilead sonrió, y su expresión no era tranquilizadora.

—Esas escorias se han lanzado contra nosotros una y otra vez, y han pagado el precio. ¿Acaso volverían si no tuvieran detrás a ningún gran asesino con un látigo? Si Maura estuviera muerto, ¿qué harían? ¿Atacar? Yo no lo creo. Renunciarían y echarían a correr.

—Así que —dijo Vinze al mismo tiempo que se levantaba y bebía un trago de una bota— tu plan es matar a Maura y dejarlos como un cuerpo sin cabeza. Bien. Vamos

allá. ¡Ah...!, sólo una cosa más: ¿cómo demonios vamos a hacer eso?

Gilead llamó a Drunn, el pastor, que se les acercó.

—¿Qué edad tiene este poblado? —le preguntó al demacrado hombre maduro.

—Es más viejo que mi memoria o que mi familia, señor —replicó el hombre.

—¿Y el ayuntamiento y el templo?

—Hace años que están aquí, generaciones; la ciudad creció en torno a ellos. El padre de mi padre decía que en tiempos del padre de su madre, o era en tiempos de su tío abuelo.

—Eso no importa ahora mismo.

—No; estoy seguro de que no. En cualquier caso, en otros tiempos esto fue la casa solariega de un noble, las construcciones de aquí, en lo alto del montículo; antes de que fuese una aldea, decía mi familia. El templo es de esa época. El ayuntamiento es más moderno, por supuesto. El Gran Fuego de Invierno de cuando mi bisabuelo era joven se desmoronó, y construyeron otro. Parece que vamos a tener que volver a hacer lo mismo, si tenemos oportunidad.

—¿Y esta bodega?

—¡Ah!, es una reliquia de tiempos antiguos.

—¿Y esto? —Gilead se deslizó detrás de una de las grandes tinajas de agua y levantó una losa suelta. Debajo había un oscuro pozo húmedo.

—¡No sabía que eso estuviera allí! —dijo Drunn, con una expresión de asombro pintada en el pálido rostro.

—¿Cómo lo has descubierto tú? —preguntó Fithvail.

—Lo advertí la primera vez que bajamos aquí. Estaba buscándolo. Los humanos que construyen fortalezas nunca se quedan sin una salida trasera.

—Muy impresionante —murmuró Bruda.

—Pero ¿cómo sabes eso? —insistió Fithvail.

—Me lo dijo Nithrom —respondió Gilead tras una pausa. Tosió y continuó—. He aquí lo que debemos hacer ahora: bajar allí y seguir el pasadizo hasta el exterior, y podremos salir de este montículo sin que se enteren los asesinos. Así llegaremos hasta Maura.

—Pero ¿adónde puede conducir el pasadizo? —preguntó Dolph.

—¿Adónde va a salir? —añadió Brom, y Gilead se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. A los bosques, lejos de la aldea si sigue las pautas habituales. Yo sugiero, si estamos de acuerdo, que enviemos a averiguarlo a alguien que esté habituado a escabullirse de los sitios.

Todos se volvieron a mirar a Vinze, el cual parpadeó y se puso de pie para coger una lámpara.

—¡Oh, será un enorme placer! —dijo con sequedad. Encendió la lámpara y avanzó hasta el agujero sin más protestas, donde Gilead lo sujetó de los brazos mientras

bajaba.

Antes de soltarlo, Gilead clavó sus ojos en el ladrón de rubios cabellos.

—No querías ni soñar lo que sucedería si no regresaras.

—Lo sé. Confía en mí, elfo. —Le hizo un enorme guiño—. Nithrom siempre lo hizo.

Justo antes de la cuarta hora de la tarde, los tíleanos reiniciaron los cañonazos. Los niños que Gilead había puesto a vigilar sintieron los primeros impactos más que los vieron. Luego, saltaron al aire fuentes de fango líquido de la rajada tierra de la pendiente del montículo, y los chiquillos corrieron al interior, gritando a la máxima potencia de sus voces atemorizadas.

La lluvia no había cesado en toda la tarde. Entonces era torrencial y caía como una cortina bajo las rachas del borrascoso viento del norte. El cielo estaba permanentemente gris y opalescente. Daba la impresión de que el aguacero no era más que el heraldo de una tormenta aún peor que se avecinaba.

Empapados y temblorosos, los niños bajaron precipitadamente a la bodega, chillando todos a la vez, pero el escándalo no necesitaba intérpretes. Todos habían sentido los estremecimientos del montículo.

Vinze aún no había regresado. Gilead envió a Dolph y a Brom a la superficie para que hiciesen una valoración del bombardeo y discernieran lo que pudiesen de las tácticas enemigas. La tormenta estaba oscureciendo el cielo hasta un negro nocturno, y en las lejanas montañas del norte destellaban los rayos. Los gemelos de Ostland informaron de que habían visto movimientos en el campamento enemigo, claramente algún tipo de preparativo, pero nada avanzaba hacia ellos, excepto los disparos de cañón; es decir, a menos que los tileanos estuviesen usando algún tipo de brujería de ocultación o camuflaje que ni siquiera sus agudos ojos podían detectar.

Gilead acababa de envainar su espada y se la había colgado entre los omóplatos, preparado para descender por el agujero del suelo de la bodega cuando regresara Vinze.

El de Reildand estaba completamente cubierto de fango negro, así que sólo se le veía el blanco de los ojos. Muchos de los habitantes de Makane profirieron exclamaciones ahogadas y retrocedieron al verlo impulsarse hacia arriba desde el piso, casi un ser no muerto cubierto de porquería de una tumba.

No habló hasta que se enjugó la boca con vino, escupió varios sorbos de fango y luego bebió de verdad. Con una manga se enjugó la boca, que quedó blanca y nítida sobre el fondo de suciedad.

—Tres buenos kilómetros, se desvía hacia el oeste —informó entre jadeos. Fithvael se dio cuenta de que estaba cansado y sin aliento—. Luego, asciende y gira hacia el norte y sale al bosque del lomo de la escarpa, a unos ochocientos metros del campamento de Maura, según mis cálculos, por encima y detrás de él.

—Y no es fácil de recorrer —observó Gilead, y Vínze volvió a escupir.

—Pero servirá —dijo Bruda, ansiosa.

—¿Quién va? —preguntó Cloden.

—Todos iremos —replicó Gilead—. Para matar a Maura en su campamento, seremos necesarios todos nosotros... por lo menos.

—Pero ¿qué sucederá si ataca, mientras estamos bajo tierra? —preguntó Cloden.

—Entonces, que se queden dos para defender la puerta y mantenerlos entretenidos mientras los demás hacemos el recorrido.

—¿Quiénes?

Gilead dudó durante un segundo.

—Recuerdo —dijo Vinze— que Nithrom solía echarlo a suertes.

—Entonces, eso haremos —asintió Gilead.

Sacaron pajitas de la mano cerrada de Drunn. Brom y Gaude sacaron las más cortas.

—Pues seréis vosotros dos —concluyó Gilead.

—Tres.

Al volverse vieron que Erill se encontraba de pie detrás de ellos, con la hermosa espada de Nithrom en una mano. Estaba pálido y parecía débil, con el ojo perdido y el lado izquierdo de la cara vendados, pero en su voz joven había valor.

—No os serviría de nada ahí abajo, pero resistiré aquí de buena gana, con Gaude y Brom.

—Que así sea —dijo Gilead con ojos de orgullo—. Ahora, pongámonos a cumplir con nuestro propósito.

Abajo las cosas eran mucho peores de lo que Vinze les había descrito. Una chimenea desigual de piedras que se desmenuzaban descendía hasta el corazón del montículo, mojada de fango y otros limos menos sanos. Entraron en la total oscuridad casi de inmediato, y bajaron a tientas. La chimenea en sí era traicionera, y todos se dieron cuenta muy pronto de hasta qué punto Vinze era diestro y ágil. Había que apoyar pies y manos a ciegas sobre piedras que se desintegraban. Después de que Cloden resbalara y estuviera a punto de caer, Gilead les ordenó que bajaran de uno en uno y avisaran al llegar al fondo. No quería que alguien cayera y arrastrara a otros dos o tres consigo. Según estaban las cosas, si alguien se caía y se rompía algún hueso, dudaba que pudieran volver a izarlo por la estrecha chimenea. El desdichado, sin duda, moriría atrapado en el fondo, y bloquearía el paso a todos los demás.

Abajo, el pasadizo era aún más bajo y estrecho, apenas un túnel cavado a través de empapados sedimentos negros. Tenían que arrastrarse en fila india con las armas y equipos delante de ellos. El lugar era muy húmedo y encerrado, y olía a moho y podredumbre. Continuaron arrastrándose, sin aliento, a través de la interminable oscuridad. De vez en cuando, les llegaba un trueno lejano. Ninguno podía distinguir

si se debía a la tormenta del exterior o al bombardeo de lo alto, o al gruñido en sueños de gigantes reptiles que descansaban en las profundidades de la tierra.

Fithrael maldijo cada centímetro demoledor de huesos que tuvo que recorrer a rastras. Perdió toda noción del tiempo y la situación, posiblemente por primera vez en su larga vida de adulto. La profundidad, el encierro, la negra oscuridad, todos abrumaban sus naturales capacidades para juzgar la distancia y el emplazamiento. Tenía la boca y el cabello llenos de tierra pegajosa, y estaba cubierto de suciedad. Aquél no era sitio para un elfo.

Había convertido el largo escudo en un trineo para sus armas y zurrón, y lo arrastraba detrás de él con una larga correa atada al cinturón. Cada cinco minutos, el escudo se atascaba y lo detenía, y él se veía obligado a tender una mano hacia atrás o empujarlo con el pie para soltarlo. No tenía ningún contacto con los otros. Harg iba delante de él, demasiado lejos para verlo; Bruda, según creía, estaba detrás, pero sólo podía oír cómo se arrastraba y sus lejanas imprecaciones apagadas. De vez en cuando, una llamada en voz baja descendía por el estrecho túnel, de Vinze o Gilead, que iban en cabeza, pero no lograba entender ninguna de sus palabras.

Estuvo a punto de estrellarse con Harg desde atrás. El hombre de Norsca estaba detenido y gemía.

—¿Harg? ¿Qué te sucede?

—¿Quién eres?

Fithrael había olvidado lo mal que veían los humanos en la oscuridad.

—Soy Fithrael.

—¡Ten cuidado! ¿No puedes volverte?

—¿Volverme? ¿Dar la vuelta? ¡No! ¡El túnel es demasiado estrecho! —Una fría punzada de miedo le atravesó el corazón. Harg imprecó.

—Estoy completamente atascado.

Fithrael sintió que se le ponía la carne de gallina, y que las paredes se le echaban encima. Si el de Norsca estaba atascado, no habría manera de continuar avanzando..., ni de retroceder. El pensamiento hizo que le diera vueltas la cabeza.

Miró en torno de las piernas del hombre. El ya estrecho túnel se estrechaba aún más en aquel punto, y el techo se curvaba hacia abajo. Pensó en encender una lámpara para ver mejor, pero recordó con qué rapidez consumiría la llama el escaso aire que tenían. Consumiría el aire... Fithrael intentó ahogar el miedo que lo invadió.

Cayó en el fango alrededor de Harg, y luego lo empujó con la esperanza de que el estrechamiento fuese algo localizado. En caso contrario, estaría encajando a Harg mis apretadamente en su tumba. El hombre del norte no pareció moverse en absoluto. Los dos se pusieron a arañar el fango. Entonces Fithrael oyó que Bruda se les aproximaba por detrás, jadeando a medida que avanzaba.

—¿Qué problema hay? —gritó.

—Harg está atascado —respondió Fithrael, también a gritos, a la vez que empujaba el peso muerto del hombretón.

¡Malditos fuesen todos por el hecho de que ninguno hubiese pensado en eso! Harg, el más grande y ancho de todos ellos, no estaba hecho para deslizarse con facilidad por donde podía pasar un delgado ladrón como Vinze.

—¡Empújalo! —lo exhortó Bruda.

—¡Lo estoy intentando! —gruñó Fithrael.

—¡Déjame pasar! ¡Yo lo empujaré!

—¡No hay espacio! —le espetó Fithrael al mismo tiempo que se limpiaba la boca de limo.

Rodó hasta ponerse sobre el lado izquierdo, apoyó las piernas contra las paredes del túnel y volvió a empujar con todas sus fuerzas.

—¡No sirve de nada! —gimió Harg, a cuya profunda voz de bajo afloró una nota de pánico.

«¡Tiene que servir, por todos los dioses!», gritó Fithrael para sí mismo, y volvió a empujar con todas sus fuerzas.

La resistencia se debilitó, y Harg se alejó de él patinando sobre el fango, con un grito. Fithrael cayó de narices sobre el lógamo del piso, y grandes goterones de fango y trozos de piedra se precipitaron desde el techo.

—¿Harg?

—Puedo moverme... ¡Por el bendito árbol del mundo! ¡Puedo moverme!

El túnel había vuelto a ensancharse tras el abombamiento, y Fithrael pudo oír que Harg volvía a arrastrarse.

—¡Vamos! —le gritó a Bruda.

En el momento de reanudar su implacable avance, el elfo se dio cuenta de lo rápidos y potentes que eran los latidos de su corazón.

Allá lejos, en la superficie, se aproximaba la octava hora de la tarde y la tormenta cerraba su puño en torno a la noche de Maltane. Cada pocos segundos, el cielo destellaba, incandescente con fuego blanco, y el resonante trueno hacía temblar los árboles, las tejas, las paredes y el suelo. La cortina de agua había estado cayendo durante varias horas.

Envueltos en capas empapadas, Gaude, Brom y Erill permanecían ocultos junto a la puerta del recinto interior, mirando hacia las líneas tileanas a través del diluvio. Los cañonazos habían cesado hacía una hora y media, más o menos, y a través de la tormenta no se veía señal alguna en la zona baja, excepto algunos braseros que los mercenarios habían encendido bajo colgadizos y toldos para protegerlos de la lluvia.

—Al menos han parado con los cañonazos —murmuró Gaude.

Brom asintió con la cabeza. Estaba sentado sobre un cubo invertido y devoraba un cuenco de estofado que mantenía protegido de la lluvia con un pliegue de la capa

como si fuera el ala de un martín pescador.

—No pueden encender mechas ni pólvora en una lluvia como ésta. Pero yo tampoco puedo. —Hizo un gesto triste hacia su arma de fuego, envuelta en hule y apoyada bajo el reborde de la empalizada.

Erill observaba bajo la luz de los relámpagos. Cada destello dejaba claramente a la vista el paisaje durante un segundo, nítido y blanco azulado. Mirar a los relámpagos lo obligaba parpadear y le hacía daño en el ojo sano, pero cada parpadeo captaba la fugaz imagen en negativo que quedaba grabada en su memoria. El dolor de las heridas era agudo y le latía de manera intolerable.

—Hace mucho que partieron —dijo Brom al mismo tiempo que dejaba el cuenco en el suelo—. El doble de tiempo que Vinze, y él fue y volvió.

—Llegarán —murmuró Gaude.

Otro destello y un rugido. Incluso la torrencial lluvia pareció dar un respingo.

—¡Movimiento! —gritó Erill, y los otros se reunieron con él de un salto.

—¿Dónde?

—Dentro del foso exterior, en las viviendas de abajo —dijo Erill a la vez que señalaba.

—Es tu imaginación...

—Espera otro relámpago.

—Pero...

—¡Espera! —La voz del muchacho era de certidumbre. El relámpago recorrió el cielo una vez más.

—¡Allí!

—No he visto nada —se quejó Gaude, y Brom sacudió la cabeza.

Pero Erill sabía qué había visto: puntos oscuros, negro lustroso en la lluvia, destellando en la luz de la tormenta justo debajo de ellos. Y con el último relámpago, se había dado cuenta de que algunos estaban ya al pie del montículo.

—Id a la casa de la villa. ¡Traer aquí a los demás!

—Estás asustándote de las sombras —dijo Gaude con paciencia, y dio un respingo cuando sobre ellos estalló otro mazazo de luz y trueno.

—No es verdad —dijo Brom, de pronto, a la vez que tensaba el arco—. También yo los he visto esta vez. Erill, ve a buscar a cualquiera de los aldeanos que sea capaz de luchar.

Erill se alejó corriendo en la tormenta hacia el megarón, sumergido hasta las espinillas en el agua estancada dentro del recinto.

Gaude ya tenía la espada desenvainada y miraba hacia donde señalaba Brom. Distinguió algo entre las formas oscuras y manchas de lluvia. Cosas que había tomado por cercas y desagües, o montículos de hierba, se estaban moviendo: había veintenas de hombres armados ascendiendo el montículo en silencio.

—¡Por la Dama! —jadeó, y en su voz había auténtico miedo.

Erill regresó con Galvin, Drunn y unos treinta y cinco defensores o futuros defensores que quedaban; eran los últimos. A los que tenían arcos, Brom los reunió a lo largo de la empalizada norte y en torno a la puerta, donde los que empuñaban espadas, picas y guadañas formaron una falange con Gaude, detrás de la muralla de escudos que habían levantado en la entrada. El agua chorreaba de los puños y las narices, de las placas de los cascos y las armas. Todos estaban inmóviles y decididos.

Se oyó un sonido siseante y un golpeteo, como si la lluvia hubiese arreciado una vez más; pero era una andanada de flechas de plumas azules que ascendía por la colina. Golpearon con ruido sordo contra los escudos, los postes de la empalizada y el suelo. El granjero que estaba junto a Erill cayó con una flecha atravesada en la garganta y otra en la cadera. El hombre ni siquiera había llegado a hablar.

Entonces, unas siluetas oscuras corrían montículo arriba. Eran siluetas que podían verse incluso sin ayuda de los relámpagos, y cuyas armas desenvainadas destellaban.

—Preparados, preparados... —les advirtió Gaude.

Se produjo otra andanada de flechas, que, al clavar sus puntas metálicas en la empalizada, parecieron chasquear más sonoramente. Erill percibió un incongruente olor a humo.

Llegaron más flechas que describieron arcos anaranjados en el cielo. Flechas con brea encendida, que continuaba ardiendo a pesar de la lluvia. Siseaban y crepitaban contra las maderas mojadas de la empalizada, pero algunas se clavaron en puntos donde la brea se extendió. Erill sabía que entonces la tormenta estaba de parte de ellos. Porque si la lluvia cesaba, Maltane comenzaría a arder.

Agachado y escupiendo fango, Dolph salió a gatas por la abertura hecha de piedra en la ladera norte del bosque. Era el último en emerger. La abertura estaba cubierta de aulaga y zarzas, pero Gilead y Vinze habían cortado la mayor parte para que resultase más fácil salir.

La última parte de largo camino recorrido a rastras había sido la más dura, pues habían tenido que salvar un túnel ascendente casi tan empinado como aquel por el que habían descendido desde el suelo de la bodega, pero sin la ventaja de contar con piedras viejas para apoyar los pies. Además, empujaban o arrastraban equipo, y entonces estaban cansados más allá de toda medida.

No había estrellas para calcular la hora, y por encima de los susurrantes árboles bramaba la tormenta. No obstante, Fithvael estimaba que habían tardado cuatro o cinco horas en hacer el recorrido. Estaban todos cerca, reclinados o desplomados contra troncos de árboles, jadeando. Madoc alzó el rostro hacia el cielo y dejó que la torrencial lluvia le lavara el limo. Harg bebió un largo trago de vino de la bota que llevaba en el zurrón. Daba la impresión de que lo último que estaba dispuesto a hacer cualquiera de ellos era una incursión armada.

Gilead les concedió unos momentos para estirarse y comprobar sus equipos. Con el agua de lluvia corriéndole por la cara y los brazos, se puso la capa roja sobre los hombros, ajustó la posición de la aljaba y el arco, y deslizó el brazo en las correas de su largo escudo sin ornamentos. Hecho esto, desenvainó la espada.

Avanzó hasta Vinze, que se hallaba sentado de espaldas contra un olmo y tenía el rostro entre las manos. Aunque mejor preparado que los demás para el recorrido, estaba exhausto por hacerlo realizado tres veces en un espacio de ocho horas.

—¿Vinze?

—Preparado cuando tú lo estés —respondió el de Reikland con un suspiro y sin alzar la mirada.

Gilead se volvió hacia los demás. Bruda ya estaba otra vez de pie, con la cimitarra desenfundada y el pequeño escudo redondo en el brazo. Harg tenía dispuesta el hacha. Madoc apretaba las correas de cuero que envolvían la empuñadura del espadón, y le hizo un gesto de asentimiento a Gilead. Cloden le había quitado las protecciones a su espadón largo y estaba probando el filo del mismo. Dolph tenía a punto el escudo y la maza, por no mencionar el zurrón que había arrastrado desde el montículo y que contenía su arma de fuego.

Fithrael preparó la ballesta. Llevaba la espada envainada y el escudo sujeto a la espalda.

—Lo haremos —le dijo a Gilead—. Ya hemos llegado hasta aquí.

Gilead asintió, y Fithrael vio oscuridad en su expresión, una oscuridad que no había visto tan intensa desde los perdidos tiempos pasados, cuando habían ido tras el asesino de Galeth.

Era la expresión de la venganza, y de inmediato se dio cuenta de qué había impulsado a Gilead a llegar tan lejos, qué había activado su admirable dirección de la compañía. La venganza..., por Caerdrath, por Nithrom, por la esperanza que ellos habían simbolizado.

Y también —Fithrael estaba seguro de ello—, lo había impulsado la pura cólera sanguinaria por los dolores y agonías de toda una vida. Con gran tristeza y claridad, comprendió que Gilead no esperaba de esa aventura nada más que la oportunidad de apagar su sed de venganza, de coquetear otra vez con la muerte. No necesitaba la victoria. No necesitaba salvar Maltane; ni siquiera necesitaba vivir lo suficiente como para ver otro amanecer.

Sólo quería enviar a Maura, el arquitecto de todo aquello, y a su teniente Fuentes, la escoria que había asesinado a Nithrom, chillando camino del infierno.

Fithrael sintió hielo en el corazón. Había seguido a Nithrom para hallar un propósito, y se había sentido lleno de júbilo cuando Gilead se reunió con ellos. Pero la empresa no había logrado más que destruir a Nithrom y despertar en Gilead aquel terrible impulso melancólico que ya había consumido la mayor parte de su vida.

Iban a enfrentarse con un maníaco asesino, conducidos por un jefe que no estaba mucho más cuerdo que él, cuyas decisiones estarían enturbiadas por sus peores emociones.

La pintoresca partida de guerreros se escabulló escurpa abajo a cubierto de los agitados árboles y la lluvia, acercándose a la parte trasera del campamento de Maura. La tormenta no amainaba.

Cuando hicieron una pausa a cubierto, vieron dardos de fuego que volaban hacia el lejano montículo interior, y a la luz de los relámpagos distinguieron siluetas oscuras que se movían por la pendiente. En una parte de la empalizada se veían varios focos de fuego.

Mucho más cerca, justo debajo de ellos y al final de los árboles y zarzas, se encontraba el campamento tileano: una agrupación de tiendas y grandes doseles, alumbrados desde dentro por lámparas y pequeñas hogueras. Al oeste había corrales de caballos y mulas, los que tiraban de los carros de los cañones y de las carretas, y los corceles de la caballería. Al parecer, todos los hombres de Maura avanzaban a pie en este nuevo ataque.

Al este del campamento, más cerca de ellos, los cañones tileanos estaban alineados sobre las laderas, con los equipos de artilleros reunidos bajo toldos, fumando y bebiendo. Unas pocas siluetas vagaban por el campamento principal de tiendas, y los tambores redoblaban.

Con un gesto silencioso, Gilead le indicó a su línea que avanzara. Entraron por la retaguardia del campamento. Bruda, Vinze y Gilead, con las espadas envainadas, cayeron sobre los artilleros por detrás y los silenciaron con las dagas. En grupos de dos y tres, los hombres quedaron muertos sin saber qué les había sucedido.

Entonces, los detuvo Dolph y, con ayuda de Harg, movieron los contenedores de pólvora, bajos y anchos, y los apilaron. Dolph echó sobre ellos un hule y usó su pedernal para encender una mecha lenta.

Gilead parecía impaciente, pero aguardó hasta que concluyó el trabajo. Luego, volvieron a ponerse en movimiento, internándose entre las tiendas.

Madoc abrió una raja en la parte trasera de una tienda con su espada, y al entrar sorprendió a dos oficiales que estaban jugando a dados. Los mató a ambos antes de que pudieran gritar.

Bruda se agachó bajo un cable de retén y esperó hasta que un centinela llegó a su altura antes de salir y matarlo con un golpe firme de cimitarra.

Harg atrapó a otro centinela con sus carnosas manos y le partió el cuello.

Gilead se deslizó hasta una de las tiendas más grandes e irrumpió en el interior con la espada desnuda.

Estaba vacía. El elfo volvió a salir y miró a su alrededor para buscar otro objetivo probable.

Fithvael, que se encontraba un poco más abajo que su viejo amigo, en el pasillo que quedaba entre dos tiendas, vio al centinela tileano que aparecía por detrás de Gilead. El hombre comenzó a proferir un grito de alarma que cortó en seco la ballesta de Fithvael, pero el precipitado disparo sólo había herido al hombre en un brazo, y éste cayó entre alaridos de dolor.

Gilead dio media vuelta y lo mató, para luego lanzar una mirada furiosa hacia Fithvael. Para entonces, el campamento ya había despertado a la vida, y los mercenarios ataviados de blanco y azul estaban saliendo de todas partes con las armas en la mano. La lucha comenzó de verdad.

* * *

En el montículo, los defensores sólo podrían mantener a los tileanos a raya durante un tiempo limitado. Aparte de apagar la mayoría de las flechas encendidas, la lluvia los ayudaba al convertir las cuestas del montículo en toboganes de fango, que hacían caer y resbalar hacia atrás a muchos de los soldados de infantería que avanzaban. Bajo el mando de Brom, los arqueros de Maltane aprendieron pronto a matar a los asesinos que se encontraban más cerca a la cima de la cuesta, de modo que, al caer hacia atrás, derribaran a algunos de sus camaradas, a los que arrastraban consigo en aquel desfavorable terreno.

Pero no era suficiente. Los ballesteros tileanos situados al pie del montículo continuaban disparando lluvias de flechas y por la mera superioridad numérica, los asesinos estaban ganando la puerta y cargando contra Gaude, Erill y los defensores de Maltane armados con espadas y picas.

Una feroz refriega estalló en la entrada, y Erill se dio cuenta de la auténtica desventaja que constituía la pérdida del ojo. Tenía problemas para calcular con rapidez el espacio y el tamaño, y la luz y el tiempo atmosférico atroces hacían que resultase aún más difícil. Estaba rodeado por una carnicería vertiginosa, llena de alaridos y estocadas.

Brom bajó de la empalizada de un salto, tiró a un lado el arco porque se había quedado sin flechas, y atacó a la muchedumbre de atacantes con la maza. Se abrió paso a golpes que hicieron volar a los perros tileanos, se situó junto a Galvm, y ambos arremetieron contra la masa de enemigos con la maza y estocadas de alabarda.

Gaude blandía la espada de su antiguo señor con la misma formidable destreza que había demostrado en el enfrentamiento anterior. Tenía las ropas y armadura destrozadas y ensangrentadas. Con una mano, levantó a un joven de Maltane que había sido derribado por la acometida de la masa, al mismo tiempo que asestaba estocadas con la espada. Ya no podía ver a Erill. ¿Habría caído el muchacho? Antes de

que pudiese volver la cabeza para mirar, otros dos tileanos se le echaron encima con sus espadas.

En una repentina pausa de la refriega, Gaude se dio cuenta de que la lluvia había mermado. Los ardientes rayos aún iluminaban el combate, pero se había levantado viento y las ondulantes nubes de lo alto ya no tenían agua.

Los focos de fuego de la empalizada, aviados por el viento, comenzaron a propagarse en el momento en que otra andanada de flechas encendidas se clavaba en ella.

* * *

Bruda, Cloden y Fithvael estaban trabados en lucha cuerpo a cuerpo dentro de unos de los estrechos pasajes que mediaban entre las tiendas. Los tileanos se afanaban en torno a ellos, gruñendo y gritando. El espadón de Carroburgo susurró al describir un arco en el aire, y dos hombres con armadura de la caballería fueron lanzados por el aire hacia atrás y derribaron un toldo sobre un brasero. Las llamas prendieron en la tela caída. Más tiendas se estremecían y se hundían, algunas arrastradas por los cuerpos que caían. Fithvael avanzaba trabajosamente sobre las lonas flojas e intercambiaba golpes de espada con un trío de brutales mercenarios. Entonces llevaba en el otro brazo el escudo largo del que los tileanos cortaban virutas de madera.

Bruda derribó a un artillero que arremetió contra ella con una lanza, y luego se situó junto a Fithvael, y uno de los asaltantes se alejó girando sobre sí mismo, muerto. Fithvael mató a otro con una estocada, pero acudieron más a sustituir al tileano.

Dolph, que asestaba golpes a diestra y siniestra, partía cráneos con su maza. Se encontraba acorralado junto a una hilera de letrinas y destrozaba cualquier cosa que se acercase con la pesada cabeza de su arma.

Vinze y Madoc se encontraban juntos al lado de los corrales de caballos, y sus espadas danzaban de un lado a otro. Vinze estaba haciendo buen uso de su pequeño escudo como arma ofensiva, pues alejaba a tantos con los golpes de éste como con su espada. El espadón de Madoc giraba y daba vuelas como un martillo, trazando órbitas y circuitos en el aire, atravesando armaduras y carne, y haciendo volar cascos.

Con un grito salvaje, Gilead se abrió paso a tajos desde el interior de una tienda que comenzaba a caérsele encima, donde dejó a tres tileanos muertos bajo el desplomado sudario. A través del confuso tumulto, de pronto atisbó a Fuentes, el teniente de Maura, que avanzaba con una espada corta curvada en cada mano. Gilead gritó el nombre del mercenario y se lanzó hacia él.

Fuentes oyó el grito y giró su musculoso cuerpo con un gruñido de respuesta. Su pétreo rostro se veía lustroso de sudor, y su ojo sano estaba tan entrecerrado y oscuro

que hacía juego con el parche que cubría el otro, lo cual convertía su semblante en una calavera a la luz de la tormenta. Despertado de un sueño o arrancado de una juerga de bebida dentro de las tiendas, no había tenido tiempo de ponerse la capa de color azul vivo, y sólo llevaba la ornamentada coraza dorada y las hombreras sobre las cuales las gotas de lluvia brillaban como joyas.

Se lanzaron el uno hacia el otro como venados en celo, dividiendo la muchedumbre para tener al enemigo al alcance de la espada. Gilead partió por la mitad a un mercenario que llevaba una podadera, para abrirse paso hasta el asesino de Nithrom. Fuentes demostró igual menoscabo por los suyos al matar a otros dos de sus mercenarios que fueron lo bastante tontos como para interponerse en su camino, con golpes de tijera asestados con ambas espadas curvas. La primera derrota se la había tomado como algo personal, y sin duda había sufrido el enojo de Maura por el fracaso. Entonces, nada pondría freno a la sanguinaria furia que lo lanzaba tras quienes lo habían vencido. Nithrom ya había pagado por ello. En ese momento, tenía a la vista a su otro perro inhumano, al que Fuentes conocía por el encuentro en el foso exterior.

Se acometieron con dureza, y Gilead pasó una de las espadas cortas con la suya, mientras la otra dejaba una zanja en su largo escudo elfo. Fuentes giró sobre sí mismo y atacó otra vez, blandiendo la pareja de espadas en arcos independientes. A despecho de su corpulencia, era veloz como un gato y las dos armas hacían que resultase imposible luchar con él de manera convencional. Era como luchar con dos espadachines expertos al mismo tiempo.

Gilead saltó por encima de una de las espadas como si fuese un salmón, y bloqueó la otra con un golpe descendente de la suya cuando estaba en medio del salto, al mismo tiempo que giraba la mitad superior del cuerpo y describía un círculo con el escudo como si fuese un arma. La punta del mismo impactó debajo del mentón de Fuentes y lo lanzó hacia atrás, dando traspiés y atragantado.

Gilead había visto cómo Virize usaba su escudo como arma, pero el de Vinze era una pequeña rodela con peso añadido. Hacía falta un ser de fortaleza sobrenatural —o uno de mente desquiciada— para blandir del mismo modo un escudo largo en forma de hoja de planta.

Fuentes se rehizo y, al acometerlo otra vez, lanzó un ataque vertical con la espada derecha a la vez que una baja estocada con la izquierda. La de la izquierda resbaló por el borde del escudo de Gilead y le abrió una herida por encima de la cadera izquierda, a través de la cota de malla de Ithilmar. El último hijo de Lothain arremetió con el escudo y lo estrelló contra el pecho de Fuentes antes de acometerlo con la espada en una estocada lateral, que Fuentes apenas fue capaz de parar.

Se separaron y caminaron en círculo uno frente al otro por un segundo. Las espadas cortas y curvas giraban como aspas de molino de viento bajo las expertas

manos de Fuentes. Luego, el corpulento tileano volvió a atacar. La espada corta derecha se clavó en el escudo de Gilead, donde quedó atascada, y abrió un tajo en el brazo del elfo. La izquierda cortó la malla del hombro derecho de Gilead, y también allí apareció una herida.

Gilead dio un fuerte tirón del escudo, que arrancó la espada atascada de la mano de Fuentes. La otra arma curva le lanzó una cuchillada, pero Gilead la hizo rebotar contra el acero azul de su espada larga, y la lanzó despedida hacia arriba. Luego, descargó un golpe descendente con su arma elfa, y le abrió a Fuentes un tajo diagonal que le cruzó el rostro y bajó hasta su pecho.

La sangre manó como un surtidor, y Fuentes retrocedió con paso tambaleante, profiriendo alaridos. Se llevó las manos a la cara al mismo tiempo que gritaba e imprecaba de furia y desesperación al darse cuenta de que Gilead le había destrozado el ojo sano. Ciego, empapado en la sangre que bombeaba a través de la salvaje herida, asestaba tajos al aire a su alrededor con la espada restante.

Con una sonrisa cruel en su macilento semblante elfo que Fithvael sabía que no olvidaría jamás, Gilead pasó por un lado del hombre y se situó de tal forma que la siguiente arremetida ciega de Fuentes lo llevara hacia la espada elfa. Noventa centímetros de azul acero sobresalieron por la espalda de Fuentes, y la sangre manó sobre la empuñadura de oro en forma de cabezas de dragón y sobre la mano del joven guerrero elfo.

—¡Por Nithrom, perro bastardo! —le espetó Gilead al rostro agonizante del hombre en tileano chapurreado.

Fithvael presenció el breve y explosivo enfrentamiento desde veinte pasos de distancia, mientras él Bruda batallaban con la escoria de tileanos que los rodeaban. Bruda profirió un chillido de alegría cuando vio caer a Fuentes, y también bramó otro, Harg o Vinze, perdido en la masa del combate.

Entretanto, Cloden estaba rodeado por lanceros y alabarderos. Cortaba y golpeaba, haciendo girar el espadón largo en círculos, partiendo astas de alabardas y lanzas, y destrozando cada arma que intentaba clavarsele. Pero la punta de una pica llegó intacta hasta él, lo bastante larga como para atravesarle un hombro al de Carroburgo. Manó la sangre, y Cloden se desplomó de rodillas, arrastrando la pica consigo. Se le cayó el espadón largo, y con ambas manos intentó arrancarse el arma que lo atravesaba.

Madoc se abrió camino a golpes hasta su compañero y mató a los alabarderos que arremetían para acabar con el caído Cloden. La boca de Madoc estaba muy abierta en un grito de batalla que no sonaba. El fuego de Ulric, el Lobo Blanco, estaba en su cuerpo, y el espadón que blandía demolía a los enemigos. Cuatro perros tileanos se apartaron y huyeron aterrorizados. Otros, más valientes, se cerraron sobre el silencioso Madoc, que protegía al inclinado Cloden. Se produjo un estruendo, y el

primero de ellos cayó con el cráneo destrozado. Dolph arrojó a un lado su arma de fuego y corrió junto a Madoc al mismo tiempo que blandía la maza. Juntos, mantuvieron a raya a las oleadas de tileanos y arrastraron a Cloden hacia los corrales de caballos.

De algún lugar cercano llegaron roncós alaridos, y se derrumbó otra tienda. Dos figuras combatientes rasgaron la lona para salir al exterior, mientras sus espadas entrechocaban, golpeaban y cortaban. Era Vinze, que había encontrado a Maura el Asesino —o el Asesino lo había encontrado a él—, y los dos estaban entonces trabados en un combate a muerte.

Maltane estaba en llamas. Las paredes de madera ardían con luz más potente que los intermitentes destellos de la tormenta del cielo. Una caliente, oscilante luz de llamas bañaba la noche.

Abrumados, los defensores habían retrocedido hacia el interior del complejo, hasta las ruinas de la casa de la villa, y allí presentaban la última resistencia contra la tremenda acometida de las hordas que entraban como un torrente por las puertas incendiadas.

Justo antes de que se apartaran de la empalizada, Gaude les había dado órdenes a los que le rodeaban y podían oírlo.

Envió a Brom y a tres de los restantes moradores de Maltane de vuelta al sótano para que condujeran al bosque a cualquiera que aún pudiese moverse, a través del túnel. Sabía muy bien que eso dejaría dentro del sótano a docenas que estaban demasiado enfermos o heridos, o que eran demasiado viejos o demasiado pequeños, pero salvar a algunos ya sería una victoria. Al resto, los defendería hasta la muerte.

Con él permanecieron Erill, Galvin, dos jóvenes llamados Maikin y Froil, tres granjeros más viejos llamados Guilan, Kelfer y Henum, un ganadero llamado Bundsman, y un viejo cabrero al que todo el mundo llamaba Viejo Perse. Drunn había querido quedarse, pero Gaude lo envió a ayudar a Brom en la evacuación de la gente.

Los últimos diez hombres usaron la estructura del megarón contra sus enemigos, matándolos de uno en uno cuando entraban por las puertas abiertas o las ventanas rotas.

Erill defendía la entrada principal con la espada de plata de Nithrom. Se había maravillado ante el peso y el equilibrio de la espada corta que le había prestado Fithvael, pero no era nada comparada con esta espada larga. En sus manos, parecía ajustarse a su problema de profundidad de campo e inexperiencia, retorciéndose y girando como un ser vivo que mordiera a los atacantes. Erill sabía que las espadas como ésa tenían nombre individual, y deseaba que Nithrom le hubiese dicho cuál era el nombre de la que blandía. Rogó para que Fithvael o Gilead lo supieran, y esperó vivir el tiempo suficiente como para preguntárselo.

Los mercenarios tileanos comenzaron a caer dentro del megarón a través de una rotura del tejado, algunos desplomándose y desparramando tejas sueltas. Habían subido en busca de una entrada, y derrumbaron consigo una parte del tejado dañado. Galvin y Bundsman mataron a los primeros con ayuda de Guilan, pero saltaron más de modo deliberado, y el primero que pudo atacar cortó la cabeza de Henum de un tremendo tajo.

Gaude acudió al lugar y cortó por la mitad al tileano, matando al siguiente y a otro más. Maikin perdió una pierna a la altura de la rodilla y cayó entre alaridos, antes de que otro golpe del hacha del mercenario acabara con él.

Entraron más a través de una ventana del flanco izquierdo, y atropellaron al Viejo Perse, que cayó bajo las patadas y pisotones de sus botas. Ni siquiera se molestaron en rematarlo y quedó fracturado y gimiendo bajo el destrozado marco de la ventana.

Tres picadores tileanos irrumpieron por el extremo sur, y clavaron a Froil, que se contraía como una marioneta, contra uno de los puntales del techo. Gaude se separó de la refriega para enfrentarse con ellos, y dejó que Bundsman y Galvin contuvieran el flujo procedente del tejado. Vio a Guilan muerto, tendido sobre las maderas empapadas, sobre un charco de su propia sangre; ni siquiera lo había visto caer.

El lugar estaba alumbrado por las oscilantes llamas del incendio del exterior, ya través de la niebla de humo teñido de rojo se movían veloces sombras y siluetas negras que luchaban.

Kelfer profirió un alarido cuando una espada le cercenó ambas manos, y el alarido se transformó en un gorgoteo al regresar la espada para cortarle la garganta.

El dueño de la espada arrojó a Kelfer a un lado, y Gaude lo reconoció al instante. Era Hronic, el otro teniente de confianza de Maura el Asesino. Hronic era un enorme hombre moreno del sur de Tilea, de barba fina y dientes estropeados. Las orejas desecadas de víctimas anteriores colgaban de un tiento de cuero en torno a su cuello oliváceo, y rebotaban contra el peto cuando él se movía. Llevaba una larga espada curva de Arabia, y una rodela en forma de luna creciente. Sus ornamentados calzones estaban decorados con borlas de oro trenzado.

Gaude se volvió contra él al mismo tiempo que profería terribles imprecaciones en idioma bretoniano. La espada de Gaude, que había pertenecido a Le Claux, era un arma vieja y había sido testigo de muchas cruzadas hacia el sur, donde había despachado a muchos de los herejes que llevaban precisamente ese tipo de espada curva. A Gaude le dio la impresión de que el espadón olfateaba a un antiguo enemigo.

El acero del cruzado bretoniano chocó contra el arma de Arabia y saltaron chispas en la penumbra. Pareció que Hronic reía entre dientes de deleite mientras se defendía del frenético ataque del otro. Gaude lo hizo retroceder hasta el fondo del megarón en medio de un girante torbellino de espadas.

En la puerta, Bundsman cayó bajo tres golpes de espada simultáneos, y Galvin se

desplomó cuando la punta de una pica se le clavó en la cabeza. Erill se dio cuenta de que Galvin aún estaba vivo, aunque aturdido, y se situó sobre él para mantener los enemigos a distancia con la espada de Nithrom. Había perdido la cuenta de las heridas que había infligido. El suelo del megarón estaba sembrado de cuerpos e inundado de sangre.

Hroncic paró la espada de Gaude, giró sobre sí y asestó una brutal estocada. Gaude se tensó y quedó inmóvil. Hroncic profirió una risilla. La totalidad de la hoja del sable había atravesado el cuello de Gaude, y lo único que mantenía en pie al valiente ex escudero era la hoja de la cual pendía su cuerpo.

Los ojos de Gaude estaban abiertos de par en par. Con una risa cascada, Hroncic retiró la espada.

Gaude debería haber caído en ese momento. Tenía el semblante blanco, pero el resto de su cuerpo, frente y espalda, estaban bañados en la sangre que manaba de la terrible herida. Sin embargo, al bretoniano le quedaba aún un resto de energía inspirada por la venganza. Muerto desde todos los puntos de vista, blandió su amada espada por última vez al caer, y la estocada casi decapitó a Hroncic, aunque no lo logró. El bruto saltó atrás, conmocionado, y la punta de la espada le abrió una mejilla.

Mientras se llevaba una manaza al rostro, Hroncic pasó por encima del cadáver de Gaude con los oscuros ojos fijos en Erill. Entonces no profería risillas. Escupió sangre y, hablando de manera gangosa a causa de la herida, les ordenó a sus hombres que retrocedieran.

Los mercenarios tileanos se alejaron de Erill. El joven volvió la cabeza y vio que Bundsman estaba acurrucado en un rincón con una lanza clavada en el pecho.

Se dio cuenta de que era el último que quedaba en pie. Un muchacho de un solo ojo, el último de la compañía que había salido a caballo para salvar Maltane, debía enfrentarse con un bastardo ensangrentado que acababa de derrotar a los mejores de entre ellos.

El humo entraba en el megarón en ruinas, y las llamas comenzaban entonces a consumirlo. Los tileanos golpeaban las manos entre sí y entonaban el nombre de Hroncic. El asesino sucio de sangre avanzó. Erill escupió y alzó la gloriosa espada elfa.

El duelo entre Vinze el Ladrón y Maura el Asesino duró tal vez unos noventa segundos, y en ese tiempo se intercambiaron centenares de golpes tan rápidos que el ojo no podía seguirlos.

Vinze, de un metro ochenta de estatura y tan duro y veloz como un látigo, tenía su espada recta de Reikland, con guarda en forma de cazoleta, en una mano, y un puñal de treinta centímetros de largo sujeto con la punta hacia arriba en la otra, bajo la guarda de su rodela.

Maura era un hombre monstruoso, de dos metros de alto, y llevaba una pesada coraza tileana dorada con intrincados ornamentos. Su cabeza estaba cubierta por un

casco plateado en forma de cráneo de mastín, rematado por un penacho azul y blanco, y llevaba la visera baja para que nadie pudiese verle la cara. Ninguno de los de la compañía de Gilead se la vería jamás. Pero podían oír las bramadas imprecaciones tileanas que profería el bestia mientras describía círculos al acercarse a Vinze con su enjorado espadón en un puño cubierto por un guantelete, y un hacha de caballería en la otra.

Eran un torbellino borroso, el tileano y el de Reikland, girando, describiendo círculos e intercambiando dos, tres golpes por segundo. El espadón y el hacha descargaban una lluvia de golpes y estocadas sobre la espada recta y la rodela. Volaban chispas. La espada de Maura le cortó un trozo a un muslo de Vinze y, a cambio, el puñal del ladrón le hizo a Maura un agujero en un hombro al atravesárselo.

Por la velocidad de los golpes, parecían caldereros locos que trabajaran el metal en una forja para desviar alguna maldición.

La aparición del propio Maura había hecho retroceder a los tileanos y había permitido que el resto de la compañía se acercara. Gilead, Bruda, Harg y Fithvael se abrieron paso a golpes para llegar hasta el lugar donde se desarrollaba el duelo, mientras Dolph y Madoc permanecían junto a Cloden y lo contemplaban con pasmo.

El trueno resonaba en lo alto. Ninguno vio cómo ardía la fortaleza interior de Maltane en lo alto del montículo.

Espada contra hacha, espada contra rodela, espada contra espada, hacha contra rodela, puñal clavado en un muslo, hacha clavada en rodela, espada contra espada... deslizándose una a lo largo de la otra en una lluvia de chispas. Espadón tileano a través de un hombro del de Reikland.

Rodela de Reikland contra el casco de rejilla tileano. Espada recta de Reikland contra hombrera tileana. Espadón tileano contra rodela de Reikland una y otra vez.

Espada recta de Reikland a través del penacho tileano. Una lluvia de aleteantes plumas azules y blancas del penacho. Hacha de tilea en el brazo del arma del hombre de Reikland. Un gran chorro de sangre. La espada recta de Reikland que rebota en el fango al caer de los dedos insensibles.

El espadón de tilea rebota sobre la desesperada rodela de Reikland. La hoja de la espada que resbala y queda atrapada entre la hoja y las voluminosas púas del puñal de Reikland. Mano de Reikland que gira con brusquedad, y fragmentos de espadón tileano roto, que vuelan en todas direcciones. Cabeza de hacha tileana clavada con fuerza en el pecho del de Reikland.

A los noventa segundos y apenas igual número de latidos del corazón, Vinze cayó.

La compañía, incluido Gilead que asestaba estocadas a los enemigos, se detuvo presa de la consternación. Maura bramó un atronador grito de victoria desde dentro de su casco en forma de cráneo de mastín, y un segundo más tarde un trueno mucho más sonoro los estremeció a todos.

Las cargas preparadas por Dólph estallaron, iluminando el cielo con un destello más potente y brillante que el del peor de los relámpagos. La pólvora lanzó al aire un fragmento de tierra de treinta metros, y provocó un alud de fango que cayó sobre el campamento tileano. Docenas de tileanos quedaron enterrados, y muchos más fueron destrozados por astillas y rocas lanzadas por el aire. Un carro entero con un cañón de dos toneladas encima fue lanzado al aire y se desplomó sobre las filas de asesinos que huían y caían. Los corrales de caballos quedaron destrozados y los aterrorizados corceles corrieron en todas direcciones. Todos los demás fueron lanzados al suelo.

Con la vista turbia y los oídos ensordecidos, se pusieron trabajosamente de pie. La mayoría de los tileanos del campamento huían, los que aún eran capaces de hacerlo. Más de cuarenta asesinos yacían destrozados, profiriendo alaridos o descuartizados en el fango.

Bruda pensó que era la primera en levantarse. Cuando una espada le abrió un tajo de través en la espalda y la derribó sobre fango, se dio cuenta de que se había equivocado. Luego, se desmayó.

Madoc vio caer a Bruda y vio a Maura de pie sobre ella, con la armadura dorada ennegrecida por el hollín y una enorme espada en las manos, a punto de rematarla.

Madoc se interpuso de un salto y bloqueó el golpe descendente. El espadón del tileano se hizo pedazos.

Con calma, Maura buscó a su alrededor un arma nueva y halló el espadón de Cloden caído en el fango. Sin esfuerzo, blandió la enorme arma de Carroburgo y apartó a Madoc de un golpe, que le volvió a abrir la herida de la garganta.

La masa de Dolph se estrelló contra un flanco del asesino y abolió la armadura dorada. Era como golpear una roca con una ramita.

Maura rugió, se volvió y atravesó el torso de Dolph con toda la hoja del espadón. Levantó al hombre de Ostland del suelo, y luego lo quitó de la hoja como un gato que, de pronto, se cansa de la alimaña muerta con la que ha estado jugando.

El cadáver acorazado de Dolph se estrelló contra Fithvael cuando éste avanzaba a la carrera, horrorizado, y el peso lo derribó como si fuese una bala de cañón. El elfo sintió que algo chasqueaba en su pierna izquierda al caer bajo el peso del cuerpo amortajado en metal.

Maura se volvió para enfrentarse con Harg, que lo acometió como un oso enfurecido. Hargen Hardradasson, señor de los lejanos fiordos y tierras heladas, estaba frenético y espumajeaba por la boca, canalizando toda su locura guerrera en cada golpe de hacha.

Infundía terror el contemplarlo, pero Maura se enfrentó con ese terror y abrió la vieja herida del rostro con casi total precisión a lo largo de la dentada cicatriz que había permanecido allí durante veinte veranos. Harg cayó mientras intentaba mantener unida su mejilla, aullando como un lobo herido en una trampa.

Maura sopesó la humeante espada de Cloden por encima de la cabeza inclinada de Harg, y masculló algo en tileaho. El golpe nunca se produjo.

Veloz como la sombra, Gilead estuvo allí en un abrir y cerrar de ojos, y su espada, la hoja de azul acero del hermano muerto, atravesó a Maura.

Maura se tambaleó y retrocedió. Su ornamentado peto se cubrió de profundos cortes, y de algunos manaba sangre. Para cuando logró lanzar una estocada con su espadón, Gilead había cortado completamente el peto del asesino y lo había despojado de él.

Los dos, cuyas espadas hendían en el aire, batallaron por el claro del campamento. El girante espadón del tileano mellaba una y otra vez la preciosa espada de Gilead, y fue cortando trozos del largo escudo elfo hasta reducirlo a la nada.

Mientras se arrastraba lejos del pobre Dolph muerto y hacía muecas de dolor cuando los extremos del hueso roto lo lastimaban a cada movimiento, Fithvael los observaba batallar. Una parte de él estaba orgullosa de Gilead, y la otra tenía un miedo espantoso. Deseaba ver aquello como un enfrentamiento entre titanes, como estaba escrito en los mitos, pero lo único en que podía pensar era en monstruos que se atacaban el uno al otro. Vio que Maura abría un enorme tajo en un hombro de Gilead, vio a Gilead atravesar limpiamente con su espada larga un muslo de Maura.

Se encontraban ambos bañados en sangre. Maura estaba haciendo retroceder a Gilead hacia la linde del bosque, donde la tierra caía en picado hasta el fondo del valle. Espada contra espada, contragolpe, barrido, parada, acero de Tor Anrok contra el poder de Carroburgo.

Luego, desaparecieron de la vista entre zarzas y árboles. El terreno era traicionero dentro del escarpado bosque. Despeñaderos de fango aflojado por la tormenta vertían cascadas de agua oscura hacia los claros de abajo, y se habían formado profundas charcas en las grietas de la escarpa.

Ninguno desistía. Maura, como una fábrica de fuerza motriz, blandía el espadón largo a dos manos con toda la destreza que jamás había demostrado su dueño, Cloden. Gilead asestaba estocadas y golpes, paraba y atacaba, recordando de manera instintiva cada movimiento y barrido que le había sido enseñado.

Por su padre; por Fithvael te tuin, maestro de armas; por el difunto Nithrom. Hacía tantos años...

Maura golpeó a Gilead en el rostro y le abrió una herida que le dejaría una cicatriz para el resto de su vida. Tras parpadear para quitarse la sangre del ojo, Gilead se lanzó contra Maura. Los dos perdieron pie y cayeron por el borde de un despeñadero de barro, a través de una cascada de agua de lluvia, al lago que se había formado abajo.

Cayeron al agua entre una nube de gotas, braceando para girar en busca del otro. Maura era arrastrado hacia abajo por su armadura y la enorme arma que blandía, pero a pesar de todo salió antes ala superficie.

Estaban hundidos en el agua hasta el pecho. Maura le asestó un golpe a Gilead, pero la hoja del espadón sólo hendió el agua.

Gilead se lanzó contra Mattra, y los dos volvieron a caer por el siguiente precipicio, a través de otra cascada y dentro de otro lago de agitadas aguas.

Gilead salió primero a la superficie, pero Maura había atacado por debajo del agua y la hoja del espadón hendió la cadera izquierda del elfo. El agua que giraba en torno a ellos se volvió aún más oscura.

Maura emergió bufando y tosiendo dentro del casco en forma de cráneo de mastín, y después retorció la espada bajo el agua.

Gilead profirió un alarido y, en su furor, cortó limpiamente la cabeza encerrada en el casco con la espada de azul acero forjada en Tor Anrok hacía muchísimo tiempo. La espada de Galeth.

La cabeza de Maura se alejó flotando en la corriente, y cayó por otra cascada, aún invisible y metida dentro del casco.

Gilead, con el espadón todavía clavado dentro, cayó de rodillas en el agua ensangrentada y comenzó a ahogarse.

* * *

Y ahí lo tenéis, como os lo había prometido. El relato de la batalla de Maltane con todos sus detalles. Nunca oiréis junto a mi fuego una historia de heroísmo mejor, más emocionante ni sangrienta.

¿Qué dices? ¡Ah, pero siempre hay una! ¿Por qué no puedes contentarte? ¿De verdad tengo que atar todos los cabos sueltos?

Muy bien. No, no se ahogó. Lo encontró Bruda. Estaba debilitada a causa de sus heridas, pero había visto a los luchadores caer por el borde del precipicio. Halló a Gilead, lo arrastró fuera del agua y le devolvió la vida soplándole aire en los pulmones con su propia boca.

El espadón. Nunca lo encontraron. Al hundirse, Gilead debió arrancárselo. Estoy seguro de que continúa oxidándose, incluso ahora, en el lago que hay al oeste de Maltane. Cloden tuvo que regresar a su tierra para conseguir otro, y ese viaje, según lo veo yo, es toda una aventura por derecho propio.

Bueno, sí, claro que Cloden sobrevivió. Su hombro nunca fue el mismo, por supuesto, pero continuó adelante y realizó hazañas más grandiosas. Tuvo una partida de guerreros propia, según me han dicho. Nunca perdió la destreza con el espadón, hasta el final de sus días.

¿Harg? Bueno, tenía la misma cicatriz que antes, sólo que más reciente. No tengo ni idea de qué le sucedió al fin, pero cada invierno recibo otra piel de oso y una botella

de repugnante aguamiel de Norsca. Me gusta pensar que probablemente vuelve a ser el rey de alguna parte, algún sitio helado e inhóspito.

En cuanto a Vinze, se necesitó tiempo para curarlo, y el invierno aún le provoca dolor en el pecho. Se marchó con Cloden, según he oído. Lo vi hace más o menos diez años, en Vinsbrugge. Tenía una barba blanca como la nieve por entonces, y más cicatrices. Bebimos un trago por los viejos tiempos, pero probablemente ya esté muerto.

¿Bruda? Como ya he dicho, sobrevivió. Pasó el invierno en Maltane, curándose, y se marchó en primavera. No sé cuántos años vivió después de eso. Aunque siempre me gustó muchísimo. ¡Bueno, sí, soy viejo, gracias por mencionarlo! ¡Pero, creedme, aún puedo recordar lo hermosa que es una mujer!

¿Madoc? Tardó mucho en curarse. Feas heridas. Pero ya sabéis que sobrevivió, porque las leyendas del Lobo Silencioso son corrientes en este valle de los bosques, y más allá. Sí, ése es él. El mismísimo.

¿Qué más queréis? ¡Ah, sí! Brom y Drunn condujeron a los evacuados por el túnel y los llevaron al bosque. Así se salvaron cincuenta aldeanos. Drunn fue nombrado jefe, como ya sabéis, elegido un año tras otro por su valentía. Si, lo echo mucho de menos.

Maese Brom nunca fue el mismo después de la muerte de su gemelo. Él y Gilead se parecían mucho en eso, pero no creo que hablaran jamás del tema. Elfos, ¿eh? Demasiado cerrados. Brom..., a veces pienso en él y me pregunto dónde habrá acabado. Solo, realmente solo, dondequiera que fuese.

¡Ah!, ¿cómo dices? Sé paciente. Estoy reservando esa parte. Servidme otra taza. Bien.

Por supuesto, los tileanos quedaron quebrantados al morir Maura. Nunca encontraron su cabeza, ¿lo he dicho antes? Y de hecho, quedaron quebrantados mucho antes de eso, justo después de la explosión provocada por Dolph. En ese momento, perdieron el valor. Llegaron a Maltane con una hueste de guerra de tal vez unos cuatrocientos hombres, y dejaron las tres cuartas partes completas en los campos y las pendientes de la ciudad. Es bastante fuerte, ¿no os parece?

Comienzo a cansarme y tengo la taza medio vacía. ¿Qué más queréis saber?

¡Ah!, claro, claro.

Cuando los tileanos ya habían huido, la compañía subió al montículo interior, que para entonces estaba completamente en llamas. Pero de todas maneras sacaron a los enfermos y los heridos de la bodega. Añadid ésos a los evacuados, y veréis que la partida de Nithrom salvó a setenta y siete habitantes de Maltane. Y no es que para entonces quedara mucho de Maltane. Tardamos años en reconstruir el pueblo.

¡Ah!, callad ya. Muy bien, puesto que insistís, encontraron al joven Erill en el patio adonde Galvin lo había llevado.

Sólo habían sobrevivido ellos dos. Nadie sabe qué sucedió con exactitud, pero encontraron la cabeza del bestia Hroncic en el templo, sobre el altar de Sigmar.

Los supervivientes quemaron en una pira funeraria a Le Claux, Caerdrath, Nithrom, Gaude y Dolph, con todos los honores y muchos lamentos. No merecían menos.

La última vez que vi a los dos elfos fue cuando se alejaron a caballo en una mañana brumosa. Habían pasado aquí el invierno para curarse, y se marcharon en primavera, justo después de Bruda. Los dos cojeaban aún al caminar.

No, no sé adónde se dirigían. Y no creo que ellos tampoco lo supieran. Dudo que maese Fithvael permaneciese durante mucho más tiempo con Gilead. En el transcurso de ese invierno, su compañero se había vuelto muy hosco y retraído.

Pero ¿quién soy yo para decirlo? Tal vez aún están viajando juntos por este triste mundo, incluso ahora mismo.

Me gustaba Fithvael. Tenía alma. Su señor, bueno, no estoy muy seguro. Dudo que jamás encuentre lo que está buscando, pero sí sé que perder aquí el rastro, con la muerte de Caerdrath, fue una de las peores cosas que jamás le sucedieron. Durante aquel invierno, la nube oscura que vivía sobre él, relampagueó sobre todos nosotros y, aunque me siento mezquino al decirlo, fue un alivio cuando el señor elfo partió.

¿Yo? Me he contentado con quedarme aquí, en Maltane durante todas estas estaciones, hasta ahora, cuando me encuentro viejo y encorvado. Sí, todavía me duele el ojo, por lo general en invierno cuando el viento corta y se me mete bajo este viejo parche.

A menudo me complace haber formado parte de una leyenda, dado que esta tierra está tan llena de ellas. Pero echo de menos a mi padre..., si de verdad era mi padre. Ciertamente, yo creo que es así, y nunca pude averiguar cómo se llama esta gloriosa espada suya.

Notas

[1] **Banshee:** Espíritu femenino del folclore gaélico cuya aparición o lamentos advierten a una familia que uno de sus miembros morirá en breve (N. de la T.). <<